



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos*.
Primera Época (1942-1985).
México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año VI, Vol. XXXVI, Núm. 6 (noviembre-diciembre de 1947).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C. P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

6

CUADERNOS
AMERICANOS
(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala No 42
Apartado Postal 965
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO
JUAN LARREA

AÑO VI

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE

1947

INDICE
Pág. IX

**FE EN
MEXICO**

**LAPATRIA
NECESITA
TU ESFUERZO**



CAMPAÑA DE RECUPERACION ECONOMICA DE MEXICO



NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Por medio de sus

CERTIFICADOS DE PARTICIPACION

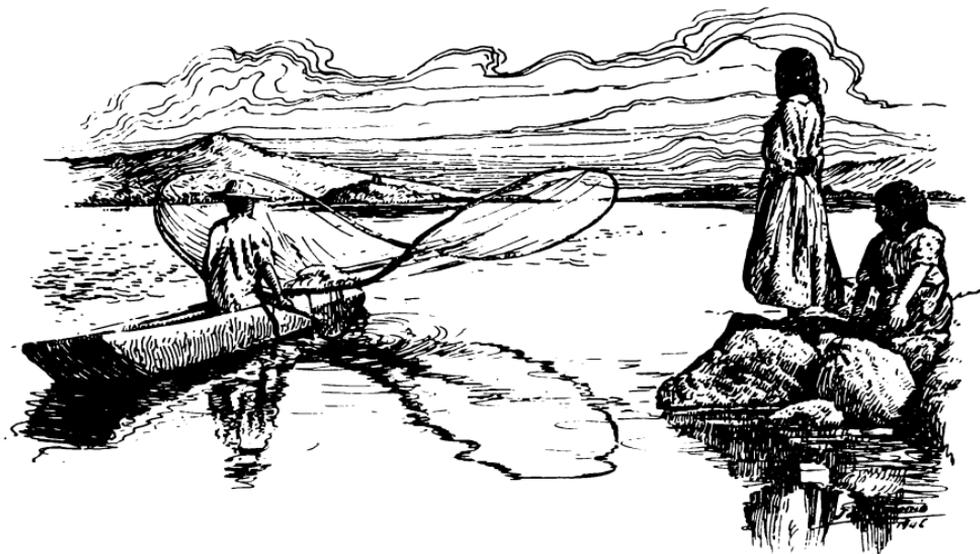
le brinda la oportunidad de fomentar la expansión industrial del país que redundará en una mejoría económica en todos los órdenes, ofreciéndole a la vez rendimientos adecuados y seguros.



V. CARRANZA ORIENTE 4 N° 853
MEXICO, D. F.

Tel. Ericsson: 18-11-60 ó
Servicio por nombre.

Tel. Mexicana: J-49-07.



En la ciudad de PATZCUARO, puede el turista encontrar aparte del clima delicioso, todo el encanto de las ciudades quietas, severas, donde el espíritu puede gozar de la paz y apartamiento de las cosas vanas.

Por sus calles tortuosas, llenas de misterio y de recuerdos seculares, por donde atardeciendo todavía se ven personajes que con paso tardo caminan hacia la colegiata, urgidos por las sonoras voces de las campanas que llaman a la oración.

En sus plazas anchurosas, sombreadas por robustos y añosos fresnos se forman los tianguis más típicos de la región.

Y desde el estribo la vista se dilata y se regocija al contemplar el turquí de la laguna surcada de canoas con sus pescadores que cantan, mientras tienden sus redes que tiñe de oro el sol.

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO
¡¡A SUS ORDENES!!

Acostumbre usted

beber cerveza después del trabajo o del deporte. Precisa renovar las energías gastadas con un vaso de cerveza; bebida que, además de ser siempre agradable y refrescante es esencialmente nutritiva.



**ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA**



Compare Calidad y Precio



Belmont

PARA LOS FUMADORES DIFICILES!

La pausa que refresca



Tome

Coca-Cola

Bien fría

Libros sobre la Historia de México

La Civilización Maya. Por S. G. Morley.	\$ 44.00
Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché. Edición de Adrián Reanos.	\$ 12.00
Diálogo Sobre la Historia de la Pintura en México. Por J. B. Couto.	\$ 14.00
Sellos del Antiguo México. Por J. Enciso.	\$ 55.00
Vigésimo séptimo Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la primera sesión celebrada en la Ciudad de México en 1939. Vol. II.	\$100.00
Historia Tolteca Chichimeca. Anales de Quauhtinchan. Versión preparada y anotada por Heinrich Berlin en colaboración con Silvia Rendón. Prólogo por Paul Kirchhoff. Con láminas.	\$ 35.00
Ensayo bio-bibliográfico sobre Fray Alonso de la Vera Cruz. Por Amancio Bolaño e Isla.	\$ 25.00
Coahuila y Texas en la Época Colonial. Por Vito Alessio Robles.	\$ 20.00
Coahuila y Texas. Desde la consumación de la Independencia hasta el Tratado de Paz de Guadalupe Hidalgo. Dos tomos. Por Vito Alessio Robles.	\$ 30.00
La primera imprenta en las Provincias Internas de Oriente: Texas, Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila. Con facsímiles. Por Vito Alessio Robles.	\$ 5.00
Monterrey en la historia y en la leyenda. Por V. Alessio Robles.	\$ 5.00
Técnica de investigación en la Historia del Derecho Indiano. Por R. Altamira.	\$ 2.00
Noticias de la Península Americana de California. Por J. J. Baegert.	\$ 20.00
Don Fray Juan de Zamárraga. Primer Obispo y Arzobispo de México. Documentos publicados con introducción y notas por A. M. Carreño.	\$ 5.00
La Sociedad de Zacatecas en los Albores del Régimen Colonial. Actuación de los principales fundadores y primeros funcionarios públicos de la Ciudad. Por J. I. Dávila Garibí.	\$ 6.00
La Obra de los Jesuitas Mexicanos durante la Época Colonial. Dos tomos. Por el P. Gerard Decorme.	\$ 40.00
Documentos inéditos referentes al Ilmo. Sr. Don Vasco de Quiroga. Recopilados por el Dr. Nicolás León y publicados por J. M. Quintana.	\$ 5.00
Documentos Inéditos para la Historia de Tampico. Siglos XVI y XVII. Recopilados por Joaquín Meade.	\$ 1.50
Epistolario de Nueva España, 1505-1818. Documentos recopilados en el Archivo de Indias de Sevilla. (Referentes en su mayoría al Siglo XVI). Por Francisco del Paso y Troncoso. Diez y seis tomos.	\$300.00
El Arte Moderno en México. Breve historia. Siglos XIX y XX. Por Justino Fernández. Prólogo de M. Toussaint. Ilustrado.	\$ 20.00
La vida económica y social de Nueva España al finalizar el siglo XVI. Por Gonzalo Gómez de Cervantes. (Documento del Siglo XVI).	\$ 15.00
Prehistoria de México. Por F. Plancarte y Navarrete.	\$ 15.00
Fray Margil de Jesús. Apóstol de América. Por E. E. Ríos.	\$ 10.00
Hernán Cortés. Sus hijos y sus nietos, caballeros de las Ordenes Militares. Por Manuel Romero de Terreros.	\$ 3.50
Los Retratos de Hernán Cortés. Por Manuel Romero de Terreros.	\$ 10.00

DE VENTA EN LA

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

Esq. Guatemala y Argentina

México, D. F.

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS POR
FONDO DE CULTURA ECONOMICA



DIALOGO SOBRE HISTORIA DE LA
 PINTURA EN MEXICO

por José Bernardo Couto

\$ 9.00

UNA EXCURSION A LOS INDIOS
 RANQUELES

por Lucio V. Mansilla

\$ 12.00

●

COLECCION "TIERRA FIRME"

- Pedro Henríquez Ureña: *Historia de la cultura en la América hispánica*. \$ 7.00
 Jesús Silva Herzog: *El pensamiento económico en México*. \$ 6.00
 Jesús Lara: *La poesía quechua* \$ 6.00
 Daniel Valcárcel: *La rebelión de Tupac Amaru*. . \$ 6.00
 Emilio Romero: *Geografía del pacífico sudamericano* \$ 7.50
 Oneyda Alvarenga: *Música popular brasileña*. . \$13.00
-

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre-Diciembre de 1947 Vol. XXXVI

I N D I C E

	<i>Págs.</i>
NUESTRO TIEMPO	
DANIEL COSÍO VILLEGAS. México y los Estados Unidos	7
PETER FRANK DE ANDREA. El Canadá: panorama político (conclusión)	28
ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. Sentido y heroísmo del mito de Dulcinea	40
<i>Deberes del intelectual mexicano contemporáneo</i> , por JESÚS SILVA HERZOG	62
<i>En defensa de la libertad</i> , por GERMÁN ARCINIEGAS.	70
<i>La Conferencia de la UNESCO en México</i> , por FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS.	72
<i>Nueva Revista de Filología Hispánica</i> , por JOSÉ LUIS MARTÍNEZ.	83
 AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
JUAN CUATRECASAS. El hombre, animal óptico	87
VÍCTOR DOMINGO BOUILLY. El Camino de Occidente. Proposición de un criterio sobre historia universal	116
<i>Crisis y porvenir de la ciencia histórica</i> , por JOSÉ GAOS	142
<i>Las ideas políticas en Argentina</i> , por SEGUNDO A. TRI.	147

PRESENCIA DEL PASADO

RAFAEL GIRARD. Una obra maestra del teatro maya.	157
ALFONSO REYES. De un autor censurado en el Quijote (Torquemada)	189
<i>La historiografía del siglo XVI sobre Colón y la "Vida del Almirante" de su hijo Hernando, por JOSÉ MIRANDA.</i>	225

DIMENSION IMAGINARIA

CLARA SILVA. Canto de Eternidad.	233
JUAN JOSÉ ARREOLA. Pablo.	239
JOSÉ URIEL GARCÍA. El Corpus del Cusco	249
LÓLÓ DE LA TORRIENTE. Conversación con David Alfaro Siqueiros sobre la pintura mural mexicana	266

●

,

*Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS son rigurosamente inéditos en todos los idiomas.
Se prohíbe su reproducción sin indicar su procedencia.*

NOVEDADES

- FRANK HARRIS: El hombre Shakespeare y su vida trágica.** \$ 12.00
 Frank Harris, el famoso biógrafo de Bernard Shaw, describe ahora a Shakespeare, pintado por sí mismo, a lo largo de sus obras, desde la juventud a la vejez. Una gran biografía ilustrada con numerosos grabados. Volumen en rústica de 468 páginas.
- JULES ROMAÏNS: Los hombres de buena voluntad.** Tomo VII. **En busca de una Iglesia** \$ 6.00
 La lucha de ideas entre dos generaciones; los secretos y los ritos de la masonería componen la trama esencial de este nuevo tomo.
- ROGER MARTIN DU GARD: Los Thibault.** Tomo VII. **El Verano de 1914 I** \$ 5.00
 Ningún otro cuadro tan rico, expresivo y novelesco de los días que precedieron al estallido de la primera guerra mundial del siglo, como el trazado por Martin du Gard en esta Trilogía con la que termina **Los Thibault**.
- CRANE BRINTON: Nietzsche** \$ 8.00
 Una gran biografía de Nietzsche donde se examina el influjo de sus ideas sobre el pensamiento de nuestra época. ¿Puede considerársele como un precursor del nazismo o como su enemigo? He aquí una de las cuestiones más candentes a que este libro responde.
- EUGENIO ORREGO VICUÑA: O'Higgins. Vida y tiempo** ... \$ 12.00
 Escrita sobre una documentación de primera mano, es ésta una interpretación de O'Higgins distinta a todas las conocidas y que lo sitúa exactamente en el marco de su época.
- ANA MARIA CHOUHY AGUIRRE: Los días perdidos** \$ 4.00
 Libro póstumo de una gran poetisa argentina tempranamente desaparecida. En ocasión del segundo aniversario de su muerte, la Editorial Losada edita como homenaje una selección de sus mejores poemas inéditos.
- ERNESTO MEUMANN: Pedagogía experimental** \$ 8.00
 En esta obra, de uno de los fundadores de la pedagogía moderna, se estudian los diversos aspectos de la educación desde el punto de vista experimental, exponiendo las diversas investigaciones realizadas en este campo de trabajo.
- HERMINIO ALMENDROS: La imprenta en la escuela** \$ 2.50
 La renovación que experimenta actualmente la escuela hace de esta técnica uno de los más sugestivos métodos de enseñanza. No se trata solamente de introducir en la escuela el arte de imprimir sino de hacer de la imprenta el eje de la labor escolar por medio de la redacción, la composición, la impresión y la cooperación.
- NICOLAS GUILLEN: El son entero** \$ 10.00
 Por primera vez aparece en un solo volumen la producción del gran poeta cubano, desde sus "Motivos de son" hasta los estilizados poemas de "El son entero" con textos musicales de Eliseo y Emilio Grenet, Silvestre Revueltas y Alejandro García Caturia; ilustraciones de Carlos Enriquez y una carta prólogo de Don Miguel de Unamuno.



EDITORIAL LOSADA, S. A.

Alsina 1131, Buenos Aires

MONTEVIDEO

SANTIAGO DE CHILE

LIMA

CORTESIA
DE
CERVECERIA TECATE, S. A.
(FABRICA DE CERVEZA Y MALTA)

■
ACEITES VEGETALES DE
TECATE,
S. A.

■
ALBERTO V. ALDRETE E HIJOS
S. DE R. L.

■
EMBOTELLADORA TECATE,
S. A.

■
Tecate,
Baja California, México

Primeros...



REFRIGERADORES ELECTRICOS PRODUCIDOS EN MEXICO

Con este nuevo triunfo de la producción *Whacamel* demuestra nuestra industria que en México se pueden fabricar artículos de tan buena calidad como en cualquier otro país, y que habrán de mejorar las condiciones de vida de la población mexicana.

Al entrar en plena actividad nuestra

Nueva Planta, en la Ciudad Industrial *Whacamel* hemos cuadruplicado nuestra producción y superado aun más la calidad de todos nuestros artículos. Visite Ud. nuestras Salas de Exposición y Ventas: BOLIVAR 25, MADERO 22 y BOLIVAR 21 (PRIMER PISO ENTRADA POR MADERO 22.)

Tenemos un surtido completo de escritorios, mesas, archiveros, gabinetes universales, libreros, cajas para notas, sillas, sillones, butacas para teatros y cines; cestos, etc., etc. ¡TODO PARA ENTREGA INMEDIATA!

ERIC GIRE OÍ Y PIDA

DISTRIBUIDORA

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS DE LOS PRESTIGIADOS EQUIPOS DE ACERO

DIRECTOR GENERAL: ANTONIO RUIZ GALINDO

(SERVICIO POR NOMBRE)

MEXICANA, S.A.

UNA ORGANIZACION DE MEXICANOS

OFICINAS GUALES: CIUDAD INDUSTRIAL, D.M. NACIONAL
CALZ. BN. JUAN ARAGON No. 528, VILLA GUSTAVO A. MADERO, TELS. MEX. 39-02-00, 39-02-07, 39-02-08, 39-02-09
COMPRAS 17-05-98 Y SERVICIOS Y PEDIDOS 17-23-31

SALAS DE EXPOSICION Y VENTAS: MADERO No. 22
TELEFONOS ERICSSON 12-00-80 Y MEXICANA 38-18-97,
38-30-53 BOLIVAR No. 25 TELEFONOS ERICSSON
18-20-89, 18-66-68 Y MEXICANA 35-45-80, 36-10-59

RESERVADO

PARA LA

UNION NACIONAL

DE

PRODUCTORES DE AZUCAR



COMPAÑIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$ 50,000,000.00

FABRICANTES DE TODA CLASE DE MATERIALES
DE FIERRO Y ACERO:

Fierro Comercial y Fierro Corrugado, de todas medidas,
para construcción; Aceros para Muelles; para Herra-
mientas; Octagonal para Minas y Hornos, etc.

Placas, Viguetas "I" y "H", Canales "U".

Rieles de Diversas Secciones y Pesos.

Alambres y Alambazón.

Tornillos Máquina.

Coche y Arado;

Estoperoles

Pijas

Tuercas y Remaches

Arandelas

y

Clavos y Tornillos para Vía, etc., etc.



Domicilio Social

y

Oficina General de Ventas:

BALDERAS N° 68.

Apartado 1336.

MEXICO, D. F.

FABRICAS

en

MONTERREY, N. L.

Apartado 206.

VIDRIO PLANO, S. A.

FABRICANTES Y EXPORTADORES



FABRICACION AUTOMATICA DE VIDRIO TRANSPARENTE
Y TRASLUCIDO PARA PUERTAS Y VENTANAS. VIDRIO
CILINDRICO PARA CANCELES, VIDRIO GRUESO
PARA CUBIERTAS DE MESAS. SILICATO DE
SODIO DE PRIMERA CALIDAD PARA ELA-
BORACION DE JABON.

ESTAMOS PREPARADOS PARA EXPORTACION INMEDIATA



APARTADO POSTAL No. 372.

MONTERREY, N. L., MÉXICO.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA, PREPARA-
TORIA Y COMERCIO

Externos

PASEO DE LA REFORMA 80.
TELS.: 13-03-52 - 35-5195.

KINDER - PRIMARIA
Medio Internado - Externos.

REFORMA 835 (LOMAS).
TEL. 15-82-97.

MEXICO, D. F.

EL COLEGIO DE MEXICO

publica trimestralmente la

Nueva

Revista de Filología Hispánica

DIRECTOR: AMADO ALONSO (Harvard University)

Redactores: William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlc, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, José Rojas Garcidueñas, Angel Rosenblat, Manuel Toussaint y Silvio Zavala.

Redactor Bibliográfico: Sidonia Rosenbaum.

Secretario: Raimundo Lida (El Colegio de México).

La NUEVA REVISTA continuará la labor científica de la *Revista de Filología Hispánica*, publicada desde 1939 hasta 1946 por el Instituto de Filología (Universidad de Buenos Aires) y el Hispanic Institute (Columbia University). Pero no mantiene con ella ninguna vinculación administrativa, jurídica ni económica.

Aparecerá en cuadernos trimestrales, que continúan también bibliográficamente a los de la *Revista de Filología Hispánica*. Se seguirá publicando regularmente la *Bibliografía*, clasificada por materias, en sistemática coordinación con la *Bibliografía Hispanoamericana* de la *Revista Hispánica Moderna*.

PRECIO DE SUSCRIPCION Y VENTA:

En México: 20 pesos moneda nacional al año; en el extranjero: 5 dólares norteamericanos. Número suelto: 6 pesos moneda nacional y 1.50 dólares, respectivamente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

EL COLEGIO DE MEXICO

SEVILLA, 30.

MÉXICO, D. F.

DEMOCRACIA EN FUNCIONES

LA interdependencia entre los fenómenos espirituales y económicos es tan compleja, y tan espontánea la tendencia de los pueblos a su mutuo conocimiento y trueque de valores, que todo inclina, dentro de una bien entendida democracia, a favorecer esas relaciones internacionales, a estimular, en lo espiritual y en lo económico, dichos intercambios.

Esta parece ser la razón por la que se observa actualmente en las esferas oficiales de los EE. UU., relativamente al turismo, una corriente pronunciada a favor de una tesis sostenida en México hace ya algunos años. El turismo es y sobre todo puede ser mucho más que asunto de distracción y solaz particular para convertirse en una circulación económica exigida por la salud del cuerpo de naciones. Hoy día, por ejemplo, los EE. UU. necesitan horizontes hacia donde dirigir los excedentes de su producción industrial siempre en auge. Mas para ello se requiere que los Estados clientes posean los dólares necesarios para la adquisición de tan deseables mercancías. Los préstamos de nación a nación, independientemente de sus peligros, conocen serias limitaciones en regímenes sensibles a los movimientos de la opinión pública. Por consiguiente, el crecimiento de las naciones menos desarrolladas que no se hallen dispuestas a renunciar a su propia industrialización conformándose con el papel de eternas abastecedoras de materias primas, dependerá en parte de su aptitud para recurrir a medidas complementarias en otro orden de cosas. Aquí es donde el turismo aparece como una industria básica capaz de restablecer el equilibrio de las balanzas exteriores. Es obvio que a la superproducción norteamericana en la industria manufacturera conviene que México responda con una superproducción similar en el ramo del turismo, es decir con la ampliación de su capacidad para absorber los caudales trashumantes. Porque el individuo que traspasa una frontera no es sólo un agente de conocimiento democrático, un pacífico lazo de unión entre los pueblos, sino que es al mismo tiempo un factor económico muy caracterizado que derrama a su paso la moneda de su país de origen. Gracias a la multiplicación de tan amables factores, puede un estado acogedor como México hacer cosecha de divisas que, bien invertidas, le permitan seguir adquiriendo sin interrupción, para su enriquecimiento nacional, aquellos artículos de la superproducción norteamericana que considere más útiles.

No es pues extraño que exista hoy una fuerte tendencia oficial en los EE. UU. en pro del encauzamiento de sus raudales turísticos hacia sus fronteras del sur con objeto de aumentar en su propio provecho nuestro poder adquisitivo, como existe en México una inclinación no menos declarada a mejorar nuestra capacidad colectora, viviendo en una armonía democrática cuyos beneficios materiales y morales no conocen todas las naciones

F. L. S.

*Para más informes, dirijase a la
Asociación Mexicana de Turismo.*

ASOCIACION



MEXICANA

DE TURISMO

AVENIDA JUÁREZ 76.

MÉXICO, D. F.

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO VI

VOL. XXXVI

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE

1947

MÉXICO, 1° DE NOVIEMBRE DE 1947

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.

CON FECHA 25 DE MARZO DE 1912.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;
Alfonso CASO, ex Rector de la Universidad Nacional de México;
Daniel COSIO VILLEGAS, Director General del Fondo de Cultura
Económica;
Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de Mé-
xico;
Eugenio IMAZ, escritor;
Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de Ma-
drid;
Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Acadé-
mico;
Manuel MARTINEZ BAEZ, ex Presidente de la Academia de Medici-
na de México;
Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Aca-
démico;
Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.
Jesús SILVA HERZOG, ex-Director de la Escuela Nacional de Eco-
nomía de México.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Secretario
JUAN LARREA

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Daniel Cosío Villegas* México y los Estados Unidos.
Peter Frank de Andrea Canadá: Panorama político (conclusión).
Alvaro Fernández Suárez Sentido y heroísmo del mito de Dulcinea.

Notas, por Jesús Silva Herzog, Germán Arciniegas, Francisco Giner de los Ríos y José Luis Martínez.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Juan Cuatrecasas* El hombre, animal óptico.
Víctor Domingo Bouilly El Camino de Occidente.

Notas, por José Gaos y Segundo A. Tri.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Rafael Girard* Una obra maestra del teatro maya.
Alfonso Reyes De un autor censurado en el Quijote (Torquemada).

Nota, por José Miranda.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Clara Silva* Canto de Eternidad.
Juan José Arreola Pablo.
José Uriel García El Corpus del Cusco.
Loló de la Torreinte Conversación con D. Alfaro Siqueiros.

INDICE GENERAL DEL AÑO

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Ottawa. Parlamento	28
El trigo infinito. Praderas occidentales de Canadá.	29
Cobertizo, óleo de A. V. Jackson.	32
Tierra solemne, óleo de J. E. H. MacDonald.	33
Una obra maestra del teatro maya.	
Figuras 1 a 10 representando escenas variadas.	176 y 177
La carroza de San Sebastián en la procesión del Cusco. Oleo perteneciente a la parroquia de Santa Ana.	256
Escenas de la procesión de las imágenes el día de la "Entrada".	"
Castillo de Corpus junto a la catedral de Cusco y Fiesta de Corpus en la parroquia de Belén.	"
Un altar de Corpus. Cusco.	257
JOSÉ CLEMENTE OROZCO. Hispanoamérica. Fresco (Universidad de Darmouth. 1932-1934).	268
" La voz de Dios y los ángeles del Apocalipsis. Fresco (Hospital de Jesús. 1944)	269
DIEGO RIVERA. La alameda de México. Fresco. (Hotel del Prado. 1947).	272
" " La alameda bajo el signo de Don Porfirio. id.	273
DAVID ALFARO SIQUEIROS. Dibujo proyecto del mural "Aurora de México". En proceso en Chihuahua	276
Dibujo del mural de Sto. Domingo.	277
Autorretrato. 1947.	280
Retrato de la esposa del pintor. 1947.	"
Retrato de Da. Margarita Urueta de Villaseñor. 1947.	"
" Retrato de José Clemente Orozco. 1947.	281

Fotograbados de
FOTOGRAFADORES Y ROTOGRAFADORES UNIDOS, S. DE R. L.
Bucareli 24. — México, D. F.

Nuestro Tiempo

MEXICO Y ESTADOS UNIDOS

Por *Daniel COSIO VILLEGAS*

El problema de las relaciones de México con Estados Unidos es complejo en extremo. Por eso, podrá presentársele útil, apropiadamente, sólo después de una meditación sostenida, forma única de conceder su peso justo a cada uno de los muchísimos elementos que en él entran. De lo contrario, la pintura, en lugar de ser ponderada, resultará parcial y hasta grotesca. Estas líneas apenas intentan una primera aproximación a un planteamiento ya más firme y detallado, que alguien con dotes mejores ensayará alguna vez.

Las relaciones oficiales entre los dos países son hoy excelentes: puede decirse que con la excepción de Canadá, es dudoso si Estados Unidos las ha tenido alguna vez mejores con otro pueblo, y más si se trata de un país próximo. En efecto, fuera del viejo problema del Chamizal (cuya falta de solución tanto daño causa a Estados Unidos en la opinión de los mexicanos), no existe entre los dos países ninguno otro importante pendiente de liquidación o arreglo. México ha pagado ya la deuda creada por la expropiación de las compañías petroleras, y está en buen camino de saldar las otras, en gran medida en poder de acreedores norteamericanos: reclamaciones por daños causados durante la Revolución en bienes y ciudadanos de Estados Unidos, empréstitos gubernamentales, de ferrocarriles, etc. Aun cuando el gobierno norteamericano no pagó de hecho las reclamaciones de México, como se dedujeron del total debido por éste, no quedaron pendientes. A la liquidación de los grandes problemas deben agregarse las visitas del Presidente Truman a México y del Presidente Alemán a Estados Unidos: ellas le han dado a esas buenas relaciones, por la primera vez, un cierto aire de simpatía, o, al menos, de tolerancia popular.

Y sin embargo, tengo para mí que México y Estados Unidos distan muchísimo de haber resuelto, realmente, el problema, o de estar siquiera en camino de lograrlo: el caudal de hechos pasados, la persistencia y la magnitud de los actuales, pueden dar al traste con las relaciones oficiales, o convertirlas en una farsa carente de todo contenido. Y esto, desde luego, no por falta de buena voluntad, ni siquiera de inteligencia, de los dirigentes de ambos países, sino porque las fuerzas adversas son numerosas, persistentes y de excepcional vigor.

Supongo que los extranjeros deseosos de hallar una explicación, y ciertamente la mayoría de los observadores norteamericanos, contarían en primer término este hecho histórico: México y Estados Unidos tuvieron una guerra, hace ahora un siglo, que no sólo concluyó con la victoria completa del ejército norteamericano, sino con la pérdida de más de la mitad del territorio de México; y luego, en 1914 y en 1917, fuerzas navales en un caso y terrestres en el otro ocuparon parte del suelo que conservaron los mexicanos.

No obstante, estoy convencido de que esos hechos, dolorosos e injustificables como sin duda alguna lo son, no han dejado en el mexicano deseo alguno de desquite o de venganza y ni siquiera un rencor perdurable; pero no podía evitarse, por supuesto, que crearan desconfianza y escepticismo: no podemos reprimir una leve sonrisa ante las afirmaciones (y peor aún si son muy reiteradas) de que a partir de hoy, digamos, somos ya grandes amigos. Si alguna vez ha de haber una amistad verdadera entre Estados Unidos y México, no podrá ser ella efecto instantáneo de la declaración de un político norteamericano, aun cuando éste se llame Roosevelt, y aquélla, la Doctrina de la Buena Vecindad.

La animadversión del mexicano hacia el norteamericano procede en parte del recuerdo de esos hechos dolorosos; pero en una medida bastante mayor su origen es reciente y, a su vez, en parte proviene de reacciones puramente irracionales, si bien, más que nada, nace porque las trayectorias respectivas de los dos países son distintas y, sin embargo, fatalmente convergentes.

Las reacciones irracionales a que se debe en mucho la animadversión de México hacia Estados Unidos son peligrosas

por ese su carácter irracional; al mismo tiempo, son las más difíciles de explicar y combatir. Algunas nacen de hechos pueriles, pero reales: al mexicano, por ejemplo, le irrita la prisa estruendosa del norteamericano, y le abruma su tendencia al ripio, una de sus características más lamentables. Otras veces esas reacciones irracionales nacen de hechos más serios, humanamente hablando: el mexicano, que sufre la presencia continua del turista yanqui, ha acabado por considerarlo como a un nuevo Crespo, derrochador desaprensivo en un país de estrechez. Y la circunstancia de que el "peladito", por necesitado o ladino, se pliegue a esa situación y saque de ella ventajas mezquinas, no hace sino exasperar al mexicano.

Por supuesto que el norteamericano, a su vez, tiene ideas preconcebidas sobre el mexicano. No cabe la menor duda de que lo tiene por inferior física e intelectualmente; le concede a lo sumo una cortesía innecesaria y el "color", es decir, lo tiene por un ser pintoresco. Y al norteamericano muy, muy agudo, le lleva tiempo llegar a la conclusión obvia, pero negativa, de que el mexicano es complicado hasta el extremo.

La verdad, por supuesto, es que el mexicano y el norteamericano son dos seres radicalmente diversos: tienen distintas actitudes generales ante la vida y el mundo y también una diferente escala de valores.

El norteamericano, hombre fabulosamente rico, está acostumbrado a contar lo que tiene, lo que gana o lo que pierde; de ahí su propensión a fundar muchos de sus juicios de valor en la magnitud, en la cantidad. El mexicano, pobre de solemnidad como suele ser, en rigor no tiene nada, o muy poco, que contar, y, en consecuencia, la noción de magnitud, de cantidad, le resulta un tanto extraña; de ahí que sus juicios se basen o pretendan basarse en la noción de calidad. El norteamericano, que tiene en su país recursos naturales que ninguno otro hasta ahora ha tenido (quizás Rusia los tenga), sabe por experiencia que cuenta con los medios necesarios para hacer cosas y que el logro de ellas sólo requiere la decisión y el esfuerzo humanos; esto lo hace de manera natural activo y confiado. México es un país pobre en recursos naturales; por eso el mexicano cree que su decisión y su esfuerzo no bastan, que antes y por encima del hombre hay condiciones dadas —providenciales, diría él— que

es muy difícil o imposible remover; esto lo hace escéptico, desconfiado ante la acción, creyente en fuerzas superiores a él y más caviloso que activo. Y deja para mañana muchas de sus empresas, porque la insuficiencia de sus medios le ha enseñado hasta la saciedad que no por mucho madrugar amanece más temprano.

Esta misma disparidad, tan desproporcionada, de medios, ha producido otra diferencia importantísima de actitudes en el mexicano y en el yanqui. Los recursos naturales de México —se ha dicho— son limitados; de ahí que buena parte de la riqueza del país se haya montado sobre una u otra forma de explotación del hombre, al grado de haberse llamado a éste el mejor de aquéllos. Todas las civilizaciones indígenas mexicanas anteriores a la Conquista se apoyaban sobre grandes masas de siervos, elemento único de trabajo, a quienes gobernaban y explotaban dos castas reducidas: la militar y la sacerdotal. No hablemos de los tres largos siglos de la dominación española, durante los cuales variaron los explotadores, pero no los explotados. Y todo el siglo y medio de vida independiente no es sino un aflictivo esfuerzo para apoyar la riqueza más en la explotación de la naturaleza y de las técnicas que en la del hombre mismo. Al mexicano, en consecuencia, no le son connaturales la libertad y la igualdad; las ha conquistado apenas en parte. Por eso no ha abandonado, ni mucho menos, el temor de perderlas, y por eso es extremo el celo y el recelo con que las guarda y defiende: es avaro de un tesoro que sólo ahora está forjando.

Los colonizadores del territorio norteamericano no sólo fueron hombres que exactamente por estar inconformes con las limitaciones a la libertad en su país de origen huyeron de él para la América Septentrional, sino que en ésta hallaron una tierra deshabitada y rica: no existían en ella, prácticamente, hombres a quienes someter y explotar, y los pocos que había no pudieron ser ni enemigos ni esclavos por no haber echado raíces en el suelo. Al contrario, la inmensidad del territorio y su población escasísima debió haberles dado siempre la noción de plena libertad, la que tiene quien hincha de aire los pulmones hasta hacerlos reventar. Esta experiencia histórica, casi única en el mundo, ha principiado por dar al norteamericano la noción de que le son connaturales la libertad y la igualdad; pero

ha acabado por darle dos nociones más: primero —¿quien lo creyera!—, la de superioridad; segundo, que como él ha sido y es tan libre en su país, puede serlo en otros para hacer en ellos cuanto quiera. En todo caso, lo ha llevado a una incapacidad completa para entender por qué en México la libertad se ha abierto paso con tanta lentitud y a costa de tanta sangre; por qué México ha tenido, en consecuencia, una historia tan accidentada; por qué el mexicano desconfía del norteamericano, a quien no en balde ha llamado desde hace mucho tiempo el "coloso del Norte": el mexicano lo tiene como el mayor peligro para su libertad, lo mismo individual que nacional.

El ambiente general de pobreza ha hecho del mexicano un ser algo gris por lo callado y modesto; pero en el fondo, se sentía seguro en su mundo y aun orgulloso, soberbio de su pobreza. Y todo él era un ente un tanto inactual: no muy siglo XX ni muy occidental. No creía que la riqueza fuera signo inequívoco de inteligencia o de virtud; en ella veía mucho de buena suerte y un poco de fatalidad. Por eso, creo firmemente que hasta hace, digamos, cincuenta años, el mexicano no envidiaba la riqueza, ni veía en ella la meta mejor para los afanes individuales o colectivos. No ambicionaba tanto la riqueza como la libertad, la calma necesaria para hallar su camino, la holgura física para seguirlo, la soledad para gozarlo. Y creía en Dios, justamente porque ante El no parecían contar de modo decisivo sino la virtud y el honor y porque El, a buen seguro, sabría apreciar más el recogimiento que la ostentación. Y esa pobreza, esa soledad, ese abandono en que el mexicano vivía, no dejaban de ofrecer algunas compensaciones, como la tenía su ignorancia, que jamás fué obstáculo para nacer y desenvolverse con una sabiduría vital que no le daban las cartillas o los diarios. Hombre de piel muy fina a pesar de sus pies agrietados de tanto caminar descalzo entre las rocas o en el fango, el mexicano posee un sentido y una capacidad artística que no sé si tienen su igual en muchos pueblos de la tierra: goza ante un paisaje, se arroba en la observación de un rostro humano o en la contemplación de una imagen religiosa, el color le hiere y la nota musical más distante encuentra en él un eco seguro. El mundo en que ha vivido el mexicano, para decirlo de una buena vez, no era un mundo material, sino más, mucho más, un mundo espiritual y religioso: ésa ha sido la única razón de su existencia, la tabla de salvación

a la que se ha aferrado mientras el mundo todo, singularmente Estados Unidos, tomaba un sendero diferente: el de preferir el gozo fugaz y externo de lo material al más permanente e interior del espíritu.

El norteamericano, en cambio, ha vivido en la riqueza; pero ésta conforma o deforma al ser humano mucho más de lo que se piensa. El yanqui, por ejemplo, para nada muestra una sensibilidad mejor que para advertir la desigualdad cuantitativa, el más y el menos: y quien es menos rico quiere ser más rico y más rico todavía, hasta perder la noción del término o del fin, o la del reposo o del ocio, que es peor. Lo que ha salvado hasta ahora a la sociedad norteamericana de estallar, sujeta, como ha estado, a esa inmensa presión del apetito insaciable de riqueza, no es la igualdad de riqueza, que desde luego jamás ha existido, sino la "igualdad de oportunidades" para que todos se hagan ricos: y hasta ahora la experiencia reiterada de la sociedad norteamericana ha sido, en efecto, que algunos han podido hacerse ricos, y que, en consecuencia, todos podrían serlo con sólo tener las rudas cualidades de un luchador. Día llegará —y no está, en verdad, distante— en que esa experiencia, ya tan restringida hoy, se haga más y más rara, o claramente imposible, o se alcance al precio de la violencia y del crimen. Y entonces —sólo que muy tardíamente para la salvación del mexicano— cambiará la tabla de valores humanos que hoy rige en Norteamérica. Entretanto, debe convenirse en que la riqueza no es para guardarla calladamente sino para exteriorizarla, para lucirla, para hacerla brillar y sonar hasta cegar y ensordecen. De ahí el colorín, la velocidad, el ruido y el tufo; de ahí la necesidad de la chusma que aplauda, que coree, que admire y envidie. No es exactamente que el norteamericano sea un materialista empedernido y sin salvación espiritual alguna, entre otras cosas porque jamás ha sostenido que la riqueza sea un fin, sino un medio; lo que pasa es que le han preocupado tanto los medios y gasta tanto tiempo en conseguirlos, que por fuerza los medios no sólo se han convertido en fines, sino en lo único que existe, al grado de que ya es indistinto llamarles una u otra cosa.

Por todo eso, el mexicano ve en el norteamericano a un intruso: el gigante que irrumpe en su pobre, mansa soledad para hacerse admirar y envidiar. Y el mexicano lo está admirando, lo envidia ya, pero no sin el rencor de quien se siente obli-

gado a abandonar su plácido rincón para cavar febrilmente la tierra en busca de un tesoro que lo haga digno de un mundo en el cual el santo y seña no es ya la virtud, la mansedumbre, sino el chasquido de una moneda de oro sobre el mostrador de una piquera. Desde este punto de vista, no conozco aberración histórica mayor que la de la iglesia católica al aliarse a Estados Unidos en contra de México: sacrifica a uno de los mejores tipos de hombre religioso en aras de quien puede no serlo jamás.

No pretendemos, como es obvio, trazar un cuadro general ni completo de las diferencias psicológicas —llamémoslas así— que existen entre el mexicano y el norteamericano; simplemente se apuntan algunas para volver a la conclusión de que sus relaciones se mueven en un trasfondo de escasa concordia. El factor principal que aleja a estos pueblos es la distinta trayectoria que los anima; distinta y, sin embargo, convergente, entre otras razones por la vecindad.

México parecía ser a fines del siglo XVIII, o en los muy primeros años del XIX, el país con un porvenir mejor y más seguro entre todos los de este continente, incluyendo, desde luego, a Estados Unidos. Su territorio era entonces mayor que el de Estados Unidos y el del Brasil; su población era también más numerosa y mejor asentada en el suelo; se acusaba ya más en México la concentración de la población urbana, fenómeno éste tan característico de la Edad Moderna: la ciudad de México era la más poblada de la América hacia 1800; nuestro comercio exterior alcanzaba asimismo importancia y en buena medida lo constituían, o la plata, metal monetario entonces tan codiciado como el oro, o materias primas como las maderas tintóreas, de tan ricas posibilidades industriales como lo fueron después las anilinas; gozaba México también del prestigio inequívoco de haber sido el asiento de las más brillantes civilizaciones indígenas y de la más sólida, extensa y experimentada organización colonial de la historia moderna.

Estados Unidos tenía un territorio poco menos que confinado a una angosta faja paralela a la costa atlántica, en la cual su escasa población se había incrustado como temerosa e incapaz de avanzar hacia el fondo de una tierra que parecía infinita y cuya riqueza estaba, precisamente, no en la parte ya poblada,

sino en la que le seguía hacia el Oeste. Estados Unidos no existía, en rigor: eran trece colonias prácticamente independientes una de la otra y con débiles lazos de sujeción con la metrópoli. Luego, se trataba de un país, como se dice ahora, de aluvión, es decir, sin abolengo, hecho de pedacería y de materiales no fundidos aún. Es verdad que consiguió su independencia antes que México, con mayor prontitud y venciendo a una potencia cuyo cuarto creciente brillaba ya en el firmamento internacional, y también que la Constitución de Virginia y los Artículos de Confederación y de Unión Perpetua fueron documentos políticos que no sólo no tuvieron un paralelo siquiera remoto en México, sino que debieron haber sido indicio vehemente de que allí nacía un pueblo con un pensamiento político original y una capacidad de convivencia social poco común.

Pero aun esos hechos, cuya significación nos parece hoy tan grande como indudable, no dejaron de tener por aquel entonces su contrapartida negativa. La rápida victoria norteamericana parecía menos hija de la fuerza de Estados Unidos que de la debilidad de Inglaterra, cuya marina —la más importante ya del mundo— resultó incapaz de salvar una distancia enorme para mantener en el campo de batalla ejércitos numerosos y bien aprovisionados. Luego, es indudable que le daba un aire de milagro a la victoria el hecho de que la hubieran obtenido trece colonias independientes, precariamente unidas para el solo fin de la lucha militar, pues su origen, su gobierno, sus intereses y pretensiones parecían entonces irreconciliables. El hecho de que el nuevo país optara por el nombre de Estados Unidos revela hasta qué punto era temida la desunión.

Siendo tan distinto el origen de los dos países y tan claramente favorables los augurios para México, el tiempo se encargó bien pronto de señalar y reiterar la trayectoria de cada uno: ascenso continuo hasta llegar hoy al pico más alto de la historia, para Estados Unidos; franco descenso primero y después ascenso apenas perceptible, para México.

Estados Unidos acabó por contar con un territorio al que con fundada arrogancia llaman los norteamericanos "continente", no sólo por su magnitud y por su exposición a los dos grandes océanos del mundo, sino porque contiene cuanto puede apetecerse para construir una gran civilización moderna y, por

añadida, equilibrada y tan poco vulnerable como es posible que lo sea una civilización tan compleja y necesariamente universal. No carece aquel país de nada que sea fundamental para alimentar bien y con abundancia a una población numerosa, y todavía le quedan grandes sobrantes que le permiten ser un exportador importantísimo de productos alimenticios; materias primas cuantiosas, en general de buena calidad y muchas veces localizadas como por una mano providencial; de ahí capital, aptitud técnica y un mercado interior sin paralelo en la historia.

Con el tiempo, México, en cambio, perdió territorio en lugar de ganarlo; se le fueron muy buenas tierras agrícolas y recursos minerales, hidráulicos, petrolíferos, excepcionales algunos. Y el territorio que le quedó—en franca y terca contradicción con la leyenda—es en buena medida mediocre o difícil de explotar por ahora: hecho añicos por altas montañas que se entrecruzan, sus estrechos valles apenas consienten una agricultura precaria, en tierras expuestas a un proceso secular de erosión y que riegan mal lluvias veleidosas, y cuando, como en la costa, la tierra es buena y la lluvia abundante, entonces el hombre se encuentra en situación desventajosa por el calor, la humedad, las plagas y las pestes. Su población, entonces, se alimenta apenas "para ir tirando". Las comunicaciones han sido difíciles y costosas y, en consecuencia, escasas, dificultándose así el intercambio material y espiritual, es decir, la formación misma de la nacionalidad. Sus recursos minerales, muy variados, de calidad media y en cantidades casi siempre moderadas, han caído en manos extrañas por falta de capital, de aptitud técnica y de un mercado rico inmediato. Un siglo, y México, económicamente, quedaría postergado: no sería el país más importante del continente, ni el segundo, ni el tercero, ni el cuarto; en nada alcanzaría la calificación de excelente: su modesta economía le basta apenas para vivir y exporta lo más que puede, temeroso siempre del precio que aguarda a sus artículos, para comprar en el exterior algunos bienes de consumo y todos los de capital.

No ya en su economía, sino en su historia, Estados Unidos es un milagro: a caballo, con ruido, de prisa, dejando a la zaga una densa polvareda, galopa desde el Atlántico hasta el Pacífico, haciendo al mismo tiempo dos cosas de por sí difíciles: explorar y dominar un territorio inmenso, desconocido, y for-

mar una nacionalidad. Y esto último, por añadidura, con elementos humanos no siempre afines y, en ocasiones, al parecer incompatibles. E hizo Estados Unidos otras dos cosas, y simultáneamente también: su nación no fué una más, simplemente, sino una comunidad política modelo, y que intentaría, con audacia y consistencia, la realización de las mayores instituciones y las mejores formas democráticas de vida que hasta ahora se conocen. Y todo esto, diríase, partiendo de la nada, a pulso y en pelo.

México, al contrario, logra su independencia en las peores condiciones históricas. Los largos años de lucha para alcanzarla destruyen una parte de su riqueza; otra, perseguida, huye a España; y la que subsiste es en su mayoría propiedad de la iglesia católica, enemiga de la nueva nación. Así, al nacer, se desata en nuestro país un conflicto que habría de dilatarse en sus formas más violentas por medio siglo, y para el cual hoy mismo, en rigor, no existe una solución digna, estable y justa. Por otra parte, México fué hijo de una potencia impotente: no sólo las energías vitales de ella menguaron hasta llegar casi a la extinción, sino que España, incapaz ya de crear, cayó por fuerza en la actitud de esconder, para conservar, lo mucho que había dado al mundo y lo que de él había logrado. México, como todas las colonias españolas de América, vivió así bajo un signo de conservación y de reacción, y no movido, como lo fué el país que sería más tarde Estados Unidos, excepto del modo más tortuoso y tardío, por las grandes fuerzas creadoras de la sociedad moderna. Esto ha podido ser un accidente histórico fácil de salvar en el siglo xvii; pero el hecho de que España no concurriera al drama del que saldría la revolución política, económica y filosófica del liberalismo, fué ya fatal para las nuevas naciones hispanoamericanas; nacieron arrastradas por un torbellino de ideas y de hechos que les eran ajenos y cuyo alcance real no acertaban a medir. Entenderlos, apreciarlos, aprovecharlos, les llevó tiempo, esfuerzo y ¡cuánta desazón!

México, lejos de crecer a lo largo del siglo xix, de desenvolverse, se consumía en concertarse con el mundo: no terminaba aún de digerir a España cuando principió a deglutir el universo moderno. Por esas dos razones principales —y por tantas otras secundarias—, México es también en cierta forma un mila-

gro histórico, sólo que no de fecundidad, sino de supervivencia: es, de verdad, un milagro que aún esté en pie, y más todavía, que aún crea en su destino.

Pueblos distintos son, entonces, México y Estados Unidos; sus trayectorias también. Y, sin embargo, no les ha cabido el recurso de apartarse: son vecinos y sus intereses chocan. Hay en todo esto, latente unas veces, otras agudo, un conflicto que quizás no llegue otra vez a mayores, pero que no por eso será ni menos real ni menos doloroso. Hoy hace un siglo, justamente, se selló la primera etapa de la pugna: México se atravesó en "el destino manifiesto" de Estados Unidos; quedaba su territorio en el medio, vino el alud y lo arrasó. Ese fué el primer ajuste en el proceso de machacamiento al que ha estado sujeto, al que está sujeto México por su buena vecindad con Estados Unidos. Pero a pesar de haber sido tan espectacular, tan recónditamente doloroso, con haber cubierto de un espeso velo negro la historia toda del país al punto que su recuerdo hace enmudecer y torna sombrío al mexicano, a pesar de todo eso, tal ajuste no ha sido el peor ni el de más fondo. México, hoy una nacionalidad todavía muy imperfecta, lo era mucho más hace un siglo; pudo así resistir la amputación, como la conlleva mejor un organismo informe o nuevo que no uno maduro e integrado.

Peor fué el segundo ajuste, si bien llegó callado, cuando en 1890 la ola colonizadora que venía impetuosa del Atlántico, acabó de llegar hasta el Pacífico. Entonces, Estados Unidos quedó entre los dos océanos, con una necesidad imperiosa de comunicarse con prontitud de uno a otro: para lograrlo, había que cortar el continente en su estrechamiento más próximo, y antes que en Nicaragua o Panamá, se pensó en Tehuantepec. Mas, aun salvándonos de que la incisión se hiciera en nuestro territorio, no podíamos evitar que así se convirtiera éste en apéndice de la masa geográfica continental de Estados Unidos. Fué entonces cuando pasamos a formar parte del "sistema norteamericano"; se advirtió entonces que México jamás podría, no ya luchar —que de eso parecía estar escarmentado—, pero ni siquiera huir: al Norte estaba Estados Unidos; al Oeste, un océano desértico, que a nada parecía conducir; al Este, el Atlántico, rico y poblado, pero al cual no teníamos siquiera un acceso directo: nuestro Golfo de México no es parte del Océano

Atlántico, como no lo es el Mar Mediterráneo; es, como éste, un mar interior, un lago al que taponan la península de la Florida y el arco militarmente cerrado del archipiélago antillano. Sólo quedaba la salida suriana, Guatemala, el resto de la América Central. . . parte también del "sistema norteamericano". ¿A dónde podía ir México?

Pero, después de todo, ese segundo ajuste de la vida mexicana a la de Estados Unidos no era sino una consecuencia del desarrollo interior de este país. ¿Qué ocurriría cuando se iniciara el exterior? No sería menester, por otra parte, aguardar mucho tiempo para ver los resultados, pues en 1917, Estados Unidos resuelve entrar en la guerra europea, decide la suerte de ella y de ella sale más rico que nunca y con el acatamiento universal para que su zona de influencia inmediata sea la América Hispánica y México al frente de ella.

Hay hechos históricos que aparecen y obran providencialmente: desempeñan una función anestésica sin la cual no se sabe cómo una sociedad podría ajustarse a una situación que si bien arranca del pasado, se consume como de improviso y se presenta como nueva, tajante, imperativamente nueva. Así, cuando en 1914 se inicia la primera guerra mundial, la Revolución mexicana entra en la fase violenta que la conduciría a la victoria final y completa. Sale de ella México como un país nuevo: apretado, dinámico, acometedor y con un tono nacionalista que había perdido en el vano y largo proceso de europeización porfirista. Nada parece importarles que Estados Unidos se haya convertido en una potencia de primer orden, que la guerra lo hiciera amo y señor de las Américas. Lo desafía con su Reforma Agraria, bajo cuya hacha caen pronto propiedades y personas norteamericanas, y con su legislación y política petroleras, que limitan y dañan intereses yanquis, hasta desposeerlos por completo en 1938; inicia en 1917 una vigorosa política de acercamiento con los países latinoamericanos, cuyo fin es defenderse de Estados Unidos y disputarle prestigio e influencia. A México se le proscribió de la Sociedad de Naciones; como muda protesta contra una política norteamericana de persecución, renuncia a concurrir a la Conferencia Interamericana de Chile; y alguna vez Kellog, el secretario de Estado, declara públicamente que México se halla en el banquillo de los acusados por sus grandes crímenes internacionales. México interviene más de

una vez en la política centroamericana, contrariando los designios yanquis: retira a su representante diplomático cuando los marinos norteamericanos invaden Nicaragua, haciendo así de Sandino un héroe, y consiente que en su territorio se organicen expediciones en contra de Juan Vicente Gómez, perturbando la paz americana bajo el señuelo de la democracia. Estados Unidos, acosado, con más de un deseo de cortar todo aquello con las armas, decide cambiar de táctica y envía al embajador Morrow, genio de la nueva diplomacia. Esto no impide que México siga teniendo una política internacional olímpicamente independiente: establece relaciones diplomáticas con la Unión Soviética antes que ningún país del Continente, y, desde luego, mucho antes que Estados Unidos; se pone al lado del gobierno republicano español; objeta el imperialismo italiano en Africa; censura la pasividad ante la invasión nipona en China, etc.

Entre alternativas, entre altas y bajas, las relaciones de México y Estados Unidos son agrias y, a veces, violentas, hasta 1938, en que la disensión parece culminar con la expropiación de los bienes de las compañías petroleras norteamericanas e inglesas; pero en el fondo, México se opuso tan tenazmente a la nueva situación de dependencia sólo para ganar tiempo y ajustarse a ella; muy poco después, México pasaba a ser un aliado de Estados Unidos en la segunda guerra mundial.

El ya secular proceso de machacamiento de México entra ahora en su etapa final. Ocurre en todos los terrenos, pues en todos ellos se deja sentir la pertinaz, la inabatable influencia norteamericana; en los hábitos de la alimentación y el vestido; en el lenguaje, en el pensamiento, en los ideales de vida; en la economía, en la sociedad, en la política religiosa, en las artes y en la educación; en toda acción interior y exterior. Esa influencia se ejerce, además, en un mundo en que la distancia no es ya defensa; en el mundo de una prensa que ofusca, de una radio que aturde, de un cine que embelesa y de un avión que se dispara como flecha mágica desde Wáshington, para llegar a México, hoy, en diez horas, mañana en seis y pasado en cuatro. Por eso, la influencia norteamericana sobre México es ya como el Dios de los cristianos: omnipotente y omnipresente. Y a todo ello añádase una circunstancia todavía: no es que Estados Unidos sea simplemente una gran potencia, sino la única; todo el dinero del universo está allí; casi toda la fuerza y la técnica;

mucho de la civilización del presente y del futuro; y también las Naciones Unidas, es decir, el gobierno del mundo.

¿Qué ocurrirá? ¿Qué quedará de México después de esta última etapa de machacamiento? ¿Podrá resistir y, en ese caso, con qué principales elementos de defensa? ¿Es tan avasalladora, como parece, la influencia norteamericana?

Nuestro territorio alguna defensa ofrece, no por nuestro, sino por ser lo que es: pobre, fuera de la zona templada y accidentado, circunstancias todas que son bien diferentes y adversas para repetir en México, lisa y llanamente, el "experimento" norteamericano, experimento cuyas bases esenciales han sido hasta ahora una abundancia que permita el desperdicio y una llanura que facilite al extremo el esfuerzo físico.

Nuestra población será un obstáculo todavía mayor. A nuestra clase media puede agradarle el modo yanqui, y, en consecuencia, puede preferirlo; pero aun en ella hay una evidente repugnancia a la uniformidad y una gran soberbia para acatar a cualquier amo. El norteamericano puede ser individualista en el sentido de que prefiere tomar él la iniciativa, y no dejarla a la colectividad; pero no en el de que apetezca ser distinto de los demás, como al mexicano le agrada y busca serlo. En el yanqui, la sumisión no origina rencor, quizás porque la ha considerado siempre transitoria. El mexicano, rebelde, indisciplinado, admite al amo y lo obedece, pero jamás lo estima.

El indio presentará mayor resistencia. Desde luego, formando él, como forma, una gran masa inerte sobre la cual se han apoyado pequeños grupos aristocráticos, podrá ser de nuevo esclavo del norteamericano—como antes lo fuera del español o del criollo—; pero difícilmente llegará a desempeñar el papel de la masa norteamericana, gregaria, flúida, impetuosa, sensible al estímulo de la riqueza. El despego del indio, su ensimismamiento, su profunda desconfianza, su ritmo lento y su cerrado mutismo, harán difícil su participación voluntaria y gozosa en una civilización de estruendo, de violencia, de lucha tenaz. . . , aun cuando nunca se puede apostar con certeza sobre la fascinación del dinero o el alucinamiento del confesor.

Antes era usual contar a la iglesia católica como una de las fuerzas de resistencia decisivas contra la penetración yanqui. Quizás esa opinión se basaba en el razonamiento simplista

de que siendo Estados Unidos un país predominantemente protestante, la iglesia católica temería que con el predominio político y económico viniera el religioso. También se basaba en que la iglesia católica, mojonada más que severa, veía con repugnancia el predominio de una vida tan "libre" como la del norteamericano: la mujer, libertina y desaprensiva en sus relaciones sexuales; el divorcio, universal; el cine, semillero de hábitos licenciosos; la ropa, llamamiento al pecado; el baile perenne, pretexto para que los cuerpos se restringuen. Hoy ya es bien claro que los patriotas mexicanos que contaban con la ayuda de la iglesia católica se habían equivocado, si bien esta decepción no ha trascendido todavía a la opinión pública del país.

La iglesia católica, que denuncia tan encendidamente el carácter supranacional del comunismo, es también una fuerza internacional, rara vez aliada, casi siempre adversa, a las fuerzas puramente nacionales de cada país; y, como el comunismo, obedece con ciega fidelidad los dictados de una organización central cuyo único móvil es la posesión del poder para la realización de sus fines en todo el orbe, sin que le importen, ni le hayan importado jamás, los problemas o fines de un estado o nación, a los cuales considera, en el mejor de los casos, carne de cañón en la gran batalla de todos los días en busca de un dominio y de un sometimiento cada vez mayores.

El cuadro internacional ha cambiado mucho en los últimos años, no sólo para México, como es natural, sino para todos, y entre ellos, casi el primero, para el Vaticano. Por una parte, es ya indudable que éste salió de la última guerra con un prestigio y una fuerza bien menguados, pues su alianza íntima y ostensible con el fascismo y el falangismo, en Italia, España y Portugal, lo colocó dentro de la causa vencida, sin que bastaran para borrar este resultado sus choques intermitentes con el nacionalsocialismo.

La vida internacional, sin embargo, tiene muchas alternativas, tanto que en repetidas ocasiones aun el más desesperado de los vencidos ha podido levantarse y trepar a grandes alturas con sólo aguardar el momento propicio de jugar una buena carta. Y la división entre los vencedores—la misma, justamente, a la que Hitler confió su victoria o su salvación—le ha dado a la iglesia católica una nueva oportunidad, la mejor,

quizás, de cuantas se le han presentado: la de poder ser el peso adicional que incline la balanza del lado de Estados Unidos o de Rusia. Claro que en cierta forma la elección del Vaticano estaba hecha de antemano, no sólo porque un entendimiento con Estados Unidos es más digno y seguro, sino porque es regla tradicional de política internacional la de apoyar al "second best" para llegar a ser el primero. Y en este punto todos podían haberse equivocado, pero no la iglesia católica: ella sabe que, como fuerza corrosiva permanente y universal, el comunismo es mucho más temible que nada en el mundo: como que sólo él, por su naturaleza y por su alcance, puede equipararse a la iglesia católica. Esta, además, es ambiciosa, tanto —aquí también— como puede serlo el comunismo: de la misma manera que el comunismo no desespera de vencer en los Estados Unidos, el paraíso capitalista, la iglesia católica ve como un fin alcanzable ser la iglesia predominante o única en Estados Unidos, el edén protestante.

Si la iglesia está empeñada en un juego internacional de esta increíble magnitud, ¿es posible que le importe algo la nacionalidad mexicana? Si la iglesia católica ambiciona hoy destruir al comunismo aliándose con Estados Unidos, y, en premio de sus servicios pide desenvolverse allá hasta llegar a predominar, ¿es concebible que quiera comprometerse por defender a México?

Quien deseara hacer un recuento prolijo de las fuerzas de que dispondría México para resistir al machacamiento de su nacionalidad, podría hacerse la ilusión de contar también al capitalismo mexicano entre ellas, pensando que, como la industria norteamericana puede cercenarle aun la posibilidad misma de vivir, vería en esa industria, y en el país que la protege, su peor enemigo. También el tiempo —y más pronto de lo que parecía— ha hecho caer la venda de los ojos ilusos: largo rato ha que el capitalismo mexicano vive de las migajas del capitalismo yanqui, y con la invención de las empresas de capital mixto, el rico mexicano, además, ha colmado su ambición y su vanidad: la de codearse en un consejo de administración con su prepotente colega norteamericano.

Otra forma de medir la resistencia nacional de México es averiguar a qué género de presión está sometido y de quién

parte, así como ver si pueden crearse fuerzas contrarias que la contengan. Me parece que una es la influencia vaga, inorgánica, que ejerce el país que se convierte en "modelo" por su fuerza, por sus recursos y su prestigio, y otra es la verdadera penetración, o influencia deliberada, orgánica, que hacen sentir algunas partes o cuerpos del país modelo, típicamente su gobierno, sus grupos capitalistas, o los dirigentes de la clase religiosa o de la obrera, para citar de entre éstas a sólo dos. En cuanto a la primera, no por vaga e inorgánica es menos honda o pertinaz, ni tampoco menos difícil de combatir; ni serán desfavorables todos los resultados de esa influencia, porque a ella se ha debido no poco del progreso o de la renovación de los países en que se ha hecho sentir. Y convengamos en que la circunstancia de ser deliberada y orgánica no convierte siempre a la segunda en una influencia siniestra.

¿Cómo podría combatirse o, por lo menos, equilibrarse en alguna forma el primer tipo de influencia? En términos generales, sólo habría un medio, que obraría en dos sentidos: combatir, por un lado, esa influencia; por otro, robustecer nuestra nacionalidad. Y ese medio sería el de crear en México una opinión pública compacta, encendida, sensible. Pero ¿quiénes crean y encauzan una opinión pública nacional? Es evidente que los organismos gubernamentales deben tener mucho de la iniciativa; que a éstos les seguirían en eficacia las empresas que manejan los medios públicos más logrados de expresión del pensamiento: los diarios y revistas, la radio, el cine y el libro; en fin, están los hombres todos que piensan y sienten, y particularmente aquellos a quienes llamamos intelectuales.

Si el problema de la influencia norteamericana sobre México es tan hondo y tan agudo como parece serlo, si uno de los medios inequívocos de atacarlo es crear una opinión pública nacional, si en México existen los grupos que pueden crearla, ¿por qué, entonces, han pasado los años y pasan los días sin ver siquiera el despuntar de esa opinión pública? No parece que pueda haber sino una de estas dos explicaciones, o una mezcla de ambas: o no existe conciencia del problema y de su magnitud, o se tiene miedo de crear esa opinión pública por juzgársela ofensiva a Estados Unidos o porque podría resultar embarazosa en un momento dado. En uno o en otro caso, no podrían ser esas explicaciones más desalentadoras, pues querría decir

que debería principiarse desde muy lejos la obra de rectificación.

La penetración, o influencia deliberada y orgánica, la ejerce más que nadie el gobierno de Estados Unidos, o las agencias u organismos que él mueve. No debe ni puede ser ella escasa ni poco vehemente, pues al impulso de mero dominio que toda nación imperial siente irrefrenable, hay que agregar la situación actual de ese país, de una genuina, punzante necesidad de contar con la sumisión de los países próximos, o con su apoyo y simpatía, si se cree necesario el eufemismo.

A pesar de un número casi interminable de consideraciones que podrían hacerse para demostrar lo contrario, en este campo de la penetración parece más viable otra solución: lo es, desde luego, en teoría; pero nada difícil sería que fallara el hombre que pretendiera hacer la teoría, o aquel a quien se le confiara su aplicación. Un acuerdo que concilie los intereses económicos de los dos países no es imposible ni siquiera difícil de concebir en sus rasgos principales; ni debiera ser imposible un acuerdo en el terreno internacional. México no puede —y quizás no deba— apartarse del camino central que siga Estados Unidos; pero a una cosa no puede renunciar y otra la debe obtener y hacer respetar. La primera es pensar y apreciar por sí mismo los problemas y las situaciones; la segunda, un compromiso formal de Estados Unidos de no tomar ninguna decisión internacional importante sin oír y atender la opinión de México. Y en todo esto —de nuevo— hace falta crear una opinión pública nacional: la política internacional general de un país y concretamente el gravísimo problema de las relaciones de México y Estados Unidos, no pueden ni deben confiarse de manera cabal a la acción personal y, por eso, transitoria, veleidosa, de un Ministro de Relaciones y ni siquiera de un Presidente. La acción y el juicio de ambos deben alimentarse en la opinión pública de todo el país y deben ser enjuiciados por ésta.

Pocas y bien inciertas parecen ser las fuerzas propias, reales e inmediatas, con que México podría contar para alimentarse en estos años de dura prueba su nacionalidad y hacerla subsistir hasta el final. De hecho, todo parece ser en México debilidad y todo fortaleza en Estados Unidos. ¿Es así, por ven-

tura? Exista o no una ley universal de la compensación, en este caso opera, pues la vulnerabilidad de Estados Unidos sólo es commensurable con su increíble fortaleza.

En primer lugar, nada envidiable es la situación general de Estados Unidos en el mundo. Es verdad que no hay caso en la historia de un país cuyo predominio haya sido tan absoluto en un momento dado, que haya conseguido concentrar tanto poder y tanta riqueza. De hecho, Estados Unidos es hoy lo que el león es entre los animales: el rey indiscutible. Sólo que el león es el rey de la selva, es decir, de un mundo animado, y Estados Unidos es el rey del páramo, cuyos únicos habitantes son el viento de la desolación y el frío del hambre y de la muerte. Para tener compañía, para reunir seres vivientes que le den algún calor, que lo escuchen siquiera, Estados Unidos habrá de mantener, así, literalmente, a sus aliados—a Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Noruega—y revivir a sus antiguos enemigos, Alemania, Italia y Japón. Y tendrá que convertir en realidad la ficción de que China es una potencia de primer orden. Y tendrá que ganarse a Italia y a España, y que disputarle a Rusia toda la Europa oriental. Y, por sobre todas las cosas, luchar con la Unión Soviética, fanática de la bondad de su propia causa, descreída intransigente de la bondad de la causa ajena.

No es ésta tarea pequeña, aun para un gran país como Estados Unidos; puede exigir más talento, más experiencia y más medios de los que Estados Unidos tiene, y esto admitiendo que la opinión pública norteamericana acepte alguna vez la idea de que la gloria supone algunas preocupaciones. Aun desempeñada bien, esa tarea significa que Estados Unidos será menos rico y menos fuerte al concluirla que al iniciarla.

Por otra parte, la fuerza de Estados Unidos tiene que engendrar una reacción proporcionada: hasta ahora no son mayoría los mexicanos que han sentido esa fuerza en carne viva; quizás sólo el gobierno la haya palpado, y los gobiernos son discretos y ceden con facilidad, tan ansiosos están de darle a sus pueblos la sensación de que, al amparo de su magia, la vida puede vivirse alegre y confiadamente. Pero que la opinión pública mexicana es capaz de claras reacciones en estos asuntos, lo revela la derrota electoral de Ezequiel Padilla, el Ministro de Relaciones "amigo" de Estados Unidos, y la inmensa popula-

ridad que cosechó en su viaje el Presidente Alemán con sólo decir en Estados Unidos que México se proponía seguir velando por su independencia.

En fin, las decisiones que va tomando Norteamérica en su política internacional—tanta es, así, su fuerza—irán repercutiendo necesariamente en la opinión pública de México como en la de los otros países, de manera que, en cada caso, Estados Unidos ganará unos amigos y perderá otros. Aun las abstenciones—España y Santo Domingo, por ejemplo—tienen sus consecuencias; pero sin duda la decisión más trascendente es la que parece haber tomado Estados Unidos de luchar contra Rusia. Si es así, Estados Unidos, entonces, ha planteado mal el problema, pues gasta todo su aliento en querer demostrar lo que algunos sabíamos ya de sobra, es decir, que la Unión Soviética es un imperialismo. Mientras Estados Unidos no demuestre que él mismo no lo es, y que por no serlo, por eso y sólo por eso, se opone a la Unión Soviética, no contará con el apoyo y la simpatía de los liberales mexicanos. Y es ya motivo indudable para enajenarse esa simpatía el hecho de que Estados Unidos haya conjurado en su defensa a las peores fuerzas retrógradas: a la iglesia católica y a todos aquellos elementos que con una prontitud que debería ser sospechosa a simple vista, se disponen alegres a participar en la cruzada anticomunista. Si tal ha de ser la política internacional estable de Estados Unidos, puede ese país contar con el apoyo de los grandes capitanes Franco, Somoza y Trujillo, y con los católicos enceguecidos; pero no con los elementos liberales de México y de Hispanoamérica.

Y he aquí uno de los costados más vulnerables de Estados Unidos: éste ha sido un país que no ha vivido simplemente en el liberalismo y en la democracia, sino que ha contribuido a la causa liberal y democrática con no pocas de sus teorías originales y con las mejores instituciones y formas de vida que han dado el liberalismo y la democracia. De aquél y de ésta es hijo Estados Unidos, y de ambos ha sacado su mucha fuerza moral y material. ¿Será posible que para engrandecerse más todavía—que no para subsistir—sólo encuentre la solución de crear un mundo retrógrado, reaccionario, hecho de fuerzas antiliberales y antidemocráticas? Por lo que toca a México, Estados Unidos puede estar seguro de una cosa: este país, po-

bre y torpe si se quiere, vive por una sola razón, con un solo fin: conquistar, practicar, vivir la libertad y la democracia. Toda nuestra historia no es sino un esfuerzo penoso para lograrlo. Y si hay algún modo de enajenarse definitivamente la amistad y la admiración de México, es el de hacerle admitir que sólo aquí, en México, podría vivir un mexicano como a él le place. Y por fortuna, el liberal mexicano no estará enteramente solo: lo acompañarán los liberales norteamericanos, que no son pocos, y aquellos que sin serlo de manera expresa, son comprensivos y rectos. Y esos abundan todavía más en Estados Unidos. De la opinión pública norteamericana pueden esperarse, ciertamente, grandes aberraciones, pero también la más limpia justicia.

La Plata - México
julio - septiembre
1947

EL CANADA: PANORAMA POLITICO

(Conclusión *)

Por Peter FRANK DE ANDREA

c) *Sistema Gubernamental: Forma y Realidad*

NADA es lo que parece y lo que parece no es. Este carácter paradójico del sistema constitucional del Canadá, es el resultado de una evolución histórica en el transcurso de la cual antiguas formas han sido retenidas a la par que el desarrollo fáctico ha mudado esencialmente. En general, esta herencia ha proporcionado a la máquina constitucional canadiense una apariencia conservadora que cobija innovaciones marcadamente radicales.

En primer lugar, el país mantiene en lo oficial una forma monárquica de gobierno, pero en la práctica y en la realidad, el Canadá si no una república, es, por excelencia, una nación democrática, pues en última instancia, es el pueblo mediante un sufragio universal el que dicta los destinos del país. En segundo lugar, el título de "Dominio" parece implicar una relación de dependencia; postura desmentida por un efectivo estado de independencia. Siguiendo esta antítesis de lo formal y lo real del gobierno canadiense, hay que señalar que la "constitución" escrita del país —el Acta de Norteamérica británica⁴— menciona formas externas, pero sería en vano buscar en ella los aspectos esenciales del gobierno canadiense. Técnicamente, órganos tales como el oficio de *Premier*, los partidos políticos, el gobierno responsable ante la mayoría de los ciudadanos, etc., no tienen existencia jurídica, con ser la base de la

* Véase el Núm. anterior de CUADERNOS AMERICANOS.

⁴ Esta Acta contiene la definición parcial de un gobierno canadiense. No se le puede considerar estrictamente como una constitución cabal.



OTTAWA. Parlamento.



El trigo infinito.
Praderas occidentales... granero del mundo.

democracia del país. Esta Acta proclama que el Canadá tendrá una constitución semejante, en principio, a la del Reino Unido. ¿Pero cuál es la constitución del Reino Unido? Difícil sería definirla, pues es materia de intangibles, tales como el uso, las costumbres y las convenciones que han venido creciendo desde hace siglos. Esto es, el sistema de gobierno inglés descansa en la tradición y no en estatutos: es la historia misma de Inglaterra. De igual manera la "constitución" canadiense no deja asentada la base para un credo social, como la de Estados Unidos. Pero los derechos del ciudadano son tan inalienables, indestructibles, y se les toma de tal manera por supuestos, que ni se discuten. La libertad individual es un ingrediente que ha venido integrando al *homo britannicus* desde el acontecimiento de la Magna Carta en 1215. Durante el transcurso de las centurias, se ha ido reforzando paulatinamente, primero en Inglaterra, y luego en el ambiente igualitario del Nuevo Mundo. Así que el *dictum* del penetrante político español Saavedra Fajardo en el sentido de que es mejor que el Estado tenga pocas leyes, y que las demás queden al juicio natural y "en el ánimo y memoria de todos", parece tener plena realización en la comunidad canadiense, pues el país se rige no tanto por leyes escritas, sino por convenciones y tradiciones firmemente arraigadas. Los derechos del hombre son sacrosantos.

Hemos dicho que el Acta no propugna un credo social, únicamente deslinda la jurisdicción, las prerrogativas del gobierno federal y las de las provincias respectivamente. Pero aún aquí hay que distinguir entre forma y realidad, pues los padres de la Confederación implantaron hace ochenta años, el principio de un gobierno central fuerte. Pero las interpretaciones jurídicas que los tribunales han fallado desde entonces, han venido reforzando más y más la jurisdicción y los poderes de las provincias, frente al Gobierno Federal. Se han invertido de esta manera los propósitos prístinos de los fundadores de la nación para crear un *impasse*, que es uno de los problemas más espinosos de la confederación. Más de una vez, el bienestar del país en general ha sufrido a causa de las opiniones divergentes de las provincias. Por ejemplo, el gobierno federal tiene cuantiosos ingresos del erario para poder enfrentarse con problemas de la nación, pero carece de jurisdic-

ción para dirigir sus gastos. Por otro lado, las provincias que han venido acumulando poderes mediante interpretaciones favorables de las cortes, tienen el poder pero no disponen de suficientes rentas públicas para enfrentarse con la reconstrucción provincial. A causa de esta inigual distribución de poderes e ingresos, los conflictos son constantes y todavía no se ha logrado idear un plan para apartarse de este callejón sin salida. Así que a otros problemas ha venido a sumarse la influencia disolvente de las provincias.

Hasta aquí es fácil constatar que a cada paso hay que distinguir entre forma y realidad; entre la "constitución" y los procedimientos reales.

El aspecto formal, que diferencia el sistema gubernamental canadiense del de los países iberoamericanos, es precisamente el concepto jurídico de la monarquía como fuente última del poder. Nominalmente, todo poder en el Canadá, emana de la Corona representada en el país por el Gobernador General. Todos los tribunales del "Dominio" son tribunales del Rey. Toda justicia es dispensada por el Monarca. Los vehículos colorados del Departamento de Correos llevan la insignia y título de *Royal Mail* —Correo Real. Los bienes públicos son *Crown Lands* —Tierras de la Corona. El más moderno servicio de guerra se designa con el título de la "Real Fuerza Aérea Canadiense". El gabinete del país constituye el gobierno de Su Majestad en el "Dominio" del Canadá. Pero aun en la forma la Corona ha seguido un proceso de *canadianization*, pues el Rey, en su ejercicio del poder, cuando actúa en materias relativas al Canadá, debe seguir únicamente el consejo y responsabilidad de sus ministros canadienses. Su ejercicio del poder en este proceso, es diferente y está separado de su actuación como monarca del Reino Unido y otros territorios de su majestad. Ya hemos citado el caso en que, como Monarca de Gran Bretaña, estaba en guerra, mientras que como Rey de Canadá era neutral. Esta unidad en esencia y pluralidad en cuanto al ejercicio de su poder, ha sido comparada por los juristas británicos con el "Misterio de la Trinidad".

Ahora bien, es ya una perogrullada que el monarca inglés ha perdido su significación política para crecer en valor simbólico. El soberano personal de la Edad Media ha sido trans-

formado por los juristas británicos en una monarquía impersonal. Desde hace mucho su oficio ha sido considerado como una gran dignidad oficial más bien que como signo de poder e influencia. En suma, reina, pero no gobierna. Ya sabemos que el verdadero depositario efectivo del poder es el pueblo canadiense.

De hecho, el Canadá es una república, siendo la Cámara de los Comunes la más importante rama del Parlamento. Ahí se refleja toda pulsación y todos los sentimientos del dilatado cuerpo de la nación. El primer ministro, jefe del Partido que tiene la mayoría en los Comunes, gobierna el país tan independientemente de Londres, como si el gobierno inglés no existiera. La responsabilidad ministerial ante el pueblo es el principio fundamental. Los votantes eligen a sus partidarios como representantes en la Cámara de los Comunes, y los jefes de la mayoría parlamentaria constituyen el gabinete. Son los que controlan, directa e indirectamente, todos los procesos legislativos y de administración. En la práctica podríamos añadir que el aspecto distintivo del gobierno es el poderoso control del *Premier*.

En la Cámara de los Comunes, él y sus ministros se encuentran cara a cara con sus siempre alerta críticos: los miembros de la oposición. Ahí deben contestar toda pregunta referente a su actuación gubernamental. Precisamente aquí es donde se han ventilado todos los problemas espinosos del país. Ha sido la válvula de escape de las pasiones políticas —muchas veces tempestuosas. En ello estriba el que la nación no haya tenido que recurrir a cuartelazos y guerras civiles después de los conatos de 1837. No se podría concebir un *coup-d'état* en Canadá.

En el proceso de la defensa de su administración, el partido del poder por un lado, y la crítica de la oposición, por otro, se empeñan en la preparación de la comunidad para elecciones venideras. De esta manera, la opinión pública se mantiene al día acerca de los acontecimientos y guía con su actuación la ruta política del país.

Esto es, en sus lineamientos generales, el sistema gubernamental del Canadá. En un ensayo más amplio, habría que discutir otros aspectos tales como el Senado, los Gobiernos Provinciales y Municipales, los partidos menores, etc.

En resumen, la maquinaria estatal del Canadá viene a ser una amalgama de la singular contribución británica —el gobierno parlamentario; y la singular contribución americana —el federalismo. En Canadá los dos sistemas están fundidos con otros elementos autóctonos que han dado forma y consistencia a una estructura distintiva. El parlamentarismo ha permitido que continúe la tradición democrática inglesa y el federalismo ha sido la fórmula superadora que ha permitido una confederación compatible con la existencia de la pluralidad cultural.

d) Partidos y problemas políticos

EN un sistema constitucional democrático —como es bien sabido— el mecanismo propulsor, indispensable para su recto funcionamiento es el recurso de los partidos políticos. Se le ha comparado con acierto al pistón de una máquina. Como el émbolo transmite la fuerza activa de un vapor combustible dentro de una máquina de gas, de igual manera los partidos, en el proceso democrático, sirven como agentes mediante los cuales la fuerza de la opinión pública se canaliza en acción política. Se supone que el partido recoge los ideales, los intereses y las necesidades públicas, transformándolos en actividad coordinada para su ejecución gubernamental. En Canadá ha habido dos partidos tradicionales —el conservador y el liberal— que vieron la luz prenatalmente; es decir, nacieron antes de la nación. Estaban bien definidos y organizados y hábilmente dirigidos en las colonias, antes de que éstas se juntasen en confederación en 1867.

Los dos partidos, el conservador y el liberal, se han venido alternando en el poder desde la Confederación —si exceptuamos el gobierno unionista de 1917 a 1921. Aquí cabe una observación: en Canadá como en otras partes del mundo no hay que dejarse sorprender por los títulos de los partidos como índice de su política y como fuente de su apoyo. La terminología dista mucho de indicar la realidad. Generalmente hablando, el partido liberal ha mantenido una actitud nacionalista en las relaciones del Canadá frente al *Commonwealth* británico y a los demás países, pero una postura internacionalista en la



Cobertizo, óleo de A. V. Jackson.



Tierra solemne, óleo de J. E. H. Macdonald.

política comercial. Hay que acreditarle la mayor parte de las iniciativas que ha traído consigo la acentuación de la autonomía canadiense. Su sistema de tarifas por lo general ha sido más moderado que el de los conservadores, sin llegar por esto al libre cambio. Se ha identificado más con la atracción de Nueva York; mientras que el partido conservador ha mantenido vínculos más estrechos con Londres. Los conservadores son los depositarios de la tradición, mientras que los liberales han sido más sensibles a las fuerzas del continentalismo.

El partido conservador tiende a abogar por la colaboración imperial en lo relativo a las relaciones exteriores, pero aboga por una política nacionalista en cuanto a los intereses económicos del país.

Sin embargo, los partidos funcionan más como expediente de contingencias que como premisa de principios abstractos. Por ejemplo, los francocanadienses conservadores por excelencia han adoptado en masa la planilla liberal —pues consideran al partido conservador como antifrancés. Hemos dicho que los liberales propenden a favorecer la autonomía canadiense; pues bien, fué Borden, jefe del partido contrario, quien tomó la iniciativa paradójica de exigir una definición más adecuada del *status* del Canadá como miembro del *Commonwealth*. Y fueron, asimismo, los conservadores los que, dirigidos por R. B. Bennett (1930-1935), dieron un brusco y repentino viraje hacia la izquierda, en el proceso del cual los liberales quedaron a la derecha invirtiéndose de este modo los papeles políticos.

Es evidente, por lo tanto, que los dos partidos no se apegan a principios fijos. El motivo de ello es que no han sido fundados sobre una filosofía política bien definida. Se han basado en las contingencias de coordinar el apoyo de intereses sociales y culturales para permitir la nacionalización de los partidos y la unidad del país.

Parcialmente, a causa de estos procedimientos, y porque la nación ha evolucionado con las fuerzas de la contrarrevolución, el Canadá, país político por excelencia, no ostenta grandes pensadores políticos. No hace gala ni de un Jefferson ni de un Hamilton que hayan postulado la filosofía de la política reformista, o las teorías del partido conservador. El radicalismo ha sido demasiado débil para dar pábulo a un

pensamiento político distintivo; a la par que el bando conservador, por este mismo motivo, no ha tenido la necesidad de justificarse en términos de filosofía estatal. El Canadá se ha dedicado más a construir su realidad política que en lucubrar acerca de ella. Por ello hemos tenido pocos pensadores pero en cambio el país se ufana de tener estadistas de primer orden, empezando con el gran John A. MacDonald, sumo estratega, genio de la demora —se le tildó *Old Tomorrow*, el Viejo Mañana—, figura folklórica y espíritu sumamente amigable, quien logró salvar la frágil estructura de la Confederación, cuando no era más que nominalmente una entidad. A su muerte el partido conservador perdió el poder, y un nuevo y brillante estadista ascendió a la dirección del pueblo: el francocanadiense y liberal Wilfred Laurier. Perfecto hidalgo, político eminentemente práctico, pero al mismo tiempo dueño de una gran visión optimista para el "Dominio", la cual logró inyectar en fuertes dosis en el cuerpo de la comunidad. Fué luchador infatigable en favor de la *bonne entente* de los dos núcleos culturales.

Desde 1921 —salvo un intervalo conservador de cinco años, 1930-1935— el país ha sido dirigido por William Lyon Mackenzie King, descendiente del rebelde de 1837. El presente jefe de estado es figura de controversia, pero no se le puede negar la virtud de la constante perseverancia y moderación. Sea como fuere, la prominencia internacional que ha alcanzado actualmente el Canadá es debida en gran parte a este callado estadista —antítesis del grandilocuente y dramático Winston Churchill. Arquitecto supremo de las avenencias, cauto, paciente, flexible, Mackenzie King ha tenido que andar de puntillas continuamente —de especial manera durante la última guerra— para mantener la unidad del país frente a las divergencias culturales que amenazaban una explosión de antagonismos políticos en lo relativo al reclutamiento general. Ha sacado de cada conflicto un acuerdo, un arreglo que si no ha sido del agrado supremo de todos los intereses, ha resultado más aceptable que cualquiera otra alternativa.

Por todo lo anterior queda como es evidente el hecho de que el Canadá es difícil de gobernar. Hace ochenta años que los pesimistas profetizaban que la confederación no tendría

vida larga. Muchas veces durante estas décadas, sus predicciones estaban a punto de verificarse. Particularmente durante los dos últimos conflictos, la estructura del "Dominio" estuvo a punto de tambalearse, puesto que los dos grupos no han estado de acuerdo en la actuación y postura de la nación frente a la guerra. El sector anglocanadiense, en general, no olvida que es miembro de una agrupación cultural que se extiende en el espacio y en el tiempo más allá de lo que hace el Canadá, y al ser envuelta Gran Bretaña en conflictos bélicos tienden a recurrir en su auxilio. Los francocanadienses, por otro lado, alejados de Europa propenden a aprovechar las ventajas del aislamiento geográfico del país. Permanecen impasibles y resisten la movilización nacional. De este modo, se han creado agudos antagonismos políticos casi fatales a la confederación. Pero la constante prudencia y moderación de sus hombres de Estado ha mantenido en armonía estos elementos antagónicos. Ahora, por la primera vez el país ha salido de la crisis no debilitado, sino más fuerte. Sin embargo de ello, no hay que creer que los factores de desavenencia hayan desaparecido. Hoy, como en el pasado, los estadistas tendrán que reconciliar lo que a veces parece irreconciliable, pues el Canadá, un país en apariencia pacífico, es políticamente una de las democracias más difíciles de gobernar. El "Dominio", país vasto y desparramado, contiene múltiples conflictos económicos, geográficos y raciales: oriente industrial *versus* occidente agrícola, conflicto entre provincias marítimas y centrales, la influencia disolvente de las provincias, por su postura antagónica frente al poder federal y antítesis cultural. Para progresar, cualquier gobierno canadiense debe contar no únicamente con el apoyo de una sencilla mayoría, sino que debe tener el consentimiento de cada sección, cada núcleo racial, cada grupo económico. En suma, el gobierno del Canadá es eminentemente el arte y la ciencia de lo posible, la tarea suprema de mantener coherente esta *congerie*, este cúmulo de intereses. En el pasado, un jefe de Estado no ha podido sobrevivir largamente guiándose por una línea doctrinaria absoluta, inflexible; sino que ha tenido que progresar mediante una serie de curvas, zigzagueos, avenencias y contingencias, hasta tal punto que Bryce alguna vez expuso el

juicio de que "en el Canadá no son necesarias las ideas para elaborar los partidos, puesto que estos viven de herencia y . . . mediante recuerdos de combates pretéritos".

Sin embargo, últimamente esta afirmación está perdiendo su vigencia, porque la gran crisis económica ha causado la aparición en el horizonte político canadiense de una nueva dinámica ideológica, el partido socialista llamado *Cooperative Commonwealth Federation* o simplemente C.C.F., como se le conoce universalmente. Hace alarde de una filosofía social clara, coherente, una verdadera alternativa ideológica a los dos partidos tradicionales, que operan más bien como un solo bando dividido en bloque bipartido.

Fué allá por el año 1933 que, en las provincias occidentales y agrícolas del Canadá, se llevó a cabo el acontecimiento que tenía que imprimir su sello en el período subsiguiente: la formación del partido C.C.F. Bajo la dirección de hombres que habían formado sus conceptos en el movimiento izquierdista inglés, y con el auxilio de otros, movidos por su profunda religión metodista frente a ciertas injusticias sociales, se reunieron varios grupos con una sola consigna: la de establecer un partido progresivo que propugnara por un estado cooperativista en el Canadá.

Proponía el C.C.F., la socialización y el control democrático de las industrias, de los bancos y de otras instituciones financieras. Para el campesino, abogaba precios de garantía. Se proponía fomentar el comercio internacional mediante marketing boards gubernamentales; en suma, tenía un amplio programa que difería radicalmente del de otros grupos políticos.

La formación de tal partido era un hecho inevitable. El advenimiento de alguna agrupación que abogara por la seguridad colectiva, por medio de la intervención y planificación del Estado, era de esperarse; pues el *laissez-faire* extremo ya no satisfacía a ciertos sectores canadienses ansiosos de mejor eficiencia en la vida nacional. Estaban dispuestos a evitar—mediante una visión rectora estatal—los altibajos de la economía que engendra la injusticia social.

Hasta el acontecimiento del C.C.F. no se había tratado de sacar ventaja de las hendiduras económicas que dividían cada región para formar un partido basado, no en intereses predo-

minantemente regionales, sino sobre premisas de diferencias económicas de clases: una verdadera alternativa de filosofía política y social. En primer lugar, el canadiense, como el norteamericano, no se había inclinado hacia el socialismo. Poseedores de un alto nivel de vida general, sin precedentes en la historia, las masas populares no han sentido la diferencia que separa al rico del pobre. El amplio espíritu igualitario del pueblo no engendraba una conciencia de clases. Estos factores, más el hecho de que las uniones obreras estaban comprometidas en la no participación política habían retardado este movimiento laborista. Por último, el Canadá ha sido hasta hace poco un país rural preponderantemente. No es de extrañar, pues, que una efectiva agrupación socialista haya tenido su génesis lejos de los mayores centros industriales, en las provincias agrícolas del occidente. Sin embargo, desde 1943, el *Canadian Congress of Labour* apoya oficialmente al C.C.F. Otros grupos laboristas han mostrado su activo apoyo a este partido. El C.C.F. ya ha conquistado el gobierno de la provincia de Saskatchewan para promulgar lo que se considera la más progresiva legislación laborista en el continente. Es el partido de oposición en otras provincias y tiene además veintiocho miembros en la Cámara de Comunes. Ha rehusado, terminantemente, tener tratos con los comunistas. Democrático hasta la médula, en sus convenciones periódicas elige a sus dirigentes, quienes deben rendir cuentas estrictas de su administración.

Cualquiera que sea su destino, ha inyectado en la vida política canadiense una de las ideas más poderosas de nuestro tiempo. Esta idea, ya sea mediante el C.C.F. u otros partidos, ya sea en forma modificada, vivirá en el país.

La trama de estos nuevos conceptos ha empezado a desplegarse. Ya hay competencia entre los dos partidos tradicionales para identificarse como verdaderos partidos de la reforma social. El partido conservador ha cambiado de nombre para bautizarse contradictoriamente como partido progresivo—conservador. El liberal—actualmente en el poder— ha dado un repentino viraje hacia la izquierda con amplias reformas económicas: un eficientísimo seguro social, medidas drásticas contra el desempleo y el más generoso sistema de ayuda a la infancia:

el *Family Allowance Act* introducido en 1944 para igualar las oportunidades de la niñez canadiense, con un programa que ha atraído la atención de los sociólogos del mundo.

En resumen —aunque el Estado no anule la iniciativa privada— la economía, especialmente durante la guerra, ha sido regulada mediante múltiples controles hasta un punto en que tal vez ningún partido doctrinario socialista hubiera podido exceder. Se ha debilitado enormemente la política del *laissez-faire*, y se ha robustecido la planificación económica del Estado.

Esta expansión revolucionaria de actividades gubernamentales en la vida de la nación, propende a poner al Canadá a tono con las tendencias socialistas de otros sectores del *Commonwealth* británico. El tenor general del pensamiento político canadiense se coloca mucho más a la izquierda que en los Estados Unidos. Esta situación se explica parcialmente por el hecho paradójico de que el Canadá es un país preponderantemente conservador, amante del orden, de la autodisciplina y enemigo de las revoluciones físicas. Va evolucionando precisamente hacia el socialismo estatal, con el fin de mantener el orden y de imponer la disciplina en lo que hay de desordenado y de indisciplinado en la maquinaria económica. Así, pues, en el campo económico-político, el Canadá propenderá a lograr una avenencia entre el indisciplinado *laissez-faire* individualista de los Estados Unidos —con sus rasgos de fuerza gélida de competencia— y el orden social extremo de la URSS, en el cual peligran las libertades fundamentales de la persona humana. Si se realiza el socialismo en el "Dominio" será en una forma democrática.

Estos son algunos aspectos salientes del escenario político del Canadá. Son un índice de la personalidad de una joven, opulenta, trabajadora y paradójica nación. Una comunidad que ha experimentado una revolución industrial en el transcurso de la guerra pasada; un país que se está aventurando actualmente en drásticos experimentos domésticos; una nación que ha borrado su aislamiento prebélico para hacerse paladín y profeta apasionado de un amplio internacionalismo, y paz mundial; un pueblo que, a pesar de toda su actividad constructiva,

creadora y organizadora, se halla apenas en los comienzos de todo este despliegue aerodinámico. Al barruntar todo este desenvolvimiento —pese a todos los obstáculos de su complicada maquinaria política— no debe extrañar que los canadienses no hayan perdonado a Voltaire su definición del país: *quelques arpents de neige* —algunas fanegas de nieve.

SENTIDO Y HEROISMO DEL MITO DE DULCINEA

Por *Alvaro* FERNANDEZ SUAREZ

MUCHAS veces, leyendo el Quijote, he visto a Cervantes a punto de cometer el error que pudo frustrar su obra, y le vi salvar el arriesgado paso, como sin darse cuenta, jugando, guiado por una milagrosa videncia. En esos momentos, Cervantes es un sonámbulo, y yo asisto a sus evoluciones, todo emocionado, como quien se sobresalta a la vista de la imagen querida y fantasmal que anda por el borde del tejado, en peligro de precipitarse al suelo. La ve sin poder darle aviso, sin poder enviarle la advertencia que pugna atravesada en la garganta. Claro que, por fortuna al genio de Cervantes no le hace falta ninguna prevención. Y, además, el Quijote es un hecho pasado —aunque nunca concluso— y mis temores, mis vacilantes emociones, no son sino una especie de miedo retrospectivo, de admiración retrotraída al instante en que fué lo que pudo no ser. . . Es el regusto que nos deja la arriesgada volatinería del trape-cista que salió con fortuna del lance mortal.

Cervantes triunfó en sus muchos trances de peligro, no sólo por sus dotes de artista sino también por la grandeza —en sentido moral— de su alma. Era un hombre bueno, y al crear el Quijote se hallaba en estado de gracia. Esta bondad y aquella grandeza de alma, le impidieron ensañarse con su héroe, abrumar con el sarcasmo lo que se propuso combatir. Quevedo nunca hubiera podido hacer el Quijote, a causa de su dureza, a causa de su ánimo arpadado.

El gran riesgo de la empresa cervantina, estaba en no resistir la tentación de adular la sensibilidad de la época, en llevar la sátira de los libros de caballerías y de su frondosas invenciones hasta el extremo de convertir a Don Quijote en un grotesco fantasmón, y nada más. Es lo que hizo Avellaneda,

a pesar de que operaba con el precedente de Cervantes. Y un espíritu fino, pero no genial, habría hecho del caballero manchego un personaje a nivel de Tartarín de Tarascón. Pero Cervantes preservó siempre, milagrosamente, la grandeza de su héroe, y con ella, salvó su propia grandeza.

El secreto de que la sátira de Cervantes —es decir, uno de sus secretos— ennoblezca de este modo al personaje satirizado, reside en el amor de Cervantes a sus víctimas: a Don Quijote, desde luego, y también, a los mismos libros de caballerías. Había leído todas esas repudiadas —¿tan repudiadas?— ficciones: las que se libran del fuego en el donoso escrutinio, como el Amadís, y las que padecen sañudísimo suplicio, como el estrafalario Palmerín de Oliva, mandado descuartizar y quemar por el cura "para que no queden siquiera las cenizas. . ."

La afición de Cervantes por los libros de caballerías es patente y verdad no discutida, pero diré más. Si Cervantes pudiera, nos confesaría, con sonrisa inocente, desde las finas nieblas del otro mundo, que hubiera querido ser, como Don Quijote, caballero andante.

¿Significa esto que Cervantes no fué sincero al burlarse de los espectros caballerescos que, en el fondo, le eran tan queridos? No, Cervantes tenía hondos y reales agravios contra la idealidad caballeresca. Pero no eran los mismos agravios que suscitaban la repulsa, en bachilleres, curas y sesudos canónigos, y la burla de duques y mercaderes de sedas, como aquellos sedeños mercaderes toledanos, prudentes, cautos, jinetes en mulas de cómoda andadura, resguardados con quitasoles, que le pedían un retrato de Dulcinea tamaño como un grano de mijo. Sus agravios eran otros, muy distintos, en el fondo o en el transfondo de las cosas.

Dos son los motivos principales que pusieron al espíritu de Cervantes en conflicto con la caballería andante. En primer lugar, el viento renacentista que soplaba hacia el racionalismo y que, por lo demás, en el Quijote, celebra nupcias muy felices con el realismo popular español, tan bien representado por Sancho. La faz realista-racionalista del Quijote es la causa de su primera fortuna en los públicos pues, en este aspecto, constituye un alegato contra la Edad Media. La novela de Cervantes fué aceptada y glorificada, hasta el siglo XIX, no por los valores

idealistas que hoy descubrimos en ella sino por todo lo contrario. Sin ese "todo lo contrario", Montesquieu, al desdeñar toda la literatura española, no hubiera hecho la excepción famosa en favor del Quijote. No fué tanto el Quijote como la "quijotada" —expresión que aún hoy goza de buena salud despectiva— lo que celebraron los públicos gruesos, y aun los finos. Visto por este lado, más bien mezquino, el Quijote ha sido un libro burgués. De ahí que Europa siempre lo haya venerado con tan incondicional entusiasmo, a pesar de ser un libro español. . .

Pero junto a este motivo, más bien ocasional, fruto del tiempo en que fué escrita la obra, Cervantes tenía otra razón más profunda —y la única que nos interesa— para burlarse de los sueños de su héroe. Y por aquí vamos a entrar en el terreno que nos acerca al tema del que las anteriores palabras son atmósfera necesaria de entrada.

Miguel de Cervantes era un idealista clarividente, es decir, sin ilusiones, y por eso aborrecía, en los libros de caballerías, el idealismo gratuito. Hay un modo de idealizar que se confunde con la simpleza, y que es, a veces, cosa peor: una astucia de mercachifle que cree en Dios con el secreto propósito de convertirlo en un penate de la buena suerte, a fin de que le ayude en los negocios sucios. Toda espiritualidad que ignora el superior poder de la materia —en los conflictos concretos, en el día de la batalla— es ilusión, por no decir tontería. Toda espiritualidad que entra a cotizarse en el mercado de las fuerzas materiales, como una fuerza más, a cobrar su quiñón o su anata, es simoníaca. A Cervantes le repugnaba el idealismo de final de banquete, de discurso político, ese idealismo que habla, con robustas vocales, del triunfo del espíritu, de que el malo pierde siempre la partida, esa moral, en fin, de espectáculo bonito y emocionante. No: el espíritu es débil y no tiene una moneda que ofrecer a quienes lo siguen. No hay recompensa. Por eso se negó Cervantes a conceder a su héroe ninguna ganancia de las que se pueden inscribir en los libros de contabilidad que llevan los optimistas y los pillos, y le dió, en pago de sus sacrificios, palos y burlas. Sabía Cervantes que palos y burlas son la retribución "natural" del quijotismo, y no quería mentir, no quería engatusar a nadie. Porque hay un

idealismo engatusador que echa en el mundo el anzuelo bien cebado con palabras hermosas y lindas emociones (en el fondo para pescar incautos). Cervantes era un idealista honrado, como debe serlo, como lo es, todo verdadero hijo del espíritu. Por eso, aunque pescador de almas, sólo quería pescar buena-mente, con desnudas artes con el anzuelo cruelmente limpio, y punta acerada a la vista.

Resulta, pues, que Cervantes parecía haber ridiculizado en Don Quijote ese idealismo crédulo, optimista, que toma por realidad material los valores del espíritu. En parte, esto es cierto. Sin embargo, el propio Don Quijote no era un idealista atolondrado, un creyente ciego, ni un tonto. Si fuese un tonto, sus aventuras desventuradas acabarían por arrancarnos esta reflexión: "Bueno, al fin y al cabo le está bien empleado. . ." Pero no sucede así. Don Quijote nos mantiene constantemente en una actitud de piadoso respeto. Y esto por una razón que ahora se verá.

A nuestro parecer, Don Quijote no creía en sus mitos como se cree en las piedras, en el agua, en el viento que mueve los molinos. Creía como se cree en los sueños amados. Es decir: dudando y queriendo no dudar. Don Quijote es un realista que trata de anegar su realismo para darse una razón de vivir; del mismo modo que Sancho es un idealista que se ignora. El quijotismo de Sancho ha sido ya plenamente reconocido. Pero un día, se reconocerá también el sanchopancismo de Don Quijote. Demasiado sabía el caballero a qué atenerse respecto a las traiciones de la materia. ¿Por qué no quiso probar, segunda vez, la resistencia de su celada de cartón? Don Quijote no ignoraba que sus mitos eran mitos, pero los amaba, no podía vivir sin ellos, y por eso trataba de darles esa mínima cantidad de materia sin la cual el espíritu, desencarnado, se hiela en los espacios. Don Quijote aspiraba a objetivar sus sueños, quería darles cuerpo y externidad, y ha sido este afán, no su locura, el tábano eterno que le sacó a los caminos.

El mito más sugestivo de los creados por Don Quijote, también el de mayor expresividad simbólica, es Dulcinea del Toboso. Por eso lo escogimos nosotros como ilustración de nuestro modo de ver la fe cervantina y quijotesca, una fe a pe-

sar de las adversas experiencias, una fe a pesar de todo, y una fe que se burla de sí misma.

EMPIEZA aquí la veracísima historia de la Princesa Dulcinea del Toboso.

Primero nació Don Quijote. Nació cuando Alonso Quijano, el hidalgo manchego, "enloquecido" por la lectura de los libros de caballerías, frisaba en los cincuenta años. Al nacer Don Quijote, murió Alonso Quijano. Murió Alonso Quijano para resucitar en el último capítulo de la obra, en el instante en que el caballero Don Quijote recobra su cordura. ¡Lamentable resurrección la del apacible y cuerdo hidalgo que no le aprovechó, pues Alonso Quijano, apenas vuelto al mundo, se fué de él definitivamente! Pero lo que a nosotros importa, por el momento, es que el mito de Don Quijote devoró a la "realidad" que lo engendrara.

Dulcinea nació poco después de venir al mundo Don Quijote. Nació Dulcinea del corazón del nuevo caballero, como Eva de la costilla de Adán. Pero luego veremos que Dulcinea no surgió a la vida con potencia bastante para aniquilar a Aldonza Lorenzo, la labradora del Toboso de robusta voz. El mito de Dulcinea sólo irá ganando cuerpo poco a poco, afirmándose a expensas de la carne mortal de Aldonza que le dió pretexto y sustento en sus primeros pasos. Y un día también Aldonza Lorenzo acabará por extinguirse. . . Este proceso de afirmación progresiva de la entidad ideal, a costa de la entidad "real", es la historia misma del mito de Dulcinea.

La primera mención de la princesa tobosana aparece en el capítulo inicial de la obra, cuando se describen los preparativos del caballero para su andante comparecencia en el mundo. Dice el texto:

"... y fué, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado (aunque, según se entiende, ella jamás lo supo, ni se dió cata dello). Llamábase Aldonza Lorenzo, y a esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos y buscándole nombre que no desdijese del suyo, y que tirase y se encaminase al de Princesa, y gran

señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso porque era natural del Toboso: nombre a su parecer músico y peregrino, y significativo, como todos los demás que a él, y a sus cosas había puesto”.

“A su parecer músico y peregrino. . .”. Cervantes ironiza con una maliciosa intención de que pudieran pedirle cuentas los vecinos del Toboso. Porque hay un contraste, muy cervantino, entre la idealidad principesca de la dama y el poblachón manchego, dado a la cría del vino y a la industria de las tobosescas tinajas que Don Quijote hallaría, andando él y andando el tiempo, en los zaguanes del Caballero del Verde Gabán.

Ya existe, pues, el mito de Dulcinea. Pero el fantasma, así creado, no ha podido aún, desprenderse del cuerpo rústico de Aldonza Lorenzo. Existe el mito, pero su vida es pálida, y sólo logrará colorearse de sangre gracias a la afirmación heroica de Don Quijote, a las mofas de los duques, a las mentiras y socarronerías de Sancho.

Crear un mito no es empresa sobrehumana, ciertamente. Lo difícil es sostenerlo, darle vida, y encarnarlo por la acción. En adelante, Dulcinea vivirá porque Don Quijote está siempre dispuesto a pelear por ella, a morir por ella. A Dulcinea se encomienda, y no a Dios, cuando se dispone a embestir sus batallas, aunque le digan, como le dice el señor Vivaldo—un sensato hidalgo hallado de camino—que el invocar a su dama, en los extremos peligros, y no al Señor, como debe hacerlo un cristiano, huele a gentilidad. . .

Y ya que hemos hablado del nacimiento de Dulcinea, preutémonos por su linaje.

Sobre el linaje de Dulcinea nos brinda el propio Don Quijote algunos esclarecimientos, en la conversión que tuvo con el mismo señor Vivaldo, el hidalgo sensato, que le interroga acerca de tan importante extremo. Y contesta el caballero:

“No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas o Ursinos. . .”. Y luego enumera Don Quijote las más nobles stirpes de Castilla, Aragón, Cataluña y Portugal, a ninguna de las cuales pertenece Dulcinea, para terminar así: “Pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso

principio a las más ilustres familias de los venideros siglos; y no se me replique esto, si no fuere en las condiciones que puso Cervino al pie de las armas de Orlando, que decían: Nadie las toque que estar no pueda con Roldán a prueba”.

Vemos que Don Quijote cierra la encopetada retahila con una amenaza. ¿Por qué esta amenaza? Precisamente, por lo que dijimos antes: porque sabía demasiado que Dulcinea aun no era, propiamente, Dulcinea, sino Aldonza Lorenzo, plebeya, y se prevenía anticipadamente contra las burlas de cazurros, canónigos, hidalgüelos y duques. Dulcinea viene de casta labradora, pero su sangre es tan noble como las más nobles, verdad igualitaria, igualitaria verdad que Don Quijote está dispuesto a hacer buena a botes de lanza y punta de espada. Pero tan esforzada disposición del caballero no habría sido necesaria si Dulcinea proviniese de los antiguos Cipiones o de los modernos Colonas. . . Esto prueba que Dulcinea no había logrado desprenderse de la carne rústica de Aldonza Lorenzo.

Respecto a las prendas de la dama, sabemos de sobra que Don Quijote las exaltaba por sobre cualesquiera otras de toda viviente criatura.

A todo esto, Sancho, que ya acompañaba a Don Quijote, creía de buena fe en la grandeza principesca de Dulcinea y en su belleza sin par. Oía a su amo colmar de líricas alabanzas a la dama y le veía defender tantas perfecciones con la fidelidad, la espada y el sacrificio. ¿Por qué había de dudar Sancho? No podía dudar. El pueblo cree siempre, como creía Sancho, cuando el ideal se mantiene en el único terreno que puede dar sustentación a los sueños: en el terreno de la abnegación, del heroísmo. Las confusas imágenes que levantarían vuelo, en la imaginación de Sancho, cuando de Dulcinea se hablaba, serían las que el romancero otorga como ornato de las grandes señoras, pues el romancero nutría entonces a toda mente española y le brindaba esquemas de ideación y de conducta, para todas las cosas. El escudero vería a la dama en su palacio:

En París está doña Alda
esposa de Don Roldán,
trescientas damas con ella

para bien la acompañar:
todas visten un vestido
todas calzan un calzar.

Pero he aquí que un día, la subyacente personalidad material de Dulcinea iba a serle revelada a Sancho. Recordemos las circunstancias del acontecimiento que es decisivo en la historia del mito.

Don Quijote había reñido la insigne batalla de los galeotes. Batalla ganada contra las leyes del reino y en defensa de las superiores leyes de la Justicia. ¡Temeridad mayor...! Don Quijote no fué llevado a la cárcel como salteador de caminos—pues sus hazañas eran, a menudo, delitos graves, según la ley—por un verdadero milagro. ¿Qué libró a Don Quijote de tan lógica y carcelaria aventura? Pues bien: se salvó de los grillos por haber tenido la suerte de consumir sus "fechorías" bajo el despótico régimen de la monarquía absoluta que—¡oh paradoja!—apenas si tenía guardadores del orden público para custodia y ejecución de su voluntad. Si el caballero se hubiese lanzado a sus altas empresas en un Estado moderno, aunque fuese muy democrático, habría cumplido alguna condena por delito mayor y habría pagado costas y multas, en innumerables juicios de faltas. Empero, la monarquía española disponía ya de una fuerza policiaca para mantener la paz en los campos, si bien no era más que una milicia vecinal, aunque temible. Está claro que aludimos a la Santa Hermandad. Sancho, prudentemente, y sabiendo que a la Santa Hermandad se le daba muy poco de todos los caballeros andantes habidos y por haber, instó a su amo a internarse en Sierra Morena. Don Quijote hizo protesta solemne de enfrentar a todas las policías del universo mundo, si fuere preciso, pero al fin no se negó a complacer a su escudero.

En las breñas de Sierra Morena fué donde concibió el caballero la idea de las extrañas penitencias de amor. Necesitaba Don Quijote que Dulcinea tuviese noticia de las excelsas locuras que estaba dispuesto a realizar, y no pudiendo contarlas personalmente, hubo de valerse de Sancho. Esto exigía, naturalmente, que el escudero fuese puesto al corriente de algunos antecedentes delicados... Sancho debía saber quién era y cómo era el sustentáculo físico de Dulcinea. Don Quijote

hizo la revelación con cierto descuidado tacto, como quien deja escapar un secreto dándolo casi por sabido. . . Empezó alabando la virtud de su dama, y dijo:

—Mis amores con Dulcinea han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que a un honesto mirar. Y aun esto, tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la conozco, no la he visto cuatro veces, y aun podrá ser que estas cuatro veces no hubiere ella echado de ver que la miraba. Tal es el recato y encerramiento con que sus padres, Lorenzo Corchuelo, y su madre, Aldonza Lorenzo, la han criado. . .

Esto debió decirlo Don Quijote, con significativa y grande naturalidad, en tono bajo y con lenta voz. Sancho que le escuchaba, se quedó atónito. ¡De modo que la altísima princesa! . . . Contestó:

—Ta, ta. . . ¿que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?

—Esa es—repuso Don Quijote—la misma que merece ser señora de todo el universo.

Esta réplica de Don Quijote está cargada de apercebida agresividad, frente a la burla que pudiera surgir en el ánimo de Sancho. Viene a decir el caballero: "Efectivamente, Dulcinea es Aldonza, pero yo afirmo su preeminencia por encima de toda princesa habida y por haber. ¡Conque mucho cuidado, amigo Sancho! . . .". Y, efectivamente, aunque Sancho no puede retener su ironía, sólo se atreve a manifestarla en una forma cazarra susceptible de ser achacada por su amo, no tanto a malicia como a rusticidad.

Bien la conozco—dijo Sancho—y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal del pueblo. ¡Vive el dador que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar que la tuviere por señora! ¡Y qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario de la aldea a llamar a voces a unos zagales suyos, que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con to-

dos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuesa merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse, y ahorrarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado bien. . .”

Aquí Cervantes, por boca de Sancho, se muestra cruel con el caballero. Tanto que llega momento en que Don Quijote ventea la burla de su escudero y le replica con aquellas hondas palabras que nosotros traducimos así:

—Sancho, Sancho, te pasas de malicioso y te crees muy astuto. Pero yo soy más diestro que tú, aunque no te lo parezca, aunque no se lo parezca a quienes me toman por loco o por tonto. Bien sé yo quien es Dulcinea y la chapa que calza, y no me hago ilusiones, no me hago sino las ilusiones que quiero hacerme. Aquí sucede algo que tú, Sancho, no comprendes.

Y cuenta al escudero la historia de la hermosa viuda, libre y rica, que se enamoró de un mozo rollizo y motilón. “Para lo que yo le quiero —había dicho la viuda a quien le reprochaba la ignorancia del mozo— más sabe que Aristóteles”. Don Quijote, trasponiendo al plano espiritual el amor de la viuda, se aplicó la sentencia: “Para lo que yo quiero a Dulcinea tanto vale como la más alta princesa de la Tierra”.

De nuevo Cervantes, en su dualidad incesante entre ideal y contraideal, ataca con burla insidiosa el sueño de Don Quijote. Es de admirar la sutileza con que da el contraste, cuando hace inscribir, en el mismo cuadernillo, “a la vuelta”, es decir, quizás en el mismo papel, como anverso y reverso, la carta amorosa, de exaltada retórica, a la incomparable Dulcinea, y la cédula de los tres pollinos. ¡El poético mensaje de amor y el pollinesco y mercantil documento, separados por el canto de un papel!

Echemos una ojeada al anverso de la idealidad:

“Soberana y alta Señora: El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que no tiene. . .”

Y ahora el reverso material que, muy significativamente es una parodia del más característico de los documentos mer-

cantiles, la letra de cambio, cuyas fórmulas jurídicas imita tan fiel como burlescamente:

"Mandaré vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho Panza, mi escudero, tres de los cinco que dejé en casa..."

En esta ocasión el mito de Dulcinea pasó por una prueba no exenta de riesgos. Don Quijote, al revelar a Sancho la personalidad física de donde procedía la imagen ideal, puso el sueño en manos ajenas, en las manos de Sancho que ni siquiera estaba, en aquella ocasión, quioteado, de un Sancho en barbecho de aspereza y realismo. ¿Quebrarían estas manos aquel mito, toda fragilidad? ¿Qué haría Sancho, qué diría Sancho luego de haberse hallado en presencia de Dulcinea, es decir, de Aldonza Lorenzo?

Pero Cervantes esquivo el contacto entre Sancho y Dulcinea. ¡Más vale así! Vuelve el escudero de su embajada sin haber visto a la dama, y no ignoramos las fábulas que contó a su amo para hacerle creer que había cumplido el encargo amoroso. Las mentiras de Sancho, podrían haber favorecido el crecimiento del mito, a poco que la fantasía del escudero se guiara hacia lo alto; desgraciadamente fueron de una atroz verosimilitud. Con todo, Don Quijote se defendió victoriosamente contra aquellas mentiras tan rudamente verdaderas: "¿Qué hacía aquella reina de la hermosura?" —pregunta el caballero—. A buen seguro que la hallaste ensartando perlas". Y responde Sancho, implacable: "No la hallé sino ahechando trigo, en un corral de su casa". "Pues haz cuenta —replicó Don Quijote— que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados por sus manos".

El mito, a pesar de Sancho, o gracias a Sancho, había resistido.

Pero muy pronto, el sueño del caballero iba a pasar por la más recia coyuntura. El centro, el cogollo, el corazón, el nudo vital de la entidad mítica iba a ser expuesto a la intemperie que mata los mitos y los sueños. ¿Sobreviviría Dulcinea a un encuentro personal, directo, con Don Quijote?

Cuando el caballero emprende su segunda y memorable salida, decide ir al Toboso en compañía de Sancho, para visitar a Dulcinea. ¡Qué atrevida locura! Sospechamos que Don Quijote se dejó llevar a esta temeridad porque creía que el

mito era ya suficientemente consistente para arriesgarlo en una tentativa de dar más cuerpo, de materializar más, el espíritu amado y angustiosamente inaprensible. Así acometió el noble caballero la más temeraria —diríamos la más insensata— de sus aventuras. Pero no retrasemos más el relato de los hechos.

Hacen su jornada el señor y el escudero. Van acercándose a la tobosana morada de la princesa Dulcinea. A cada paso que dan, crece nuestro miedo. No hay por qué ocultarlo: ¡tenemos miedo! Cervantes también lo tuvo y, seguramente, mientras su pluma caminaba, anticipando el rastro de sus héroes, hacia el Toboso, el autor se inquietaba por el desenlace de la aventura. ¿Cómo salvar el mito de la brutal colisión que se iba a producir? En este trance, Cervantes llega a una habilidad suprema en el juego de la realidad con el sueño.

El camino se hace largo, y los viajeros avanzan lentamente. ¿Por qué esta lentitud? ¿No ansía Don Quijote encontrarse cuanto antes en presencia de su amada? Pues bien: sí, anhela este encuentro, pero al mismo tiempo, y en su inconfeza y escondida intimidad, lo rehuye. . . Nosotros sospechamos esto a causa de la lentitud de la marcha; los impacientes sin freno subconsciente suelen caminar más aprisa de lo que caminaron Don Quijote y Sancho en su viaje al Toboso. Algo ponía lastre en los cascos de Rocinante. . . Gracias a este caminar lastrado, los viajeros llegan al Toboso, no a plena luz, no en la insobornable luz de Castilla, sino en la alta noche. La oscuridad será la gran tramoyista que nos va a escamotear el choque entre el mito y su carne material.

Aparece el pueblo manchego, en la noche entreclara, todo extendido de tapias, alargado en planos de irrealidad. No se ve un alma en las calles, y se escuchan temerosos ayes felinos y ladridos de perros que ponen pavor en el corazón de Sancho. Pero no es el miedo vago a la oscuridad y a sus fantasmas el único que aqueja el ánimo del escudero. Teme, además, que se descubra la mentira de su embajada, la fábula de su entrevista con Dulcinea. ¿Qué hacer para que Don Quijote no se percate de sus invenciones? Por lo demás, este miedo de Sancho actuará, por inesperada vía, de salvador del mito. Cuando Don Quijote apremia a su escudero para que guíe hasta el palacio de Dulcinea, el buen Sancho que, como es natural, no

tiene la menor idea del emplazamiento donde se eleva la principesca mansión, busca donosas excusas:

—¿Cómo quiere vuestra merced que encuentre yo el palacio de nuestra señora Dulcinea del Toboso si no vine más que una vez y de día cuando vuesa merced tampoco lo encuentra y eso que debió venir millares de ellas y a toda hora?

—¡Tu me harás desesperar!—se indigna el caballero—
¿No te he dicho que no he visto a Dulcinea en todos los días de mi vida?

Aquí hacemos notar que Don Quijote parece engañarse o engañarnos pues en Sierra Morena, en su conversación con Sancho, antes de enviarla al Toboso, para dar cuenta a su dama de las extrañas penitencias, dijo haber visto a Dulcinea tres o cuatro veces. No hay, empero, tal engaño. De entonces acá el mito ha ganado mucho en fuerza y en autonomía. El caballero no habla ahora, como en aquella sazón, de la moza Aldonza Lorenzo, la hija de Corchuelo, sino de la princesa Dulcinea del Toboso que no es hija de nadie sino de su corazón, como nacieron algunas grandes diosas. En Sierra Morena Dulcinea era Aldonza. En el Toboso, Dulcinea es Dulcinea. La carne que diera pretexto al sueño, empieza a desvanecerse para ceder su materia al ente ideal. Por eso Don Quijote dice la verdad, aunque aparentemente se contradiga: no ha visto a Dulcinea, si bien tuvo ante sus ojos, tres o cuatro veces, la carne mortal de Aldonza Lorenzo de la que el fantasma amado acaba de desprenderse en este memorable instante.

Los palacios de las princesas no se construyen en callejuelas, dice Don Quijote a su escudero. Con esto sabemos lo que pasaba por su mente. Parecía haber olvidado a Aldonza y su casa de labranza. Lo que busca es un alcázar. Por eso se dirige, en la noche, hacia el único edificio del Toboso que proyecta bastante sombra para ser palacio. ¡Aquella es la morada de Dulcinea! Pero no: "Con la iglesia hemos dado, Sancho". Y allí se quedan, junto a la iglesia, amo y escudero, sin saber qué camino tomar. En el fondo, sin querer tomar ninguno: Sancho, porque teme poner de manifiesto sus engaños, su frustrada embajada a Dulcinea; Don Quijote, porque teme... Algo teme Don Quijote también, cuando acepta, con

una premura que ha de alertar necesariamente nuestra suspicacia, la treta de Sancho para salir del comprometido trance. Propone el escudero que Don Quijote vaya a emboscarse en las afueras del pueblo, y que espere allí, mientras él, Sancho, irá con la luz del día al palacio de Dulcinea, para llevarle la tierna nueva de que su amante se encuentra en el Toboso y suspira por comparecer ante la excelsa hermosura. ¿No resulta un poco extraño que Don Quijote se avenga tan llanamente con la sugestión de su escudero? ¿No ansía ver cuanto antes a Dulcinea? Pues bien: en el fondo, o en el transfondo de su alma, no, no quiere ver a la dama; teme romper el sueño de la amada perfecta, como temió, antes de emprender la primera salida, por la solidez de la celada de cartón, y por eso se abstuvo de aseguar contra ella el golpe de espada.

No es menester insistir mucho en el final de la aventura. Sancho va al encuentro de Don Quijote que espera emboscado, y le anuncia la venida de Dulcinea. El enamorado acoge esta nueva dichosa, primero, con cierto escepticismo. Se nota en su actitud que está sorprendido. ¿Es posible que venga, efectivamente, Dulcinea? Parecería que la sorpresa de Don Quijote se debiera al exceso mismo del favor que su amada le hace. Pero se trasluce otra cosa más recóndita en el desconcierto del caballero: lo que le causa pasmo es la materialización del mito. Es como si se dijera: "¿Pues resulta que no era un sueño!" Pasada esta crisis, Don Quijote empieza a impacientarse. Ya no duda de que Dulcinea se haya materializado, pero le consume la tardanza. "¿Cuándo viene?" pregunta una y otra vez a Sancho. Al fin aparecen las mozas aldeanas, montadas en pollinos, y Sancho, siempre afanoso de encubrir sus antiguas mentiras, decide encantar a Dulcinea. Lo que Don Quijote ve con la apariencia de una moza rústica, Sancho lo contempla en figura de una dama de deslumbrante hermosura. Los sayales groseros son —dice Sancho— telas riquísimas, bordadas de oro y plata, y la asnilla que sirve a la aldeana de cabalgadura queda proclamada por escudero fina hacanea. Sancho miente. Don Quijote cree. Y el mito de Dulcinea no sólo se ha salvado en su instante de máximo peligro sino que conquista, de pronto, el requisito de la objetividad, de una cierta objetividad, pues la visión quijotesca no está ya solamente en la mente del soñador sino que es aceptada y compartida por otra

persona, por Sancho que, para el caso, representa a ese *alter ego* que se nos hace indispensable para alimentar nuestra propia fe y evitarle la anemia y la muerte en la aterida soledad.

Sancho, el malicioso Sancho, con su tracamundana, con su trasmutación mágica de Dulcinea, prestó a su amo un precioso servicio. Le evitó la ruptura del sueño, o al menos un choque capaz de malherirlo, y después le brindó materia en qué encarnarlo. De ahí en adelante, el mito vivirá de vida saludable, y Dulcinea del Toboso llegará indemne hasta el final de la grandiosa historia.

Dulcinea no es ya una figura puramente aérea, insubstancial. Es un ser con realidad exterior, si bien esa realidad ha sido deformada por la malicia de un mago enemigo.

La personalidad ideal de Dulcinea llegará a imponerse al mismo Sancho, autor aparente del encantamiento. En algún momento, el escudero se preguntará a sí mismo si en verdad de verdad no estará encantada Dulcinea. Cuando la afligida princesa se aparece, en el castillo de los duques, vestida con velos de plata, salpicados de áurea argentería, y pide a Sancho la mortificación de los azotes, para recuperar su forma primitiva, el buen escudero protesta y se resiste a tales disciplinas, pues no ve clara la relación entre sus posaderas y el encantamiento de Dulcinea, pero no manifiesta duda alguna, ni aun íntimamente, en cuanto a la personalidad de la dama.

Y constantemente habla todo el mundo, a partir de este momento, de volver a Dulcinea a su "ser primero". Sin embargo, habíamos creído que el "ser primero" de Dulcinea era Aldonza Lorenzo, una figura no muy diferente de la que padeció Don Quijote en la aldeana elevada por las artes mágicas de Sancho a la jerarquía principesca. Ahora todo se nos embrolla. Bien pudiera suceder, en efecto, que Aldonza Lorenzo encubriese, bajo sus rurales asperezas, la imagen ideal, y más verdadera, sin embargo, de la amada de Don Quijote. Siempre hubo en el hombre dos modos contrarios de contemplar el mundo sensible: uno, que consiste en afirmar, como única verdad "asequible", los datos que nos brindan los sentidos; otro, que se aventura a decir que esos datos son apariencia, y tras ellos habita la verdad. ¿Quiénes tienen más razón? ¿Los que creen en Aldonza o los que creen en Dulcinea? Sólo diremos que la ciencia positiva misma, ha dado últimamente

en el lujo poético de escamotear las duras apariencias de la materia. ¿No ha convertido la ciencia la materia en un danza, incluso —dicen— arbitraria, de minúsculas criaturas eléctricas, algo así como en una fiesta de hadas pequeñísimas y sin embargo poderosas? Sospechamos que la visión de la realidad sensible, en trasposición mágica, no es sólo un recurso del arte sino también, quizás, una legítima actitud metódica de la facultad que preside al conocimiento llamado científico. ¿Cuál es la faz del universo que puede aspirar con mejores títulos al dictado de verdadera? No sería insensato afirmar que esa faz que llamaremos más verdadera bien puede ser aquella que nos parezca más absurda. Por eso Don Quijote, poeta andante, que vivía sus sueños, tuvo razón al decirle a Sancho, cuando éste se burlaba de Dulcinea-Aldonza: No me tengas, Sancho, por tonto o por loco. . .

Pero volvamos a nuestra historia. Hemos dicho que el mito de Dulcinea quedó perfecto y consolidado cuando Sancho encantó astutamente a la dama; hasta entonces, Don Quijote había eludido el contacto franco con la carne de donde el mito naciera. ¿Cobardía de Don Quijote? Bien, sí, muy perdonable cobardía. Pero nos tememos que alguien interprete este temor como una forma de simulación del caballero, como una manera de engañarse a sí mismo y de engañarnos a nosotros, inocentes y bien dispuestos lectores de su historia.

Y a esto contestamos que Don Quijote no era lo que se llama un simulador, no lo fué nunca. Para Don Quijote, antes ya del decisivo encuentro con Dulcinea encantada, en las afueras del Toboso, su dama ideal, aunque no tuviese plena realidad —externidad— tenía plena validez. Don Quijote sabía —lo hemos visto— cuál era la consistencia externa del mito, y en realidad no lo ocultaba ni engañaba a quienes le preguntaban por la filiación física de Dulcinea. No obstante esto, Don Quijote servía su ideal por el sentimiento y por la acción, como si ese ideal estuviese cuajado en materia universal, común. La mejor prueba es que prefirió a Dulcinea cuando se le ofrecía una doncella bellísima, y real por todos conceptos, pues era la heredera de un reino. Aludimos a lo sucedido en Sierra Morena, cuando se presentó a Don Quijote la hermosa Dorotea, adiestrada por el cura y el barbero, en figura de Princesa Micomicona, a pedir la ayuda del noble

caballero para reconquistar el reino de Micomición contra un gigante usurpador. Tomemos esto muy en serio, porque es, efectivamente, muy serio. Lo era para Don Quijote, y sólo poniéndonos en el lugar del caballero podremos comprender cuán esforzadamente sirvió a su ideal. Para Don Quijote la autenticidad de la Princesa Micomicona no ofrecía la menor duda, y en cuanto a su belleza y a su juventud, a la vista estaban. Tanto es así que Sancho vió en Dorotea el modo más llano y rápido de alcanzar el logro de sus ambiciones de gobierno. Propuso a su amo que dejase de una vez a Dulcinea y se casara con la Princesa Micomicona. Por la gracia de este matrimonio "político", Don Quijote se convertía en príncipe y luego en rey consorte, y con esto podía retirarse de las aventuras con tanta gloria y no menos fruto que los más ilustres caballeros andantes del pasado. En verdad, la Princesa Micomicona era un gran partido. ¿Qué hizo, sin embargo, Don Quijote? Parecía la ocasión de renunciar a Dulcinea que, en aquel tiempo —no olvidemos este detalle— ni siquiera se había separado de Aldonza Lorenzo, pero que tampoco era Aldonza, lo que hubiera justificado, de otro modo, por simple razón de amor natural, la fidelidad de Don Quijote. ¿Qué hizo Don Quijote, repetimos? Estalló en una de las más violentas tempestades de cólera que hayan perturbado el ánimo del caballero, tan ecuánime de ordinario. Maldijo a Sancho y le hizo saber que permanecería fiel, siempre fiel, a Dulcinea: "...bellaco descomulgado que sin duda lo estás pues has puesto la lengua en la sin par Dulcinea. ¿Y no sabéis vos, faquín, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde a mi brazo, que no le tendría yo para matar una pulga?"

Don Quijote, como se ve, ni siquiera se paró a meditar la tentadora propuesta de Sancho. Entre la Dulcinea soñada —sin más realidad que su injerto en la carnal, y antaño amada Aldonza Lorenzo— y la bella Dorotea, heredera del reino Micomición, escogió el amor viejo y el sueño nuevo. Don Quijote, por consiguiente, creía en Dulcinea, sabiendo, empero, como nos diera recientes pruebas de saberlo, que Dulcinea no existía.

Don Quijote afirmaba porque sí —no en palabras sólo sino en conducta— la vida de Dulcinea del Toboso. Pero —no perdamos esto de vista— la fe quijotesca, en el orden de

la razón, era duda, fondo angustiado de escepticismo, al que enfrenta y vence la voluntad, por la abnegación y el sacrificio en pro de lo dudado. Tal es la mejor fe. Sólo vale realmente la fe que duda, y vale más aún la fe que no cree, cuando no obstante y a pesar de todo, nos entregamos al servicio de ella. Los altos valores de la cultura, como Dulcinea, se afirman así, y sólo podrán salvarse con una fe de esta suerte, con una fe heroica. Y aquí está lo que podemos llamar heroísmo del mito de Dulcinea.

Pero esta digresión —por lo demás necesaria— nos hizo volver un poco atrás. Habíamos llegado, en nuestro relato, al momento en que Don Quijote, dócil poseso de su propio mito, ya no dudaba, o al menos no parecía dudar. Estábamos en el punto en que Dulcinea había devorado a Aldonza Lorenzo y nos acercábamos al final de la historia. ¿Cuál fué ese final?

El final está en aquel misterioso capítulo de los agüeros, cuando Don Quijote, en compañía de su buen escudero, regresa vencido a su aldea. A la entrada del lugar vió el caballero a dos muchachos riñendo. Y uno dijo al otro —luego se supo que aludía a una jaula de grillos: “No la verás más”. Don Quijote aplicó estas palabras a su congoja y comentó tristemente: —Esto quiere significar que no tengo de ver más a Dulcinea.

Sancho se propuso consolarle y nunca desplegó más finas artes de ternura.

¡Otro agüero funesto, el de aquella liebre que, perseguida de canes, vino a refugiarse debajo de los pies del rucio! Don Quijote vió en el fugitivo animal el símbolo tímido y mortalmente acosado de su ideal amoroso. Sancho usó nuevamente de sus afanes consoladores: apresó la liebre y la puso en manos de su amo. —Aunque sea Dulcinea, he aquí que yo la cojo y la entrego en poder de vuesa merced. Por la gracia de este rito —vino a decir Sancho— el agüero ha sido vaciado de su maléfica virtud. Llegó a más el excelente escudero: él, que no solía mostrarse dispendioso, dió cuatro cuartos a los muchachos para que éstos, delante de Don Quijote, pusieran en claro el sentido de aquel inquietante “no la verás más”. Visto que se trataba de una jaula de grillos, Sancho alentó alegremente a su señor: ¿A qué temer? Todos los enigmas quedaban despejados. Nada era oscuro. La razón había ven-

cido a la angustia. Pero el buen Sancho, aunque muy quioteado a la sazón, se equivocaba. Una vez más quería ignorar que las cosas tienen su realidad y su trasrealidad, su sentido exotérico y su sentido esotérico, el lado blanco de la luna y el lado negro de la luna, su apariencia y su magia. Quien de nuevo tuvo razón fué Don Quijote. Dentro de su alma hablaba misteriosamente el presentimiento. Era verdad: no vería más a Dulcinea. Moriría sin verla, pues el capítulo siguiente de la historia reza así, en la rúbrica que lo encabeza: "De cómo Don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y de su muerte. . ."

Y éste ha sido el final. ¿Pero en verdad ha sido el final? El mito de Dulcinea no murió pues los mitos no mueren cuando han sido hechos carne en el modo y en la forma en que Don Quijote hizo carne el suyo. Por lo demás—claro está—tampoco murió Don Quijote. El difunto irremediable a que se refiere Cervantes, en el capítulo postrero de su obra, no es Don Quijote sino Alonso Quijano. Don Quijote vive. Y Dulcinea también.

Alegrémonos de que vivan. ¡Aleluya! Nunca más necesaria Dulcinea que en nuestro tiempo; nunca más necesaria una fe militante como la de Don Quijote.

Yo no estuve dentro de los hombres de otras épocas, en que los valores de la cultura parecían tener un vigor comparable al de la robusta Aldonza Lorenzo. Pero todo indica que esos hombres quizás no necesitaban realizar mayores sacrificios para creer en Dulcinea, si bien, en cuanto hombres—como era de esperar—rara vez le fueron fieles. Nosotros no estamos en su caso. Porque el único progreso filosófico de nuestros días ha consistido en haber hecho calicatas y desmontes en los sótanos del alma, hasta destapar la capa primaria de nuestra geología psicológica, eso que se llama subconsciente; pero no sólo el subconsciente del individuo sino también el "subconsciente" de la cultura. Esta atrevida exploración ha puesto al aire el friolero cerne del alma humana. Nos ha dejado, en cierto aspecto, como a nuestros antepasados más remotos, temblando ante lo desconocido. Estamos en posesión de una con-

ciencia fina, trabajada por la cultura, pero, al mismo tiempo, es como si nos hubieran colocado ahí, atónitos, plantados y temerosos, ante la primera mañana del mundo.

El hombre actual está desnudo y desamparado, sin una creencia viva (por eso hay un retorno tímido hacia las creencias muertas). Está echado entre las cosas, y percibe, como nunca fué percibida, la falta de sentido de la existencia.

La humanidad, tan pronto despertó a la conciencia, se apresuró a fabricar vestidos y a construir refugios con el fin de abrigarse, porque su cuerpo no resiste a la intemperie. Y construyó también vestidos y refugios de ideas para abrigar su alma que tampoco soporta el aire crudo. Ahora está desnudo, desamparado, sin casa y sin esperanza.

El hombre actual clama por un constructor de ciudades, al menos por un sastre de creencias que le vista y le vuelva a dar calor, es decir, confianza. Por alguien que le diga: "Este es tu camino. Síguelo y regocíjate". ¿Pero dónde está ese buen oficial de actitudes, ese profeta? Yo no digo que no existan profetas o almas proféticas. Pero no ha llegado su tiempo. Estamos aún —¿hasta cuándo?— en el período de la descomposición. En este clima impío los profetas pasan junto a nosotros, sin darse a conocer, arrebujados en sus mantos. Si algo extraordinario adivinamos en ellos, decimos: ¡Qué interesante! Y nada más.

Pero mientras esto sucede, hay un inmenso peligro a la vista. Que al no ser escuchado, al no poder ser escuchado el profeta, si en verdad aparece, alguien ocupe el inmenso vacío de esta cultura, y ese alguien puede ser un diabólico charlatán. Todo es propicio para que el taumaturgo armado imponga una mística fabricada a máquina, fabricada con la máquina de aterrorizar y con la máquina de persuadir, es decir, con los aparatos de embrutecimiento que llevan un nombre genérico muy conocido: "propaganda". La técnica brinda tales privilegios a quien se hace dueño de ella que un pequeño grupo de audaces y desalmados, con tal de que sean medianamente hábiles y bastante crueles, está en condiciones de imponerse a los demás hombres por medio de los irresistibles aparatos de matar, de indignificar, de gritar. Hemos vivido, y aún vivimos, ejemplos prácticos que demuestran la posibilidad, no sólo de

imponer la dominación física a los pueblos sino también la dominación espiritual, hasta tal punto que los valores de la cultura llegan a ser invertidos, y todo el universo moral se pone a marchar al revés. Es la verdad que el hombre, en cuerpo y en alma, nunca estuvo tan indefenso como ahora.

¿Qué fuerzas alinearemos frente a la amenaza de una mística fabricada a máquina? ¿Y cómo ofrecer al hombre moderno valores espirituales, cuando los esquemas antiguos, tras los cuales se amparaba están, anémicos unos, muertos otros?

En esta época de transición, sin vigorosas apoyaturas culturales, sólo vale una fe quijotesca —mejor dicho, cervantina— en una Dulcinea que sabemos nacida de nuestra costilla —pues los dioses dispensadores de la verdad, están mudos— pero válida, sin embargo, válida porque sí, por nuestra voluntad, por nuestra rebelión de bien, por nuestra decencia de hombres. ¡Válida, además, porque nos da, no la real, sino la sagrada gana!

No se trata de fraguar una ilusión caprichosa. No hay por qué escamotear con artificios a Aldonza Lorenzo, "moza de chapa", doncellona rústica y también zafia, a la que suelen llamar, de cierto modo muy suficiente, "realidad". Hay que contemplar, cara a cara, el absurdo de la vida, el trágico sin sentido que al menos en apariencia parece presidir al destino humano. Pero tenemos que sublevarnos contra esa "realidad" por la virtud del amor —que es "realidad" también— como hizo Don Quijote antes de emprender su primera salida.

Hay que crear a Dulcinea y afirmarla, darle cuerpo y sustancia, con el sacrificio. Y como nos saldrán burladores, debemos adelantarnos nosotros y no negar jamás la stirpe de Dulcinea que no viene de los antiguos Curcios ni de los modernos Colonas sino del Toboso, buen principio para el más ilustre de los linajes. Y si hay que reír —lo que parece inevitable— riámonos nosotros primero de nuestros sueños vivos. Pero, a pesar de la risa, seamos fieles a Dulcinea y desdeñemos a la princesa Micomicona y a su reino tangible. ¿Por qué? Pues bien: porque no hay otro camino posible para el hombre si no quiere dejar de serlo.

¿Reírnos nosotros de Dulcinea, de nuestro querido sueño? Sí. Cristo aún tiene que morir en la cruz riendo de su propia muerte y dando mucho que reír.

Ver las cosas como son —o como dicen que son— con los ojos bien abiertos, y no obstante, soñar a plena luz, bajo el sol de Castilla que no sabe disimular, soñar sueños desvelados, sueños en vela, contra las más impías evidencias, y servir estos sueños con el sacrificio máximo: tal es el supremo heroísmo.

Usar de nuestra más fina ironía contra esos amados sueños —ironía que no tuvo sino rara vez Don Quijote, pero que le sobró a Cervantes— una ironía apenada, aunque no exenta de alegría: tal es la suprema elegancia.

Heroísmo y elegancia: he aquí un estilo de vida.

Miguel de Cervantes, en los inagotables sentidos que esconde su obra, escrita en trance de sonambulismo y en estado de gracia, nos ha enseñado este estilo de vida.

DEBERES DEL INTELLECTUAL MEXICANO CONTEMPORANEO *

EN este ciclo de conferencias a cien años de la guerra de 1847, se me ha pedido que dé mi parecer acerca de los deberes del intelectual mexicano contemporáneo. Pienso que sería empobrecer el tema si me limitara a fijar una postura en relación con los Estados Unidos; porque el intelectual tiene además de las obligaciones comunes a todos los hombres, deberes de mayor exigencia con él mismo, con su patria y con la humanidad.

Pero lo primero que se ocurre averiguar es lo que es un intelectual, puesto que se trata de un vocablo que hasta hace poco se usa con frecuencia. Cabe decir que todo individuo dedicado preferentemente al cultivo de la ciencias, de la filosofía, de la historia y de las bellas artes debe catalogarse en el casillero de los intelectuales. El oficio de pensar, de investigar y de crear es preponderante en la vida del intelectual auténtico. Debe crear la obra de arte obedeciendo tan sólo a su propia inspiración, a su necesidad creadora; debe investigar y pensar sometido al anhelo apasionado de descubrir la verdad. Quienes se aparten de estas normas dejarán de ser verdaderos intelectuales, descendiendo a la categoría de artesanos de la ciencia o de abarroteros del arte. Y no es que yo crea en la ciencia por la ciencia y en el arte por el arte: son fórmulas caducas de una sociedad que ya pasó. En lo que yo creo es en el arte y en la ciencia al servicio del hombre, o en otras palabras, al servicio y para el bien de la colectividad.

De lo anterior se induce que el primer deber del intelectual mexicano contemporáneo es ser honesto y sincero; es ser, permanentemente, rendido vasallo de la verdad; porque sólo con la verdad se sirve de verdad a la especie de que formamos parte, se sirve de verdad a la nación en cuyo territorio nacimos y que tenemos la obligación de cuidar y engrandecer.

Y que no se dejen seducir por las sirenas de eso que ha dado en llamarse la política realista: fórmula que estriba en nadar siempre con

* Conferencia dicha el 6 de octubre de 1947, en el Anfiteatro Bolívar de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el ciclo de conferencias "A cien años de la guerra de 1847", organizado por la Sociedad Mexicana de Estudios y Lecturas.

la corriente aun cuando se trate de aguas negras de vertedero, que implica negación de toda lucha en contra del mal y del uso de desinfectantes para purificar la atmósfera política; es la aceptación gozosa de las olas de cieno que se levantan del pantano. La política realista de los banqueros, industriales y comerciantes de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, y de los grandes estadistas de las dos primeras naciones, hicieron posible el fortalecimiento militar de Alemania, hicieron posible la última guerra; y en México, la política realista, ha producido confusión en las ideas, desengaño en los corazones y una tremenda corrupción moral.

Es cierto que el mundo sufre la más grave y profunda crisis de la historia y que el hombre ha perdido el rumbo y su centro de gravedad; pero el intelectual —y esa es precisamente su obligación— debe sugerir los medios para rebasar la crisis y crear nuevas fórmulas de convivencia humana. El intelectual debe ser guía y arquitecto de pueblos. Los grandes pensadores, filósofos, científicos y artistas —los auténticos— son quienes han hecho posible el avance del hombre en el dramático y dilatado escenario de la historia.

Ahora bien, es conveniente ir poco a poco concretando el tema. Hay que ocuparse de los deberes del intelectual mexicano contemporáneo en relación con la patria. Para expresar mis puntos de vista voy a valerme de varios ejemplos, de modo inevitable tomados del campo de las disciplinas que atraen preferentemente mi atención.

Se sabe bien que ha sido y es preocupación del Estado fomentar la producción agrícola en el país. Los medios son apropiados: obras de riego, crédito agrícola, utilización de fertilizantes en los terrenos que lo han menester y empleo de maquinaria agrícola moderna. Todo esto es seguramente correcto; pero no se habla, o por lo menos no se habla bastante de los problemas de la venta y distribución de los productos. Hay una cadena de intermediarios que contribuye a elevar los precios de las mercancías y a mantener en la pobreza a cientos de miles de campesinos. El agricultor modesto, en ocasiones demasiado modesto, ejidatario o pequeño propietario, se ve casi siempre obligado a vender su cosecha al comerciante del pueblo; la vende, digamos a \$1.00 el kilo; la vende así porque no puede obtener un precio más alto y sus necesidades son inaplazables. El comerciante del pueblo realiza el producto a \$1.30, y los grandes almacenistas de la ciudad de México o de otras importantes ciudades que lo han comprado a un segundo comerciante, comisionista o coyote, que para el caso es lo mismo, a \$1.60, lo revenden a los detallistas a \$2.00, quienes a su vez tienen que obte-

ner alguna ganancia. De manera que el público consumidor adquiere el artículo por el cual el campesino recibió \$1.00, a \$2.30 ó a \$2.50. Resultado: miseria endémica de los que labran la tierra, explotación de la mayoría del pueblo mexicano y constante enriquecimiento de una minoría parasitaria y codiciosa.

Y el deber del intelectual mexicano contemporáneo consiste en señalar tales problemas y proponer su atinada solución; porque mientras estas condiciones no se modifiquen, mientras no se cure esta llaga social no habrá en muchas zonas del territorio mexicano, agricultura próspera ni campesinos siquiera con un mediano pasar.

También preocupación del Estado ha sido la construcción de caminos para automóviles, lo que sin duda alguna ha resultado de enorme utilidad para la nación; mas en algunos casos, el criterio que ha servido de norma para elegir el trazo de la carretera ha sido ofrecer paisajes a los turistas que nos visitan. Buen negocio es vender clima benigno, panoramas de altas montañas, hondos barrancos y hermosos valles. Sin embargo, es mejor y más importante poner en contacto los pequeños centros de producción con los de consumo; es más importante y mejor elevar las condiciones económicas y culturales de numerosos núcleos de población, que viven hoy como vivieron hace cien o doscientos años. El primer camión que llega a un pueblo—decía Miguel Othón de Mendizábal—es el mejor maestro misionero. Necesitamos turistas porque el dinero que dejan es útil al desarrollo económico; mas tenemos todavía mayor necesidad de integrarnos como nación. De aquí que se opine que en lugar de subordinar el fomento de la producción y de la cultura al desarrollo del turismo, debemos hacer precisamente lo contrario.

La industrialización de México debe continuarse cada vez con mayor decisión. Es el único medio para incrementar la capitalización interna y elevar el nivel de vida de millares de habitantes. Por supuesto que hay que preguntarse si debemos industrializarnos sin importarnos el precio, subordinando a ese fin cualquier otro propósito. A mi parecer no hay que escatimar esfuerzos para lograr que en las nuevas industrias las inversiones sean de capital nacional; y si esto no fuese posible, establecer como principio indeclinable la tesis del predominio del capital mexicano en cada una de las unidades económicas nuevas, de conformidad con la ley relativa y las aspiraciones nacionales.

La industrialización le tiene que costar al pueblo mexicano, como le costó al de los Estados Unidos. A principios del siglo pasado los productos ingleses eran mejores y más baratos que los norteamericanos.

No obstante, los Estados Unidos elevaron las tarifas de importación en 1826 y estuvieron resueltos a ir a una nueva guerra con Inglaterra antes que reducirlas. Ahora la nación vecina es la más grande potencia industrial. De todo esto se desprende una lección: debemos proteger nuestras industrias por medio de aranceles bien estudiados y a la vez oportunos.

Parece que ciertos sectores industriales de los Estados Unidos se oponen a la industrialización de México y de los demás países de la América Hispánica. Por fortuna hay otros en los cuales se oyen las voces de hombres inteligentes y de clara visión del futuro. Ellos ven con interés y simpatía nuestro empeño para rebasar la etapa de países agrícolas y exportadores de materias primas. Es que saben bien que son mejores clientes los pueblos ricos que los pueblos pobres, y además mejores vecinos.

En materia de educación mucho se ha hecho tratándose de las escuelas rurales y primarias y con la campaña de alfabetización, así como también en cuanto a la enseñanza técnica. Por supuesto que no ha faltado a menudo su pequeña dosis de escenografía para impresionar a la opinión pública, amplificando los esfuerzos y los resultados. De todos modos es justo reconocer que la tarea llevada a cabo es importante y merece encomios. No puede decirse lo mismo de la enseñanza superior: científica, universitaria, a la cual se le ha prestado escasa atención. El ideal de la educación popular estriba en preparar al hombre para la vida; mas el fin de la educación superior consiste en preparar la vida, y aun lo que no tiene vida, para el hombre.

Nuestros problemas de salubridad pública son pavorosos. La mayor parte de las poblaciones del país carecen de drenaje y agua potable, lo cual contribuye a un alto índice de mortalidad infantil y entre los adultos. No deben escatimarse los recursos de toda índole para surtir de agua potable a los centros poblados y para la construcción de drenajes, de preferencia a las obras ornamentales que muchas veces obedecen en primer término a la satisfacción de la vanidad de ciertos gobernantes.

¿Qué menos pueden exigir los habitantes de México que beber agua limpia, sin gérmenes patógenos?

Señalar los errores con sinceridad y buena fe, hacer crítica constructiva y ponderada, son deberes del intelectual mexicano contemporáneo. Este debe tener como móvil substantivo de sus actos servir los intereses del pueblo, ponerse al servicio de la sociedad, trabajar para que la mayoría de los pobladores del territorio gocen de los mayores bienes y sufran el menor número posible de males, aquí, en la tierra.

Los problemas de la patria en relación con el mundo exterior presentan caracteres de gravedad.

Hace unas cuantas semanas visité varias ciudades de la América Latina: Guatemala, Panamá, Lima, Santiago, Buenos Aires, Montevideo, Rio de Janeiro, Caracas y La Habana. En todas las poblaciones conversé con varios de los más destacados intelectuales. En todos ellos advertí, desde luego, una honda inquietud por el porvenir de sus países y la idea de que las naciones de origen ibérico deben aproximarse. No es un anhelo romántico, sino nacido de la convicción de que nuestras repúblicas tienen en estos momentos análogos problemas que es urgente resolver, si queremos vaciarnos en nuestros propios moldes y cumplir nuestro destino.

¿A qué se debe la inquietud de los intelectuales latinoamericanos? A mi parecer la respuesta es sencilla: antes de la última guerra todas estas naciones podían comprar y vender mercancías en Inglaterra, Alemania, Francia, Checoslovaquia, Japón, Estados Unidos, Suecia, etc. Además era posible resolver problemas financieros, obtener préstamos y aceptar inversiones de negociantes de diferentes entidades políticas. Merced a esta circunstancia, a la competencia o rivalidad de las grandes y medianas potencias, la América Latina podía defenderse, comprando, vendiendo y negociando donde más conviniera a sus intereses. Ahora la situación ha cambiado radicalmente. Europa está descoyuntada por la guerra y Japón deshecho. A los países de nuestra América no les queda otro camino, no sabemos por cuanto tiempo, sino el de vender, comprar y negociar con los Estados Unidos, que es en estos momentos de profunda crisis humana, el país más fuerte y rico del mundo. Ello implica una mayor dependencia, positivamente peligrosa, porque no hay que olvidar que los principios de la nación vecina siempre se han basado en sus intereses económicos; es una nación de grandes banqueros, de grandes industriales, de grandes comerciantes.

Por otra parte, hay que reconocer que a causa del incremento del comercio exterior, del progreso de las comunicaciones y de la situación derivada de la última guerra, tiene que acentuarse, se está acentuando ya la interdependencia económica entre todos los pueblos; y no es posible soñar que siendo una realidad la interdependencia económica, pueda perdurar la plena independencia política. A la interdependencia económica corresponde necesariamente la otra interdependencia. Tales hechos deben reconocerse. Los mejores hombres de la América Latina deben actuar conjunta e inteligentemente para que estas interdependencias no degeneren en fórmulas de dependencia total y permanente.

En los Estados Unidos hay hombres liberales, generosos, de la más alta calidad moral e intelectual; pero hay también quienes piensan hoy lo mismo que en la época del otro Roosevelt. Y velar porque no se tuerza nuestra trayectoria de nación independiente y libre es deber indeclinable del intelectual mexicano contemporáneo.

Yo no quiero ser mal interpretado. En Rusia se ha llevado a cabo una experiencia económico-social sin precedente en la historia. Es incontestable que el pueblo ruso ha mejorado sus condiciones de vida con el nuevo sistema, tanto en lo económico como en lo cultural. Esto es verdad; pero concluir por ello que en México y en los demás países de la América Hispánica debemos copiar los métodos soviéticos, eso sería una insensatez y notoria equivocación. Hay entre México y la Unión Soviética diferencias geográficas, históricas y de psicología colectiva que precisa no olvidar; pero si bien es cierto que yo no quiero que imitemos a Rusia, tampoco quiero, y esto todavía con mayor energía, que México se transforme en una colonia.

¿Cuál es la situación del mundo en esta hora trágica de la historia del hombre, y cuáles son los deberes del intelectual mexicano contemporáneo en relación con los problemas internacionales?

Hay tres grandes potencias en la actualidad: el capitalismo norteamericano junto con el capitalismo inglés y otros capitalismos menores, el Vaticano y la Unión Soviética. Cada uno de estos tres enormes poderes tienen sus propios intereses y sus propias finalidades. Parece que el Vaticano ya se ha entendido o está a punto de entenderse con el capitalismo. En consecuencia, quedan dos poderes, dos enormes poderes frente a frente.

No son pocos quienes consideran que la única solución es la guerra y que ésta se aproxima cada día. Hay otros, los amigos de la paz, que creen que es posible con buena voluntad y alteza de miras, tomando en cuenta supremos intereses humanos, encontrar fórmulas de coexistencia entre las potencias en pugna.

Hace precisamente un siglo que Marx y Engels redactaban su célebre "Manifiesto Comunista". El Manifiesto principia con estas palabras: "Un espectro se cierne sobre Europa: el espectro del comunismo". Y el espectro del comunismo hizo posible a Mussolini; el espectro del comunismo hizo posible a Hitler; el espectro del comunismo hizo posible a Franco; el espectro del comunismo hizo posible la última guerra; y el espectro del comunismo puede hacer posible una nueva conflagración mundial. Cuando el hombre se mueve por la influencia de los espectros, cuando se halla poseído por los fantasmas,

cuando esto ocurre, se pierde la serenidad, se actúa bajo la influencia del miedo, que es el peor de los consejeros.

Personas que hace poco llegaron de Europa me han informado que allá no se habla de una nueva guerra. Sus habitantes trabajan bajo el peso de su inmensa angustia por reconstruir sus naciones y sus hogares. En cambio, aquí en América, tal vez porque la presente generación o las presentes generaciones no han sabido, no han sentido realmente lo que es una guerra moderna; aquí en nuestro Continente se escribe y se habla todos los días de la guerra que trágica avanza para triturar a la especie humana. Hay quienes dicen que detrás de la propaganda bélica de la prensa se ocultan poderosos y subhumanos intereses financieros.

Cuando se recuerda que millones de hombres jóvenes o adultos quedaron tendidos para siempre sobre las campiñas desoladas, y los miles de mujeres y niños sepultados en sus hogares por las bombas asesinas; cuando se recuerda el horror de la tragedia dantesca apenas ayer vivida, y después de todo esto se nos asegura que es inevitable otra contienda armada, más terrible que las anteriores, se recibe la impresión de que los hombres se han vuelto locos y que el mundo es un inmenso y dramático manicomio.

A tal propósito recuerdo haber leído hace muchos años, no sé en qué libro ni de qué autor, el siguiente relato:

En una lejana ciudad de Oriente, gobernada por un Rey bondadoso y sus ministros, llegaba el agua potable, abundante y límpida por un acueducto ya secular. El agua brotaba de un manantial escondido entre las rocas de un monte vecino.

En la ciudad habitaba un brujo avaro y perverso. Una noche lluviosa se allegó al manantial y cegó los veneros ocultos.

Faltó el agua. Entonces el brujo perverso y avaro, que tenía influencia política porque gozaba de poder económico, aconsejó, y se le hizo caso, que se perforara un pozo en el lugar determinado que él señaló.

El agua brotó generosa y al brujo se le colmó de honores; pero aquellas aguas estaban malditas. Cada habitante de la ciudad que las bebía se volvía loco. Todos bebieron menos los ministros y el Rey. Pasaron unos cuantos días. . . y como el pueblo advirtiera que el Rey y sus ministros hablaban y se conducían de manera distinta a ellos, comenzaron a murmurar que los ministros y el Rey estaban locos.

Hubo intentos de conjura. Al saberlo el Rey y sus ministros, temerosos de perder el poder, se resignaron a beber del agua del pozo

de la locura. Grandes festejos en la ciudad porque los ministros y el Rey habían recuperado la razón.

Y el deber del intelectual es denunciar al brujo avaro y perverso y negarse a beber de las aguas malditas, aun cuando las beban todos los reyes y todos los ministros de la tierra.

La humanidad del presente puede representarse por un barco que navegara en alta mar sin timonel. Abajo, en las bodegas, hay una muchedumbre de hombres macilentos y llenos de zozobra porque ignoran su destino. En el palo más alto, como símbolo de esta civilización que a muchos ufana, hay un saco de oro y un barril de petróleo. En los salones elegantes están unos cuantos hombres vestidos de frac que juegan a las cartas, tal vez la vida de los que están abajo. Están sonrientes, alegres y confiados; están así porque afirman tener un secreto que les da un poder incontestable. Dicen que pueden destruir a los demás hombres, que pueden perforar las montañas, que pueden lograr que un mar apacible se torne bravío.

Y la nave sigue en alta mar sin timonel, en un mar cada vez más agitado.

Y el deber del intelectual mexicano contemporáneo, del intelectual latinoamericano, del intelectual estadounidense, del intelectual europeo, de todos los intelectuales, estriba en adueñarse del timón para conducir el barco a puerto seguro, donde los hombres vivan con decencia, disfrutando de libertad—que es el mayor de los bienes—y bajo el imperio de la justicia en un horizonte ilimitado.

Jesús SILVA HERZOG.

EN DEFENSA DE LA LIBERTAD

LA reunión de la II asamblea general de la Unesco en la ciudad de México va a ocurrir cuando en muchos lugares del mundo se producen movimientos de gobierno o de partido que tienden a disminuir libertades consideradas hasta hoy, en las naciones de alguna cultura, esenciales para que el escritor exprese sin censura la totalidad de su pensamiento, para que el investigador adelante sin embarazos en la lucha por desentrañar los secretos que la ciencia trata de aclarar, para que el profesor exponga desde la cátedra los resultados de sus estudios, su experiencia y sus meditaciones, para que el artista interprete lealmente la vida.

Las limitaciones que así tratan de imponer determinadas fuerzas reaccionarias son inadmisibles para el trabajador intelectual. Si ellas pasaran a marcar el tono normal de la vida, una disminución deplorable vendría a afectar todas las posibilidades de expresión y de creación en el hombre, y constituirían una catástrofe de brutales consecuencias para la cultura. La dignidad de quienes escriben, investigan o enseñan, como la dignidad de los artistas, implica un ambiente, una situación de libertad, que cuanto más cierta es, mejor garantiza la autenticidad de toda expresión. De ese ambiente, de esa situación, nace la verdadera responsabilidad de los trabajadores intelectuales.

Consideramos que entre las conquistas fundamentales de los últimos siglos, están las que han permitido a las gentes de estudio y de espíritu contribuir con obras de carácter literario, científico o artístico, a los desarrollos culturales de las naciones. Una interrupción en esta marcha libre de la inteligencia, sería concesión inadmisible a la barbarie, que nosotros rechazamos con toda la fuerza de nuestro espíritu.

El escritor público ha venido desempeñando en estos siglos una función crítica que es la garantía para los pueblos de que las soluciones que se aplican a sus problemas vitales y a las simples minucias de la existencia cotidiana, resisten al análisis libre y contradictorio y no son el producto de una imposición arbitraria. Este es postulado de la democracia que no podemos abandonar sin que pierda su fisonomía nuestra civilización. Como la perdería si, además de reducirse el periodismo a servidumbre y de coartarse la libertad de información o de

someterla a un monopolio cualquiera, se interviene la justicia y se convierte a los jueces en instrumentos de una voluntad autocrática.

El mundo espera de los hombres que escriben, investigan o enseñan, como de quienes se dedican al arte, que mantengan la ética de su oficio. En manos de los propios intelectuales ha de quedar el castigo de quienes traicionen a la universidad o corporación ideal que forman los trabajadores de la inteligencia, cada vez que ellos se pongan al servicio de intereses que traten de humillar el espíritu.

En la evolución política del mundo, los trabajadores intelectuales tienen una misión que reclama sus desvelos: la de iluminar los caminos de la justicia a través de un nuevo humanismo que se acerque a las fuentes de las desventuras sociales y proponga soluciones venturosas. Pero esa misión, que a ellos tiene asignadas la naturaleza de sus labores, no puede cumplirse ni bajo la presión violenta de la demagogia, ni en forma dirigida por las dictaduras. Hay elementos en la organización de los estados, como el ejército, que tienen señalado un campo particular de acción, fuera del cual su actividad fatalmente se resuelve en la opresión de los ciudadanos.

Tiene la Unesco por destino unir a los escritores, sabios, artistas, profesores de toda la tierra en una agrupación cordial y comprensiva que permita participar a otros hombres del goce de sus obras y ponga en contacto culturas hasta hoy separadas por abismos de ignorancia e incomprensión. Se trata, por medio de sus organismos, de que la ciencia, el arte y las letras dilaten sus esferas de influencia sobre todas las naciones. Esto, cuando menos, en días tan inciertos como los que vivimos, constituye una esperanza de todas las gentes de buena voluntad. Pero, naturalmente, punto esencial para que tan altos propósitos se cumplan es el mantenimiento de las libertades que han servido de base al trabajo intelectual de nuestro tiempo. Por eso, una carta fundamental que reconozca y proclame la vigencia de esas libertades en el mundo, nos parece que debería ser el punto de partida de todo futuro desarrollo de la Unesco.

Germán ARCINIEGAS.

LA CONFERENCIA DE LA UNESCO EN MEXICO

EN los momentos en que aparezcan estas notas estará a punto de comenzar en México —la nostalgia nos hace pensar, casi decir, que "estará a punto de comenzar *aquí*"— la segunda Conferencia General de la UNESCO. Dada la importancia del acontecimiento, nos parece oportuno recapitular brevemente lo que UNESCO es (cómo se creó y se fué desarrollando, cuál es su programa y cuáles sus ambiciones, cómo está organizada y cómo funciona, etc.) para señalar por último la significación que tiene el que se celebre en la capital mexicana su segunda Conferencia General lo mismo para los mexicanos que para el complejo organismo cultural de las Naciones Unidas. Sin duda estarán apareciendo en México infinidad de artículos e informaciones sobre la UNESCO, y quizá los mismos *Cuadernos Americanos* hayan vuelto ya su siempre abierta y preocupada atención sobre los problemas que se van a debatir en la Conferencia. Pero estas notas pueden tener, sobre su interés meramente informativo, el de reflejar las impresiones de un "mexicano" en Europa, de un "mexicano" que por desvinculado que esté ahora —zambullido en otras preocupaciones— de la realidad cultural de México, la ha vivido de lleno durante siete años y sabe, cada día más a conciencia, lo que le debe y lo que significa dentro de su vida espiritual.

Pero vamos con la UNESCO misma antes de volver sobre este tema, que es el que principalmente nos ha movido a esbozar las notas que siguen.

Breve historia de la Organización

¿Es necesario refrescar la memoria del lector sobre la historia de la UNESCO? Si queremos encontrar los antecedentes de la Organización habrá que remontarse a la otra postguerra. En 1921 Léon Bourgeois, en nombre de la Delegación Francesa, planteaba a la entonces flamante Sociedad de las Naciones el problema de la cooperación intelectual. De allí nació la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual, cuyos primeros pasos guió nada menos que la mano

de Henri Bergson. En 1926, y con la contribución activísima del gran pensador francés, se creaba el Instituto Internacional que iba a funcionar en París hasta la guerra última y cuya obra es conocida de todos.

Pero los antecedentes inmediatos están en la contienda última, y habrá que señalar una fecha concreta para historiarlos brevemente: noviembre de 1942. Con el Ministro de Educación británico se reúnen los de los Gobiernos entonces desterrados en Londres. A todos sigue preocupándoles una cooperación intelectual internacional que la guerra ha truncado, así como el desarrollo y la organización sistemática de unas relaciones internacionales que puedan significar en el mañana la paz duradera. Y, junto a estas ideas de más largo alcance, les angustia un problema de tipo más inmediato: la reconstrucción cultural de la Europa ocupada, que ha devastado el fascismo. Los Ministros de Educación reunidos estudian los daños causados por la guerra en las universidades, bibliotecas, museos, laboratorios, etc. de sus países respectivos. Y de ese estudio y de sus deliberaciones nace ya la convicción de que es necesaria una organización internacional que haga frente a todos esos problemas y asegure, lo mismo que su solución urgente, la de las necesidades permanentes de la época de paz. La convicción va abriéndose camino y en 1944 la Conferencia se amplía con la participación de otros Gobiernos, entre ellos el de los Estados Unidos.

El segundo gran paso se da en junio de 1945, en la Conferencia de San Francisco. Las Naciones Unidas victoriosas, a través de la Carta que resulta de sus deliberaciones, van a mostrar al mundo su voluntad de traducir institucionalmente los principios democráticos que habían defendido frente al totalitarismo. Nace la ONU y se esbozan ya las grandes ramas de su frondoso organismo. Es otra vez la Delegación Francesa la encargada de promover en San Francisco la cooperación intelectual en el campo del mundo. En su moción se declara: "La paz entre las Naciones debe fundarse en la comprensión y el acuerdo mutuos... Incumbe a las Naciones Unidas velar por que la cultura se haga accesible a todos los hombres. Es deber de las Naciones Unidas facilitar el intercambio y la difusión de datos sobre los diversos aspectos de su vida nacional". En estas palabras está ya el germen de la UNESCO y su vida está decretada en la decisión de la Asamblea de convocar una Conferencia que busque caminos eficaces para la realización de esas ideas.

En efecto, en noviembre del mismo año, y respondiendo a esa decisión, los Gobiernos francés y británico han invitado conjuntamente a los de todas las Naciones Unidas a una Conferencia General en Londres. Asisten cuarenta y cuatro naciones y presiden Ellen Wilkinson, la dinámica Ministra de Educación del nuevo Gobierno laborista, desaparecida recientemente, y Léon Blum. Al cabo de quince días de discusiones—en las que participó brillantemente el entonces Ministro de Educación de México Jaime Torres Bodet— la Conferencia formula una Constitución que lleva en el preámbulo la siguiente divisa: "Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz", y se encarga de los primeros trabajos tendentes a la creación del organismo correspondiente a una Comisión Preparatoria. La UNESCO acaba de nacer.

París, noviembre de 1946. El día 4 entra en vigor la Constitución de la UNESCO con la firma y aceptación de los estados representados en la Comisión Preparatoria. Entre los firmantes hay varios países hispanoamericanos: México—cuyo prestigio ha mantenido muy alto en todo momento la gran labor realizada por su representante permanente, Dr. Manuel Martínez Báez—, Brasil, Venezuela, Haití, Ecuador, Perú y la República Dominicana. La Comisión Preparatoria, que en un principio comenzó a funcionar bajo la dirección de Sir Alfred Zimmern, estaba presidida por el Dr. Julián Huxley, y tenía dos secretarios adjuntos: Jean Thomas (Francia) y Howard Wilson (Estados Unidos).

La Conferencia de París

FIRMADA su Constitución, sobre la que no es posible extenderse todo lo que sería necesario para explicarse el verdadero alcance y sentido de la Organización, la UNESCO celebra inmediatamente su primera Conferencia General. En el Hotel Majestic de París—que es desde entonces su sede permanente—tienen lugar las sesiones, bajo la presidencia de Léon Blum. En ellas se aprueba el informe de la Comisión Preparatoria y se examinan a fondo el programa de trabajos y los problemas administrativos del organismo. La UNESCO propiamente dicha surge de esa Conferencia General, que da a la Organización, además de un programa práctico, los órganos ejecutivos y asesores que son imprescindibles para su funcionamiento. Se nombra un Consejo Ejecutivo, se elige Director General al gran biólogo inglés

Julián Huxley y se monta la Secretaría que va a trabajar a sus órdenes. Sería ocioso reseñar aquí, aun cuando fuera brevemente, la primera Conferencia de la UNESCO, pues alcanzó en su día la resonancia mundial obligada. Pero hablar de ella era imprescindible para completar las breves notas históricas anteriores, ya que es el colofón de todos los trabajos preparatorios de la Organización y el verdadero comienzo de su existencia.

En la Conferencia de París se pusieron de manifiesto la buena voluntad y el entusiasmo de las Delegaciones de los distintos países, que supieron trabajar en estrecha colaboración, en un ambiente de auténtica cooperación internacional, y el interés que el nuevo organismo despertaba en los diversos Gobiernos. La mayoría envió Delegaciones copiosas y muchas de ellas tenían al frente o en su seno a grandes figuras intelectuales de los respectivos países: Florkin, Guislain, Blum, Cassin, Auger, Langevin, Cassou, Wallon, Gilson, Joliot-Curie, Mauriac, Ashton, Carr-Saunders, J. B. Priestley, Salis, entre los europeos; Alfonso Reyes, Ramos, Martínez Báez, Nabor Carrillo, Luis Alberto Sánchez, Ventura García Calderón, Otto d'Sola, Labarca, MacLeish, Murray, Carneiro, Arango Ferrer, entre los americanos. (La España republicana, que asistió a la Conferencia como invitada, envió en su representación a Pablo Picasso, que fué ovacionado por todos los delegados después del saludo que dirigió a la España libre Alfonso Reyes, jefe de la Delegación mexicana). La UNESCO comenzaba a marchar con la Conferencia de París, en la que se debatieron lo mismo los problemas urgentes de reconstrucción inmediata que los permanentes de la cultura. El éxito redondo de la Conferencia colocaba desde el principio bajo los mejores auspicios el camino que se ha trazado y que la Conferencia contribuyó no poco a señalar.

Notas sobre la organización internacional de la UNESCO

Los principales órganos de la UNESCO son una Conferencia General, un Consejo Ejecutivo y un Secretariado.

La Conferencia General ha de reunirse anualmente en sesión ordinaria y determinará el programa de la Organización y las conferencias internacionales sobre ciencia, educación y humanidades que convenga celebrar, conociendo y discutiendo la labor desarrollada en el año anterior. Aunque la sede permanente de la UNESCO está en París, el lugar en que se celebra la Conferencia General varía cada año con el fin de mantener contactos vivos y frecuentes con otros medios

y fomentar en ellos interés e intercambios de ideas fecundos sobre la obra que realiza la organización.

El Consejo Ejecutivo prepara el programa que habrá de aprobar la Conferencia General y propone a ésta la admisión de nuevos miembros. Celebra dos sesiones regulares durante el año y se compone de dieciocho miembros que la Conferencia General ha elegido entre las Delegaciones de los distintos países. Los miembros del Consejo norman su actuación a las indicaciones de la Conferencia General, en cuyo nombre ejercen su función y no como representantes de sus Gobiernos. (De los dieciocho miembros del Consejo actual, tres son iberoamericanos: el Dr. Manuel Martínez Báez (México), el Prof. Paulo Carneiro (Brasil), y el Embajador C. Parra Pérez (Venezuela).

La Secretaría es amplísima y trabaja a las órdenes del Director General de la UNESCO, que elige también la Conferencia General por un período de tiempo definido. La Secretaría tiene en sus manos la realización práctica del programa y nos parece inútil señalar ahora las secciones distintas que la componen, ya que podrán deducirse de la breve exposición del programa de 1947 que haremos a continuación.

En estrecha relación con el organismo central de la UNESCO trabajan las Comisiones Nacionales que se han montado en los países miembros de la Organización. El trabajo de esas comisiones nacionales es esencial para la buena marcha de la UNESCO y para la eficacia de su función, ya que es a través de ellas por donde se derrama en los distintos países la obra y la influencia del organismo central. De la compenetración que las Comisiones Nacionales tengan con el espíritu de la Organización y de su colaboración en los trabajos emprendidos dependen en gran parte las posibilidades de la UNESCO en un futuro próximo y, desde luego, para la obra final de la UNESCO, que, por sus características mismas y por su sentido, se anuncia a largo plazo, es importantísima la incorporación de todos los sectores culturales de los diferentes países.

Los Estados miembros de la UNESCO se han comprometido a contribuir a los gastos de la Organización, a respetar su carácter internacional, a informar periódica y regularmente sobre la legislación en materia cultural de su país así como sobre sus instituciones culturales. Deberán también suministrar información sobre la actividad desarrollada en el campo nacional en lo relativo a recomendaciones y acuerdos de la Organización y procurar por todos los medios que las instituciones culturales más importantes del país se asocien al trabajo de la UNESCO y colaboren en una u otra forma a su obra.

El programa de 1947

EL programa de la UNESCO, que es de amplitud extraordinaria y que abarca en su seno los más variados aspectos de la cultura, se divide en dos grandes partes: la primera encierra los grandes proyectos generales; la segunda, los proyectos y actividades diversos. Si es difícil glosar brevemente el programa de la UNESCO, cuyo texto escrito rebasaría ya por sí solo los límites de este artículo, tratar de reflejar debidamente su importancia y su contenido resulta imposible.

He aquí, en forma esquemática, sin comentario apenas, las principales secciones que lleva. Entre los proyectos generales—primera parte del programa—destacan:

1) el de reconstitución, que se enfrenta en la escala mundial con los problemas de la postguerra en el campo de la educación, la ciencia y la cultura. Atiende, por tanto, multitud de cuestiones, grandes y pequeñas, pero todas en general de carácter urgente y, en muchos casos, angustioso. Las zonas devastadas por la contienda recibirán—están recibiendo ya a través de la UNESCO—material científico y técnico, bibliotecas, radio, etc.

2) el de educación de base, con el que se está montando una campaña intensísima contra la ignorancia, campaña que se lleva sobre las direcciones más variadas: higiene y agricultura, artes y civismo, alfabetización, educación para la mejor comprensión internacional. La labor se piensa llevar a cabo a través de las escuelas y de otras instituciones especializadas y se emplearán, con un afán de eficacia puesto a su servicio, los medios modernos para la información de las masas: radio, prensa, cine, etc. Luego hablaremos del primer experimento en este campo que está realizando ya la UNESCO.

3) el de educación para el desarrollo de la comprensión entre las naciones. Se organizarán cursos prácticos para los educadores, se estimulará la acción de los centros de estudios internacionales y la creación de clubes de relaciones, etc., y se procederá a la revisión de los manuales escolares y del material de enseñanza existente para lograr que sirvan el deseo de un mejor entendimiento entre los países.

Los otros proyectos de carácter general se relacionan con la creación de becas, intercambio universitario y de técnicos y artistas, derechos de propiedad intelectual, información, colaboración con otras instituciones internacionales públicas y privadas.

La parte segunda del programa es complejísima y encierra actividades a desarrollar en los campos más diversos de la cultura. Baste

decir que hay secciones especializadas en educación, bibliotecas y bibliografía, ciencias naturales y exactas, ciencias sociales, filosofía y humanidades, artes y letras, museos, información de masas. El trabajo de cada sección, siquiera se expusiese someramente daría material para varios artículos. Y habría que hablar, si intentamos abarcar el de todas, lo mismo de un Instituto Internacional del Teatro que de una nueva Declaración de los Derechos del Hombre; y de servicios bibliográficos, de comisiones para estudiar las tensiones internacionales que ponen en peligro la paz, de antologías literarias de países ocupados, de traducciones de clásicos, de estadísticas pedagógicas, de redes mundiales de radiodifusión puestas al servicio de la cultura, de congresos matemáticos, de exploraciones científicas, de reorganización técnica de la prensa en los países que han sufrido la guerra, etc., etc.

Por su carácter americano señalamos dos cosas: el experimento de educación de base a que antes aludíamos y que se está realizando en Haití por el Gobierno de aquel país en estrecha colaboración con la UNESCO, y el magnífico proyecto del Instituto Internacional del Amazonas, que está ya en marcha. La comunidad haitiana de Joamel está siendo sometida a un proceso intensivo de alfabetización, de mejoramiento o de la higiene y del nivel de vida de los habitantes y de perfeccionamiento de los métodos de cultivo. En el Instituto Internacional del Amazonas, que va a estudiar y explorar la región ecuatorial que bautizó Humboldt con el nombre de Hílea Amazónica, tendrán participación directa Brasil, Bolivia, Ecuador, Perú, Colombia, Venezuela y las tres Guayanas y colaborarán los Estados Unidos, la Unión Panamericana, el Instituto Indigenista Interamericano y la Organización Mundial de la Salud. A base de un trabajo coordinado que llevarán a cabo especialistas en distintas ramas de la ciencia, se logrará el conocimiento completo de una de las regiones de la tierra que aún envuelve el misterio. Ninguno de los Gobiernos ahora implicados en el proyecto de la UNESCO había podido realizar por sí solo los trabajos de exploración necesarios. Les faltaban los medios indispensables para hacer frente a problemas técnicos de una gran envergadura, medios que tiene, en cambio una gran organización internacional. De la labor que en la Hílea Amazónica (alguien la ha calificado de "reserva de la humanidad") realicen en cooperación fecunda y estrecha los geógrafos, etnólogos, antropólogos, naturalistas, químicos, médicos, etc. del Instituto, saldrán datos y noticias de incalculable valor y que pueden ser preciosos no sólo para la investi-

gación científica sino para la economía y la salubridad de otras regiones de la tierra.

La Conferencia de México

LA Conferencia General de la UNESCO que se reunirá en México en los días próximos va a conocer el desarrollo de este programa. En México se van a examinar los resultados del primer año de vida real de la Organización, pues, como antes decíamos, fué la primera Conferencia General celebrada en París la que puso en marcha de una manera casi regular ya—todavía hay secciones en organización y otras que no cuentan aún con el total de sus elementos de trabajo—esta gran rama de las Naciones Unidas.

Si bien es inútil subrayar la importancia de la UNESCO y el alcance y la envidia que tiene su Programa de 1947, no estará de más subrayar la significación de la Conferencia de México, y ello debe hacerse quizá sobre diversos planos: en función de la UNESCO misma y en relación con México e Hispanoamérica en general.

Veamos primero el aspecto de la cuestión que se refiere a la UNESCO. Es muy pronto todavía para hablar de los resultados palpables que haya podido alcanzar la Organización en el trabajo llevado a cabo. No son desdeñables los esfuerzos realizados en el terreno de la reconstrucción cultural de los países devastados y menos aún los resultados obtenidos, y el más exigente soñador de metas de la cultura se sentiría satisfecho ante el programa trazado. Una obra como la que intenta realizar la UNESCO requiere tesón, entusiasmo y fe en los actores y no puede estar sujeta ni subordinada a la impaciencia del espectador. Y de la impaciencia de éste han surgido ya las críticas, aunque le consten el tesón, el entusiasmo y la fe de los actores. El mayor peligro de la UNESCO reside en que no logre la completa adhesión de todos los pueblos y de las instituciones de cultura, en que se convierta—aislada de los demás o de algunos, sin el apoyo vivo y militante de los que hacen la cultura en el mundo—en un gran aparato burocrático, sin raíces verdaderas en los problemas, de espaldas a éstos. El peligro ha sido señalado ya, y no como peligro en potencia, latente, sino como peligro real, actuante, hecho realidad en la Organización misma. No quiero entrar en si el reproche es justo o injusto. Lo que sí puede afirmarse es que es un reproche que puede quizá llegar a hacerse si la marcha de la UNESCO o

que la inspira e impecable por el rigor con que la guarda. Cumple lo que firma y firma lo que siente. Recuerdo ahora el alegre orgullo con que el Dr. Martínez Báez me enseñaba en su pequeña oficina de la UNESCO en París los textos constitucionales mexicanos en que se incorporaba ya la doctrina de las Naciones Unidas y se hablaba de la UNESCO—tan obra de Martínez Báez, tan suya en el mejor sentido de la palabra—nominalmente. "Creo que somos los primeros en hacerlo".

Para México—aparte de la satisfacción que le represente la justicia que se hace a esa impecable trayectoria internacional reuniendo en su capital la Conferencia—tiene el acontecimiento un significado mejor: va a ser por unos días la capital intelectual del mundo, el sitio donde se discutan los más profundos problemas de nuestra cultura después de la gran crisis última y en medio de la crisis presente. Y si señalábamos antes lo que para UNESCO podría ser México como piedra de toque, señalemos ahora lo que ese hecho puede ser como estímulo para México en los momentos que vive. Ya lo hubiera sido hace dos años, cuando todavía estábamos allí. Pero lo será mucho más ahora, en el momento de honda transformación que por lo visto ha significado la Administración nueva.

Al estímulo puro y simple que el hecho de la Conferencia celebrada allí implica, sabrá México sumar su afán de superación constante y pondrá al servicio de ese afán la inteligencia. Y para la renovadora corriente de su cultura, para su creadora actividad intelectual—que habrá de prolongar además a los otros pueblos de la América hispana, de los que es ahora auténtica cabeza y representación—puede la UNESCO (si México la *busca* y la *comprende* también, tomándole sólo en cuenta los saldos positivos y olvidando benévolutamente los que aún no lo son), constituirse en el gran apoyo material de sus mejores empresas.

A México le cabe además en la Conferencia de la UNESCO jugar el gran papel de valedor primero de la cultura hispánica y nadie hoy en día como él para salir por sus fueros al campo general. Este "mexicano" desde París, sin noticias apenas, adivina "desde ya" la gran delegación que México habrá montado. Y sólo desea que esté a la altura de sus nombres y sus hechos. Que ello basta.

(Un paréntesis final que—cuando se publique con el resto del artículo—será también recordatorio final, suma y sigue. ¿La cultura española estará ausente también esta vez de la Conferencia de la

lo que consiga hacer no lo borran de antemano por completo. Hoy por hoy —y no olvidemos nunca que la obra de la UNESCO es obra a largo plazo— nadie con buena fe puede dudar siquiera de que se pone toda la carne en el asador y que la Organización tiene ante sí grandes proyectos y tareas. ¿Logrará llevarlos a buen cabo? Me atrevería a decir que la respuesta no corresponde sólo a la UNESCO, sino a los que hasta ahora no son más que espectadores y críticos de su obra. En los días que vivimos quizá sea más cómodo seguir siendo espectador —y es desde luego mucho más fácil ser crítico—, pero es indudable que la obligación y el deber bien sentidos dictan un camino de actuación. Para que la UNESCO sea algo vivo, para que el libre espíritu de que nació llegue a penetrar beneficiosamente a la humanidad y la ayude a salir —mediante la comprensión y el entendimiento de todos— de la tensión angustiosa en que vive, es necesario que se le preste el calor que todo requiere para crecer y dar fruto.

De aquí la enorme importancia que tendría para la UNESCO lograr la incorporación activa de los pueblos hispanoamericanos a su obra, y lo decisiva que puede ser en la vida de la Organización la experiencia de esta Conferencia de México. Porque México bien puede ser la piedra de toque para la UNESCO. Por su inquietud, por su sentido renovador, por el vivo problema que México es en sí mismo, el contacto puede significar para la UNESCO un constante chisporroteo de sugerencias, realidades, fuerzas misteriosas, que haga que la Organización vuelva a París con otro ímpetu y con otro sentido de las cosas. La UNESCO va a tocar América en México, otra América que la que suele tocar. Más pobre materialmente, pero infinitamente más rica de posibilidades y caminos para lo que UNESCO es y debe ser. La América hispana puede y debe jugar un papel decisivo en la UNESCO y para la UNESCO es también decisivo entenderla, saberla interpretar y lograr incorporar vivamente a su obra comenzada el rico caudal de lo hispanoamericano, sin el cual la Organización que pretende abarcar la educación, la ciencia y la cultura en el mundo no estaría completa o tendría incluso un triste tinte parcial y partidario. ¿Logrará la UNESCO la adhesión activa de los pueblos hispanoamericanos? Para ello hace falta que la UNESCO *busque y entienda* a aquellos pueblos. El que su segunda Conferencia General se celebre en México, el que el Dr. Julián Huxley haya preparado con verdadero interés su mayor éxito, *buscando* y tratando de *entender* a los intelectuales hispanoamericanos en su reciente viaje, son dos buenos signos.

¿Y México? México tiene en el campo internacional desde hace muchos años una trayectoria impecable. Impecable por el espíritu

UNESCO? ¿Estará sólo "invitada"? La que vive físicamente en España está presa o condenada al silencio. Pero la que vive esparcida por Francia, en la anchura de América y reunida en lo alto de ese Valle de México tiene algo que decir, porque viene continuando la cultura española desde el destierro. Que México e Hispanoamérica hagan suyos los limpios derechos de la España verdadera, la primera de las Naciones Unidas frente al totalitarismo; la única que espera todavía la hora de la libertad).

Francisco GINER DE LOS RIOS.

NUEVA REVISTA DE FILOLOGIA HISPANICA

EJEMPLO notable de continuidad en una empresa intelectual ofrece la revista dedicada a la elucidación de la lengua española y de sus monumentos literarios. En la primera etapa de su vida, la *Revista de filología española*, fundada en Madrid en 1914, da un impulso fundamental al desarrollo de esta disciplina en los países de lengua española. La dirigía don Ramón Menéndez Pidal, el sabio que había realizado estudios magistrales sobre la cultura española y que había renovado los métodos de la filología y de la crítica. Gracias a su impulso y a su guía, durante veintitrés años, reuniéronse en esa publicación las investigaciones sobre nuestra lengua de sus más eminentes conocedores: Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Antonio G. Solalinde, José F. Montesinos, Dámaso Alonso, Amado Alonso, Miguel Asín Palacios y Alfonso Reyes, entre tantos otros. Pero la guerra civil impidió la prosecución de esta labor científica, y entonces, aquella tarea vino a continuarse en Buenos Aires, siguiendo esa vasta y fecunda corriente que buscaba en su América el continente de la libertad y del espíritu.

Consecuente con su nueva sede y su más amplio campo de estudio, el nuevo órgano que se publica de 1939 a 1946 se llamó *Revista de filología hispánica*. La dirigía Amado Alonso, uno de los más distinguidos maestros del grupo que había formado Menéndez Pidal, y en torno suyo, aunque dispersos, colaboraban no sólo algunos de sus antiguos compañeros y maestros como Tomás Navarro Tomás y Américo Castro, sino hispanistas de todas las latitudes: portugueses como Fidelino de Figueiredo, alemanes como Leo Spitzer y Helmut Hatzfeld, norteamericanos como Irving A. Leonard, hispanoamericanos como Pedro Henríquez Ureña, Angel Rosenblat, María Rosa Lida y Raimundo Lida.

Una vez más, sin embargo, fué preciso buscar en otra parte un campo de reunión propicio para sus tareas intelectuales, y se le encontró en nuestra ciudad, gracias al Colegio de México. La labor iniciada en 1914 por Menéndez Pidal continuará así y se dará a conocer trimestralmente, en la *Nueva revista de filología hispánica*. Frente a ella continuará su animador de la época argentina, Amado Alonso, y auxi-

liándolo en sus labores, en El Colegio mismo, uno de los nuevos maestros hispanoamericanos, Raimundo Lida. Con la aspiración de reunir en sus páginas las investigaciones de los hispanistas de Europa y América, han sido designados redactores William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, José Rojas Garcidueñas, Angel Rosenblat, Manuel Toussaint y Silvio Zavala, y ha sido solicitada, además, la colaboración de muchos otros especialistas. El programa de trabajo de la *Nueva revista de filología hispánica* incluye la publicación de artículos y notas sobre temas de literatura española e hispanoamericana; sobre el castellano de América y de España; sobre el portugués, con especial referencia al Brasil; estudios de teoría y metodología filológica; reseñas críticas de libros y revistas, y noticias sobre la actividad filológica en América y en Europa. La *Nueva revista* continuará asimismo bibliográficamente a la *Revista de filología hispánica* e incluirá en cada número las listas de libros y artículos clasificados por materias, en sistemática coordinación con la Bibliografía hispanoamericana de la *Revista hispánica moderna*, publicada por el Hispanic Institute de la Universidad de Columbia.

Superando todos los obstáculos, la empresa científica que se inició hace ya treinta y tres años, está por reanudarse en México, gracias al entusiasmo de Alfonso Reyes. Principiará así la tercera etapa de un noble esfuerzo, en el que han participado ya varias generaciones que buscan el conocimiento y el esplendor de nuestra lengua.

José Luis MARTINEZ.

Aventura del Pensamiento

EL HOMBRE, ANIMAL OPTICO

Por *Juan CUATRECASAS*

CUALQUIERA que sea el relativo significado de la palabra progreso en biología, hoy se acepta que representa un mayor control sobre el medio y la mayor independencia con respecto al mismo. Este concepto de Spengler es compartido por naturalistas modernos, como Huxley, y se relaciona en la historia evolutiva de los seres vivos, con lo que llaman dominancia de tipos biológicos y con las variables posibilidades ligadas a los tipos complejos de organización. La especialización funcional puede ser la base de supervivencia dominante, si bien puede conducir a veces a una detención; así se habla de progreso limitado y de progreso ilimitado. De ahí que los mamíferos continuaron su evolución durante toda la época Cenozoica mientras los insectos, poco después de su comienzo, quedaron detenidos.

En los mamíferos, señala J. Huxley que "los órganos de los sentidos también se perfeccionaron y el cerebro aumentó de volumen. En las últimas fases evolucionó la capacidad de manipulación. Mediante una combinación de diversos factores, el hombre fué capaz de aprovecharse de su ambiente en una gran variedad de formas, llegando a gobernarlo mejor que cualquier otro organismo". Precisamente por esta realidad objetiva del dominio que el hombre ejerce sobre el ambiente, se puede afirmar que representa en la actualidad el tipo dominante biológicamente. ¿Cuál ha sido el mecanismo? Este es otro problema. Porque los antropólogos sugieren que aun surgido el tronco originario del hombre hacia mediados de la era cenozoica, no llegó a ser dominante hasta el final de la Edad del Hielo.

En este triunfo ambiental ha desempeñado papel fundamental la especialización orgánica que supone un perfeccionamiento biológico unilateral en detrimento de ciertos órganos y

funciones, pero con mayor eficiencia de una de ellas. Según Huxley "el caballo y el león quedaron fuera del progreso por la mayor eficacia de sus miembros y por la agudeza del sentido del olfato. Tratábase de piezas limitadas de la maquinaria orgánica". El sentido del olfato no podía conducir más que a un progreso estacionado. La explicación la ha dado Jakob estudiando la evolución histo-neural del cerebro de los mamíferos. Y Elliot Smith señala que para el desarrollo de la inteligencia era preciso que los miembros anteriores de los antropoides se convirtieran en manos, y *que el sentido de la visión dominara sobre el del olfato*. Ahí está la vaga noción inicial de la trascendencia que la especialización evolutiva sensorial ha representado para la elaboración del animal humano.

He ahí una misteriosa coincidencia de esas enseñanzas inductivas de la zoología con las intuitivas expresiones de un filósofo (bien ajeno, por cierto, a las investigaciones biológicas) como Unamuno, cuando insistía, con su brusca espontaneidad, en valorizar la función visual en un ensayo publicado en 1900 sobre el valor social de las ideas (La ideocracia). Unamuno se preguntaba: "¿Crees que la visión, la visión misma, flor la más espléndida del conocer, hizo al ojo? No; al ojo le hizo la vida, y el ojo hizo la visión y luego por ministerio de la visión perfeccionó la vida al ojo. Pero ¿el ojo, el ojo mismo, símbolo de la inteligencia, fué un órgano de visión ante todo?"

Si dejamos un poco de lado la cruda objetividad del naturalista para plantearnos las posibilidades teóricas de evolución de los animales según la visión esquemática de las distintas diferenciaciones o perfeccionamientos sensoriales, podremos vislumbrar una explicación comparativa de cómo podrían haber surgido entes cerebrales bien distintos de nosotros, o de cuáles hubieran sido las posibilidades frustradas de progreso neural en direcciones distintas de la que ha conducido al hombre.

Parece que han sido dos los tipos destacados en los mamíferos por su estructura cerebral: el olfatorio y el óptico. El cerebro olfatorio ha sido muy bien estudiado objetivamente por el neurólogo Ch. Jakob en un animal misterioso de la Argentina llamado pichiciego (*Chlamidosphorus truncatus*). Su estructura gira alrededor del lóbulos olfatorio, el cual en el hombre está reducido a una formación atrófica.

Los animales olfatorios se han extinguido y detenido en un momento de su evolución. El cerebro olfatorio constituye precisamente la parte menos estructurada cito-arquitectónica por pertenecer al llamado *alocortex* (Economó). El *isocortex*, en cambio, comprende el sector capaz de una progresiva complicación estructural y funcional por la sistematización de las neuronas en sus áreas. Las sensaciones olfativas no habrían podido nunca servir de base a las asociaciones nerviosas que establezcan relaciones de ideas o relaciones de un orden cuantitativo suficientemente comparativas. De ahí que este camino podríamos decir que representaba una evolución especializada y limitada. ¿Podría haber buscado la vida superior el camino de la especialización acústica? ¿Podríamos haber surgido de animales con cerebro acústico? Estamos en el campo de la pura fantasía. Los literatos no lo habían dejado inédito este terreno. Cuando Cyrano de Bergerac cuenta de su viaje a la luna, refiere que su lenguaje era como un gruñido inarticulado al lado de aquellos seres musicales que habitaban la luna. La función acústica hipertrofiada hacía que dichos hombres lunares se sirvieran igualmente de su voz que de un instrumento para comunicarse sus pensamientos. Y así refiere Cyrano que algunas veces hallaríanse quince o veinte lunáticos discutiendo un punto de teología o las dificultades de un proceso por medio de un concierto de lo más armonioso con que se pueda regalar el oído.

¿No podría haber sido el lóbulo eléctrico de los teleosteos el que hubiese prosperado en la filogenia y hubiese creado un animal eléctrico? La aparición de un órgano eléctrico podía representar una original especialización funcional, cuyo desarrollo pudiera conducir a la formación de un sistema cerebral complicado que diera origen a una nueva forma de vida nerviosa, fantástica. Pero la función no pasó de ser una derivación nutritiva y defensiva. Por otra parte, la vida acuática no ofrecía perspectivas muy favorables para el desarrollo del sentido amoroso. Según Michelet, la melancolía del mar impide a la vida de los peces un progreso indefinido y especialmente el de la aparición de las formas superiores de la reproducción. Sensorialmente, además, son animales olfatorios. La tentativa de los peces eléctricos no sabemos, pues, si hubiese podido conducir a la formación de animales cuya vida de relación

podiera competir con los cuentos de hadas o de brujería. Estas imaginarias posibilidades de evolución y muchas otras que la realidad paleontológica habrá enterrado, no son más que sugerencias metafísicas para el psicólogo. La filogenia ha abierto el camino del hombre a través de un cerebro óptico. Y a él debemos lo que somos. Y es a este característico cerebro que lleva la huella dominante de la función visual al que debemos lo específico de nuestra mentalidad, de nuestra imaginación, las posibilidades concretas de llegar a concebir la exactitud infinita, la calidad de nuestras emociones, y hasta las características de la evolución del arte y de la ciencia.

LA EXTENSION DEL APARATO VISUAL

SERÍA preciso en este punto de nuestro planteamiento hacer una excursión documentada y extensa al campo de la anatomo-fisiología comparada y descriptiva, que nos serviría de base objetiva para las sugerencias interpretativas que voy a apuntar. Pero ello, aparte de su aridez para el lector, quizás nos alejaría del simple propósito de este ensayo, que es de orden integrativo y psicológico. Sin embargo, es ineludible que intente una breve y sintética alusión a las nociones adquiridas recientemente acerca de la estructura de las funciones ópticas.

El aparato visual está constituido en el hombre por diversos órganos o sistemas que le comunican una extraordinaria extensión e importancia dentro del sistema nervioso central. Dejo ya de lado el aparato oculomotor cuya función está muy vinculada a las altas funciones visuales. El sistema de inervación pupilar adquiere una gran importancia por sus conexiones vegetativas. Pero la sistematización de las vías ópticas hacia la corteza constituye la característica esencial del progreso sensorial en los mamíferos superiores. Las descripciones anatómicas detallan la dirección y las conexiones conocidas clásicamente de dichas vías, que partiendo del nervio óptico pasan por el quiasma óptico y las cintillas hacia los cuerpos geniculados laterales y el tubérculo cuadrigémino anterior para terminar en la corteza occipital, el área visual.

El estudio filogenético de la corteza visual demuestra que en el hombre se halla la fase de máximo desarrollo (siendo

impreciso el límite del lóbulo visual por la presencia de pliegues de paso de considerable importancia). Desde los quirópteros hasta el hombre se observa una progresión telencefálica de las formaciones ópticas, con desigualdad de desarrollo de ambos lóbulos visuales en el hombre, y un evidente paralelismo entre el desarrollo del sistema visual y la función gnósica. En un importante trabajo de anatomía comparada, F. Vidal y B. Courtis concluyen la posibilidad de establecer una clasificación zoológica basada en la morfología cerebral.

La progresiva organización de las proyecciones anatómicas que desde la retina van al lóbulo occipital hace posible la percepción del espacio, dando cada vez una mayor precisión y perfección a la percepción visual. La importancia psicológica de este hecho no puede ocultársenos. Sería demasiado extenso entrar en el examen de la filogenia de la función visual, cuyo conocimiento básico puede encontrarla el lector profano en los tratados clásicos de fisiología nerviosa y de anatomía cerebral. Pero quiero recordar tan sólo que de los trabajos de Marquis y de los de Fulton se deduce que el sistema nervioso central muestra en la filogenia un desarrollo ordenado que desplaza la función hacia los centros superiores. Este proceso, llamado *encefalización*, es más sorprendente que en ningún otro caso, según Fulton, en la evolución de la función visual. Y Lorente de No hace resaltar que "cada punto de la retina se proyecta en una gran área de la corteza, por cuanto las arborizaciones protoplásmicas y axónicas son extensas, de manera que los impulsos originados en cualquier punto de la retina pueden ser transmitidos a una gran área de la corteza cerebral".

Y la evolución anatomo-fisiológica de la función visual en los vertebrados, pasa por distintas fases que significan diferencias de posibilidades extraordinarias. Es decir, que la visión ocular comienza quizás siendo un aparato biofotográfico para la orientación del animal, pero pasa después a ser una especie de resonador cerebral armónico, capaz de crear imágenes intraneurales, dinámicas, y de establecer sistemas de imágenes precisas y complicadas, generadoras de una nueva calidad vital. El estudio de la fisiología comparada de la visión revela la riqueza fenomenológica de sus progresos. No debo entrar aquí en detalles descriptivos. La independencia

sensorio-motora de ambos ojos separa a los vertebrados en dos grupos (vertebrados inferiores de quiasma total y los superiores con hay complementario o mamilar), y solamente gozan de la conjugación de movimientos oculares los mamíferos. Citaré unas breves palabras de Rochon-Duvigneaud, que van al final de un voluminoso libro sobre la visión en los vertebrados: "La división de los Vertebrados en inferiores y superiores se mantiene en el dominio visual. A pesar de sus maravillosas cualidades, los ojos de las aves no cumplen la más alta utilización posible de la función visual. Esta sólo la alcanzan los simios y el hombre con su sistema ocular conjugado y su visión foveal binocular para cualquier distancia. Así articulado en la profundidad del sistema nervioso central, este conjunto ocular funciona casi como un solo órgano, aun conservando algunas de las ventajas de la independencia originaria".

Todo ello bastaría para explicarnos el hecho reconocido por numerosos investigadores de que el campo que ha aportado mayor cantidad de materiales y de problemas a la investigación psicodinámica sensorial ha sido precisamente el examen de la actividad sensorial del sistema óptico.

LOS REFLEJOS OPTO-PITUITO-SEXUALES

EL moderno conocimiento de los llamados reflejos neuroendocrinos ha dado todavía una mayor amplitud a la repercusión nerviosa de las funciones ópticas. La base de dichos reflejos la forman las conexiones anatómicas opto-hipotalámicas. Las excitaciones luminosas desde la retina provocan la estimulación de centros vegetativos hipotalámicos, los cuales están directamente vinculados a la glándula hipofisaria y por lo tanto actúan estimulando, por mecanismo reflejo, sus secreciones. Otra noción importante desde nuestro punto de vista es la especificidad zoológica de estas correlaciones neurohumorales, la cual encierra una diferencia cualitativa y cuantitativa de dichos reflejos en las diversas especies animales.

El estudio fisiológico de los reflejos opto-hipotalámicos demuestra que el excitante luminoso desencadena fenómenos reaccionales de orden pigmentario o sexual, según los animales. Las vías de estos reflejos no están rigurosamente determinadas,

pero se conocen haces de fibras ópticas que partiendo del quiasma se dirigen al núcleo supraóptico. Este núcleo, descrito hace años por Cajal con el nombre de núcleo periquiasmático o tangencial, ha adquirido una considerable importancia como centro de las conexiones opto-endocrinas, ya que de él emerge un haz que va a inervar a la hipófisis, descrito por Greving en 1926 con el nombre de tractus supraóptico-hypophyséus, y por Nicolesco y Raileanu en 1925 con el de fasciculus-hypophyséus. De este mismo núcleo supraóptico parten haces de fibras que se dirigen al mesencéfalo, protuberancia y médula espinal, constituyendo el llamado sistema tangencial periventricular de Laruette, cuya significación, aunque todavía imprecisa entre las funciones diencefálicas, señala una fase de expansión anatómica del sistema óptico-vegetativo. Otros haces, como el supraóptico-talámico, establecen conexiones con el tálamo óptico.

La repercusión de los fenómenos de excitación luminosa ocular sobre el sistema neuroendocrino fué primeramente descubierta en los batracios, en los cuales la luz produce cambios de color de la piel en relación con la intensidad de la iluminación y con el color de la misma. Estos cambios de color se producen por las variaciones del cromatóforo o célula pigmentaria, dependientes de los estímulos reflejos vegetativos. En este arco reflejo, la hipófisis desempeña un papel importante, comprobado por numerosas experiencias (Allen y Smith, Atuwell, Swingle). Y sobre la misma hipófisis, la acción de la luz determina la posibilidad del reflejo, lo cual ha sido demostrado por Koller y Rodewald en 1933: la obscuridad inactiva la hipófisis de la rana en cuanto a las respuestas pigmentarias. Estos investigadores demostraron que el obturamiento de los ojos en la rana producía el mismo efecto inactivante que la obscuridad. La enucleación ocular, en cambio, no producía el mismo efecto, quizás debido a la excitación del nervio óptico producida traumáticamente. Y demostraron, además, que la excitación mecánica del muñón del nervio óptico es capaz de producir el reflejo optopigmentario, y de reactivar la hipófisis de las ranas cegadas y mantenidas en la obscuridad. He ahí, pues, la significación de los llamados reflejos opto-pituitopigmentarios. Su aparición en la escala animal representa un progreso y una especialización neuroendocrina estableciendo una predominancia sensorial del aparato ocular. Y el reflejo

comprende ya varios eslabones: el primero, sensorial, exteroceptivo. El segundo, neurohipofisario; el tercero, humoral, el cual actúa sobre los melanóforos por vía hormonal.

La fisiología de los reflejos optopigmentarios es la misma que la de los optosexuales. No se diferencian más que por la respuesta final, que puede ser en forma de variación pigmentaria o bien en forma de respuesta sexual. Pero el mecanismo es siempre opto-pituitario, y la especialización del sistema neuro-vegetativo que constituye la base del arco reflejo, es la misma, aunque en las especies superiores, con una progresiva complejidad, es más completo y preciso. Desde este punto de vista, algunos naturalistas creen que el sistema optopituitario-pigmento-sexual constituye una característica de un grupo de animales que partiendo de un tronco común, después se subdividen en pigmentarios y sexuales. En este aspecto, el hombre estaría ligado con el camaleón por un atávico y estrecho parentesco fisiológico. Por otra parte, los fenómenos pigmentarios de los animales melanofóricos están también muy relacionados con los sexuales, y siempre ambos dependen de la hipófisis. El fenómeno de la migración de los pájaros obedece también al mismo tipo de reflejos, en relación con el ritmo de variación de los días (Rowan).

Los reflejos opto-pituitario-sexuales se traducen por diversas respuestas a la excitación luminosa. Rowan en 1928 señaló la actividad testicular del junco macho, y Bissonnette en 1931 la espermatogénesis provocada en el estortino. En 1933 Hill y Parkes demostraron que la luz artificial prolongada en hurones hembras provocaba el estro. Y así sucesivamente, se ha ido confirmando que los estímulos procedentes de las vías ópticas determinaban respuestas específicas en los órganos sexuales, o en la esfera sexual. En el hombre, dada la complejidad de la función visual, la matización del estímulo óptico confiere una especial amplitud al valor específico de dichos reflejos. Por ello, la respuesta hormonal también es matizada y se puede advertir lógicamente que actúa como resonador biológico, aumentando la posibilidad reaccional del sistema y haciéndolo cada vez más estructurado anatómico y funcionalmente.

La influencia de las estaciones y de los climas sobre la vida sexual puede explicarse por los reflejos optosexuales, así

como también la influencia sensibilizante y hasta rejuvenecedora de un ambiente estético. La llamada esteto-climatología podría explicar, por el mecanismo neuro-hormonal de origen óptico, la plasmación diferencial de formas humanas más o menos perfectas.

En el hombre, además, el estímulo visual no es exclusivamente externo o retiniano. Las sensaciones corticalizadas, actuales o pasadas, gracias a la facultad de evocación, deben ser tenidas en cuenta. El descubrimiento de los núcleos vegetativos del hipotálamo que constituyen los centros de una sistematización funcional opto-neuro-hipofisaria, permite establecer una base fisiológica de las relaciones evidentes que existen entre la vida emotiva en general (y la vida erótica en particular) y la actividad imaginativa.

ASPECTO PSICOSEXUAL DE LA FUNCION OPTO-PITUITARIA

EL conocimiento de las vías reflejas que partiendo del sistema óptico desencadenan respuestas neuro-hormonales a través de la hipófisis y del vasto sistema hipotalámico, esclarece la explicación objetiva de las características que el sexo adopta en la especie humana y del papel trascendente que desempeña la emoción sexual en el psiquismo.

La historia zoológica del sexo es un crecimiento en profundidad hacia los centros nerviosos superiores. Y por eso en las formas más evolucionadas de estructuración psiconeural, el instinto sexual se imbrica de tal manera con un estado emotivo general y con un estado ideativo que llega a dominar la personalidad psíquica.

Las imágenes visuales tienen un papel preponderante en este proceso. Ellas ya comenzaron a desplegar su desarrollo en algunos animales cuyo galanteo se anima del impresionismo por los colores llamativos o por otros atributos estéticos. He ahí el origen de una "estética sexual" que alcanza en el ser humano el más alto desarrollo. En efecto; todo el proceso erótico que caracteriza una fase básica de la función sexual, tiene una base imaginativa. La llamada "pornografía" y la "literatura erótica" son simples puntos de partida de reflejos

normales, cuyo excitante sigue una cadena substitutiva desde el exterior hasta las fantasías imaginativas. La sublimación es el proceso de espiritualización hacia una cristalización estética pura de dichos estímulos, pero el mecanismo es idéntico.

Las teorías morales de la represión han conducido al delirio erótico imaginativo, casi alucinatorio, como el de Don Quijote. La imagen hermosa de una Dulcinea es la más nítida creación del cerebro opto-sexual de un asceta. Y dicha imagen llena de emoción al enamorado caballero andante y nutre sus ansias de justicia y le empuja en sus andanzas por el mundo. Porque él mismo declara: "yo soy enamorado no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean: y el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimientos y la sombra del cuerpo sin cuerpo de quien se cause". Y Sancho, sentenciosamente observador, dice muy bien: "el amor mira con unos anteojos que hacen parecer oro al cobre, a la pobreza riqueza y a las legañas perlas".

Y si pasamos al ejemplo antagónico del Don Juan también se destaca la honda influencia de los reflejos pituitos-sexuales sobre toda la vida mental y toda la actividad del hombre. De ahí que se acepta como hecho indiscutido que la esfera sexual después de invadir y modelar la figuración corpórea del organismo, invade y esculpe con matizada plasticidad, la vida del espíritu.

J. Huxley recuerda a este respecto que "es solamente en grupos más elevados que surgen estos caracteres sexuales que estimulan las emociones, pues solamente en ellos ha alcanzado el espíritu un grado suficiente de perfección". Porque aunque en un ave o un mamífero la vida mental resulta ser más compleja de lo que nos parece a simple vista, la vida sexual está mucho más limitada a su esfera reproductora y por otra parte el sistema endocrino-sexual está subordinado estrechamente al ritmo genital. En el hombre, en cambio, es al contrario: el ritmo genital se subordina a la esfera psíquica y hay una estrecha confusión del mecanismo endocrino con el mecanismo nervioso. "Esto constituye —dice Huxley— un triunfo del espíritu sobre la materia en el organismo humano, de los elementos mentales de la vida sexual sobre los elementos puramente físicos". Diríase mejor que hay una concatenación

de elementos gonadales y psíquicos que alcanza una enorme extensión.

El proceso de la inquietud sexual (o el del hambre sexual) está esencialmente sostenido por las excitaciones del sistema óptico, tan alejadas de la vida puramente genital y reproductiva. Las terribles tentaciones que el diablo dirigía contra la imposible virtud ascética de los hombres, eran un peldaño decisivo para su progreso mental. El hombre es un animal sexual, opto-sexual.

Y el progreso de la humanidad visto desde este ángulo lo concebimos en función de la sexualización y polarización sexual. La especie humana socialmente está decantada en dos polos sexológicos; la humanidad es bipolar. El eje de la personalidad masculina y femenina está elaborado alrededor de la vida sexual. Y a pesar de la civilización y de las opuestas doctrinas éticas sobre el sexo, la humanidad ha deificado este sentido desde que éste ha depasado largamente la esfera genital para constituir la función psicosexual. Y el amor, en su aspecto más complejo, continúa siendo un eterno problema humano, preñado de esfuerzos fecundos: unos lo niegan, otros reniegan de él, otros quieren desconocerlo; los poetas y filósofos hacen sobre él mitos y lucubraciones; y los teólogos, leyes y consejos; pero la perpetua inquietud amorosa continúa siendo lo más noble de la vida humana.

En las civilizaciones ascéticas, las proyecciones casi alucinatorias de origen óptico dieron forma y calor al inmenso mundo humano, y le dieron también morbosidad. En las civilizaciones sensualistas, también los reflejos ópticos constituyen la base de las proyecciones psíquicas. La orientación del mundo moderno, en el que gracias a la ciencia psicoanalítica y a las costumbres racionales comienza a disminuir la represión freudiana, conduce al desarrollo progresivo de la función psicosexual la cual ejerce una influencia reactivadora de las funciones mentales y una suerte de rejuvenecimiento orgánico general. El papel social de los espectáculos modernos, de la moda femenina, del baile y la música primitiva, etc., es digno de ser interpretado en dicho sentido.

INTERPRETACION DEL SURREALISMO

MEDITANDO lejos acerca del mismo tema llegaremos a comprender biológicamente las raíces del proteico fenómeno artístico y especialmente la significación de los procesos llamados deshumanización del arte, y surrealismo. Remito aquí al lector el interesante trabajo de Joaquín Xirau sobre "El arte y la vida" (Cuadernos Americanos 1942 No. 5) donde esboza una filosofía del arte contemporáneo basada precisamente en el origen imaginativo o irreal de la proyección artística. "El mundo irreal—infrarreal o sobrerreal—desaloja a la naturaleza de su lugar privilegiado. La vida de las formas no tiene nada que ver con las formas de la vida... El sortilegio del arte no consiste en otra cosa que en libertarnos del polvo de la realidad". El término deshumanización, encierra por ello una equívoca y paradójica significación. Las formas artísticas extraídas de la vida humana lo mismo pueden ser imágenes más o menos fieles del mundo externo real, que imágenes fantásticas del inagotable mundo interno surgido de las funciones imaginativas. Quimeras y realidades, invenciones y copias, reproducciones o creaciones, pululan en el seno de la génesis artística para dar lugar a las más opuestas variaciones del estilo. Y todas ellas son formas humanas. Como dice J. Xirau, "el arte griego tiene un sentido religioso, político y esencialmente educador. El arte cristiano coadyuva, con todas sus fuerzas, al designio de salvación de la Iglesia militante. El arte moderno se incorpora a una concepción de la naturaleza impregnada de reflejos divinos... La vida del espíritu posee una estructura unitaria y armónica. Y la totalidad de su organismo se aureola por encima de la vida cotidiana y le presta sentido y forma. Sobre el hombre, arraigado a la tierra, se levanta un mundo de constelaciones ideales".

Y así el surrealismo es una revolución vital en el mundo de la actividad artística parecida a la que la psicología de profundidad realiza en los conocimientos psicológicos o a la de una escabrosa epistemología que conecta la metafísica con el positivismo. Una proyección comparativa y superpuesta de las imágenes exteriores y las formadas por la locura interior. Algo así como una deformación vital y extremada de las fotografías

retinianas, equivalente a una sustitución de estas imágenes por las que una corriente alucinatoria engendra en la intimidad de la subconsciencia.

Juan Larrea expresa de manera clara este modo de comprender el arte surrealista. En un estudio original y profundo sobre el tema (Cuadernos Americanos 1944 No. 3) concibe al surrealismo como "la expresión del designio pronunciado en occidente de *practicar la poesía* integrando la persona dentro del fenómeno poético; de adentrarse por los vericuetos del ser en busca de un nivel de conciencia que conjugue sueño y realidad; de revolucionar psicológica y socialmente, colectando las aguas subterráneas de la tradición y prolongando las experiencias individuales más atrevidas, el mundo de que es producto subversivo". Quizás represente psicológicamente una fase de transición, disarmónica, durante la cual el mundo mitológico se proyecta sobre el de la presente realidad externa para asimilarlo plásticamente. Según Juan Larrea, esta sería la limitación del surrealismo y por ello echaría mano de los múltiples elementos mágicos que tiene a su alcance, para apoderarse de los destinos del mundo. Y considera también Larrea la importancia del hibridismo de la síntesis mutativa, dada la imposibilidad de asimilar conscientemente lo que él llama "automatismo generalizado", que exigiría una cierta y previa disociación de la personalidad. "El automatismo puesto en acción por el movimiento surrealista —afirma— no pasa de ser un método literario o pictórico que, pretendiendo favorecer la germinación del *azar objetivo*, refleja la constitución de la Realidad universal en una pantalla metafórica".

Y un sentido análogo se desprende de una máxima de Saint-Pol Roux, citada por Gómez de la Serna: "Huir de los hombres para acercarse a la humanidad; acercarse a la naturaleza para conseguir huir de ella a fuerza de tratarla, y después, entre huidas y aproximaciones, centralizarse como en un punto de intersección por una sobrecreación amanecida de un olvido que aun se acuerda". Pero lo más gráfico de este autor es la anécdota de que, cuando iba a acostarse, ponía en la puerta de su habitación un cartel que decía: "El poeta trabaja". Que era la consagración de aquella profecía de Novalis: "llegará un día en que el hombre no cesará de estar despierto y dormido a la vez". Profecía que Larrea toma por lema de su enjundioso

estudio, y que Breton consagraba reafirmando la creencia en la omnipotencia del sueño, y en el juego desinteresado del pensamiento.

Y en plenitud de metáfora, el poeta prometeico, por boca de León-Felipe nos decía también que "los sueños, los mitos y los pasos del hombre sobre la tierra se llaman y se buscan en la sangre y en el cielo...". "Abro la puerta roja de mi pecho para dar de beber a las estrellas, y la sangre mía que se llevan es la savia por donde voy ascendiendo al elevado reino de la luz".

SIGNIFICACION DE LA ALUCINOSIS

Las modernas concepciones del fenómeno de la alucinación no se limitan a referirla al proceso psicológico de la *percepción*, sino que partiendo de una visión biológica más compleja, la hacen emanar de la misma fuente de la vida, o sea, del mundo de los instintos. Según Pawlov sería el sistema órgano-vegetativo quien condiciona la aparición de *imágenes* acompañadas de una inhibición cortical (despersonalización). Es este un problema de gran complejidad e importancia que aquí no puedo hacer más que señalar de soslayo por la relación estrecha que presenta con el funcionalismo del sistema opto-neuro-vegetativo y con la trascendencia de este mecanismo neuro-endocrino en el fisiologismo mental.

La concepción neurobiológica de la alucinosis ha sido extensamente desarrollada por Raoul Mourgue. "Como el mundo del instinto es el fundamento de toda la vida orgánica, es evidente que sólo en los seres vivos que poseen ya una esfera de la orientación bastante desarrollada (mamíferos superiores) la alucinación podrá producirse. Muchos hechos de observación parecen demostrar que no se trata de un fenómeno exclusivo del hombre". Es pues un fenómeno biológico. La existencia de una rudimentaria alucinosis en algunos animales próximos al hombre, comprueba su paralelismo con el desarrollo del sistema neuroendocrino y con las funciones de proyección psíquica, como las de la psicología de la forma estudiada por Kehler.

Por otra parte hace ya algunos años que los conocimientos anatomo-fisiológicos del hipotálamo, con sus centros vegeta-

tivos, permitieron vislumbrar el mecanismo de ciertos procesos psíquicos. Recordemos que según F. Kraus nuestra personalidad mental podría desdoblarse en dos grandes zonas: la intelectual o cortical y la instintiva o subcortical, en la que el hipotálamo representa una importante base. Los animales diencefálicos estudiados por Fischer, Edinger, etc., conservan sensibilidades diferenciales junto a sus propulsiones instintivas. La actividad cortical ha sido especialmente estudiada por Pavlov mientras que la instintiva constituye el campo de Freud. El sistema neuro-óptico abarca ambas esferas, las cuales se imbrican y permiten una evolución insensible de su actividad, desde la imagen consciente de la "fría" y voluntaria "facultad imaginativa" (evocación cortical) hasta la mórbida alucinación instintiva. Basta recordar también las observaciones de Weisenburg, Claude y Lhermitte, y otros, de tumores localizados en el suelo del III ventrículo (en la zona diencefálica sobre la hipófisis) que producían una transformación de la personalidad con un estado de ensueño y de alucinosis principalmente visuales. Pero la importancia de este fenómeno visual dentro del cuadro diencefálico fué demostrada por Lhermitte en 1922 y van Bogaert en 1924, describiendo el fenómeno de la *alucinosis diencefálica* en relación con un trastorno de la función hipóptica, del sueño (cuyos centros residen en la misma región diencefálica), y por lo tanto de una gran analogía con la función onírica. Del onirismo a la alucinosis diencefálica hay sólo un paso, como otro lo hay hacia las grandes alucinaciones que dominan la escena de la enfermedad de Korsakoff. Lo mismo podemos decir de las alucinaciones producidas en las mujeres menopáusicas cuya relación con la disfunción hipofisaria es evidente, y que generalmente la insulina hace desaparecer.

La interpretación de Mourgue sobre la alucinación disiente de la de Lhermitte porque la cree más compleja que el simple onirismo. Mas aquí nos interesa simplemente constatar su génesis diencefálica y su evidente relación con la esfera instintiva, cuyas condensaciones afectivas se traducen por respuestas ópticas (sistema del núcleo supraóptico?) que dominan el campo de la subconsciencia y de la conciencia.

Otro hecho interesante es el que muchos neurólogos han constatado en la jaqueca oftálmica: el fondo del ojo no exhibe

ninguna modificación mientras el enfermo presenta alucinaciones coloreadas fuertemente. Estas figuras coloreadas dependen de excitaciones del sistema vegetativo diencefálico, y según Head (y también C. Winkler) este sistema posee irradiaciones talámicas y corticales, confirmando la extensa sinergia de la red óptica intracerebral. Algunas experiencias de Fröhlich demuestran que la retina es una especie de filtro de las radiaciones luminosas de distinta característica; y que puede ser modificada por la acción de diversas sustancias químicas. Es decir, que la función retiniana varía no sólo de intensidad sino de calidad y de matización según el estado del sistema vegetativo, lo que equivale a decir del sistema neuroglandular. Con lo cual resultaría verdadera aquella célebre metáfora de que las cosas son del color del cristal con que se miran. Nuestro cristal retiniano también cambia de color según el humor de los centros neuroendocrinos. Sabemos bien que el alcohol, la cocaína, la pilocarpina, etc., actúan sobre este sistema. Y un simple desequilibrio neurovegetativo puede traducirse por una especial repercusión sobre este sistema intraóptico. Ello ha sido concretamente estudiado por H. Ruffin y Stein en 1930 y por Weizsäcker en 1931 en enfermos que exhibían junto con la fatigabilidad y la labilidad de los umbrales sensoriales, alucinaciones visuales y una gran perturbación de la visión de los colores. De ahí que la alucinación no puede considerarse como un fenómeno estático, sino como un proceso dinámico y complejo resultante de una especie de sumación algébrica de actividades superpuestas de los diversos sistemas opto-neurales. No cabe olvidar que en el hombre la representación cortical es la más importante, en razón, según la nomenclatura de Monakow, "de la emigración de la función hacia las superficies superiores de proyección y de síntesis". Pero como hace observar Mourgue, el proceso de inhibición cortical, invocado por Pawlov, no basta por sí mismo para explicar todos los procesos, y especialmente para engendrar un fenómeno positivo como el de la alucinación. Ello diferenciaría claramente, según Mourgue, el onirismo de la alucinación; porque en este último hay además de la inhibición (condición necesaria o coadyuvante) un factor positivo de irrupción instintiva que se manifiesta a través del sistema neuroendocrino vegetativo.

Por ello es interesante considerar que la periferia (la retina) juega un papel secundario en los intensos e íntimos fenómenos de la visión humana. Parece ésta una atrevida afirmación, pero los ciegos nos la confirman. Y el estudio de la alucinosis la descubre. Así se expresa Mourgue: "Todo ocurre como si el conjunto del aparato óptico estuviese *forrado* de un sistema vegetativo". Y así es, como lo va demostrando la anatomía nerviosa y como se va reafirmando la concepción de W. R. Hess según la cual aquella especie de forro, el sistema neurovegetativo, se intercala como aparato de defensa entre el mundo exterior y los órganos receptores. He ahí materializado aquel sistema intercalar o eslabón simbólico que von Uexküll establecía como característica del animal humano.

LA MENTALIDAD Y LA VIDA DE LOS CIEGOS

Las experiencias de Koller y Rodewald sobre la rana demostraron (1933) que la obturación ocular o la permanencia en la obscuridad, atrofiaba los reflejos opto-pigmentarios, inactivando la hipófisis. En estos animales, la excitación ocular representa todavía la principal base de las funciones optopituitarias. La luz, sin embargo, puede actuar directamente sobre la hipófisis, y las posteriores experiencias demostraron también que la enucleación de los ojos no es lo mismo que la obturación. La excitación del nervio óptico producida por el traumatismo, es capaz de desencadenar el reflejo hipofiso-pigmentario. De todas maneras, podríamos decir que una rana ciega es casi un animal degenerado, impotente. Con el hombre ocurre lo contrario, ya que toda la zona de sistema óptico intracerebral ha adquirido una importancia preponderante en las funciones psicosexuales.

Una larga experiencia humana parecida a la de Koller y Rodewald se ha hecho aplicando la teología medioeval, que procuraba la ceguera de la fe. La venda ocular que simboliza gráficamente la Fe religiosa podría ser una sencilla representación esquemática del experimento. Tal experimento condujo a una exaltación de la vida erótica y mística, a una exaltación imaginativa. No es aquí el momento de analizar su utilidad o su perniciosidad; sólo quiero señalar su significación en el

fenómeno evolutivo del sistema óptico. La misma significación que Wells le atribuye en su cuento del ciego. En efecto, los hombres ciegos consideraban la vista como una irritación patológica del cerebro, debida a un estado morbosos de dos delicadas cavidades existentes en la cara. Tenían derecho a rechazar el conocimiento visual del hombre extraño a su mundo. Del mismo modo que la Metafísica rechaza el positivismo científico y que la pintura descriptiva rechaza el surrealismo.

Los ciegos utilizan el tacto y el oído especialmente, entre otros sentidos, con una agudeza que les suple la información objetiva del mundo ambiental. Pero sus sensaciones al ser interpretadas y *personalizadas*, no difieren de las del hombre normal. Este es el hecho más importante de la mentalidad de los ciegos. Proyectan su pensamiento y su concepción del arte en las mismas formas plásticas, imaginativas; es decir, de acuerdo al cerebro óptico. Diríase que las sensaciones acústicas y táctiles son al final transformadas en sensaciones ópticas. La noción del orden espacial en la vida cotidiana del ciego tiene mucha importancia. La noción de la simetría es juzgada con exactitud y como atributo estético. Y cuando aquel célebre ciego citado por Diderot compareció ante un lugarteniente policial y éste le amenazaba con encerrarle en un calabozo obscuro, le contestó fríamente: ¡y qué me importa si estoy en él hace veinticinco años!

Y otro personaje ciego descrito por Diderot, Mlle. Melania Salignac, opinaba que la geometría es la verdadera ciencia de los ciegos. "El geómetra, decía, se pasa casi toda su vida con los ojos cerrados". Y decía también: "Si trazáis en mi mano con un estilete una nariz, una boca, un hombre, una mujer, es seguro que no me equivocaré; no desconocería de reconocer a una persona cuya imagen se representara, si antes me la habían descrito". Y después añadía: "Si la piel de mi mano igualara en delicadeza a vuestros ojos, vería yo por la mano como véis por los ojos, y me figuro a veces que hay animales ciegos con más vista que los otros". Es extremadamente interesante para nuestro punto de vista hallar una cierta coincidencia con los hechos relatados tan prolija como fielmente en la "Carta sobre los ciegos" de Diderot, escrita en 1749 "para uso de los que ven". En ella, este gran filósofo intuía el predominio visual en la mentalidad humana, a través

del mundo de los ciegos. Y aunque observa diferencias entre la moral y la filosofía de los que no ven, estas diferencias no se refieren a calidades esenciales sino a las derivadas de la mayor independencia de criterio y de la prescindencia ambiental, o bien de la tendencia al escepticismo.

He ahí unos comentarios de Diderot: "Como yo nunca he dudado que el estado de nuestros órganos y de nuestros sentidos tiene mucha influencia en nuestra metafísica y nuestra moral, y que nuestras ideas más puramente intelectuales, si puedo expresarme así, dependen en gran parte de la conformación de nuestro cuerpo, me puse a interrogar a nuestro ciego sobre los vicios y sobre las virtudes". Y en otro pasaje de la misma "carta" expone su concepto de la intensidad alucinatoria de la visión interior así como de su influencia filosófica decisiva. "Si un hombre que sólo hubiera visto durante un día a dos se encontrara entre un pueblo de ciegos, tendría que callarse o pasaría por loco. . . Pienso que los defensores de la religión podrían sacar gran partido de una incredulidad tan obstinada, tan justa en cierto modo y tan infundada al mismo tiempo. Si por un instante admitís esta suposición, ella os recordará la historia y las persecuciones de los que tienen la desgracia de descubrir la verdad en siglos de tinieblas y la imprudencia de revelarla a sus *ciegos contemporáneos*, entre los cuales no hay enemigos más crueles que aquéllos que por su estado y su educación debieran estar más cerca de los mismos sentimientos".

Pero los modernos estudios sobre el mundo de los ciegos van confirmando los mismos puntos de vista. El admirable libro de P. Villey "Le monde des aveugles" se esfuerza en combatir el error común acerca de la inferioridad intelectual y artística de los ciegos. La lectura de este libro puede ilustrar al que desee una amplia información sobre estos problemas, que el reducido marco de este ensayo no nos permite abordar. Plantea en este libro el problema de la visión como lo he planteado con la experiencia de Koller. El mundo cree que al suprimir la visión, se producirá el fenómeno triste de la desorientación y la anulación mental. "Para el mundo en general —dice Villey— el ciego es un ser completamente extraño a la vida común: cuando se encuentra uno de ellos culto y distinguido parece que se contradijera esta imagen general, pero

bien pronto cae uno en la cuenta de que precisamente ésta es la excepción". Y es que el vidente juzga a los ciegos por el temor a la "más atroz de las enfermedades", que es la ceguera, ya que todos intuimos la esencialidad de la visión en la vida humana. "El vidente se imagina que él mismo está afectado de ceguera; y como los medios de acción del ciego son muy diferentes de los suyos, siente todo lo que pierde y no lo que encuentra, abriéndose por tanto un abismo ante él. Toda su actividad y su pensamiento, *organizados alrededor de las impresiones visuales*, se le escapan a la vez, y todas sus facultades, sumidas en las tinieblas quedan paralizadas y fijas. Sobre todo, le parece que el ciego está aplastado bajo un pesado fardo, y que las fuentes mismas de su personalidad están turbias y revueltas". Y sin embargo, no ocurre así. La personalidad del ciego está bien clara, a veces más que la del vidente; y sus facultades no sólo son brillantes, sino que gozan de la misma cualidad de proyección espacial, que es característica de la sensación óptica.

P. Villey da una empírica explicación de este inesperado contraste que la observación del mundo del ciego le ha deparado: que hay sentidos que suplen el de la vista, creyendo que la vista *no es necesaria* para el buen funcionamiento del pensamiento. La vista sería un tacto de largo alcance con el aditamento de la noción del color. Mas el amplio conocimiento biológico del sistema óptico según nuestra concepción integrativa nos revela que el aparato visual ha llegado a una extensión tan desarrollada en el cerebro humano, y en su organismo, que la pérdida de la retina es sólo una insignificante porción. Las altas sensaciones geométricas y visuales son las que persisten y reviven. El ojo es una cámara fotográfica, pero nuestro cerebro es un laboratorio fotográfico donde se amplían, reforman, archivan y crean toda clase de figuras vivientes. Y es este archivo y este gran laboratorio lo que importa. El ojo fué la puerta de entrada, lo único que se le cierra a los ciegos. Algunos lo toman todavía como ventaja para poderse recrear mejor en su vitalizante actividad fotoscópica de las evocaciones neuro-glandulares.

El estudio de las producciones artísticas de los ciegos, y en especial de la literatura, confirma nuestros modos de ver. Son famosas las obras de la ciega y sorda norteamericana Hellen

Keller, en cuyas páginas no se advierte ningún déficit sensorial. Así dice, por ejemplo: "Descubro sobre la cara de los dioses y de los héroes las expresiones de ánimo, de odio y de amor tan claramente como sobre las figuras vivas que se me ha permitido tocar. Siento en la postura de Diana, la gracia y la libertad de los bosques y el encanto del león libre en la montaña, que subyuga las pasiones más salvajes. Mi alma se complace al contemplar la expresión de reposo y la gracia de líneas de una Venus, y en los bronce de Barye se me manifiestan los misterios de la selva". Esta vibración estética y emotiva a un tiempo frente a la contemplación imaginativa resulta sorprendente y casi increíble a los que buscan sólo su génesis en una suplencia táctil. El tacto es la única fuente de contacto con el exterior, es verdad; pero la génesis de dichas sensaciones es la emoción que resuena en todo el ámbito del cerebro óptico. Han dicho algunos que Hellen Keller era una víctima de sus sueños. Es verdad, pero más que víctima es la obra entera de sus sueños. Pero sus sueños, ¿qué son sino las realidades vibrantes de nuestro mundo óptico?

Podría citar inagotables ejemplos análogos, de una literatura pintoresca y llena de luz. Voy a transcribir unas frases de un ciego argentino que escribe en la "Revista tiflológica Argentina", (Julián Baquero): "Cuando quieras admirarte de las cosas, sitúate arriba, mira desde lo alto, colócate en la cumbre y desde allí todo será hermoso y poético; pero nuestra vida no está en la cumbre, por desgracia. Descendamos hasta la llanura y allí veremos menos cosas, pero las veremos más precisas, más exactas". No hay duda: el mundo de los ciegos, no es el de las tinieblas. Es equivalente en sensaciones al mundo nuestro.

EL ANTROPOMORFISMO BIOLÓGICO

ANTE todo, surge el eterno problema de si podemos o debemos establecer un límite o una distancia entre lo biológico y lo genuinamente humano. La superioridad antropomórfica puede ser un criterio subjetivo o bien objetivo. Estas discusiones, a veces esterilizan energías filosóficas durante años, y los mismos naturalistas las han padecido. Mas aquí tratamos

de establecer un nexo funcional y evolutivo entre lo biológico y lo que nosotros llamamos humano, que es evolutivamente un fruto del progreso biológico. Esta evolución prehumana es puramente biológica y puede ser sólo objetivamente considerada; pero al surgir el fenómeno psíquico y la posibilidad de otro tipo de progreso nos encontramos con valores subjetivos cuya eficiencia y repercusión es ya compleja. Lo que intentamos esclarecer es precisamente la continuidad de esta evolución metamorfoseante y además el mecanismo esquemático de dicha continuidad. Porque se trata de una metamorfosis heteróloga, o sea que pasa de una calidad orgánica a otra calidad psico-orgánica. Es decir, de la transformación de los valores biológicos en valores humanos.

Es un problema análogo o paralelo al que plantean algunos filósofos, como A. Stern, acerca de las relaciones de lo psíquico y lo físico, o acerca de la crisis de causalidad en la Física de los Cuantos (Cuadernos Americanos 1943), contemplando la imposibilidad de establecer una teoría causal de lo psíquico que no se funde más que en la introspección. "El behaviorismo fisicalista —dice Stern— que considera la psicología humana como una psicología animal, completada por los enunciados humanos, es una psicología sin nada psíquico. Mientras se tenga en cuenta lo psíquico, es decir, lo vivido inmediato, el argumento de la complementariedad que enseña el libre albedrío es todavía menos susceptible de decirnos algo nuevo". Es natural que esta noción gratuita de la complementariedad no puede añadir nada, más que confusiones a un problema que es de comparaciones en escala de complejidades y de contingencia. Las dos especies de causalidades de Stern —de sucesión coexistencia y la dinamocreadora— serían dos facetas o dos etapas de la evolución psicológica, según un objetivo criterio biológico. Las raíces de la actividad subjetiva creadora pueden hallarse científicamente en las funciones especializadas y diferenciadas del cerebro óptico. Porque nunca podrían llegar a producirse en un cerebro de otra estructura, como la olfatoria. El esquema neovitalista de Uexküll ofrece también análogo equívoco, que es el de establecer como hechos distintos o dispares lo que constituye una didáctica proyección estática de calidades o de jerarquías biológicas. Su fundamento empírico y fenomenológico es muy loable, y su utilidad

innegable. Cada organismo posee un mundo propio. Un círculo funcional, compuesto por un sistema receptor y un sistema efector.

Ernst Cassirer desarrolla con claridad esta concepción de von Uexküll, dándole una brillante interpretación filosófica. Se pregunta si es posible emplear dicho esquema para una caracterización del mundo humano. "Es obvio—dice—que este mundo no constituye una excepción de esas leyes biológicas que gobiernan la vida de todos los demás organismos. Sin embargo, en el mundo humano encontramos una característica nueva que parece constituir la marca distintiva de la especie humana. Entre el sistema receptor y el efector, que se encuentran en todas las especies animales, hallamos en el hombre como eslabón intermediario algo que podemos señalar como sistema *simbólico*". He ahí bien señalada la importancia psicológica de este sistema intermediario entre el receptor y el efector. Este sistema de asociaciones nerviosas que en los animales prehumanos no llegó a adquirir suficiente volumen o complejidad para modificar las reacciones reflejas e instintivas. Y en el hombre ha llegado a ser una *nueva dimensión de la realidad*, un mundo nuevo, un mundo interior.

Este mundo interior está representado por la proyección imaginativa, que sirve de base al pensamiento conceptual y a la memoria, y después al lenguaje. Pero el eslabón fundamental lo forma el proceso imaginativo, capaz de evocar sensaciones ópticas y de superponerlas y relacionarlas. En una palabra; el eslabón nuevo, que caracteriza el mundo humano, es un eslabón sensorial, es la hipertrofia de una función sensorial. Es, pues, biológica, también biológica; y no una nueva realidad vitalista. Y en esta zona que nutre el contingente mundo humano, vive el hombre. Por esto nuestro ser no vive tan sólo un mundo de hechos y de imágenes ópticas reales, sino ya un mundo de ensueños.

Por esto escribe E. Cassirer: "todo progreso humano en pensamiento y experiencia afina y refuerza esta red. El hombre no puede enfrentarse ya con la realidad de un modo inmediato; no puede verla, como si dijéramos, cara a cara. La realidad física parece retroceder en la misma proporción que avanza la actividad simbólica del hombre". He ahí cómo la evolución progresiva del sistema óptico ha podido llevar al hombre

de la realidad sencilla en que vivió en sus orígenes hacia una realidad falsa, metafórica o dismétrica creada por su fantasía. Y como necesita un esfuerzo gigantesco del mismo instrumento psíquico para armonizar las dos realidades, la externa y la interior. He ahí el papel de la ciencia.

Este esquema biológico evolutivo de la función córtico-visual (o mejor, de las funciones ópticas) y sus proyecciones orgánicas sería coincidente con la teoría de A. Comte de las tres fases de evolución histórica (teológica, metafísica y positivista). En cuanto el desarrollo de la función imaginativa y optosexual llenó el psiquismo del hombre de autopercepciones, alucinaciones, y proyecciones fantásticas de diversa naturaleza, surgió la mentalidad mítica y religiosa. La invención mítica fué la primera fiesta del ser humano. La vida dió al cerebro un complicado prisma para ver polimorfos realidades y así el hombre fecundó su inmenso mundo. Pero este mundo no es sólo de fría imaginación: es también de emociones, deseos, temores, esperanzas y pasiones. En la base de todo este mundo está un amplio sistema sensorial y endocrino que es el descrito en relación con el aparato de la visión. Y así, la primera fase de proyección social de la humanidad es mitológica y teológica. Cuando se desarrolla la asociación ideativa y lógica gracias al progreso intelectual, aparece la actividad metafísica. Y por último, la fase científica positivista, marcada por un nuevo progreso mental: la capacidad de observación; de comparación entre las imágenes subjetivas y la realidad externa. Esta noción nos da una diferencia biológica o biopsicológica entre las ciencias abstractas y las naturales. Y sobre todo la explicación fácil del trascendental valor pedagógico e histórico de la metodología positivista. Por ello ha tenido tanta repercusión sobre la civilización la etapa positivista de la ciencia. Ella representa la madurez cerebral; la serenidad del hombre que se sobrepone a las pueriles fantasías de su desbordada imaginación o a las desorbitadas alucinaciones de una inconsciente ebriedad pasional.

LOS PROBLEMAS EPISTEMOLOGICOS

EL papel de la ciencia experimental pudo ser hipertrofiado durante una época en que llegara a desconocerse el valor intelectual y propulsivo de las ciencias abstractas. Las dos actividades del animal óptico, las perceptivas y las creadoras, deben ser armonizadas pero no cultivadas con exclusividad, lo cual conduce a un callejón sin salida. De ahí la importancia que han adquirido en nuestros días los estudios epistemológicos, que abarcan el resbaladizo e ignorado terreno entre la filosofía y la física.

Así lo hace resaltar A. Eddington en su libro sobre "La filosofía de la Ciencia Física" cuando escribe: "Eran dos actividades esencialmente distintas, el hacer progresar la ciencia y el filosofar sobre ella, pero en cambio en las actuales corrientes científicas, la Epistemología está mucho más estrechamente vinculada con la ciencia misma, dado que para desarrollar las teorías modernas sobre la radiación y la materia, es imprescindible una concepción epistemológica definida y esta es la fuente directa de los progresos científicos recientes más significativos. Hemos descubierto que actualmente en la búsqueda del conocimiento es un auxiliar útil, la comprensión de la naturaleza del conocimiento que se busca".

Y recuerda Eddington que cuando los hombres de ciencia han avanzado hacia el campo filosófico pasando por el epistemológico han sido severamente criticados por sus tentativas aventureras. Y afirma que tales críticas se deben a la falta de comprensión del problema total en la actualidad. El mismo conocimiento objetivo de la física que tiene base experimental y que ha derribado a la antigua metafísica, es también subjetivo, hipotético. Es el llamado *conocimiento hipotético experimental*. Eddington no niega la importancia de la experimentación como fuente del conocimiento; "sólo afirma que ella, como parte integrante del conocimiento científico, es casi despreciable".

El subjetivismo selectivo influye poderosamente en la elaboración de nuestras estructuras intelectuales. Pueden admitirse diversos mecanismos de conocimiento directo (observación) estructural y por similitud. Mas la percepción simple o com-

pleja resulta de un proceso sensorial profundo, imbricado con la función asociativa e imaginativa de los centros cerebrales modelados por su sistema óptico. La epistemología da una visión más amplia y profunda de la ciencia. En un reciente ensayo de J. D. García Bacca (Cuadernos Americanos No. 3 1944) aborda bajo otro ángulo el mismo problema epistemológico de la Física, abundando en conclusiones parecidas. Se pregunta si el conocimiento físico es también metafórico. "Los grandes físicos serán por tanto, grandes inventores de *metáforas*? No voy a contentarme con decir que estas afirmaciones se deciden por ser consecuencias de la esencia general del conocimiento, que es metafórica. Lo confirmo con ejemplos históricos. El cambio de la física aristotélica a la moderna consistió en que a Galileo le acudió que todo lo que vemos, oímos, y sentimos del mundo externo es una lección inmensa de *geometría*".

Y añade que la probabilidad es la base poética del universo físico. "El número de los poetas (inventores en palabras, en cuadros, en teorías físicas) es un índice de la potencia creadora que aún queda en el universo físico". Cuando Aristipo, discípulo de Sócrates, en un naufragio fué a parar a las costas de Rodas arrojado por las olas, dicen que vió en la arena restos de figuras geométricas y exclamó con alegría dirigiéndose a sus compañeros: tengamos las mejores esperanzas, pues veo *rastros de hombres*.

La ciencia matemática nace con la sistematización del pensamiento lógico. Es la forma estructural del cerebro óptico. La anécdota de Tales de Mileto calculando la altura de la pirámide de Cheops por la sombra de su bastón dejando estupear a los sacerdotes egipcios, revela la importancia básica de la estructura mental matemática en el desenvolvimiento científico, en los albores del desarrollo científico.

Las culturas orientales estaban ya basadas en jeroglíficos, cálculos extravagantes, arquitecturas geométricas; en una palabra, mentalidad matemática. "El cerebro del sabio, dice H. Poincaré—, que no es sino un rincón del universo, no podrá jamás contener el universo entero". Es una verdad importante en biología la existencia de un rincón del universo en el cráneo de los hombres. Es como una caja de condensación y de resonancia de los múltiples y misteriosos fenómenos del universo

material. Y es al propio tiempo un nuevo universo imaginado, creado por las amplificadoras proyecciones ópticas que nutren nuestra mente de abstracciones progresivamente nuevas pero siempre precisas y delineadas.

Y es esta precisión y concreción dentro de lo más abstracto lo que da la característica de la mente humana. Por esto el mismo Poincaré puede afirmar que las matemáticas no son una necesidad para su aplicación a las ciencias físicas sino que fluyen de cultivar la ciencia para nuestro placer; es decir que fluyen espontánea irremediabilmente de la actividad cerebral. Y añade que "si no hubiéramos cultivado las ciencias exactas por sí mismas no habríamos creado el instrumento matemático, y cuando hubiese llegado la voz de orden del físico, estaríamos desarmados".

No hay espacio absoluto. El concepto del espacio es relativo y comprende el espacio *sentido* o percibido a través de nuestros sistemas neuromusculares y el espacio ampliado por un acto de imaginación o sea, de proyección óptica.

La propiedad característica de las dimensiones del espacio depende de los conductos semicirculares. Según Cyon los ratones japoneses que sólo poseen dos pares de conductos semicirculares, creen que el espacio tiene dos dimensiones. Nuestro espacio lo percibimos con tres dimensiones. Nosotros podemos *imaginar* un espacio de cuatro dimensiones, pero según Poincaré la geometría cuatridimensional, o la mecánica de Hertz, viene a ser como un lenguaje traducido, no tan adaptado a nuestra percepción como la geometría tridimensional.

En síntesis, que las dimensiones del espacio son una propiedad interna de la inteligencia humana, dependientes de nuestros sistemas sensoriales. La ciencia ha buscado establecer relaciones o leyes entre los fenómenos y las cosas. Esto es esencialmente una actividad matemática. El positivismo busca la realidad objetiva. Más ¿dónde está la realidad objetiva tangible, visible? He ahí el problema.

Voy a utilizar las mismas palabras de D. Papp "Si la ciencia es sólo capaz de descubrir relaciones y de descubrir analogías, ¿dónde están los sostenes de esas analogías? Sería inútil buscarlos en la última realidad de las cosas, incognoscible por principio. *Estos sostenes están en nuestro espíritu.* La ciencia es la obra del espíritu, es la más elevada, la más noble manifesta-

ción del espíritu en acción. Por esta zona filosófica se deslizan inúmeras formas sistemáticas de concebir las relaciones entre lo objetivo y lo subjetivo, el mundo y el hombre, las cosas y el espíritu. Partiendo de posiciones metafísicas o de posiciones físicas y naturalistas, se ha creado una filosofía de los valores, con matizaciones innumerables y nombres diversos de escuelas.

Desde la fenomenología personalista de Max Scheller, las doctrinas axiológicas modernas han planteado sutilmente el mismo problema, el mismo misterio. Teodoro Lessing por ejemplo, habla de la axiomática de los valores. Lo positivo de la ciencia se impregna de racionalidad. Del empirismo se pasa a la precisión matemática. La axiología axiomática de Lessing serían los prolegómenos para una ciencia futura de los valores "more geometrico tractata", es decir, exacta como las matemáticas.

Alfredo Stern ha dado el nombre de *fronetismo* a una teoría del conocimiento distinta y opuesta al empirismo, al logicismo y al racionalismo. Se basa en el reconocimiento de vínculos extralógicos en el interior del pensamiento. En el fondo el fronetismo es un empirismo complejo porque en lo que concierne al contenido del conocimiento, no admite otra fuente que la de la experiencia, aunque reconoce la presencia de vínculos determinantes, relaciones lógicas y extralógicas. El propio Alfredo Stern afirma que "un pensamiento que no tiene más que vínculos puramente formales, puede determinar una parte de la realidad empírica —la parte formal— independiente de la experiencia y sin embargo, válidamente para ésta es decir de manera apriorística".

"La legalidad extralógica, inmanente al pensamiento, no es de carácter simple. Se divide en varias especies, de las cuales una es la legalidad de los vínculos psíquicos. En estos vínculos extralógicos psíquicos del pensamiento tienen su origen los valores. Por esta misma legalidad extralógica-psíquica se encuentra condicionada la forma subjetiva del pensamiento determinante. De ella deriva el carácter subjetivo de todo valor, puesto que este proviene de la relación de todo objeto con el sujeto que por su parte es la forma fundamental del pensamiento determinante". De ahí pasamos a la valorización psicológica de lo irracional. Desde los psicoanalistas ortodoxos hasta las concepciones psico-sociológicas de Franz Alexander, se abren

paso día en día las corrientes de la psicología instintiva y de profundidad. Cada escuela desde su ángulo aparentemente distante, enfoca la visión de los problemas axiológicos hacia el mismo plano.

En el plano de la *epistemología biológica*. Así como la física dominaba la ciencia de ayer, la biología fisiológica imprime a la ciencia de hoy su huella indiscutible. Por esto la misma epistemología está impregnada de biología e iluminada objetivamente por la fisiología cerebral. Los metafísicos tendrán que reconocer que la nueva filosofía científica deberá engarzarse con las realidades biológicas, tal como la astronomía tuvo que servirse de la física para abandonar las incontrolables teorías de la antigua astrología.

EL CAMINO DE OCCIDENTE

PROPOSICION DE UN CRITERIO SOBRE HISTORIA UNIVERSAL

Por *Victor DOMINGO BOULLY*

1. *EXPLICACIONES PRELIMINARES*

CAUSAS externas a mí me han traído a la situación de publicar el ensayo que va a leerse en la forma que tomó según la intención con que fué escrito. Era un plan de trabajo, armado casi al vuelo, de investigaciones que debían insumir largo tiempo. Ruego al lector que en tal calidad lo reciba. Es el fruto de años de lectura y meditación. Más meditación que lectura, por supuesto, pues si para cubrir tal extensión de historia hubiera yo cumplido con las exigencias metódicas de la erudición, estaría hoy más en los principios de lo que estoy.

¡Pues haber esperado a cumplirlas! me dirá quizás alguno. Es verdad. No obstante, fuera de las causas aquéllas ¿es que no se puede esperar? Cierta ilustre historiador que acaba de publicar una historia de su país después de dos universales, una de ellas monumental, dice volver a lo particular porque es una pedantería seguir hablando de lo general. Es mejor que un pequeño asunto se agrande en manos de quien lo sepa levantar, que un gran asunto se malogre en las de lo que somos, pequeños ante la realidad desconocida.

Es un criterio, del cual se puede, qué duda cabe, participar. Pero no todos podemos acallar en nuestra cabeza esa necesidad de pensamiento universal que tantos hoy padecen, y tantos otros no padecen.

Yo pertenezco a los primeros. Y en vano he esperado que alguien me lo provea. La universalidad máxima que para refugio de nuestros conflictos nos ofrece el pensamiento contemporáneo es, o una filosofía del espíritu, o la vuelta, una

vez más, a partir desde los griegos. Sin duda hay muchísimo que ahondar aún en el mundo-historia del espíritu dentro del fragmento de vida que nos llega de los griegos. Tanto como en lo anterior o ajeno a ellos. Sin embargo yo me hago esta pregunta: la gigantesca historia que estamos viviendo ¿no pide para la solución de sus conflictos mentales algo más que discusiones ceñidas a la naturaleza espiritual del hombre o la encantadora fórmula que satisfizo a los humanistas hasta el siglo XIX?

En efecto, creyendo que hoy es necesario, necesaria científicamente, la más amplia perspectiva posible, levantada sobre los conocimientos de la ciencia actual y a ellos referir la historia del hombre, me he lanzado a la búsqueda de esa perspectiva y al pensamiento que surja de ella.

No podía, pues, leer hasta la erudición. Esa será mi falla y soy el primero en lamentarlo. No me faltarían ilustres autoridades que me abonaran. Einstein dice que el exceso de lectura suele estorbar al pensamiento. Y Hegel reclamaba abiertamente la independencia del filósofo respecto del erudito. Pero bien sé que las ventajas del genio no son para cualquiera y no pretendo imitar el ejemplo de la floresta de libros que desde hace años nos vienen proclamando el desdén por la ciencia positiva en cuanto a la historia, su "prurito de exactitud" y su "superstición de los hechos". No, yo sigo como muchos respetando la erudición positiva y como *todos*, aprovechándome hasta donde puedo de la aplastante masa de investigación que los supersticiosos señores del prurito nos han dejado, y nos dejan.

Felizmente, a pesar del terreno que la reacción contra la ciencia histórica positiva va ganando, ésta sigue su curso, y entre los pensadores no falta quien, como F. S. C. Northrop, de la Universidad de Yale, se cruce y llame a la cordura de no abandonar la línea de la ciencia y la razón en beneficio de las "filosofías de la intuición", como él las llama.

En otro ensayo estudio este problema y propongo una solución. Mr. Northrop señala la difusión de esa filosofía como un peligro de orientalización del occidente. Hace pues una cuestión fundamental y un valor histórico permanente de la designación de las civilizaciones. Reclama fidelidad a un pasado tradicional y no una consulta a las exigencias del tiempo

en que vivimos. Quizás no sea esta una razón tan sentimental como parece, enunciada como la enuncia Northrop.

No sustituyamos un defecto con otro. Ninguna tradición, así venga de los griegos, tiene derecho de mandato sobre otra época. Ha habido Renacimientos en condiciones históricas especiales, y una especial receptividad creada por ellas hace volver voluntariamente a los hombres hacia un modelo. No los obliga ningún *deber*. El pensamiento de Demócrito puede sernos intensamente útil, pero no fijarnos derroteros forzosos de modernidad.

Yo sólo señalaría que la influencia y ejercicio de esas "filosofías de la intuición" están malogrando en América mucha actividad útil. En verdad ninguna investigación es inútil. Y esta filosofía, a pesar de su reacción antipositivista, labora una porción bien positiva de la realidad humana. Pero no es menos verdad que, si la ciencia positiva acumula hechos con la esperanza, o sin ella, de llegar alguna vez al conjunto de la vida humana, este *vitalismo* reciente se consume en sutilezas sobre el espíritu, con la esperanza, o sin ella, de conseguir un pensamiento de validez universal. Para valorar ambas posiciones y no verlas amputadas hay que considerarlas colaboradoras antagónicas de un saber científico futuro, común y superior.

Efectivamente, urge la superación de parcialidades. Hay elementos suficientes para hacerlo, como espero demostrarlo algún día. El pensamiento histórico debe y puede valerse de todos ellos, los que provee el tiempo. Es tarea que nadie ha realizado aún pero en la que todos podemos aportar una o varias piezas. Nuestro tiempo busca, y no halla, ese *pensamiento de validez universal*. La universalidad, históricamente, está marcada por los límites, en todo sentido, del pensamiento contemporáneo. Sólo puede alcanzarse realizando desde el principio, sin miedo, el esfuerzo, aunque parezca titánico, de abarcar *dimensionalmente, estructuralmente*, aquellos límites. Por medio de la erudición parece imposible para un solo hombre.

En las otras ciencias, algunas más antiguas y otras más cercanas a sus objetos, por la obra conjunta de los hombres de ciencia o porque su obra fragmentaria se acomoda fácilmente en una realidad que es contemporánea, el conocimiento global puede esperar. Pero en la ciencia humanística, que por

serlo abarca al hombre y todo lo que el hombre conoce, como dice en otras palabras Raymond Aron, para dar un pensamiento humanístico no puede esperar. Quizás pueda, pero no espera.

Las "filosofías de la intuición" pretenden satisfacer esta urgencia con una actitud cetrada que en realidad es un abandono del puesto. Por lo menos tiene la apariencia de una huída ante los recios problemas mentales de nuestra época. La manera de no desertar es seguir adelante en la búsqueda del pensamiento de validez universal con los medios que han conducido a la inteligencia humana hasta saber lo que sabe, manejar lo que maneja, haber creado un género de vida del que no podemos salir aunque lo maldigamos. Ninguna "vuelta a lo viejo" ni menos prescindencia de la obra entera que nos antecede. La inteligencia humana es en sí misma una formación histórica, un proceso evolutivo en el cual todas las épocas fabrican su eslabón. Lo adquirido no se pierde. El pensamiento que aspire a la universalidad posible en su tiempo tendrá que alcanzar el volumen del pensamiento de su tiempo. Buena dirección para conseguirlo es la arquitectura histórica del pensamiento. Y para que esta arquitectura corresponda al tiempo en que se vive, hay que utilizar todos los conocimientos posibles que lleven a la máxima perspectiva posible en el tiempo que se vive.

Mi esquema es "una hipótesis directriz" de las que recomendaba Ramón y Cajal. No hay en él, aunque no abunda en bibliografía, nada que no parta de una fuente precisa, acreditada por la afirmación de los sabios. Salvo naturalmente, las explicaciones de índole psicológica. Era y es un plan de trabajo y debía continuarse con las investigaciones eruditas indispensables. Pero antes de ponerme en ella noté que debía previamente afianzar los puntos de vista en que apoyarla. Es decir fundamentar metodológicamente la hipótesis con ese pensamiento de validez universal tan afanosamente perseguido. Y ello ha dado otro plan de trabajo de tal magnitud que seguramente me he de pasar la vida haciendo planes de trabajo. No estaría mal, si tuviera la suerte de que alguien los tomara en cuenta. La labor de pensar es colectiva y el más glorioso destino a que puede aspirar un hombre es haber servido abnegadamente y con provecho a sus semejantes.

Como en toda hipótesis, la articulación de sus elementos nace de una investigación ya hecha que al continuar en la dirección de aquélla puede alterarse en los detalles y aún en su conjunto. Algo queda siempre en pie cuando una hipótesis tiene que ser desechada. En ésta, una verdad ya incorporada definitivamente al pensamiento actual: la continuidad de la vida-historia humana, desde el albor de la especie. Y además, una consecuencia lógica de ello, a lo cual parece no dársele suficiente importancia: que ese hecho debe tenerse en cuenta *esencialmente* en todo pensamiento histórico y que debe alcanzarse la máxima perspectiva que los conocimientos actuales puedan dar para partir de allí en la explicación de los hechos.

2. EL PROBLEMA DE LA UNIDAD

EL título de historia universal, no hay duda de que pretende abarcar la vida entera de la humanidad. Es decir concebirla como una unidad. Pero tal unidad es por supuesto distinta según el criterio con que se la realice. Dejemos a un lado el más corriente, el de considerar *el mundo* a Europa y su radio de influencia. Aunque menos inexacto de lo que parece, como veremos más adelante, se lo aplica con exclusivismo, es decir con miopía y, por lo tanto se lo inutiliza como instrumento.

Los demás criterios pienso que, desde Herodoto, pueden agruparse así: Unidad es la totalidad; unidad es una visión de conjunto; unidad es una constante en el tiempo; unidad es una tendencia de la historia.

Aparentemente, el primer criterio es el exacto, pues qué más estricta unidad que el todo. Sin embargo, es una unidad que no se cumple en el saber histórico. Puede concebírsela como una posibilidad, y habría que esperar a que los acontecimientos llegaran a la totalidad para poder aceptar la historia como universal. Tal criterio estaría muy a tono con los principios de la ciencia positiva, pues la ciencia no tiene por qué tener apremios que excedan las posibilidades de su tiempo. Si la historia universal no es posible ahora, la investigación constante la hará algún día posible. Sería pues inobjetable el criterio si no inmovilizara el pensamiento en una posibilidad

lejana y si los defectos del pensamiento histórico que se estila no se debieran precisamente a las perspectivas demasiado cercanas con que el historiador generalmente labora. Aunque la historia sea una ciencia natural, puesto que estudia un hecho natural, la índole de sus objetos, que constantemente van quedando atrás y a los que hay que evocar y reconstruir, exige puntos de partida diferentes de los que bastan para estudiar los hechos que se reproducen ante el investigador, y aun éste puede provocar. El hecho histórico, para explicarse, necesita enlazarse con hechos que sólo una perspectiva general relaciona. Así pues, la más general de las perspectivas, no alcanzada todavía, es una necesidad de la ciencia histórica, necesidad incumplida pero que no puede esperar el paso lento de la acumulación positiva. Hay que avanzar hacia ella, con métodos rigurosamente positivos, pero de especulación pura. Apoyándose en la ciencia positiva, revolear los lazos de la razón pura hacia lo desconocido y sentir dónde se aseguran suficientemente para ir subiendo, como andinistas hacia el Aconcagua. Es decir, una ciencia positivo-especulativa, como todas, adaptada, como todas, a sus objetos. La historia necesita conquistar rápidamente la perspectiva general, para descender de ella y entender la anécdota. No hay historia parcial que se explique sin historia universal sino a medias.

El segundo criterio parece resolver las deficiencias del anterior, pues reduce la unidad al saber histórico, lo cual es no resolver nada. La visión de conjunto no puede extenderse más allá de la descripción. Le quitamos así a la historia su condición necesaria de ciencia, que es explicar el hecho histórico. Por exigente que sea respecto de la verdad, la ciencia histórica así realizada será a lo sumo una crónica fidedigna, monumental y admirable, que deja sin cumplir el objetivo fundamental del pensamiento.

Tal objetivo es ya apuntado en pleno centro por el tercer criterio. Observa la innegable continuidad del *hecho* histórico a través de los *hechos* históricos. Y establece la razón de esa continuidad, concebida ascendente, en otro *hecho*, profundamente renovador y contemporáneo al historiador o sentido como próximo, para cuya realización la historia anterior ha servido de largo proceso preparatorio. Allí está la falla. Tanto San Agustín, como Bossuet, como Hegel, como Marx, para

poder hallar esa constante han debido prescindir de innumerables hechos contradictorios del suyo. En su concepción lineal, ellos dan la medida de la vida. Y ésta, inasible y misteriosa todavía, excede torrentosamente en todas direcciones los límites que la mente humana no le marca, aunque bien lo quiere. Herodoto se salva de esto, primero porque es contemporáneo de la madurez de uno de los tres más hondos períodos de crisis total que registra la historia, y segundo porque trata de explicar un conflicto, un conflicto gigantesco de civilizaciones, y no el cumplimiento de un *fin* histórico. El no compone una teodicea, según la expresión de Burckhardt, sino una historia. En cambio, qué fácil es para un hombre de mediados del siglo xx concebir la unidad de la historia como una tendencia íntima de su curso. La historia, como hecho, transcurre. La historia, como ciencia, trata de describir y explicar ese transcurso. La historia universal, aun concebida como totalidad, es el conjunto de numerosos cauces que se unen, se separan, o no se han unido todavía.

Pero del lado de acá de la compuerta de Hércules, hace varios siglos, fué produciéndose un derrame de caudales de agua-historia que, con otros caudales que salieron por el mar Rojo y el golfo Pérsico y el mar del Norte, fueron uniéndose y cubriendo el globo. Y se está haciendo de él una sola historia. Si nos preguntamos e investigamos por dónde vienen y qué traen los caudales de historia que se unifican en nuestro tiempo, habremos resuelto el problema de historia universal sin forzarla, sin esperas inactivas y sin amputaciones del pensamiento. A este criterio no puede objetársele ni siquiera que interrumpa la historia, como sin remedio lo hacen los sistemas hasta ahora concebidos, pues deja abierta y sin trabas la incorporación de todos los acontecimientos que en lo porvenir ocurran y los que en lo porvenir la ciencia descubra.

3. EL CAMINO DE OCCIDENTE

LA unificación del mundo se produce por la conquista e influencia de Europa. El meridiano se ha trasladado a América, pero América no es sino una posteuropa. Hay que partir pues de Europa hacia atrás. Europa es particularmente el occidente europeo y a su civilización se le ha dado el nombre de civili-

zación occidental. También se le ha llamado latino-germánica. Hacia el siglo XI este ambiente era poca cosa junto a la magnificencia política, económica y cultural del ambiente árabe, el cual había ido creciendo sobre la decadencia política, económica y cultural del oriente del Mediterráneo, que a su vez era una supervivencia poderosa pero decreciente del ambiente grecolatino. De modo que hasta ahora podemos discernir los cauces que uniéndose van a formar el cauce unificador, desde la unidad del Mediterráneo creada por Roma. De lo grecolatino se derivan tres ambientes sucesivos en sus apogeos: bizantino-eslavo, árabe y latino-germánico. Este, que es el último, deriva directamente de Roma, y recibe directamente la fuerte corriente bizantina y árabe. Ahora bien, durante todo este período las relaciones con el lejano oriente son constantes por Rusia, por Persia y por la India. Esas relaciones no son nuevas y pueden remontarse provisoriamente hasta Alejandro. Ello nos hace retroceder más. Nos lleva de lo latino a lo griego; de lo griego seguimos a lo egeo; de lo griego a lo egipcio; de lo griego a las civilizaciones de Asia Menor y Siria a Mesopotamia; en Mesopotamia hasta los sumeros. Y en toda esta era, la habitualmente llamada antigua, a las relaciones de estos pueblos. Etc., etc. No pretendo dar una lección de historia sino señalar las posibilidades científicas de una historia universal basada en este método. La inmensa labor tiene un esquema trayectorio simple: hallar el cauce central y relacionar con él, en sus tiempos respectivos, todos los demás. Y pues la unidad del mundo desemboca por el cauce de occidente, bien podemos decir que se produce por el *Camino de Occidente*: Nilo-Mesopotamia, Mediterráneo, Atlántico-Pacífico.

Una historia universal puede construirse con la simple relación de las civilizaciones y pueblos que quedan fuera del camino de occidente con éste. Por supuesto que no por los simples puntos de contacto sino por aquellos que hacen correr mezclados los caudales. Desde el punto de contacto puede continuarse el curso de las aguas o remontárselo, como en el caso de América pre y pos-colombina. Tales relaciones serán siempre uno de los más importantes objetivos de la historia universal.

4. *LA DIVISION EN PERIODOS*

CON la sola enunciación anterior observamos fácilmente que toda la historia conocida del Camino de Occidente se cubre en tres etapas geográficas, las que algún historiador, inglés quizás, ha denominado: potámica, talásica y oceánica. Aproximadamente las de antigua, media y moderna, siempre que la edad media, en vez de comenzar con la caída de Roma, englobara hasta la diferenciación de lo griego respecto de lo asiático y egipcio. Pocos aceptarán semejante cosa. Pero creo que nadie opinará ya que la vieja división de edades antigua, media y moderna sea sino una vejez verbal. La mayor parte de los autores hace mucho que claman por una sustitución de esta "fórmula feliz por lo simplista". Y me parece tan justa la división que acabo de mencionar que me sorprende no se haya generalizado. Si es por su excesivo sabor geográfico, no creo válida la objeción. Primero, porque tratándose de dividir, la geografía podría bastar. Segundo y fundamentalmente, porque esa traslación geográfica, técnicamente de prodigioso valor creador, coincide con las tres mayores crisis de la civilización en el Camino de Occidente. Cada una de esas traslaciones geográficas marca la entrada en un ciclo nuevo de civilización-técnica-cultura.

Claro es que aquí se plantea la debatida cuestión: ¿existen o no ciclos en la historia? ¿Son otra cosa que una división cómoda para entenderse? Si los dibujamos como Spengler, reconozco que no. Esas culturas cerradas han levantado una justa protesta, aunque sospecho que Spengler no les ha dado el sentido que les atribuimos. Pero no hay duda de que los ciclos de Spengler no han sido eficaces. Su error principal está, creo yo, en considerarlos abriéndose y cerrándose con fechas, siquiera aproximadas. Las fechas sirven para referencias, pero no son realidades íntimas de la historia, a menos que adquieran un valor simbólico para las mismas gentes que las viven y que realizan la historia. Así, como realidades psíquicas productivas las fechas sí penetran en la intimidad de la historia, del mismo modo que un invento o una obra de arte, por lo que crean en la mente de los hombres. Fuera de eso, tienen sólo un valor instrumental de estudio. Guardémonos de necesitarlas, demasiado para pensar históricamente. La cronología es la urdimbre

indispensable del historiador, porque ubica, porque nos dice qué hay antes y qué después; porque *mide* la historia, que es, esencialmente, *tiempo*. Maravilloso instrumento que malográramos haciéndolo servir demasiado, como se malogra el reloj en su función auxiliar de la vida cuando nos esclaviza.

Los ciclos, las eras, los períodos sólo pueden señalarse como diferenciaciones maduras de un proceso unido, en que los acontecimientos, aun en lo que observamos como transición, se encadenan con la misma naturalidad e importancia de primer plano en que transcurre la vida que estamos viviendo. Por otra parte, tales diferenciaciones periódicas no tienen paralelismo cronológico forzoso en todas las actividades humanas, que evolucionan al mismo tiempo. Aunque, naturalmente, existe entrañable relación y dependencia mutua en todas las formas de la vida, no evolucionan a paso de marcha militar sino con el movimiento a la vez regido, y libre que les es propio. De modo que al hacer un corte de observación vertical de los que pedía Burkhardt, observaremos múltiples desequilibrios desconcertantes. Con frecuencia oímos o leemos, en la gente buena e incomprensiva, que nuestro tiempo ha desarrollado mucho la técnica y poco la cultura, que la ciencia ha desmoronado la felicidad del hombre, etc.

La historia avanza como la serpiente, adaptando el juego de sus anillos al sinuoso movimiento; o como el río, que según la imagen de cierto profesor de física, discurre sereno y majestuoso en apariencia, pero agitada su flúida mole por infinitos retrocesos contra avances, caídas contra alzamientos, lanzamientos rectos contra huídas circulares. Tal anarquía aparente es, como en todas las fuerzas de la naturaleza, la tendencia a un equilibrio constantemente alcanzado y constantemente perdido, un acomodamiento interminable y necesario. Así pues, toda división en períodos depende de lo que se estudie. La división del proceso global hasta ahora recorrido y hasta ahora conocido del camino de occidente, debe ajustarse a los grandes acomodamientos y contracciones que el proceso global ha sufrido. El problema es hallar cuál es la línea de referencia, qué actividad es suficientemente alta y profunda para que todas las demás entren en su órbita, se empapen en su esencia, se impulsen por su dirección. Pienso yo que nada hay más alto y hondo y amplio que la concepción del mundo. Las

diferencias maduras de las concepciones del mundo que el proceso descubra serán los hitos que permitan apuntalar el estudio evolutivo de la historia, como al marcar fronteras en la montaña se va de una a otra por las más altas cumbres.

No interrumpiendo por artificio el curso con ciclos cerrados que empiezan tal día y concluyen tal otro, sino marcando con un nombre cada una de las concepciones maduras y utilizando abundantemente la cronología para señalar los ritmos del progreso. Maduras son las concepciones en que una etapa de evolución encuentra las formas positivas de su capacidad creadora. Esos períodos de aparente descanso del pensamiento en que, conformes con una verdad primera hallada y creída, los hombres elaboran al infinito, enriquecen y desmenuzan las expresiones de la posición en la naturaleza que significa la creencia en esa verdad primera, o última.

Pues bien, yo creo ver que, a cada una de las eras denominadas potámica, talásica y oceánica, corresponde la madurez de una concepción del mundo, distinta de la anterior y que significa un paso en la salida mental del hombre de sí mismo. Tal sorprendente coincidencia no puede serlo. Alguna causa determina ese hecho que no se define claramente con la mera relación entre el área geográfica y la concepción del mundo.

La vida entera desarrolla su "ludiente cadena" alrededor y entre estos dos extremos, físico y metafísico. Varía la anécdota, convulsa la entraña como la del río, confluentes y difluentes los caminos de la unidad y de la fragmentación a través de las cuales la humanidad ha crecido, el augusto discurrir de la historia, contemplando desde las cimas del pensamiento metafísico, es sencillamente impresionante.

5. EVOLUCION DEL PENSAMIENTO METAFISICO

DESDE el seno de las civilizaciones neolíticas que precedieron a la era potámica, es decir a la edad del bronce, es decir a las civilizaciones agrícolas, es decir a la invención de la escritura, es decir a tantas otras formas descubiertas y por descubrirse, vemos a los hombres salir hacia la historia comprobable portadores de una concepción metafísica primitiva y ceñida a la vida humana. Su forma de gobierno (no olvidemos que son pueblos pastores) es la pequeña monarquía, patriarcal o más evolutio-

nada según las necesidades de defensa. Son organismos locales cuya continuidad es el linaje. El linaje nace de un fundador. El fundador sobrevive, desaparecido, en la leyenda. La leyenda es el espejo sintetizador de las aspiraciones fragmentarias. El prototipo creado por la síntesis es el héroe. No hay más lejano lindero metafísico que ese recuerdo, tradición, elaboración, fijación de un linaje en su héroe o de un haz de linajes en sus héroes. Ellos, los seres humanos, son el mundo. Su poesía heroica es su concepción metafísica. El recuerdo, su religión su culto, la tumba o el monumento recordatorio.

Tal es la era heroica o humana (neolítica).

En los altos tiempos cuando la nueva era se iniciaba en los valles inundables del Nilo y del Eufrates, nuevas concepciones agrandaron el campo metafísico. La principal es el descubrimiento del alma como explicación de la vida y la vida como explicación del movimiento. Es que el hombre da los primeros pasos hacia fuera de sí mismo. De su mundo metafísico de recordación y poesía humana va pasando al misterio de la naturaleza en movimiento. Y, hallando en sí mismo la explicación metafísica, se proyecta contra el mundo externo y lo explica con la vida, con esa entidad inasible que se escapa en el aliento como una paloma y deja al cuerpo seco y abandonado. *Ba* es el secreto de lo que mata al hombre, o lo hiere, o lo salva. *Ba* es el secreto del viento, de la planta, de la fecundación, del día, de las estaciones. *Ba*, que empezó quizás explicando el destino de los muertos y atribuyéndoles poderes sobre las cosas (totems), se emancipa de ellos y nace de las cosas, desde el sol a las fuentes, desde el agua a la tierra. Se puebla el mundo de almas que van perdiendo poco a poco su lastre humano, su historia, su mito, que heredaron de la metafísica heroica, para transformarse en almas sustanciales del mundo, luego en alma sustancial del mundo.

Tal es la era anímica o mitológica (potámica). Dicho proceso, largo y oscuro en Egipto, es rápido y claro en la fresca Grecia, recién salida de lo neolítico cuando recibe la herencia potámica y por lo tanto impregnada de reminiscencias heroicas.

Es que en Grecia se opera la transición a la era nueva, y nuevas concepciones agrandarán el campo metafísico. La principal es la razón, como explicación de la inteligencia, es decir del hecho de comprender, y la inteligencia como explicación

de la armonía a que tiende la apariencia desorbitada de la naturaleza. El hombre da otro paso hacia fuera de sí mismo. De su mundo metafísico de almas libres y andariegas va pasando al espectáculo de un universo regido por un poder racional y creador, increado e infinito. Y, hallando nuevamente en sí mismo la explicación metafísica, vuelve a proyectarse contra el mundo externo y lo explica con la inteligencia, esa entidad suprema que da el ritmo, la proporción, la unidad equilibradora de lo mejor de la vida griega y que se expresa por la música, la danza y la poesía; por la fórmula de soportes y pesos en la arquitectura, y sobre todo por el discurso (logos), que es palabra (verbum) en el pensamiento y en la boca. *Nus* es el secreto del destino del hombre. *Nus* es el secreto de todo lo creado. *Nus*, que empezó siendo el *Ser*, que revela al hombre su misterio por su palabra, se emancipa del hombre dejándolo en su libre albedrío. Y al correr de los siglos será un poder sometido a su propia creación. Dios creador de las leyes e incapaz de detenerlas.

Tal es la era racional o creatorística (talásica).

Asistimos desde los últimos siglos a la apertura de una era nueva, la oceánica. Su contenido metafísico, que no es posible trazar en rasgos de la misma manera que las otras, puesto que está haciéndose, lo desarrollaré en el capítulo siguiente, donde trataremos el asunto desde el punto de vista en que puede tratárselo.

Antes de pasar a él, quiero aclarar que la rigidez temática que se observa en este capítulo es intencional. He querido subrayar el paralelismo de las dos eras completas que la historia registra, para demostrar que pueden servir de recios puntos de apoyo para estudiar las dos incompletas, una en el conocimiento y otra en la realidad. Tal rigidez no es ni mínimamente necesaria, como espero que se vea en el capítulo siguiente. Los esquemas son eso: líneas que dejan sin exponer mucha carne no pegada a los huesos.

6. LAS CRISIS DE TRANSICION

LA exposición sucesiva de los períodos no da impresión exacta de su realidad. Insisto en que sólo pueden marcarse como diferencias maduras, lo que claramente significa que no se

señala el proceso de maduración. Pero aunque se lo tenga en cuenta, ninguna enunciación de períodos consigue dar idea de su realidad histórica. La más sutil ofrece la irremediable falsedad de suponer, o no negar, que concluido un período comienza otro, lo que salvo en las renovaciones de autoridades u otros casos en que el período es convencional, limitado convencionalmente, jamás se produce en el correr espontáneo de la vida. Toda maduración implica, no sólo el crecimiento preparatorio, que nunca empieza, porque siempre tiene antecedentes, (no debe confundirse la sensación popular de comenzar en determinados momentos de la historia, con el hecho real, aun ese mismo sentimiento popular, por ejemplo, que la ciencia histórica investigue) sino un proceso de disgregación del período anterior. Iniciado con desprendimientos anteriores en la plena madurez y seguido con un desmoronamiento cada vez más visible y acelerado, que se prolonga bien adentro en el período siguiente. Hay pues, por lo menos, una etapa de convivencia de los períodos, el que se disgrega y decrece y el que se construye y crece. Y no es así tan sencillamente como se dice. En otra parte he tratado de describir esta menuda complicación del esfuerzo eliminatorio que tal convivencia produce. Cuanto mayor es el alcance de la renovación que abre el siguiente período, más honda es la crisis y más cruenta la lucha. Y si decimos que en plena madurez un período ya sufre en su euforia el fino toque de la disgregación primera, y que, vencido al fin, aún defiende por mucho tiempo sus atajos de la invasión majestuosa de las concepciones nuevas, debemos reconocer que la historia es una permanente crisis, lo que es una gran verdad, por todos reconocida. Pero así como cada período alcanza su madurez, así la crisis entre dos períodos alcanza un tiempo de mayor violencia y, por qué no decirlo, de mayor grandeza, que es como la madurez de la crisis. Si la línea evolutiva que estudiamos se desarrolla en fases breves, las crisis serán breves. Si la lucha no es honda, las crisis serán superficiales. Pero la crisis entre las ingentes eras que marcan las concepciones del mundo, son también ingentes, poderosas y además cruentas y largas. Y su tiempo "crucial" crítico, que es aquél en que las fuerzas trabadas son aproximadamente iguales, ofrece al estudioso el brillante espectáculo de la mente humana extendiéndose fresca, impetuosa, rejuvenecida, hasta

la entraña del misterio, y allí volver la mano con una luz a cada crisis más clara, abriéndose camino por entre las claridades anteriores, ahora oscurecidas y hundiéndose en los planos secundarios del paisaje.

Trataremos de hacer un viaje por el tiempo y evocar la lucha milenaria de las concepciones del mundo.

Aquel fino toque de la disgregación primera de que hablamos, esa mordedura marginal pero ya en carne viva que sufre, en plena madurez y crecimiento aún, una concepción del mundo, es una pregunta que ahonda en el mismo problema que aquella resuelve, una necesidad mental insatisfecha que abre una duda. El tipo de respuesta que la historia ha conservado deja adivinar el sentido de las preguntas.

En los pueblos más avanzados de la mentalidad heroica, basada en el recuerdo, debió presentarse el arduo problema metafísico del olvido y por lo tanto la necesidad de resolverlo. La leyenda conserva y elabora todo menos la imagen, que desaparece con los últimos testigos visuales. La imagen debió ser para esos hombres primitivos no un fenómeno psíquico sino una realidad trascendente, una supervivencia del muerto, presente más que en el recuerdo mismo en el realismo sobrecogedor de los sueños. La imagen, pues, vence a la muerte. Y esta imagen vencedora de la muerte es el *ka* en Egipto. Primera respuesta a la primera gran pregunta de la crisis de la metafísica heroica. Pregunta que parece seguir fielmente la línea ortodoxa, pero que obedece a una agitada convulsión herética como la física de Galileo. Si el *ka* es la imagen vencedora de la muerte, hay que buscar la manera de que venza para siempre, fijándola, reproduciéndola en materiales cada vez más duraderos. Que la reproducción de la imagen es de origen semejante tiene una semiplena prueba en el hecho de que al escultor en Egipto se le llamó durante mucho tiempo "sostenedor de la vida". Por otra parte los egipcios creyeron, y otros pueblos también, que la imagen estaba indisolublemente ligada al ser que representaba, "no solamente hasta el punto de que para el egipcio toda obra plástica poseía la misma potencia real del modelo, sino más aún, hasta el punto de que la buena o mala suerte de la copia produjese también la fortuna o desgracia del original. Esta idea se aplicaba por igual a las figuras de bulto y a todas las

figuras planas, pintadas o grabadas" (Schäffer). Como debe suponerse, las derivaciones de ideas semejantes son riquísimas en el desarrollo posterior de la civilización. Por lo tanto determina, si no el origen, una modalidad del arte plástico. La figura, según su objetivo, es realista o estilizada. La estilización es una forma de exaltación del destino del ka. Realiza en la imagen lo que la leyenda realiza en el ente moral. Por eso, no se detiene en la reproducción de la imagen sino que avanza en la expresión de su contorno vivo. Al formarse, como en la crisis talásica, la idea imperial con que aparece el Egipto en la historia, aquella idea, enteramente heroica, del ambiente vital del ka, se muestra, a partir de la pirámide de Zóser (2780, según Meyer, 1925) en su majestuosa plenitud. La estilización no solamente depura la línea de la imagen estática del rey, sino que se abre hasta el símbolo grandioso. haciendo de la tumba la imagen del Estado. La pirámide de Keops, como la mole Adriana, marca el apogeo de una sociedad próxima a sucumbir bajo las concepciones nuevas. La pirámide en el centro, con los pies en el abismo y la cabeza en las estrellas, como dirá la inscripción de un monarca posterior, se rodea, jerárquicamente, de su máquina imperial, representada por las pirámides y los mastabas en que yacen los príncipes, las princesas y los dignatarios que han conquistado ese honor en la complicada corte doméstica. Y en las paredes de las salas de la tumba y del templo, se desarrolla con minuciosa delectación, la vida entera de un Egipto feliz, laborioso y múltiple. Tal apogeo del ka significa una variada e intensa historia de superaciones que son las de arte primitivo.

No se me escapa que el arte paleolítico superior parece desmentir esta teoría, que ubica la imagen en la crisis de lo neolítico. Pero la cronología prehistórica es una cosa muy endeble todavía, y no sería difícil que los frescos de Altamira tuvieran que rebajar su antigüedad como la dama de Elche. Por lo pronto yo les encuentro un parentesco muy cercano con los frescos y pinturas de Creta, como el de dos momentos de una misma corriente.

Pues bien, el ka, disgregador temprano de la madurez heroica, aunque le abra a esta mentalidad un ancho campo de evolución, como hemos visto, abre también inesperados

horizontes a la ideación heterodoxa. Si el ka es la imagen vencedora de la muerte, es por lo mismo la fijación de la imagen fugitiva de la vida, de esa vida que, como decíamos, se escapa en último aliento como una paloma (tal la representaron los egipcios). Si el arte puede detenerla en el *ka*, y hasta someterla en gran manera a su capricho, el ba se libera sin embargo y vaga invisible y vivo en el susurro del viento y en el estruendo de las tormentas, en la enfermedad inesperada, en la discordia, en la muerte. Las más antiguas oraciones y exorcismos de Súmer ofrecen un testimonio interesante de esta transición cuyo origen es el terror. Legiones de espíritus atestiguan al hombre, y más tarde, cuando estas almas pueden ser consideradas dioses, los dioses del cielo, es decir de la atmósfera, continúan siendo malos y los de la tierra buenos. No todas las almas, que siguen siendo una derivación heroica (donde también sin embargo hubo enemigos), son malas. Hay almas tutelares, que fueron los héroes del linaje, y que en este momento de transición quizás deriven hacia los totems. Ambas soluciones del destino del alma tiene de lo heroico el estar vueltas y adheridas hacia la vida del hombre.

Ka y Ba pueden ser las respuestas a las dos preguntas fundamentales de la crisis potámica. Ambas debieron abrirse en el seno maduro de lo heroico. Para caracterizar el advenimiento de una era nueva falta la fórmula metafísica que las englobe. Algún genio da la fórmula e inmediatamente comienza a ganar terreno y la ardua "cruz" crítica se inicia hasta que las concepciones nuevas se adueñan de la mente común, triunfan en la lucha política y comienza el proceso de la eliminación de los restos tenaces. En Egipto, cauce central de esta evolución, aparecen históricamente dos nombres que sirven de hilos para rastrear aquella fórmula equivalente al Nus de Anaxágoras. Son Ra y Osiris. Ra es ya un alma del mundo, muy desligada de su origen heroico. Osiris, en cambio, reúne en sí las dos ideas de ka y ba. De ka por su calidad de muerto momificado. (Los enterratorios debieron ser una solución posterior al ka, perfeccionados por la momificación con un sentido paralelo al del arte plástico pero sin sus posibilidades monumentales de exaltación del destino del ka). De ba, por su valor de explicación cósmica.

Durante la cuarta dinastía, hondas revoluciones sociales producen el triunfo de la quinta, que entroniza el culto de Ra, como la familia de Constantino en el Imperio Romano entroniza el cristianismo. Durante la sexta dinastía aparece por primera vez en forma franca la madurez de las nuevas ideas. Los dioses pueblan el mundo. Ra discurre con su círculo de espíritus. "La tierra se enamora de los panes" cuando Hapi (el Nilo) crece. Toda la naturaleza visible será en adelante morada de dioses libres, poderosos, sobrehumanos. Naturalmente, caudalosas reminiscencias heroicas les dan formas humanas, pasiones humanas, mito. Pero su propia evolución les ayudará a crecer y a depurarse. Las infinitas almas libres invisibles se manifiestan por mil indicios: la sabiduría de sus sacerdotes, que interpretan sus deseos y designios; los prodigios, entre los cuales son los mayores la fertilidad y la luz; la permanente movilidad de todo; el genio, que sabe la verdad y produce la belleza. Algunos dioses son más grandes y poderosos que otros.

De entre todos estos dioses naturales, en una época que no puedo determinar, pero que no debe ser más antigua que el segundo milenio antes de Cristo, la observación de la naturaleza por los sabios inquietos va abstrayendo un dios de fecundidad universal, ya sentido desde el principio como dios supremo mas ahora deshumanizado, libre de toda reminiscencia *heroica*, concebido como ser del mundo cuya presencia se percibe de modos infinitos. En el lenguaje de nuestros días le llamaríamos a eso calor. Los antiguos le dan, por supuesto, un nombre de dios. Ya los egipcios del Antiguo Imperio veneraban a Ra, dios concreto que navegaba en su barca. Pero es sin duda el Ammón-Ra de la segunda Tebas el que adquiere esa magnitud universal que informa el esplendor de sus templos. Y es eso tal vez lo que quiere expresar Amenofis IV con su revolución monoteísta. Es eso lo que llevan por ese tiempo los indoeuropeos a la India con el nombre de Indra, que se manifiesta en el fuego. Es eso lo que más tarde los griegos, herederos de la cultura potámica, llaman Eros, "antiguo entre los antiguos dioses", y que se mantendrá a través de las discusiones hasta Empédocles, y de todas las degradaciones anexas, como la esencia misma de Dios. Es que aquellas generaciones de sabios inquietos ya están levantando en plena

madurez de la concepción anímica, la pregunta de la disgregación primera: qué hubo "en el principio", cuál es el origen de sus dioses, y están abriendo la crisis que madurará en el Mediterráneo, la crisis por eso talásica. Las respuestas no son todas hetéreas como la mencionada. En Mesopotamia, y quizás por su influencia también en Egipto, se dará la que recoge Tales: el origen de todo es el agua. Otros dirán otros orígenes. Pero el que triunfará será el Amor, "el más bello de los dioses inmortales", ordenador del caos. En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía. El espíritu de Dios discurría ingrávito por encima de las aguas.

Hasta ahora nada hay de heterodoxo. Buscar el origen de los dioses no es negarlos. Pero desde antiguo las observaciones astronómicas demuestran un ritmo que contradice la libre voluntad de los dioses. Y quizás no sean tan remotos los cálculos matemáticos de egipcios y mesopotámicos. Pero aunque lo sean, no parece que hayan adquirido el valor metafísico que adquirieron en Grecia. Ya la respuesta del origen tendía a la unidad. El ritmo de los astros y de otras entidades mitológicas ligadas a ellos marcan una tendencia general al abandono de la libertad anímica por un orden del prodigioso movimiento de todas las cosas. Numerosas respuestas se dan a esta exigencia. Pero hacia el siglo VI un hombre pronuncia la palabra feliz: logos. Sí, en el centro de este universo que se renueva y gira hay, como el hombre que en su meditación se siente el centro del universo, un pensamiento que razona, solo.

Como en la crisis anterior, las dos preguntas fatales han sido alzadas y respondidas: arche y logos. Para caracterizar al advenimiento de una era nueva en el Camino de Occidente, falta que en el talweg mismo se exponga la fórmula metafísica que las englobe. Y es Anaxágoras el que por fin concibe a la naturaleza diferente de su creador, Nous, inteligencia del universo que ha podido extraerlo todo del caos ordenado por él. Aunque en la mente de su propio autor no llega a concretarse en palabras claras, la bomba está lanzada y correrá disgregándolo todo de Anaxágoras a Platón, de Platón a Aristóteles, de Aristóteles a San Agustín. Esto en el cauce central. Hay un cauce lateral de la misma fuente. Griegos y hebreos son los realizadores fundamentales de este momento crítico. Los hebreos como resto de la vieja civilización potámica y los griegos

como iniciadores de la nueva civilización talásica. Más tarde se abrirá un nuevo cauce lateral, el mahometano.

Pero como nuestro esquema sigue una línea sola, que sirva de guía para la investigación del vastísimo y complicado proceso, continuaremos el que por lo demás es el habitualmente estudiado en nuestra cultura.

El triunfo del cristianismo ocupa en la era talásica la posición que el triunfo de la religión de Ra en la era potámica. Inicia la madurez de los nuevos conceptos. La religión de Ra debió tener su San Agustín. Tales conceptos nuevos son los siguientes, fundamentalmente: Dios, increado y anterior a todo, lo ha creado todo, lo rige porque es la inteligencia, la razón suprema e inaccesible para el hombre, y lo destruirá todo en un acto final que para los hombres será un juicio. La pregunta primera del origen ha llegado a la respuesta del fin: creación, orden y destino: eternidad. El logos divino se ha revelado al fin después de tantos siglos en que creyeron revelarlo los oráculos. Dios se ha hecho hombre para que su palabra (verbum) transfundida en la palabra de los hombres, sea oída por éstos de su propia boca.

El cristianismo triunfa primero en el ambiente latino. Los restos anímicos o mitológicos subsistirán en Grecia hasta el siglo vi. En Egipto hasta el x. En Europa del norte hasta el xii, con la incorporación definitiva de los normandos. Hacia el año 1000 en Europa occidental, la era creatorística empieza a brillar con todo su esplendor. Los conceptos accesorios de aquella teología han organizado y exaltado el cuerpo de la Iglesia, imagen de Dios sobre la tierra. El arte instala sobre sólidos cimientos, como en tiempos de Ammón, la grandiosa y audaz expresión de su plenitud y su poder.

Sin embargo, la sutil mordedura no tarda que inicia subcutáneamente el desgaste. Ya aparece quien se pregunta si esa construcción lógica en la que el hombre cree ver a Dios es exacta o el hombre no puede saber quién es Dios. La pregunta es vieja, pero antes no importaba. Ahora sí importa, porque es la proclamación del derecho de revisar que empuja a toda heterodoxia. No en balde San Bernardo se levanta contra la tentativa, y no en balde Santo Tomás realiza el gigantesco esfuerzo de reanudar lo que se desanuda. Es que se mueve la primera gran pregunta de la nueva crisis. La talásica había

llegado al logos ordenador observando el ritmo, que es la fisonomía del movimiento. Las nuevas inquietudes buscan la entraña del movimiento, su razón de ser en sí. De la abundante masa de discusiones que comienza con la querrela de los universales se desprende una tendencia irrefrenable hacia la vuelta metafísica a la naturaleza en sí, tendencia que hacia mediados del siglo XVI halla la primera gran respuesta de la crisis: la ley. La palabra, ya existía y significaba lo que significa, pero no aplicada al universo. La búsqueda de la ley informa la filosofía, es decir la ciencia, desde Copérnico a Newton. La ley cabe aún entera en la concepción creatorística. Newton lo afirma expresamente. Como el ka, como el arche, puede ser admitido en la ortodoxia. Son el último asidero de la metafísica que se va y que se adapta para no morir. Las adaptaciones que se hagan después sólo descubrirán su irremediable vejez. Porque la segunda pregunta, viva y latente en la primera, ya es enteramente heterodoxa. El ba, el logos de nuestro tiempo, es la *evolución*, la inestabilidad de lo relativo como única noción absoluta. Entonces sí, el clamor de la tradición se hace atronador. Aunque no lo sepamos, todos parecemos presentir que la fórmula metafísica que denuncie la "cruz" crítica del proceso que vivimos está dándose en nuestro tiempo. Esa fórmula que, como quizás Osiris, e indudablemente Nous, englobe las dos respuestas críticas, ley y evolución en la era oceánica, creo que hay que buscarla en las doctrinas de Einstein, por la posición que ocupan en la historia de la ciencia.

Transcurrimos pues en el siglo XX la "cruz" de la crisis oceánica. Lo que llamamos ciencia es la concepción del mundo que va desalojando, como quedaron atrás las otras, a la concepción creatorística. Testigos somos de cómo ésta se defiende.

7. CRONOLOGIA

CRONOLOGÍA es el cuadrículado transparente a través del cual podemos observar el curso de la historia, pero no es la historia misma. Así pues, aunque aceptemos la siguiente división de la porción actualmente rastreable del camino de Occidente: 1) era heroica o humana, pastoril, neolítica, etc.; 2)

era anímica o mitológica, agrícola, potámica, etc.; 3) era racional o creatorística, navegante, talásica, etc.; 4) era científica u otra cosa, aviadora, oceánica, etc., insisto en que tal sistematización no es sino una manera de orientarse. El proceso histórico fluye ininterrumpidamente, vario y flexible, cambiante y conservador, inexorable en la incorporación de lo útil y rechazo de lo inútil. (Pero tanto lo útil como lo inútil se producen y son históricos). La obra del historiador será percibir la evolución donde se produzca y discernirla de lo que sea mera anécdota. La fineza científica estará en no equivocarse. Aunque nos equivoquemos, mientras nuestra posición sea exclusivamente científica, algo avanzaremos con nuestros esfuerzos por conocer cómo se produce en realidad el fenómeno histórico. Esa difícilísima tarea la he emprendido en otro trabajo. Aquí solamente señalaré algunos aspectos necesarios para comprender la evolución de las ideas metafísicas y no sorprendernos de aparentes contradicciones e inesperadas reminiscencias venerables. La labor mental general humana es irremediabilmente desigual, en volumen, calidad, tiempo, eficacia, entre los seres que piensan simultáneamente, conviven en un ambiente y tienen un mismo interés. Imaginémoslo lo que sucederá entre los que no piensan en esas condiciones. De modo pues que al señalar la evolución del pensamiento metafísico no suponemos a la masa humana cumpliéndola en bloque, como se cuecen papas en una olla. Sabemos que esos grandes rasgos son mojonos y que la realidad anecdótica de la evolución se cumple de otro modo. Primeramente, tal evolución, como la he descrito, marca *algunos* puntos de la avanzada que forma en el progreso el genio de los hombres superiores. A lo largo de esos puntos la humanidad se acomoda como puede, se estrella, se desangra, y cumple sus innumerables otras actividades históricas obedeciendo a la misma evolución. Es pues la que hago una historia aristocrática, como el más exclusivo de los círculos. (Bien es cierto, pienso yo, que el genio no es sino una conjunción de circunstancias internas y externas, y la evolución se cumple en la entraña del espíritu objetivo, extraconsciente). En segundo término, la evolución mental en la masa humana es lenta, porque es mucha gente la que tiene que ir siguiendo la huella a su pesar. Mientras tanto pelea, se debate, mata y muere. La mentalidad tradicional

durante las crisis se disgrega célula por célula, y célula por célula se forman simultáneamente los nuevos tejidos. Las supervivencias llegan a ser así desmesuradamente vetustas, y aun hoy, cuando ya se pierden, son numerosos los restos desmenuzados de la mentalidad heroica, no sólo de la anímica. Dispersa e inesperadamente se nos aparece en pueblos modernos, como ese tumor andariego que llamamos gitanos, la creencia de que un daño inferido a una imagen es sufrido por el original. Además, las supersticiones totémicas forman la base de muchísimas leyendas; los aparecidos estremecen todavía a las personas que no creen en ellos. Cuanto más antigua la supervivencia, más baja la encontramos en la escala mental, no sólo en los demás sino aún dentro de uno mismo. Por eso las supervivencias anímicas o mitológicas se encuentran aún en muy elevadas capas de la jerarquía mental. Y lo exclusivamente científico, lo que siga de cerca la altura de la crisis que vivimos, es raro y exquisito, y obligaría a los que trabajan y quieren pensar científicamente a vigilarse muy estrechamente. Digamos aún que no todas las inquietas investigaciones y respuestas de una crisis son aprovechadas por la evolución en el tiempo en que se ofrecen. Así Kant pudo decir que continuaba a Demócrito. Y efectivamente, Demócrito da la impresión, desde nuestro punto de vista, de un enorme material desdeñado por una corriente que prefirió a Platón y a Aristóteles. Aunque Aristóteles rebajara muchísimo el desprecio de Platón, Demócrito es prácticamente un valor perdido en la era de la razón.

Convencidos pues de que un corte teórico hecho en cualquier momento de la historia nos descubriría inacabable gama de contradicciones, para explicar las cuales tendríamos que filiarlas de acuerdo con nuestro esquema, comencemos a darle ubicación cronológica, ya bastante clara sin embargo en lo que llevo expuesto.

Hacia 2.560 A. J., según Meyer, triunfa la 5ª dinastía y se apodera del trono de Egipto. Aunque la fecha sea sólo aproximada, su error no puede ser perjudicial. Queda así fijada la fecha del triunfo político de las concepciones anímicas sobre las heroicas. Esta fecha, dialécticamente, corresponde a 312 D. J., del Edicto de Milán, en que se produce el triunfo político de las concepciones creatorísticas sobre las mitológicas. O mejor aún, a 337, fecha de los primeros emperadores cristianos. Am-

bos triunfos se producen en el centro de las actividades de su época. Es verdad que la autoridad de Constantino se extiende sobre todo el ámbito de Occidente, y el de Userkaf no, pues le escapaban todos los pueblos de Asia Anterior, pero fuera de que algo parecido sucede en Mesopotamia por los tiempos de Hamurabi, no hay duda de que Egipto es durante el Imperio Antiguo el núcleo de una actividad general y su influencia correspondiente.

El Imperio Antiguo es, como el Romano, la culminación de un amplio proceso, unificador. El triunfo de Menes sobre el Bajo Egipto equivale al de Paulo Emilio sobre Grecia. El altivo conquistador esclaviza a sus maestros. Si se da como Horacio con esta imagen a entender que los romanos aprendieron de los griegos su civilización en la época helenística, es una verdad a medias. La historia entera de Roma es una trabajosa y resistida adaptación al ambiente del Mediterráneo, dominado por Grecia. Según Tadeo Zielinsky, en los últimos años de la monarquía, los latinos fueron admitidos en los juegos olímpicos. Y los modernos estudios prueban un extraordinario paralelismo a destiempo entre la historia de la ciudad-estado de Roma y las griegas. Por otra parte la idea imperial romana cumple en el Mediterráneo la transformación comenzada en la parte oriental por Alejandro. Insisto por estas y otras razones en que Roma debe ser considerada como una etapa de evolución cronológicamente igual a Grecia y en la misma línea. Si Anaxágoras es griego, San Agustín es romano, sin referirnos nada más que a lo que estamos estudiando.

Del mismo modo, el Alto Egipto absorbió la civilización del Bajo, según la opinión de los egiptólogos actuales. De allí provinieron las más importantes innovaciones, inclusive la religión de Ra, como el cristianismo provino del ambiente helenístico. Pero las grandes luchas por la imposición de Ra demuestran que el Alto Egipto era en ese momento el centro de la actividad religiosa, pues era el de la política. Según esto, debemos ubicar la crisis potámica de 2600 hacia atrás, en Egipto. Asia aparece siempre un poco rezagada respecto del Nilo hasta que en las últimas etapas de la era potámica vaya ocupando las avanzadas.

En cuanto a la crisis talásica, puede vislumbrarse, si no comenzada, anunciada por ese vago movimiento de depuración

al cual pertenece Amenofis IV (hacia 1400 a. J.). Pero es sin duda clara con las teogonías, la última de las cuales debe ser la atribuida a Hesíodo, es decir cuando las agitaciones generales del ambiente mitológico comienzan a converger en Grecia. Aquí es oportuno comentar cierta idea muy corriente en los historiadores, que reprochan a los griegos, especialmente a Herodoto, su tendencia a identificar su propia religión con la de los demás pueblos. ¿Cómo podían haber hecho otra cosa, si era la misma? Los distintos nombres que las lenguas les dan, y aún las diferencias sustanciales y atributivas que los numerosos dioses tienen y en los diferentes lugares adquieren, no deben engañarnos, pues se deben a la libre elaboración con que todos los pueblos realizan una misma evolución. No todos con el mismo ritmo. No todos con igual poder metafísico. Mientras en los grandes centros, como Egipto, la India, Persia y Grecia, las concepciones se expanden hacia las explicaciones universales, en Mesopotamia se mantienen más ligadas a la vida humana. Y en algunos pueblos semitas se conserva la fuerte reminiscencia heroica del dios local distinto. Como no sería justo reprochar al que dijera en nuestros días que los mahometanos creen en Dios, sin hacer un dios distinto de Alá, tampoco puede reprochárseles, sino agradecerles a los viajeros griegos que llamen a los dioses bárbaros con nombres griegos, pues nos ayudan a comprender su época.

En Grecia las teogonías se transforman en cosmogonías. Es que el problema del arche está obligando a separar los hechos de los dioses. Sin embargo Tales aun dice que hay millones de dioses. El período de las teogonías y cosmogonías, es decir del arche, puede hacerse arrancar desde algunos siglos después del proceso simplificador del calor (aunque repugne denominarlo así). No hay para qué ponerle término. Y según von Aster, el primero que usó la palabra logos con sentido metafísico fué Heráclito. Anaxágoras ofrece el Nus. San Agustín ultima la crisis con su doctrina definitiva.

En cuanto a las fechas de la crisis oceánica o científica, señalemos en primer término, como ya lo he dicho, que estamos ingresando en la plena "cruz crítica". El siglo XX con sus guerras mundiales, equivale al siglo V a. J. con sus guerras médicas. Asistimos al conflicto general de las dos eras: talásica y oceánica, y tenemos tanta conciencia de ello como Herodoto del que

presenciaba y cuya historia le exigió apoyarla en una historia universal, de su tiempo. La fórmula metafísica que encauza definitivamente la era científica, la presiento en las doctrinas de Einstein, el Anaxágoras de esta era. La segunda respuesta crítica es característica del siglo XVIII y está en el Kant de la primera época, en Wolff, en Goethe, en Vico. Pero los que han ejercido mayor influencia con ella son Hegel y Darwin. La primera es producto del siglo XVII y hay que buscarla de Copérnico a Newton.

CRISIS Y PORVENIR DE LA CIENCIA HISTORICA

CARTA ABIERTA A EDMUNDO O'GORMAN

QUERIDO EDMUNDO: La forma pública, en que tuvo usted a bien dedicarme su último libro,¹ me hizo pensar desde un principio que no estaría bien acusarle recibo tan sólo privadamente —tanto más, cuanto que su libro merece de todo punto que registren su aparición estas notas de *Cuadernos Americanos*. Pero usted soltó el libro y se largó a Europa, como quien dice "ahí queda eso", y ello me hizo aguardar su regreso para dirigirle esta carta. Sirva de explicación del retraso de meses con que va a llegarle —a usted y a los lectores.

El que usted me haya dedicado la crítica de la historiografía "científica" de los tiempos contemporáneos o "historiografía" a secas, como propone usted llamarla, y el correlativo programa de una nueva historiografía, para la que propone usted también el nombre de "historiología" —el que usted me haya dedicado esta crítica y este programa me mueve al singular agradecimiento suscitado por las razones que le declararé al final— porque antes quiero decirle cuántas cosas me parecen en su obra otros tantos aciertos, según estoy seguro juzgarán conmigo todos lo que la lean, sin que en ellos puedan influir los afectos que en mí.

En la crítica de la "historiografía" hay series de páginas que, si los medios intelectuales de nuestros países fuesen los resonadores que son los de otros, pronto serían famosas y no mucho después clásicas. Aludo, naturalmente, a la sección "La historiografía, instrumento de dominio" y a las páginas de la sección "La verdad histórica" que, para puntualizar el carácter científico, el valor de verdad de la "historiografía", hacen irrecusablemente patente en ésta una manifestación por excelencia de lo que llama modo cotidiano o modalidad impropia de la existencia humana *el maestro del existencialismo contemporáneo*. La forma en que usted delata la *List* con que los intereses políticos y

1 EDMUNDO O'GORMAN: *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. Méxi-

nacionales pusieron a su servicio más y mejor que la vieja Historia pragmática la nueva "historiografía" científica, teóricamente pura, desinteresada, es de la más alta escuela de aquellos de quienes uno dijo que su genio estaba en sus narices. Pero no todo es mera intuición, por genial que fuese. El análisis del método "rankeiano", de su principio de lo ajeno del pasado, de su criterio del testigo más cercano y de vista, de su fórmula de "lo que verdaderamente ocurrió", para concluir que el "verdaderamente" representa la asimilación de la ciencia histórica a la ciencia exacta de la naturaleza, y aun a la matemática pura y simple, en interés del beneficiar de la validez universal de estas últimas ciencias a fines humanos, demasiado humanos — este análisis es del rango de una obra epistemológica que lo sea de primero. Y todavía viene el ahondamiento de la interpretación del método de la "historiografía", y de esta misma toda, desde el concebir el pasado como lo que ya no es, pasando por el considerar como histórico primario, los "hechos", lo que es sólo derivado de lo histórico verdaderamente primario, la existencia humana, o por el considerar la naturaleza humana como ahistórica y la historia como "evolución natural", y pasando por el exhibir irresistiblemente en la "historiografía" las "habladurías" por eminencia, para acabar revelando en el "ideal" del progreso indefinido del conocimiento histórico un subterfugio elusivo de la finitud, de la mortalidad humana — qué, "humana": de cada uno de nosotros, con su individual personalidad irremplazable. En las páginas sobre la "historiografía" como "habladurías" se regocijará todo lector con la verbosa pintura, en todas las páginas del mismo conjunto admirará el lector enterado un caso más entre los relevantes de apropiación y aplicación original de una ajena doctrina filosófica magistral. — Pero quizá lo que más personalmente me ha impresionado sea la contracrítica que hace usted de la vulgar crítica contra el "historicismo". Me parece, en efecto, sumamente aguda la relación en que pone usted con la "historiografía" el "historicismo" y la vulgar crítica contra él: ese probar que las premisas de cuya validez depende la de la conclusión que saca dicha crítica están suministradas por la inválida concepción "historiográfica" del pasado ajeno; pero, sobre todo, me parece tan nueva, tan original como convincente esa visión iluminadora, reveladora, de que la angustia escéptica que la crítica vulgar hace caer sobre el historicismo debe recaer más bien sobre el pasado dogmático a que responde y corresponde en última instancia la "historiografía": en efecto, nada tan natural como que quien piensa que no puede serle dada la verdad si no le es dada en común con el universo de las criaturas cog-

noscentes — y aún con el Creador, o, en realidad, con Este sobre todo (en el fondo: si no impone su verdad a los demás en nombre a medias de Dios y propio), sienta la angustia de que no se le dé, mientras que quien piensa que a cada uno le es dada una privativa verdad — sin incompatibilidad en principio con que le sea dado además participar en una verdad común — pueda quedar muy contento con esta su verdad.

Es posible que algunos lectores estimen que la idea y el ideal de la "historiología" que usted propone resulta meramente abocetado en términos muy generales. Los más benévolos lo justificarán con las forzosas exigencias o consecuencias de la índole de la obra. Pero yo no estoy enteramente conforme, para mí — ni, por tanto, puedo o debo estarlo en público. Por mi parte, estimo que si se recogen a lo largo del volumen, no sólo los rasgos que positivamente corresponden a los negativos de la "historiografía", sino y sobre todo, como es justo, los que formulan o hasta desarrollan la idea e ideal de que se trata, el boceto resulta mucho más concreto de lo que pudiera esperarse y pedirse justo de la índole de la obra. Entre todo ello destacan, naturalmente, la quincena de páginas finales de la sección "La verdad histórica". Las verdaderamente finales, las dedicadas a los "temas históricos", me parecen especialmente impresionantes e instructivas — para quienes quieran atender y sepan entender. Porque no voy a ocultarle, querido Edmundo, que me temo que bastantes sigan aún tomando el rábano por las hojas. Es harto probable que si se lee y se entiende en algún sentido su libro, sea en el de un alegato a favor de una Historia *filosófica* de los "hechos" o de una Historia, no tanto de los "hechos", cuanto de las "ideas". Pero si se historían las ideas como se historiaban los "hechos", es decir, si se conciben las ideas como "hechos", o si todo lo que se ocurre es que el tratamiento *filosófico* de hechos o ideas debe seguir la línea de éstos hasta nuestros días, no se dejará de continuar tomando hechos o ideas como "hechos" objetivos o manipulando como "cosa" ajena, no ya el pasado, sino el presente, con paradójica y superlativa incompreensión. Más ingenuo aún sería que se sacara la consecuencia práctica de ser exactamente lo mismo trabajar a base de unas fuentes que de otras o incluso que de ninguna, de las enérgicas páginas metodológicas sobre la selección y crítica de fuentes y la relativa indiferencia de su número, tan intuitivamente probada por la imaginaria suposición de que "desaparecieran todos los ficheros, todos los catálogos y todas las bibliotecas y archivos del mundo", ya que no se la sacara del relativismo historicista en general como si la historicidad fuera pura posibilidad para practicarla los convencidos y no esencialidad de la

obra de todos los historiadores, que sólo se diferencian en ser conscientes de ello o no. La noción de que la Historia no ha sido en las obras maestras de su propia historia, por genio de sus autores, ni en adelante puede ser, por insuficiencia agotada de la fórmula "historiográfica", ni debe ser, por conciencia adquirida y obligada, so pena de no ser Historia, sino la personal visión de la esencia del personal pasado, esencial integrante de la esencia de la propia personalidad presente, tardará tanto en ser evidente y convincente para todos cuanto tardaron en serlo todas las nociones de parejas novedad e importancia, pero llegará a serlo tan indefectiblemente como éstas.

Si la "historiología" que usted expone y propone está expuesta así a ser tan mal interpretada por los falsos historiadores, es decir, por los "historiógrafos", en cambio la de usted no podía ser obra sino de un auténtico historiador. Porque así como sólo auténticos hombres de ciencia, conocedores prácticos, por el trabajo y la creación, de la investigación y la invención científica, pudieron ser los autores de la gran filosofía de la "ciencia" o de la gran filosofía inspirada en y por la "ciencia", y así como sólo un auténtico cultivador de las "ciencias humanas", en especial de la Historia, conocedor en los mismos términos, de trabajo y creación, de la investigación y la reanimación viva del pasado histórico, ha podido ser el fundador de la, más reciente, filosofía de las "ciencias humanas" y en especial de la Historia, siguiendo tan altos ejemplos sólo un conocedor del oficio como es usted podía saber de él y calar en él hasta donde lo hace, por caso más señalado en este punto, su crítica del método de la "historiografía". No será posible parodiar que es usted historiador sólo entre los filósofos, pero entre los historiadores sólo filósofo, no será posible parodiar así —sin mala fe. Más en general y más a fondo, una obra como esta suya no podía ser original, en el doble sentido de la oriundez y la originalidad, sino de un historiador presa de la "cura" por el destino de su profesión, es decir, de su cara personalidad. El estado actual de la Historia, esa falta de sujeto individual del sinnúmero de investigaciones monográficas o simples acumulaciones de documentos que tan bien esboza usted en una página, y esa consiguiente falta de vida que a su vez trae consigo la falta de público lector registrada por usted en otra página con la comparación, tan deprimente para el día de hoy, del éxito de los grandes historiadores de días anteriores, esta situación es como para poner en inquietud y solicitud por su tarea, por su *vida*, a todo el que en nuestros días haya hecho profesión de la Historia. En todo caso, sólo uno puesto en esta inquietud y solicitud podía beneficiar, empezando

por atender a ellas, siguiendo por entenderlas y acabando por separar en ellas lo aprovechable y lo menos plausible, las enseñanzas de la reciente filosofía de las ciencias humanas y de la Historia aludida líneas arriba. La forma en que usted ha beneficiado las enseñanzas de Heidegger es profunda, certera — e independiente, tanto cuanto lo advertirán en sus puntos los más conocedores, cuanto aún los menos lo encontrarán en sus disquisiciones para superar al propio Heidegger por "historicización" de él mismo y en seguida para superar la posible ingenuidad de la primera historicización — aunque esta difícil faena, ya propia y puramente filosófica, sea la más menesterosa de reiteración de toda la obra ¿verdad? — cuanto y usted mismo puede recabarlo sin inmodestia en pasajes oportunos. Pero todo esto sólo le era posible a un historiador en trance de "crisis de los fundamentos" lógicos y *vitales* de su trabajo y su destino. Su libro no podía ser obra sino de un historiador de América que acaba por advertir que la architrillada frase "Colón descubrió América" significa para los actuales algo que no *hubiera* significado de hecho, que no podía significar para Colón, y que al advertir esto cae en la admiración de ignorar lo que pudo significar y de hecho significó para los hombres del pasado y debe significar para los del presente — mas el que por encontrarse admirando se reconoce ignorante no puede menos de sentir el afán de un saber nuevo, en nuestros tiempos como en los de Aristóteles. A tan peculiar y dramática originación hay que atribuir, sin duda, otra de las calidades de su escrito: la del estilo con que lo está, ya tan elegantemente entonado, ya tan ocurrentemente sarcástico, siempre de movimiento tan vivaz que arrastra hoja tras hoja. Prescindiendo, en fin, de otras muchas cosas el comentario de las cuales es imposible en esta nota, como los sorprendentes "ejemplos a la española" del final, que me son particularmente aceptos, y de las discrepancias en puntos que por ser todos secundarios, más o menos, pero secundarios, no debían empañar la impresión primaria que debo y quiero dar a usted y al público lector, puedo concluir, pues, que es la obra de la inquietud y solicitud entrañable de su vida y persona la que me ha dedicado usted, querido Edmundo, ¿y cómo al hallarse preferido para tal destinatario no sentirse conmovido por y movido a excepcionales sentimientos y expresiones? — Suyo,

José GAOS.

LAS IDEAS POLITICAS EN ARGENTINA

LIBRO "serio", de los que fundamentan una "literatura fructuosa de ideas", como comentaba Unamuno de la "Ciudad Indiana" de Juan A. García, es el de José Luis Romero acerca de *Las ideas políticas en Argentina*.* Y tal como aseveraba Unamuno que el libro de García, "aplicación sólida, seria y fecunda de los modernos métodos históricos" al examen del Buenos Aires colonial, Romero estudia en su obra, a la luz de los modernos métodos históricos, el curso de la historia argentina, intentando, y lográndolo cumplidamente, diseñar las líneas que, por su perduración, dibujan ciertas constantes a través de la intrincada y compleja trama histórica de la realidad argentina, desde sus orígenes hasta nuestros días.

Libro orgánico, ofrece una visión panorámica del sinuoso curso de las ideas políticas argentinas, que al desembocar en la realidad presente, merced a sus múltiples influencias, imprimen a la fisonomía del país los enigmáticos rasgos que la configuran.

La exposición de los hechos, que concretan en su recia textura las tendencias, ideas y orientaciones que se interpenetran o se rechazan recíprocamente, reflejando las huellas de las influencias efímeras o duraderas, tienen su fundamento aclaratorio en las fuentes literarias, empleadas con sutil sentido de la oportunidad. Las influencias extranjeras, estudiadas con penetrante análisis que discrimina su extensión en la mente de los actores del drama argentino.

La importancia y el peso de las influencias ideológicas, y de los "remedos de ideas, cuyas deformaciones constituyen ya un hecho de cultura de profunda significación" (pág. 10), pues es imposible "aislar", en el campo de la cultura, "las formas pulcras y perfectas de las formas elementales y bastardas" (10); la impetuosa corriente motora de las situaciones reales; la acción o prudente y previsora de los hombres, con sus impulsivas reacciones primarias o su conducta reflexiva y racional, se manifiestan en una obra de conjunto, equilibrada y armoniosa. De todo ello surge "un cierto enfoque de la totalidad del problema" y "cierta acerada visión de la historia" (pág. 11), que

* JOSÉ LUIS ROMERO: *Las ideas políticas en Argentina*. Colección "Tierra Firme". Fondo de Cultura Económica. México.

proyectan hacia el futuro "ciertos esquemas que ayuden a la comprensión del presente histórico", logrados por un esfuerzo metódico y sistemático para descender "desde el plano de las ideas claras y distintas hasta el fondo oscuro de los impulsos elementales y las ideas bastardas". No constituye el menor de los méritos de esta obra, el haber logrado una síntesis clara y precisa del problema en su totalidad.

El "sólido apoyo a su análisis" que le han prestado las "características y la evolución de la estructura económica y social en que hunde sus raíces el mero fenómeno político" (pág. 10), han llevado al autor a desechar "la periodización habitual de la historia argentina" y a adoptar otra, más fiel al curso de la transformación del país: la era colonial, la era criolla, la era aluvial "en la que aún estamos". Acierto indudable, pero que acaso no dejará de levantar objeciones y suscitar polémicas.

El medio geográfico, social y económico está evocado con fuerza en la obra de Romero. En ese medio vemos moverse a los personajes, analizados con finura psicológica; en él advertimos cómo se van perfilando concepciones antagónicas de la vida, tendencias, ideas que luchan por imponer su hegemonía. Ya en la era colonial, nos dice el autor, luchan "dos principios destinados a tener larga vida: el principio autoritario y el principio liberal". Influencia de los Austria, influencia borbónica. El escenario de la Colonia, "nuestro pasado más remoto" (pág. 13), esboza ya esquemas que perduran y penetran todo el curso de nuestro desenvolvimiento, aún hasta hoy, como alarga caprichosamente las sombras la luz del sol poniente. En las vastas llanuras del Río de la Plata, el acentuado espíritu autoritario de los Austria arraigó sólidamente: autoritarismo estatal e institucional, en las zonas urbanas; autoritarismo de hecho, primitivo y autóctono, al margen de la ley, en las campañas rurales. En éstas, de poblaciones poco densas —el desierto, dirá Sarmiento—, con características étnicas heterogéneas (subsistían el español dominador, el indio, el mestizo, el criollo), desvinculadas de los centros civilizados (las ciudades), por carencia de medios de comunicación, con una economía primitiva que obligaba a sus habitantes a desarrollar actividades que requieren el despliegue del esfuerzo varonil, de habilidad y destreza, que exigen que se arriesgue la vida en cada instante, se va creando una realidad y se va formando un tipo humano. Dice Juan A. García: "...la lucha con el animal semi-salvaje, la carrera al aire libre...", y más adelante: "Su trabajo no es el esfuerzo metódico, el cumplimiento de la modesta ley bíblica; es un *sport* lleno de azares, emocionante". "...Y en este medio nace un

sentimiento de capital importancia. . . , el *culto nacional del coraje*, el pundonor criollo que se funda especialmente en el valor personal. . . , el desprecio teatral y heroico de la vida, la exageración enfermiza de la susceptibilidad". ("La ciudad indiana"). Así, en la obra de Romero se observa cómo, decantándose y como estratificándose en los repliegues recónditos del alma, se va conformando una psicología peculiar, producto de una realidad también peculiar que, por debajo de los cambiantes ropajes de las épocas, perdurará con persistente fisonomía.

Concepción de la vida que posee "un conjunto de normas morales" (pág. 33), con fuerza que no proviene de las leyes y de la cual carecían éstas, por otra parte. El amo, "lo era de pleno derecho" y obtenía así la fidelidad y la obediencia de sus subordinados que veían en él, legítimamente representadas y sublimadas, las propias cualidades que lo enorgullecían. De donde el autoritarismo recibió el vigoroso aporte de esta doble raíz, que se hunde en la vasta tierra nutricia. "Es el capataz (de carretas) un caudillo. . . ; necesitase para este destino una voluntad de hierro, un carácter arrojado hasta la temeridad. . . A la menor señal de insubordinación. . . salta del caballo con el formidable cuchillo en la mano y reivindica bien pronto su autoridad por la superior destreza con que sabe manejarlo". "Así es como en la vida argentina empieza a establecerse por estas peculiaridades el predominio de la fuerza brutal, la preponderancia del más fuerte, la autridad sin límites y sin responsabilidades. . ." (Sarmiento, *Facundo*).

Realidad de caracteres bien definidos, se perfila en ella un tipo humano no menos definido: el criollo, indómito, semibárbaro y rebelde, excluído de la participación en las fuentes de la producción y de la riqueza y de las funciones públicas. Y Romero totaliza la visión de la realidad rioplatense, con su otra faz: la ciudad. La legislación española de la colonia miraba únicamente a ella. A la ciudad llegan, pálidos y desvaídos, los reflejos de la cultura europea. Cuando la influencia liberal borbónica se haga sentir en el Plata, hallará eco en los grupos de los jóvenes criollos más avanzados. En la ciudad nacerá la idea de la emancipación, y de ella se extenderá después a los centros rurales, que la acogerán entusiastamente. Pero, si coincidentes en el impulso emancipador, ciudad y campaña—concepciones de la vida distintas, intereses diferentes—, seguirán más tarde caminos divergentes.

En la ciudad, arraigado liberalismo iluminista; en los medios rurales, pervivirán autoritarismo y tradicionalismo colonial. Y bien pronto se abrirá el ancho cauce de la discordia y de las luchas fratricidas: guerras civiles, anarquía, tiranía. Forzando la esquematización, dirá Sarmiento: civilización y barbarie. Duelo, largo y cruento, de dos principios, dos concepciones de vida; lucha entre un sentimiento y una idea, dice agudamente el autor. Esta lucha se delinea, conforme al pensamiento del autor, en el encuentro de dos concepciones: la línea de la democracia doctrinaria y la línea de la democracia inorgánica. Lucha que tiñe con sangre los senderos de la "era criolla".

Calando cada vez en mayor hondura, el examen que realiza Romero muestra, cómo, a pesar de la "coincidencia en lo profundo", las dos tendencias, "que diferían en lo accidental", hicieron imposible el acuerdo y la conciliación. Pesada responsabilidad—y tan enormes méritos—la de los hombres del grupo liberal ilustrado que, quizá cegados por un cándido optimismo rousseauiano, intentaron superponer otra realidad a la existente, sin indagar antes la verdadera estructura de ésta. Se entrecruzan aquí tradiciones demasiado vivas que no se avienen con lo nuevo, resquemores y suspicacias localistas, intereses económicos opuestos, rivalidades de todo orden, temores a la hegemonía del grupo adverso. Buenos Aires; el interior; nacionalismo y centralismo, por una parte; localismo y federalismo por la otra. Lógico desenlace preludiado por los hechos: caudillismo, anarquía, establecimiento del régimen rosista.

Después del ingente y levantado esfuerzo de los hombres de la Revolución, de nuevo la tradición colonial asomaba triunfante su rostro. Triunfo de la "Restauración", dice Ingenieros. Rosas, el tirano, "hombre altamente representativo", unió al país, en la barbarie y el despotismo. pero lo unió, reconocerán, la mirada escrutadora dirigida a las entrañas del país sangrante, los más dignos representantes de una generación sacrificada, pero que lograron realizar una obra de duradera significación. Comprendieron con meridiana claridad que el método de superponer una realidad sobre otra, simplemente, es un intento que lleva implícito en su seno la dislocación del equilibrio social. Dura lección que recogieron los jóvenes de 1837. Por encima de las dos "facciones" (Echeverría), unitarios y federales, tras la anhelada solución, buscaron la raíz de la que brotaban los males que carcomían al país.

Estudiaron la realidad social, política, económica, el medio geográfico y sus consecuencias. "Política realista y conciliatoria", será el

programa de la unificación del país. Y en la proscripción fué bosquejada la imagen de la Nueva Argentina, injerto nuevo y vigoroso que había de retoñar en el secular tronco hogareño. Se avizoraba el porvenir; todo estaba dispuesto; "sólo sobra el tirano", afirmaba Sarmiento. En efecto, derrocado Rosas, rápidamente se inició la tarea de organizar la Nación. Sus consecuencias: régimen institucional, explotación de las riquezas del país y progreso económico, inmigración —había que alejar definitivamente el fantasma del desierto—, acción liberal y progresista, desarrollo de la educación pública. La fecunda etapa de la Organización nacional se cumplió bajo la acción orientadora de estadistas capacitados, movidos por patriótica y austera fe republicana. En una marcha no extenta de vicisitudes, el país se encamina por una senda que permite alentar orgullosas esperanzas sobre su grandeza futura.

Fué la obra de los grupos liberales, "grupos de élite, pero republicana y austera..." (pág. 163), señala el autor. Elite que poseía virtudes que se valorizan justamente, por oposición, al advertir el abismo que media entre su posesión y la carencia de ellas en los herederos de esta élite, que se convierte, en rápida transición, en oligarquía conservadora y capitalista.

Efectivamente, en el seno mismo de la era criolla, en su etapa final, puede advertirse que se va corporizando la indefinible silueta de la que Romero denomina "era aluvial". Se llega a ella, "sin poder fijar los límites precisos", como el "resultado de las transformaciones sociales que trae consigo la realización de la política liberal, sobre todo en cuanto a la política inmigratoria" (pág. 167). Ciclo aun inconcluso, su "proteica fisonomía" pone de manifiesto "multiplicidad de problemas que, aunque difusos, no esconden ni disimulan su novedad y su diversidad".

Epoca también ésta de lucha entre las diversas corrientes: "nuevo divorcio entre las masas y las élite", en el campo político social; cambio en la estructura y la fisonomía de las masas; cambio de significación y de actitud en las élite (167); inadecuación creciente del régimen institucional establecido. Resultantes, precisamente, de la realización del programa de los hombres de la Organización, en especial en lo atinente a la nueva configuración económica del país, a su rápido enriquecimiento, y al comparativamente extraordinario aumento demográfico, en virtud de la política inmigratoria. Graves problemas se derivan de ello, tal vez crisis de crecimiento repentino, pero no por ello menos graves, sobre todo si se prolongan excesivamente. Muchas

de las inquietudes que ensombrecen el rostro de la Argentina presente, nacieron entonces.

La inmigración como medio de combatir el desierto, dió sus frutos prontamente, pero la carencia "de una meditada política colonizadora para arraigar a los núcleos aluviales y fundirlos en el país", crearon problemas aún no totalmente solucionados. Agrupadas casi en su totalidad en el Litoral y en Buenos Aires las masas aluviales, el resto del país mantuvo, por consecuencia, casi intacta su fisonomía y su economía tradicionales. De nuevo, diferenciación profunda entre el interior y Buenos Aires y sus adyacencias. Además, el rápido enriquecimiento económico, produjo una conmoción profunda en el plano de la vida social y política. Por lo pronto, la desaparición de la Argentina criolla, étnica, social y económicamente desplazada, acaso definitivamente, por un nuevo orden, que aún no ha alcanzado la homogeneidad que aquélla poseía.

De todo ello, resulta una característica realidad social: "un conglomerado, una masa informe aun no definida entre sus partes ni en los caracteres de conjunto" (pág. 175). Las influencias recíprocas sufridas por la masa criolla y la formada por el aluvión inmigratorio, dieron como resultado la formación del conglomerado criollo-inmigratorio: absorción, fusión lenta y paulatina, que busca su estabilización, pero aún no definitivamente estabilizado.

Problemas complejos y múltiples, que brotan de una realidad en sí compleja, que se escinde en factores múltiples y diversos. En el plano político-social, se advierte un cambio paulatino en la línea liberal de la élite, cada vez más aristocrática y conservadora, y la respuesta de la masa, que se encauza hacia la democracia popular. Y de esa manera el curso histórico se precipita hacia nuestro presente, lleno de enigmas: promesas y esperanzas que dilatan el pecho y aligeran el ánimo, pero que no alcanzan a acallar la recóndita inquietud provocada por sombras amenazantes.

"Nuestra cultura mundial actual más que nunca está impregnada de pasado. Para comprenderse a sí misma no puede menos de espejarse de continuo en el haz de los tiempos", afirma J. Huizinga. Exigencia irrenunciable de los argentinos de hoy es la de tratar de comprenderse plenamente pidiendo a su pasado la clave para el desciframiento de sus enigmas. En ese sentido, la obra de Romero que aquí se comenta, constituye uno de los más serios aportes para la dilucidación de este problema fundamental.

Obra de conjunto, síntesis de la evolución argentina, ha sabido evitar el difícil escollo de las antítesis excesivamente esquematizadoras, que si bien dan una idea coherente de conjunto, empobrecen y deforman en demasía la compleja y rica realidad que tratan de explicar. Objetando a Fustel de Coulanges, decía Gustavo Glotz que "las sociedades humanas no son figuras de geometría, sino seres vivientes que no perduran y no guardan su identidad, sino a condición de modificarse profundamente". En su obra, Romero logra destacar la identidad del cuerpo viviente de la Argentina, a través de las transiciones, insensibles o bruscas, que lo modifican profundamente.

Pero la obra de Romero no tiene sólo el valor de obra histórica exclusivamente. Afirma en el epílogo que en el pasado político argentino "querría hallar el recio fundamento de sus ideales" (pág. 227), y confiesa su pasión, "que procuró acallarla hasta el final", pues "la historia sólo apasiona a quien apasiona la vida". No lo dude: a su pasión, que infundió cálida savia a su examen, se opondrán otras pasiones, igualmente nobles y legítimas. Y si han de trasuntarse en aportes tan valiosos siempre, tan originales y tan objetivos, hemos de pensar legítimamente, que la verdad sólo se logra entregándose íntegramente a su búsqueda, apasionada, sinceramente.

Segundo A. TRI.

Presencia del Pasado

UNA OBRA MAESTRA DEL TEATRO MAYA

Por *Rafael GIRARD*

DANZAS RITUALES, sainetes o representaciones teatrales al aire libre, forman en la cultura mesoamericana desde tiempos inmemoriales un complemento indispensable a toda festividad religiosa porque perpetúan los mitos tradicionales que exaltan aquellos principios morales que rigen las pautas de la vida así como ensalzan los misterios de la creación, los orígenes culturales, el código religioso que es compendio de todas las leyes y las hazañas de los dioses héroes, para ponerlos en forma alegórica al alcance del público.

Mas estas manifestaciones del espíritu aborigen llevan, desde la conquista, el inevitable sello colonial que les ha permitido sobrevivir bajo etiquetas exóticas en versiones corregidas y autorizadas por el clero español. Así fué como la "Historia", nombre que los chortís conservan para el "Baile de los Gigantes", se convirtió aparentemente en dos episodios bíblicos: "El Degüello de San Juan" y la lucha entre Gavite y Goliat, debiendo entenderse el primero de los dos últimos nombres como David.

Sin embargo, bajo este disfraz superficial, los chortís han sabido conservar el más valioso documento literario de su pasado que, además de ser una relación histórica de suma trascendencia, bien puede considerarse como la expresión actual más importante del teatro mesoamericano tanto por su contenido como por su venerable antigüedad. Y la importancia de este hecho adquiere aún mayor mérito por tratarse de un pueblo sobre cuyo pasado ignoramos todo ya que carecemos en absoluto de fuentes informativas.

Aunque la "Historia" chortí, tal como la encontramos expuesta en el Baile de los Gigantes, encierra tradiciones comunes a la cultura maya y a la quiché y está escrita en el Popol

Vuh, tenemos que se representa exclusivamente en el área chortí habiéndose confinado últimamente a un pequeño sector de Camotán: último reducto donde aún podemos observar la teatralización de la parte mítica del Popol Vuh. Hará poco más o menos un siglo que dejó de representarse el Baile de los Gigantes en Chiquimula a consecuencia de una epidemia de cólera que acabó con la incorporación de artistas encargados de continuar la tradición.

Como se ha dicho, las danzas rituales que se ejecutan en la plaza ceremonial de la cabecera de la tribu constituyen el patrimonio cultural de determinado clan que se ha especializado en cierta representación artística, como sucede en el campo industrial. Así, el Baile de los Gigantes con su cuerpo de comediantes dirigidos por un maestro de ceremonias es una especialidad característica de la aldea de Tisipe, situada a media legua del pueblo de Camotán. Según referencias del director artístico encargado de conservar la tradición el tal baile, que es tan importante, se acerca paulatinamente a su fin pues las "relaciones" de ahora resultan ya incompletas, notándose que desde el siglo pasado se ha perdido parte del texto que se recita durante la representación teatral.

Obedeciendo a uno de los imperativos de la etnografía: rescatar mientras sea posible cualquier manifestación cultural indígena, en sus múltiples aspectos, convine con el maestro de ceremonias fijar por escrito y bajo su dictado el estado actual de las "relaciones" prometiendo no divulgar su contenido a ninguna persona del área chortí y dándole una copia de lo escrito. Como resultado de este convenio y después de haber presenciado repetidas veces el famoso drama chortí para cotejar el texto escrito con lo hablado, entregué al maestro de ceremonias, y a su entera satisfacción, la versión que hoy figura entre la parafernalia ceremonial del director de la "Historia". Que estuvo conforme, lo atestigua el siguiente párrafo sacado de una carta que me escribió el mayordomo de Camotán, encargado de recibir, alojar y suministrar alimento a los actores. Dice así: "De las relaciones que Ud. me envió, dice el Maestro de los Gigantes, que está buena, que no tiene que modificarle nada. Gracias por las fotografías. Saludo muy cariñosamente a la Honorable Persona de don Rafael Girard" firmado: Fi-

delino Romero. Párrafo que a la vez da una idea del estilo epistolar usado por los indios principales.

En cuanto a la antigüedad relativa de este pieza teatral, tenemos un indicio plausible en el hecho de que su tema constituye un patrimonio cultural común a mayas y quichés antes de su separación, es decir antes de nuestra era cuando los grupos quiché y maya no se habían diferenciado, siendo la "Historia" chortí los mitos del Popol Vuh hechos drama. No hay que olvidar que mayas y quichés permanecen alejados durante todo el período del Viejo Imperio y cuando los segundos arriban a Guatemala alrededor del siglo décimo de nuestra era, según sus propias tradiciones, ya hacía tiempo que la civilización maya había sufrido su colapso. Los quichés traen consigo una serie folklórica: el Baile del Venado, el Palo Volador, el Baile de la Culebra, etc., que son todos extraños a la cultura chortí. En cambio, no conocen el Baile de los Gigantes o una representación similar, pero sí escriben el Popol Vuh que viene a ser la explicación del drama chortí. Considerando estas circunstancias, no puede atribuirse la famosa "Historia" a influencia quiché, debiendo ser vista como un elemento conservado desde un pasado remoto que nos permite remontarnos al común origen cultural de ambos grupos.

Sus principales personajes encarnan a los dioses héroes: a Hunahpú y a Ixbalamqué, quienes con sus padres, los Ahpu, pugnan contra los mitológicos Gigantes Gakup Gakix, Zipacná, Caprakan, y contra las fuerzas de Xibalba representadas por el Gigante Negro y sus secuaces. Este es el tema que abarca toda la parte mítica del célebre códice quiché. No obstante que es una costumbre típica de los pueblos mesoamericanos evocar la vida de los dioses en dramas místicos, y de ello tenemos una prueba en el "Tulianianhululae" que según el Códice Vaticano A. compendia los orígenes culturales de los aztecas expresados en danzas y cantos, el Baile de los Gigantes o la "Historia" chortí es algo original y único en América. Pero no es sólo un relato mítico lo que nos ofrece la "Historia" porque resume los conocimientos nativos sobre la teogonía, la cosmogonía, la astronomía, así como los elementos aritméticos y la cronología usados durante el Gran Período de la civilización maya. Por consiguiente, todo cuanto atañe a dicha representación se realiza con un programa cuidadosamente

trazado de antemano, conforme a la mentalidad matemática tan característica del maya.

Con frecuencia recalcan los chortís que cuanto acontece en el mundo, así como en su vida, tiene "su día y su hora" predeterminados por la providencia. En virtud de este principio, la "Historia" debe llevarse a cabo precisamente a mediodía cuando el sol está en el cenit; se representa tres veces al año: el 24 de junio, coincidiendo con la fiesta de San Juan, patrón del pueblo; el 13 del mismo mes en el día de San Antonio y el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, patrona de Camotán.

En cada celebración debe presentarse tres veces el Baile de los Gigantes en días consecutivos: a saber, la víspera, el propio día de la fiesta y el subsiguiente, dos veces en cada ocasión. Estas cifras no son arbitrarias pues el total de 18 representaciones anuales corresponde a los 18 meses del calendario antiguo indígena que todavía norma hoy su ciclo económico y ritual. Por lo que toca a las fechas indicadas y pese a una ligera variación para ajustarlas con fiestas del santoral católico, la de San Juan corresponde al antiguo festival de tres días con que se celebraba antaño el solsticio de verano entre grandes solemnidades y bailes mitológicos, y del mismo modo la de la Concepción coincide con la antigua fiesta de tres días en que se solemnizaba el solsticio de invierno. Es curioso constatar cómo en la celebración a honras de San Juan confluyen dos ritos milenarios: uno perteneciente a las civilizaciones primitivas del Viejo Mundo y otro al pueblo maya, pero cuyo significado original era el mismo. Efectivamente, los fuegos de San Juan con que se rememora todavía en algunas partes de Europa esa fecha católica son vestigios del festival solsticial que se celebraba antes del advenimiento del cristianismo por lo que ambas conmemoraciones quedaron estrechamente enlazadas, en la misma forma que se operó un sincretismo con las fechas del natalicio de Jesucristo y del solsticio de invierno.

Los cánones antiguos son rigurosamente observados hasta en sus más nimios detalles, como el que exige que los actores que representan a los dioses solar y lunar ocupen su puesto con arreglo a la respectiva posición de estos astros en el cielo durante el solsticio de invierno. Por otra parte, mediante los "misterios" en que se combinan la palabra y la mímica se con-

gratula a los dioses en público, siendo esta una modalidad de la oración o adoración que todo ser humano debe tributar a sus creadores.

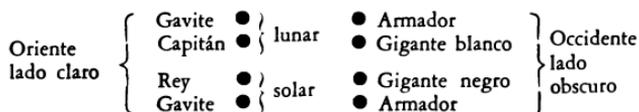
Tales características se destacan claramente del drama chortí cuando los actores, al principio de cada cuadro alegórico y al final de la representación, rinden homenaje al sol, saludándole ceremoniosamente con la cara vuelta hacia el oriente mientras dibujan en el aire con sus espadas desnudas semi-círculos de este a oeste que imitan la trayectoria del astro rey, simbolizada antiguamente en el juego de pelota, del que también se hace reminiscencia en la lucha de Gavite con el Gigante Negro quienes representan respectivamente los campos opuestos claro y oscuro del tablero cósmico. Al tributar su pleitesía al dios solar, los actores se colocan invariablemente en una posición que corresponda al eje oriente poniente, dirigiendo sus saludos hacia el Este. En cierta ocasión que los indios bailaban expresamente para mí, traté repetidas veces de modificar su posición original pretextando buscar una pose ventajosa para fotografiarlos en movimiento; pero automáticamente regresaban al puesto señalado por la tradición y, cuando el ballet figuraba la cruz cósmica, los artistas se deslizaban a sus respectivos lugares para formar una perfecta imagen de la cruz, orientada hacia los cuatro puntos cardinales. Ese carácter heliolátrico que emana de todo el Baile de los Gigantes no parece haber sufrido ninguna alteración desde la época precortesiana, pese a los esfuerzos que hicieron los frailes para convertir el temario pagano en episodios bíblicos. Aunque el nombre de los actores principales ha sido cambiado por otro cristiano, el fondo ha conservado todo su sabor vernáculo con la única diferencia de que la épica lucha entre Hunahpú y Hun Camé se ha convertido en el singular combate entre David y Goliat, denominados respectivamente "Gavite" y "gigante Golillo", mientras que la decapitación de los Ahpu por orden de Hun Camé supone representar "el degüello de San Juan" para los profanos en asuntos indígenas.

Los ocho actores que, además del maestro de ceremonias y los músicos, integran la cuadrilla del Baile de los Gigantes se dividen en dos grupos iguales que se colocan frente a frente: uno al oriente y el otro al poniente de un cuadrilátero imaginario que representa el piso cósmico. Está comprendida la

cuadrilla oriental por el Rey, que personifica al Sol-padre, deidad máxima del panteón nativo; dos Gavites, que simbolizan uno al sol joven, el otro a la luna joven o llena, y que son los dioses héroes gemelos representados por Hunahpú e Ixbalanque en el Popol Vuh; y un "capitán" que encarna el papel de la luna-madre, compañera del Rey-sol, parodia de Ixmucane del Popol Vuh, completa el cuatuor oriental que se dispone de acuerdo con la posición de los cuerpos astrales durante el solsticio, tal y como se representa en el esquema siguiente. Integran la cuadrilla occidental un Gigante Negro, personificación a la vez de los gigantes míticos y de los Camé que se han reunido en un personaje que simboliza las fuerzas malignas del universo erradicadas por Gavite y confinadas a un sector del inframundo; un Gigante Blanco que encarna el papel de los siete Ahpu en poder de Hun Camé; y dos "armadores" cuyo papel se explicará más adelante.

Ambas cuadrillas representan por su posición relativa y con su indumentaria, el lado claro o luminoso del universo en pugna contra el lado oscuro, o el contraste del día y de la noche, del cielo de verano y el de invierno, del piso superior del cosmos en oposición al inferior; y por ende de la civilización versus la barbarie. Oportunamente consideraremos todos estos simbolismos para explicarlos en términos del pensamiento indígena.

Los actores se colocan según el esquema siguiente:

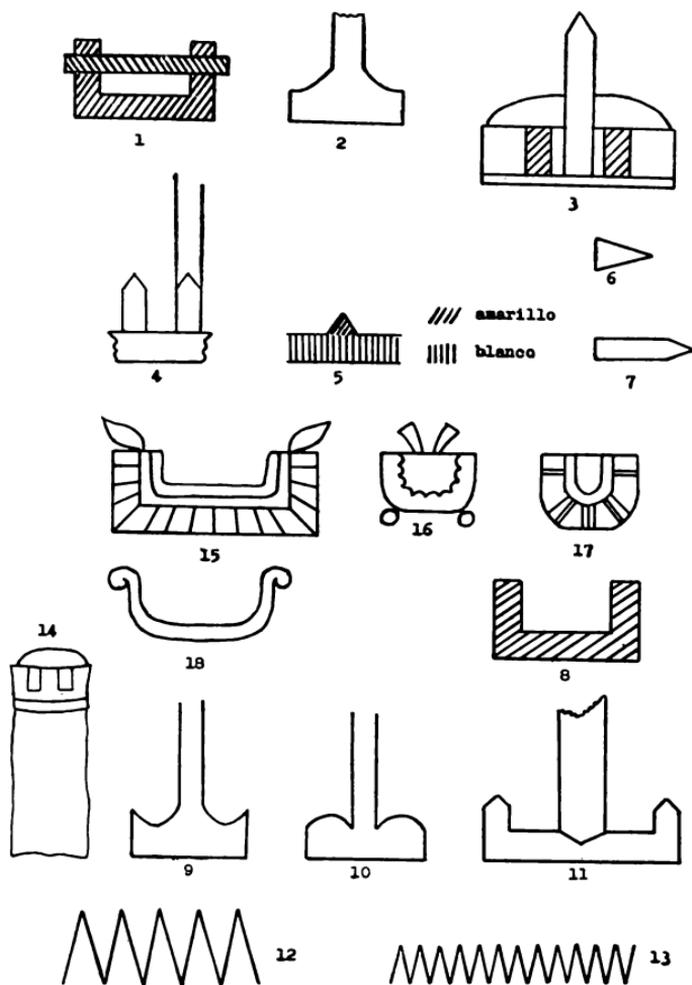


Antes de explicar la acción del baile, describamos el vestuario de los actores: el rey viste pantalón rosado cuyas piernas se han recortado cada una en cuatro puntas triangulares que vienen a figurar ocho "rayos solares", característica que encontramos también en la indumentaria de personajes esculpidos en las estelas de Copán que tienen la parte inferior de las piernas adornadas con cintas de triángulos cuyo significado de rayo solar es bien conocido. También los puños de la camisa, ceñidos a manera de brazaletes, rematan en festones

puntiagudos y amarillos, color típico del dios solar. Es de notarse que mientras un puño tiene diez festones, el otro sólo ostenta siete. La camisa está salpicada de puntos azules sobre fondo claro y en cuanto a su corte ofrece la particularidad de llevar más larga la falda delantera que va orlada, en la región del ombligo, por trece picos de diez cms. de longitud con bordes amarillos; el cuello se ha dividido en cinco triángulos. En cuanto a los adornos del puño, brazaletes y tobilleras tenemos que son asimismo típicos en los personajes hieráticos de la estatuaria maya en los que figuran, no sólo como un simple adorno, sino como elementos aritméticos y cronológicos, como adelante se dirá. Sobre el fondo rosado del pantalón, en las costuras exteriores, corren dos bandas longitudinales amarillas cosidas en una doble línea de hilo rojo; cada banda remata en una figura de tres elementos, también amarillos y que se reproducen a continuación, que son la expresión gráfica de la concepción trina y dual de la teogonía nativa.

El rey es el único personaje que lleva una corona de cartón, revestida de papel dorado brillante, que termina en diez puntas en forma semejante al tocado que ostentan ciertas testas coronadas en la antigua estatuaria de Mesoamérica. Un bonete azul, símbolo de lo bóveda celeste, cubre el cráneo del rey mientras que un velo rosado de unos treinta cms. de largo cae sobre la frente y tapa su cara. Un largo manto amarillo con sobrepelliz, protege las espaldas del augusto personaje y constituye, junto con la corona y los signos del rayo solar, las características inconfundibles de la realeza que son exclusivas del dios del sol. Los cuatro colores rituales: amarillo, azul, rojo y blanco, están representados en el atavío del ser que, amén de tener el primer lugar en el panteón chortí, simboliza el cosmos. Es de notarse la ausencia del negro en la gama de colores cósmicos, asunto que tiene sus motivos fundados como se explicará en el capítulo sobre Religión.

Figuran los múltiples recortes en punta triangular los rayos solares, que literalmente irradian del personaje divino. No menos simbólica es la capa amarilla, homóloga del manto resplandeciente de Gucumatz o de Quetzalcoatl, en la cual los elementos sinónimos: plumas, rayos de sol, pelos y cabellos, son consubstanciales y se reducen a un denominador común lingüístico de acuerdo con la manera de pensar indígena. Di-



1. Glifo del gorro del maestro de ceremonias.—2. Figura de la tobillera (Gigantes).—3. Asta del tocado gorro del Gigante Negro.—4. Insignia de Gavite.—5. Adorno de la manga del capitán.—6. Hombreras.—7. Brichos del cuello.—8. Jeroglífico lunar en el gorro del capitán.—9-10. Figuras de las tobilleras, traje del capitán.—11. Tobillera, pantalón del rey.—12. Puntas de la corona del rey.—13. Puntas de la camisa del rey.—14. Gorro con velo.—15. Glifo Atl en el signo Atl del calendario azteca.—16. Glifo Atl del código Cospi.—17. Glifo Atl del código Nuttall.—18. Elemento Atl del código Laud.

cho manto es amarillo para identificar la deidad solar, o del verano, pero se transforma en verde —color de la vegetación— para señalar a la deidad agraria que rige durante la estación invernal. Como el Baile de los Gigantes representa una festividad en honor del dios solar, en su atribución de entidad veraniega, el color de su manto debe ser el amarillo contrastando con el manto verde que cubre las espaldas del sacerdote del culto agrario, a semejanza de la capa que viste el dios por él representado, cuando se celebra el ceremonial correspondiente al invierno. Asimismo la sierpe mitológica se convierte de culebra roja en una azul (o verde pues un mismo vocablo designa ambos colores) para simbolizar el cambio de estaciones que se encuentran netamente diferenciadas en la liturgia chortí, según detallaremos más adelante.

Todo lo anterior sirve para aclarar ciertas particularidades que hasta ahora habían permanecido incomprendidas en la iconografía mesoamericana debido a que los investigadores no habían logrado penetrar el esoterismo que envuelve el pensamiento religioso nativo, habiendo llegado al extremo de corregir algunos textos pictográficos en la creencia que el artista indígena sufría una equivocación. Tal es el caso de lord Kingsborough cuando considera, al reproducir una lámina del Códice Borgia en la que la deidad solar estaba asociada con plumas amarillas, que hubo error de parte del artista porque en su concepto dichas plumas debían haber sido verdes. Y, en efecto, las pinta verdes, pero sólo logra en esta forma desvirtuar el sentido original del texto.¹

Con respecto al simbolismo cronológico expuesto en la indumentaria del rey, podemos observar que se hallan representadas en ella todas las unidades básicas del cómputo maya. Efectivamente, los 10 picos de la corona y los 8 del pantalón alcanzan a sumar los 18 uinales del tun —unidad de la serie katúnica que también encontramos indicada en las 18 representaciones anuales del famoso drama chortí— mientras que las dos series de 10 rayos de la corona y una serie de una de las mangas simbolizan la unidad básica del sistema vigesimal indígena, o sean los 20 días del uinal. Por extensión, tenemos que el mismo guarismo representa al katún, com-

¹ LORD KINGSBOROUGH. *Antiquities of Mexico*. Londres, 1831.

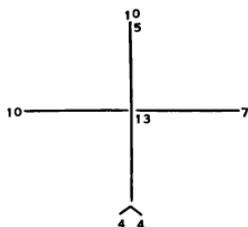
puesto de 20 tunes, así como a toda la serie ascendente de la rueda katúnica: baktún de 20 katunes, piktún de 20 baktunes, kalaltun de 20 pictunes y kinchiltún de 20 kalaltunes. También la articulación en katún trecenal y *wutz* o dobles de 7 katunes está representada por los 13 picos de la camisa y los 7 de la otra manga. Esta particularidad, explicada de manera tan pintoresca en el Chilam Balam de Chumayel en la frase: "Entonces, los días se fueron a probar unos con otros, dijeron así: Trece y siete en un grupo. . .", que es característica del cómputo maya, ha sido conservada tradicionalmente por los chortís.

Resultan los días del año civil de la multiplicación de los guarismos 18 y 20 que están figurados en la corona, los pies, el ombligo y una manga del personaje en cuestión mientras que el elemento 13 combinado con el 20 nos da la cifra correspondiente a la totalidad del tzolkin o calendario ritual de 260 días, cuya elevación a mayor potencia resulta en el baktún de 260 años tal como aparecen computados en el *u kablay katunob* de la mencionada fuente maya. En cuanto a la serie de 9 días del tzolkin y su extensión a la cuenta larga, que los epígrafos asignan al glifo G, y que corresponde a las 9 formas de los *Bolontikú* en la mitología maya, se halla representada en los 5 rayos solares del cuello y los 4 del pie; además se expresan en los 9 días anuales durante los cuales se baila la "Historia".

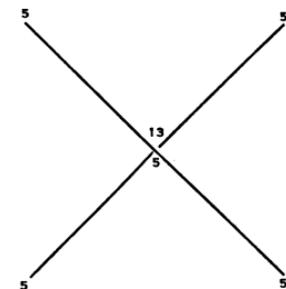
Multiplicando los 4 picos del pie por las 2 series de 10 elementos encontradas en una manga y en la corona obtenemos la cifra de 400, valor correspondiente a un *bak* en las matemáticas mayas. De igual modo se puede encontrar toda la escala aritmética antigua, combinando números: *hun* = uno, 20 *hun* = 1 *kal*, 20 *kal* = 1 *bak*, 20 *bak* = 1 *pik*, y 20 *pik* = 1 *kabal*, es decir: la misma progresión anotada en la rueda katúnica. También corresponde la unidad 400 al número de días del año vago usado por los quichés hasta la conquista mientras que la unidad subsiguiente se consigue mediante una operación semejante a la anterior, en la que obtuvimos el valor de 1 *bak*, salvo que hay que tomar en consideración la suma de los elementos contenidos en los dos pies (8) en lugar de uno sólo. En unidades menores tenemos que los 4 picos de una tobillera representan por sí mismos un ciclo de 4 años que,

multiplicados por el elemento 13 que nos proporciona la cintura, arroja la cifra 52 la cual tiene función dual: siendo exponente de días constituye una división del tzolkin, pero representando años forma el ciclo de 52 años—es decir, el tiempo que debe transcurrir para que un día pueda volver a ocupar la misma posición calendárica. El *xiuhmolpilli* se obtiene multiplicando los picos inferiores por los de la cintura ($8 \times 13 = 104$). También los números 4, 5, 10 y 13, que aparecen como multiplicadores en la formación de subdivisiones del tzolkin, figuran en los elementos ostentados por el personaje real, así como los multiplicandos 26, 20 y 65, obtenido este último por la combinación del 5 y del 13.

Cuando el rey abre las piernas y levanta los brazos encima de su cabeza asume una postura que se puede llamar de aspa y que no es otra cosa que la representación del *nabui ollin* o del glifo *kin*. Es decir: en esos momentos queda caracterizado como una entidad cósmica y solar, afirmación que se confirma además por la yuxtaposición de los siguientes dos números en el punto central: el 13 de la faja umbilical y el 5 formado por el punto crucial. Ambas cifras corresponden al guarismo típico de la deidad del centro cósmico, que es también llamada ombligo del mundo, por lo que el personaje chortí la encarna en todos sus aspectos.



Esquema de los números representados por glifos "rayos solares"



Esquema ideal del aspa representada por el rey.

Por otra parte, las cuatro entidades cósmicas que, según las ideas religiosas chortís, están colocadas en los cuatro ángulos del cosmos se simbolizan por medio de 4 hileras rojas cosidas en el pantalón del rey. Su mismo color, que en chortí se dice *chak* expresa elocuentemente el papel de los cuatro Chac cuya función pertenece al capítulo de la Religión. Y tampoco debemos olvidar la cruz cósmica formada por el rey cuando, estando de pie, extiende los brazos pues simboliza las cuatro direcciones cardinales así como las posiciones orientales y occidentales del sol en el cenit y en el nadir, logrando de este modo representar al aparato cósmico por entero.

Y esos recortes triangulares, que aparentemente no tienen gran significación, no se han hecho de modo arbitrario ni mucho menos pues no se concebiría, por ejemplo, que el capricho haya puesto siete picos en una manga y 10 en otra ni tampoco se atribuiría a coincidencia que los 13 picos se hayan colocado precisamente sobre el ombligo; lo mismo sucede con los demás recortes, costuras y figuras del vestido que todos tienen un sentido preciso aunque múltiple, pero siempre concomitante con la ciencia esotérica chortí. Los adornos del puño y de las tobilleras evocan el constante recuerdo de los sacerdotes chortís acerca de los "brazos y manos fuertes" de sus dioses quienes también poseen un poder tremendo en sus extremidades inferiores ya que "con sólo la punta del pie" mantienen en su sitio a la serpiente terrestre. Esa misma expresión de "brazos fuertes" la encontramos en las "relaciones" del Baile que estamos describiendo y traen a la mente maya *kab ul* que significa brazo poderoso y era el nombre específico de una divinidad de su panteón.

Por otra parte, la representación de glifos connotando guarismos típicos de la cronología maya son parte inseparable de la indumentaria de los personajes esculpidos en las estelas de Copán que van ricamente adornados con collares, brazaletes, tobilleras, rodilleras y *maxtlatl* cubiertos de signos calendáricos en forma de discos, bolas, cuadrángulos con figuras del *nabui ollin*, conchas, etc., que indudablemente desempeñan la misma función que los triángulos del traje chortí. Tanto el glifo del rayo solar como el disco o la esfera representan un común denominador, el *kin*, unidad primaria de las matemáticas y cronología maya. Confirmando lo que

dijimos en la parte lingüística de nuestro trabajo, hacemos notar que las partes del cuerpo en la estatuaria copaneca se tratan como unidades de por sí; por ejemplo, en la estela A puede verse que la rodilla es substituída por una cabeza humana rodeada de 18 cuentas, número de unidad en el cómputo katúnico, pero tal unidad no vale si no va en combinación perfecta con todo el sistema expresado por el conjunto del personaje. Por lo tanto, encontramos que se proyecta en la constitución del calendario el mismo concepto que rige al organismo social donde la unidad, en este caso el individuo, no tiene valor por sí, pero lo asume como miembro de un grupo.

Pasemos ahora a describir la indumentaria del "capitán" quien a pesar de su nombre y traje masculino representa en realidad la inseparable compañera del rey y corresponde en el plano astral a la diosa luni-terrestre que en el Popol Vuh se llama Ixmucané. En la terminología religiosa chortí se aplica el nombre de capitán a la luna, como tendremos oportunidad de ver más adelante. Y para que no nos quepa duda acerca de su identidad, ostenta en su gorro el jeroglífico lunar en forma de U, amarillo sobre fondo rojo (v. lámina No. 8.). Del tocado pende un velo amarillo que cubre la cara del actor; 21 motas rectangulares, de las cuales 12 son oscuras y 9 claras, destacan sus colores violeta v amarillo sobre el fondo de la tela.

Es muy significativo el hecho de que el velo del rey carezca de signos mientras que el de su compañera muestre dos series rituales conectadas con la luna y con la tierra. Como se explicará en el capítulo sobre Religión, 12 son los entes estelares que "trabajan" durante la temporada invernal, que según el tzolkin chortí consta de 9 uinales. En todo este tiempo la luna tiene una actuación especial pues como diosa del agua que es derrama las lluvias que harán fructificar las mieses; cuando cumple esta función la luna es comparada a un inmenso cántaro lleno de agua que vierte su contenido sobre el mundo. Además ambas series representan el cielo nocturno y estrellado donde moran los doce acompañantes del dios Trece y los nueve Señores de la Noche que intervienen en el proceso de germinación del maíz. Es bien sabido que la cifra cabalística 9 corresponde a la diosa luni terrestre, deidad que gobierna las fases formativas de la vida humana y vegetal.

Su importancia cronológica aparece en el tzolkin y en la serie de glifos G, que como se dijo arriba figuraban al final de las series iniciales desempeñando el mismo papel que en el tzolkin y en la llamada Serie Suplementaria o cómputo lunar.

Si bien el velo del rey carece de figuras en cambio de todo su ser emanan rayos solares que se proyectan en los elementos amarillos del personaje lunar como sucede en la realidad con la refracción de la luz solar por la luna. Este principio cósmico ya era del dominio de la ciencia indígena si hemos de juzgar por la observación de Clavijero de que "los antiguos indios sabían que la luna recibe su luz del sol". Varias leyendas populares revelan esta creencia, diciendo entre otras cosas que el sol habría cubierto la cara de la luna con pedazos de papel. Pero el uso de velos por parte de los personajes que encarnan al sol y a la luna tiene otra significación que sólo encontramos en el Popol Vuh, en un párrafo que nos manifiesta que "existían en un principio el cielo y la tierra, pero todavía estaban cubiertas las caras del sol y de la luna. No había entonces en la tierra sino muy poca luz".

Continuemos con la descripción de las prendas usadas por el capitán: lleva levita y pantalón azules. Sobre las costuras laterales del último corre una ancha faja blanca que remata en el tobillo en un dibujo que varía de un pie a otro pues en uno presenta dos figuras en forma de hoz mientras que en el otro se ha invertido la imagen y se muestran dos partes de un disco; entonces tenemos que el conjunto representa las cuatro fases lunares. Amarillas son las dos hombreras triangulares sobre fondo azul ya que simbolizan cuerpos luminosos en el cielo oscuro, al revés que en el gorro donde un punto azul campea sobre rojo. Blanco el borde de la levita y los puños de las mangas, destacándose al centro de cada uno un pequeño triángulo amarillo; blanca igualmente la pechera y los botones de la levita porque tal es el color del satélite por la noche. Dos brichos amarillos en el cuello completan el adorno.

En total son nueve elementos: dos en los ruedos del pantalón, dos en los puños, dos en las hombreras, dos en el cuello y uno en el glifo frontal. Este último como representación del jeroglífico lunar no ha variado a través del tiempo desde la época del Viejo Imperio; si comparamos por ejemplo la figura chortí con otra del pedestal de la estela N. de Copán,

específicamente relacionada con cuentas y deidad lunares, veremos que tanto en la forma como en las proporciones relativas ambos glifos son idénticos. Este signo en forma de receptáculo y evocador de una función femenina se ha conservado en todos los pueblos de cultura mesoamericana. En el glifo *atl* del calendario azteca su parte esencial es semejante al de Copán y al que ostenta el actor chortí. Tal forma es una estilización de una vasija con agua, a la que se asimila el astro de la noche, o una representación realista al natural como en la figura que mostramos tomada del Códice Cospi (v. lámina No. 16) en que vemos una vasija llena de agua. Contaban los mexicanos que al principio la luna alumbraba con el mismo brillo que el sol, dios de la bebida espumosa o pulque, pero que éste le había tapado la cara con papeles como si se tratase de adornar una olla de pulque. Típicas son las figuras de deidades zapotecas que ostentan en la frente el mismo glifo lunar de nuestro personaje chortí, que también encontramos caracterizando a Xochiquetzal. Todos los códices conocidos nos presentan el citado jeroglífico en una u otra forma con sus variantes. Podemos decir que el origen de este signo se remonta a una antigüedad lejana puesto que lo encontramos ya en la frente de una cabeza colosal de La Venta, perteneciente al horizonte olmeca, y aún en nuestros días dicho glifo es omnipresente en la indumentaria femenina chortí o quiché.

Los Gavites, hijos del Gigante Blanco, visten blusa blanca respunteada con hilo rojo en uno y blanco en otro, ceñida a la cintura; tanto las mangas como el pantalón son color de rosa. A semejanza del traje del rey, el pantalón de los gemelos tiene una faja longitudinal algo más angosta que remata en la valenciana en dos elementos de la misma forma que los que adornan el pantalón real. Pero aquí empiezan las diferencias; haremos observar primero que el elemento decorativo que lleva uno de los Gavites en el ruedo de su pantalón carece de los triángulos símbolos del rayo solar pues encarna a la luna joven, a la Ixbalamque del Popol Vuh. También debe anotarse que los elementos del pantalón de los Gavites no se disponen simétricamente a ambos lados de la faja longitudinal, como sucede en el caso del rey, sino que se colocan a un lado. Esta diferencia, conjuntamente con las dimensiones más reducidas

de los dibujos, evidencia un grado jerárquico inferior al del rey y sugiere la idea de un sol en gestación: concepto que asimismo encontramos exteriorizado en los trajes quichés que por medio de un simbolismo expresan diferencias de edades y jerarquías dentro del ciclo familiar, como lo ha hecho notar el bien conocido quicheista Flavio Rodas. Usando el mismo método empleado por los chortís, los bordados del pantalón quiché señalan los tres grados de la vida humana: niñez, madurez y senectud; el signo de *akal kij*, niño sol, caracteriza la edad infantil mediante un dibujo que representa un sol incompleto y que ofrece un paralelo con la figura del pantalón de Gavite. *Alal kij*, joven sol, es el emblema distintivo de los hombres que han demostrado su aptitud procreadora, mientras que el signo de *Ma kij*, abuelo sol, caracteriza al patriarca que ha alcanzado la plenitud de la sabiduría y se asemeja al sol, ejemplo del círculo familiar.

Gavite solar lleva un tocado amarillo del que cuelga un velo salpicado con 24 figuras rectangulares, de las cuales 14 son de color oscuro y 10 claro, y que a su vez se dividen en dos series de 7 elementos oscuros (violeta) y dos series de 5 elementos claros que van alternándose. Destácase netamente en los mencionados guarismos la identidad del dios joven que en términos numéricos equivale al dios cinco de la escala jerárquica divina mientras que la serie septenaria corresponde a su padre, representado en la "Historia" por el Gigante Blanco. Posiblemente la ostentación de este numeral por parte de Gavite patentice su ascendencia paternal, concepto muy de acuerdo con el criterio chortí que asegura que los hijos son como "el rostro" de sus progenitores.

Gavite lunar tiene un gorro blanco con casquillo azul, blusa y mangas blancas por tratarse del color distintivo de una entidad lunar como hemos visto al describir el traje de la compañera del rey. Su cara va cubierta por un velo semejante al que lleva su compañero con la diferencia que el número de signos varía pues sólo muestra 21 dibujos: 9 claros y 12 oscuros.

Tanto los Gavites como el rey y el capitán llevan en la mano derecha una espada de madera, que es también el arma de los Gigantes. A primera vista, la espada desnuda y de madera de los actores parece ser un rasgo colonial, mas recu-

riendo a la etnografía comparada y a la arqueología encontramos pronto que dicho elemento procede de una capa étnica muy antigua y tiene un área de distribución considerable en el continente. Los guerreros esculpidos en los pilares de Tula llevan en la mano izquierda una espada de madera llamada HULCHE, arma que se encuentra difundida en gran parte de la América del Sur hasta las Antillas donde se usaba "una espada de madera, de palma durísima" según vió Colón en su primer viaje.² Esotéricamente, la espada representa el rayo solar o la serpiente de fuego por lo que cuando los actores chortís levantan sus espadas al sol repiten un gesto clásico de los guerreros mexicanos en sus luchas rituales. Al preguntarle al maestro de ceremonias cual era a su entender el objeto y origen de las espadas de madera usadas por los actores me contestó que dichas armas eran sumamente antiguas y que en su confección no debían llevar ninguna materia ajena a la madera y mucho menos metal "porque así fué como ganó Nuestro Señor (*'Ka tatá*) con instrumentos de madera". Tal definición viene a confirmarnos que en la edad mítica se desconocían los metales, hecho conservado fielmente por la tradición a pesar de que los chortís conocieron el uso del metal, así como del arco y la flecha, pero no usan en la Historia, armas que no sean las consagradas por la tradición.

El maestro de ceremonias lleva pantalón y saco azules con mangas y bandas laterales en rojo, color que se repite en las valencianas. Un velo verde cubre su cara y sobre la frente, en el gorro, ostenta un glifo lunar amarillo cruzado por una barra rosa que resalta sobre el fondo rojizo del tocado. Además de su función como jefe del gremio de artistas y director del drama, el maestro de ceremonias interviene en las partes más difíciles del mismo, es decir en los momentos en que las "relaciones" y los movimientos deben efectuarse con toda exactitud y con la precisión que exige la milenaria tradición. Entonces se convierte en el centro de interés del auditorio, máxime cuando representa el papel de Gavite, convirtiéndose en el actor principal. Puede hacerlo con propiedad puesto que ostenta la insignia, reproducida en la tabla adjunta, que lo acredita como Gavite: la banda rosa insertada dentro del glifo

² HERRERA. *Décadas* II. 1493.

lunar es por su color y significado un distintivo de Gavite en su calidad de dios numeral Cinco que se simboliza por el signo maya correspondiente a tal cifra. Encontramos este jeroglífico en forma semejante en la estatuaria zapoteca de barro mientras que en los códices y monumentos mayas suele transcribirse esta idea mediante el jeroglífico lunar que lleva en su interior la figura de un niño, sustituyéndose así el signo matemático por su equivalente antropomórfico. Pero volveremos a ocuparnos sobre el particular en la sección de Religión.

Azul es el uniforme de ambos gigantes y amarillas las anchas fajas de sus pantalones que se reúnen con la figura del ruedo o tobillera. De su gorro azul con listas amarillas se alza un largo pico de cartón plateado que termina en triángulo 30 centímetros más lejos. Dicho pico o asta va flanqueado por dos pequeños rectángulos de cartón dorado. El tocado del Gigante Negro muestra una estrella de ocho puntas, que equivale a decir nueve pues la intersección de todos los brazos se considera como otra punta; en cambio el gorro del Gigante Blanco lleva dos estrellas de cuatro picos cada una. Ambos actores esconden la cara bajo una pesada máscara de madera con ojos de vidrio, pintada una de blanco y otra de negro, colores que identifican sus respectivas personalidades. Formando contraste con los demás actores, los Gigantes son los únicos que llevan máscaras de madera.

Según referencias del maestro de ceremonias, el Gigante Negro llevaba puesto en épocas pasadas un guantelete de cartón en el que figuraban nueve estrellas doradas sobre campo blanco o plateado; objeto que cubría todo el antebrazo del actor y refulgía al sol cuando el gigante blandía su espada. Todo el simbolismo exteriorizado en la indumentaria del Gigante Negro nos habla de una entidad estelar con distintivos tanto lunares como solares incompletos mientras que su cifra caracterizadora Nueve lo marca como un personaje del inframundo donde residen los nueve Señores de la Noche. Y este simbolismo está perfectamente de acuerdo con la descripción que nos hace el Popol Vuh de "un ser orgulloso de sí mismo que se vanagloriaba de ser el sol y la luna", pero también se relaciona con los entes infernales de los que Hun Camé era el jefe y a la vez soberano absoluto de la Tierra. De todo

esto resulta que el Gigante Negro sintetiza a la vez, como se podrá apreciar en el curso del desarrollo del drama, los gigantes míticos y la casta de los Camé de Xibalbá, es decir todas las fuerzas malignas que poblaban el universo antes de que Hunahpú (Gavite), el dios héroe de la tradición maya quiché, los venciera y redujera a la impotencia instaurando por ese mismo hecho una nueva era que es la de la civilización maya en oposición al estado de barbarie que caracterizaba el ciclo étnico anterior, y que por ser barbarie queda personificada en el Gigante Negro.

Ahora ocupémonos de los armadores que desempeñan la función de hechiceros; visten pantalón rojo con bandas y valencianas amarillas, chaqueta azul bordada con una franja amarilla y tocado consistente en un gorro azul con casquete rosa y banda frontal amarilla sobre la que caen perpendicularmente dos fajillas rosas. Uno de ellos esconde la cara bajo un velo amarillo salpicado de 21 figuras rectangulares: 9 oscuras y 12 claras mientras que el velo de su compañero carece de signos. Es de notar que el velo de uno de los hechiceros reproduce en sentido inverso los símbolos marcados en el Gavite lunar por lo que la combinación de ambas series nos presenta objetivamente el contraste que existe entre las dos estaciones del año: invierno y verano, representadas respectivamente por medio de los 9 puntos claros y los 9 oscuros que, de acuerdo con la simbología nativa, nos muestran un cuadro exacto de la repartición de los 18 uinales del año. En cuanto a los 12 elementos, ya hemos explicado que se relacionan con el cielo estrellado formado por doce pares de dioses. Ahora, con respecto al contraste del claro y lo oscuro, su significado pueda quizá interpretarse en el sentido de que al brillar la luna, o sea del dios Nueve, se apagan las estrellas. De todos modos, la indumentaria de los hechiceros se relaciona con seres nocturnos.

Cada hechicero porta en la mano derecha una sonaja que agita constantemente mientras dura la representación frente al personaje que está actuando para infundirle valor, según afirma el maestro de ceremonias. Como ya lo ha hecho notar Koch-Grünberg, el poder del hechicero radica en su sonaja; sin ella quedaría sin fuerza y se vería además privado del instrumento que constituye su atributo especial.

Completan el grupo de actores cuyo vestuario acabamos de describir dos músicos vestidos de azul con bandas verticales rojas en los pantalones. Tocan respectivamente el pito y el tambor vertical, instrumentos que, como las sonajas, sólo se usan durante representaciones de carácter religioso y son de origen netamente precolombino. No es admisible ninguna otra clase de instrumentos musicales para acompañar una pieza teatral de tanta trascendencia como la "historia" chortí.

Ya se dijo que la obra principia a mediodía, a las doce en punto, hora en que los aztecas celebraban también la fiesta de Xochipilli, su joven deidad solar que corresponde a Hun Ahpu en cuyo honor y para conmemorar su victoria sobre las fuerzas malignas se representa el Baile de los Gigantes.

Llegan por la mañana los danzantes procedentes de Tisipe a tiempo para organizarse en la casa del mayordomo de Camotán que es donde están depositados todos los trajes, útiles y enseres religiosos, inclusive los instrumentos musicales. Si hubiere algún enfermo en casa del mayordomo, el tabú resultante obliga a los danzantes a formarse en la capilla del calvario, pero al terminar la función se devuelven disfraces, espadas, máscaras e instrumentos al mayordomo. Este último tiene también a su cargo la alimentación de los actores y maestro de ceremonias, cosa que logra mediante una contribución recaudada oportunamente entre los miembros de la comunidad. Y a esto se reduce el único estipendio recibido por los danzantes aunque es de carácter obligatorio en virtud de la ley consuetudinaria.

Desde su centro de reunión los actores desfilan por la calle que conduce a la plaza pública, danzando y haciendo mímica al compás de la música vernácula. Y así entran bailando en el patio de la iglesia para "convencer al puesto", en otras palabras: para purificar lo que va a ser teatro de sus operaciones, ahuyentando a los espíritus malignos o, según la propia expresión chortí, "para que salga el feo". Al decir de Landa, los mayas practicaban la misma costumbre pues antes de iniciar sus ceremonias tenía lugar el rito de purificación que limpiaba el ambiente de malos espíritus. Esta operación se lleva a cabo mediante danzas en círculo en las que los danzantes se separan para agruparse de nuevo mientras agitan las sonajas y blanden las espadas al son del pito y tambor,



Fig. 1.—Un aspecto de "La Entrada". En el centro Gavite (en blanco) a espaldas del capitán (de levita). A la derecha los músicos.



Fig. 2.—Escena de la lucha entre el Gigante negro y el Gigante blanco. Esgrimen espadas de madera en la mano derecha y el pañuelo mágico en la izquierda.



Fig. 3.—El maestro de ceremonia desempeñando el papel de Gavite, ejecuta unos pasos de magia con su pañuelo, en el curso de su lucha con el Gigante negro.



Fig. 4.—Gavite "torea" al Gigante negro y "enaja las puyas".



Fig. 5.—Los Gavites hechizan a los Gigantes.



Fig. 6.—Escena de "El mento". En el centro, el maestro de ceremonia recitando el papel de los protagonistas; frente a él, un armador agita su sonaja.



Fig. 7.—Acto en el que cada Gavite agarra por detrás a un Gigante, para revcatar al blanco y vencer al negro, cumpliendo la orden del Rey quien con su compañero el Capitán presencia la acción. Esta escena agrupa los ocho participantes. De izquierda a derecha el Rey, el Capitán, los dos Armadores, los Gigantes y los Gavites.



Fig. 8.—Escena del despedazamiento de Gavite (maestro de ceremonia); un actor "tasajea" sucesivamente las piernas, los brazos, etc., mientras el otro exhibe triunfalmente hacia el sol y después a la multitud las tiras de carne (substituidas por un pañuelo).



Fig. 9.—Acto en el que el Gigante negro (Hun Camé) mata al Gigante blanco (Ahpu). Nótese a un lado el Rey, con su corona, espada, manto y recortes triangulares del collar, pulsera y tobillera.



Fig. 10.—Escena en la cual Gavite (Hun Ahpu) después de vencer al Gigante negro (Hun Camé) entrega la espada y la cabeza del Gigante al Rey. De izquierda a derecha: El Capitán (Luna), Gavite, el Gigante blanco (Ajup) presentando su espada, y el Gigante negro, vencido y desarmado.

gritando con gran alharaca para espantar a los invisibles seres malévolos. Luego se colocan en un fila mirando hacia el poniente y rinden honores al sol levantando en alto espadas, sonajas y pañuelos mágicos en dos movimientos: uno dirigido hacia el occidente y otro hacia el oriente mientras dan cinco pasos primero en una dirección y luego en la otra como saludo al astro. Acto seguido, los danzantes se dividen en dos grupos con acciones acompasadas hasta formar dos filas paralelas conforme al esquema anteriormente descrito. Entonces comienza a desarrollarse el drama propiamente dicho que consta de cinco partes (cifra ritual) denominadas Entrada, Cruzada, Espanto, Honda y Muerte. En cada escena los músicos ejecutan piezas apropiadas, pero distintas, que también tienen sus nombres particulares en el repertorio. Podría decirse que el primer acto o Entrada constituye la obertura pues en él se verifica la purificación del "puesto" habilitándolo para la representación del drama en la forma que acabamos de describir someramente.

La Cruzada ilustra el episodio de la lucha entre el Gigante Blanco y el Gigante Negro. Ambos se sitúan frente a frente y se miran en silencio durante largo rato mientras los hechiceros agitan frenéticamente sus sonajas. De pronto, el Gigante Blanco inicia la acción dirigiéndose hacia su contrario y se entablan varios movimientos en que los actores danzan de este a oeste y a la inversa.

En el cuadro siguiente, el Espanto, se miman las vicisitudes sufridas por el Gigante Blanco que ha caído en poder de su rival. Este "espanta" a su contrincante golpeando furiosamente el suelo con su espada al mismo tiempo que ejecuta gestos y saltos terroríficos con la esperanza de tocar o herir al Gigante Blanco quien se defiende como puede tratando de evitar y devolver las estocadas. Se suspende la riña a intervalos cuando los gigantes rinden homenaje al sol, pero enseguida se reanuda con mayor furia. Durante todo el acto el Negro mantiene una actitud amenazadora, no sólo hacia su contrario sino frente al numeroso público que presencia el espectáculo; ambos actores se vigilan mutuamente tratando de aprovechar el menor descuido del otro, por momentos se quedan estáticos cual estatuas, luego tocándose con cautela mientras miran recelosamente en todas las direcciones como si

temiesen algún peligro invisible se agarran colocando cada uno la punta de su espada en el cuello del adversario, pose trágica que dura un instante. Finalmente, el triunfo es del Negro pues logra decapitar al Blanco "porque su poder es mayor", episodio que representa en concepto del chortí "cuando nuestro Señor estuvo sufriendo en poder del espíritu malo".

Reproduce en efecto esta escena la contienda que tuvo lugar en Xibalbá entre Vucub-Hunahpú y Vucub-Camé en la cual sucumbe el primero. La cabeza del vencido es colgada en un árbol, pero se transforma en un guacal o calabazo. Hay detalles nimios en apariencia en el desarrollo de la obra, pero que son en realidad profundamente reveladores de la mentalidad indígena y de la unidad temática del drama que es tan quiché como chortí. Entre otros merece ser mencionada la pausa inicial cuando los contendientes se escudriñan las caras antes de romper las hostilidades, escena muda que el Popol Vuh nos explica por la obligación inherente que tenían los combatientes de "hacerse conocer mutuamente por sus facciones".

Entran en escena los Gavites en el cuarto acto, La Honda, y representan, como ya se dijo, a los gemelos Hunahpú e Ixbalamqué que tratan de vengar la muerte de su padre el Gigante Blanco. Gavite solar es el que desempeña el papel principal y es encarnado por un jovencito que no debe pasar de los doce años para cumplir bien con su cometido aunque en las partes culminantes del drama es sustituido por el maestro de ceremonias. En este cuadro los hechiceros se colocan a ambos lados de Gavite quien, confiado en el tremendo poder mágico acumulado en torno suyo, desafía al Gigante Negro protegiéndose con un pañuelo rojo que al mismo tiempo le sirve para provocar a su adversario. El gigante embiste la tela con la punta de su espada y hace retroceder a Gavite, pero éste vuelve a la carga y ahora es él el que hace ceder terreno al gigante frente a su pañuelo mágico. Cinco veces se repite esta maniobra en favor de uno o de otro de los actores, que se han colocado a propósito en la línea este-oeste mientras que los demás permanecen en sus puestos originales. Por lo tanto, el cuadro de combate afecta la forma de una doble T, semejante al modelo de los juegos de pelota, en que los conten-

dientes ocupan la avenida central y los demás actores guardan con respecto a éstos una línea perpendicular.

Altamente interesante es el valor esotérico de este episodio en el cual según explicación textual del maestro de ceremonias "Gavite busca siempre el favor, para que a él le tiren, librando a sus demás compañeros, porque así, sobre Gavite caen todas las puyas destinadas a todos". En otros términos: Gavite asume el papel de redentor de la humanidad sacrificándose él solo para salvar a los demás, concentra sobre sí la atención de las fuerzas malignas y encaja "las puyas" para evitar que caigan sobre sus congéneres haciendo resaltar en esta forma su función como Dios-redentor igual que lo hace Hunahpú en el Popol Vuh.

Otra característica chortí de que nos da ejemplo Gavite se refiere a las relaciones entre padres e hijos: a los segundos incumbe todo el trabajo material mientras que los primeros ayudan con sus consejos. Este rasgo del código familiar elevado al plano de lo divino nos muestra a los personajes que representan al sol y a la luna en actitud pasiva durante todo el drama pues son los abuelos, en cambio Gavite asume el papel activo aunque bajo la dirección espiritual de sus ascendientes divinos como queda manifestado por la actuación de los hechiceros de quien también nos habla el Popol Vuh.

Enseguida Gavite ejecuta varios pasos de magia pasando con suma destreza su pañuelo por todo el cuerpo del adversario, haciendo ademán de soplar y limpiar la mascada para lograr que en esa forma penetre su influencia mágica en el Gigante Negro. Este trata de contrarrestarla sacudiéndose el vestido con su propio pañuelo y defendiendo especialmente la parte inferior de su anatomía en vista de que Gavite le hechiza "bajo" para tratar de "convencerlo" (vencerlo) pues este usa el ardid en lugar de la fuerza, es decir: un método distinto del preferido por su contrario. Después de esta pantomima, Gavite da bruscamente la espalda al poniente y dirige su mirada al oriente como implorando ayuda sobrenatural en un caso tan difícil, luego tributa honores al sol con el saludo de rigor. Y en este punto se interrumpe la función con un breve intermedio entre el cuarto y el quinto acto.

Principia el último acto con "el mento" o sean las "relaciones habladas" pues hasta ahora el drama ha tenido el carác-

ter mudo de un ballet. El Gigante Negro desafía a Gavite lanzándole un reto en los siguientes términos: "¡Oh! Capitán de Dios, forzado de los que sirvieron mi bandera, con respeto le dijera: Hoy salgamos y entendamos, y marchando por un reino (se trata de la disputa por el reino universal). Que con esos brazos fuertes deténgame la muerte para empezar a su poder. ¡Ea! fuerzas, capitanes ¿dónde están esos brazos fuertes, para salir a pelear? Y que tiembla a mí la muerte, y mostrando a otros poderes, ya quiero luego su cara y excepto como espero. Vayan a ofender a sus vuestros manos. Tóquenme las armas luego al momento, que daré cuenta de ceniza, habiendo más luego despacho de un correo. Y sin más gestión, agasajos y más agasión, pues salgamos a la salida para probar su acero, si es muy valiente soldado".

Gavite contesta: "La respuesta vengo a dar con su grande causa, dicen que me desafían para salir a pelear. Con mis manos y brazos fuertes, pues sería para su muerte, y esperará su muerte con mucho cuidado. Mucho era bueno me haya avisado, que estén todos juntos mis soldados y que estén bien aprevenidos. De mis brazos no te escaparás al infierno su poder".

Prosigue el Gigante Negro: "De qué se atreve este manzuelito de mal barbado de poca suerte (refiriéndose a Gavite que se adelanta espada en mano), tan chiquito de semblante, ya quiere venir a poner las fuerzas con un gigante, Golillo. Si entre mis brazos le cojo, mil pedazos me le hago y entregado me lo como. Siete rey lo he batido y siete rey lo he perdido (alusión al triunfo de Hun Camé sobre los siete Ahpu, o del Gigante Negro sobre el Gigante Blanco). Si en Dios tuviera, en Dios me la comiera y endiosado me quedaré. Después del mundo que lo he ganado (alusión a su soberanía universal), de qué se atreve ese manzuelito mal barbado, si anteayer de haber nacido, ya quiere venir a poner conmigo sin haberlo conocido. Pues que se me retumba un poco esa caja (el tambor), tóqueme el clarín y tóqueme el corneta (flauta y caracol) para verlo a ese mortal. Pues vente aquí manzuelito mal barbado, poca suerte; si una zapateada te diera, hasta ei mundo ha de temblar".

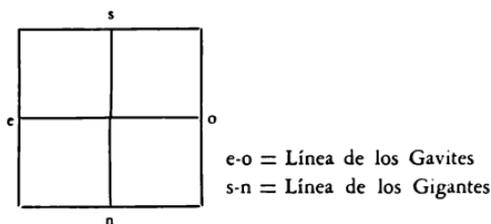
A partir de la orden dada por el Gigante Negro, los músicos tocan la marcha intitulada "del Batallón" mientras

Gavite y el Gigante se colocan en medio de los grupos para bailar. Este último inicia el combate diciendo: "Vente aquí, manzuelito mal barbado de poca suerte, no se espante de mi nombre (como se ha dicho en otra parte, el nombre es en concepto del nativo lo mismo que la persona y aquí tenemos una clara demostración de ello) y no hay (quien) de mí (no) se asombra". Tiene lugar entonces una serie de escaramuzas entre ambos adversarios que coinciden admirablemente con las descripciones consignadas en el Popol Vuh. Gavite, flanqueado por los armadores, da algunos pasos en dirección poniente para después huir hacia el oriente y esconderse detrás del rey buscando el amparo paternal. Esta postura recuerda el concepto indígena acerca del sol joven quien "como el niño, se pega detrás de su papa" cuando éste asciende por la bóveda celeste. A continuación los adversarios se acechan unos instantes antes de regresar al centro del cuadrilátero.

Es entonces cuando se desarrolla la escena más característica del drama, que se encuentra fielmente descrita en todos sus detalles en el Popol Vuh. Tal como lo relata el códice quiché, Gavite da una muestra sorprendente de su poder mágico dejándose despedazar para volver después a su prístino ser; es "tasajeado", usando la expresión chortí, en la misma forma en que se descuartiza una pieza cazada principiando por las piernas y los brazos de acuerdo con la relación del manuscrito quiché. Esas tiras de carne arrancadas del cuerpo inerte son exhibidas triunfalmente ante el sol primero y luego ante el público para que a nadie le quede la menor duda acerca de la muerte real de Gavite. Un pañuelo sustituye a las tiras de carne como puede apreciarse en la fotografía número 8. Nos describe el manuscrito de Chichicastenango el acto en la siguiente forma: "Hunahpú e Ixbalamque hacían muchas cosas admirables. Se despedazaban entre ellos mismos, dándose muerte uno a otro, y el primero que se dejaba matar quedaba como muerto, pero inmediatamente volvía a su presencia. Los de Xibalbá les rogaron que se despedacen entre ellos mismos. . . Enseguida se despedazaron entre sí. Fué despedazado Hunahpú por Ixbalamqué, una por una le despedazó las piernas y los brazos; al quitarle la cabeza, fué a colocarla lejos, le arrancó sacándole el corazón. . . ¡Levántate! le dijo enseguida y lo hizo volver a la vida". Este episodio narrado por el

código quiché y dramatizado en el Baile de los Gigantes se conoce también en la cultura huasteca al hablarnos Sahagún de sus hechicerías en que "simulaban quemar las casas que no se quemaba, y que se mataban a sí mismos haciéndose tajadas y pedazos sus carnes, y otras cosas que eran aparentes y no verdaderas. Tal identidad tradicional entre chortís, quichés y huastecas viene a confirmar la gran antigüedad del tema que era patrimonio común de los pueblos mayas antes de su disgregación. En cuanto al sistema de hechizar mediante el empleo de un pañuelo retorcido que nos muestra Gavite, encontramos la misma costumbre entre los mayas pues Redfield consigna acerca del *hadz pach* (pega la espalda) que el sacerdote le da al paciente algunos golpes con pañuelos retorcidos.

Al resucitar Gavite forma en unión de su compañero y de ambos gigantes una cruz en medio del escenario, según el esquema reproducido a continuación, dibujo alegórico mar-



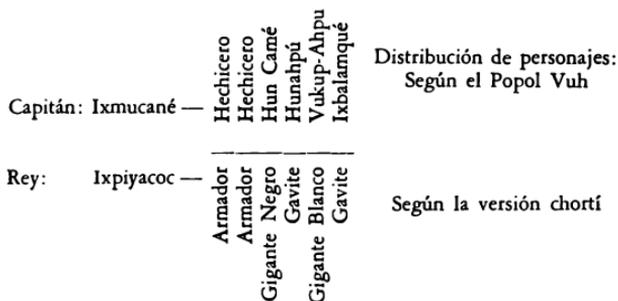
cado durante dos veces consecutivas por medio de danzas en movimientos rectilíneos de norte a sur y de este a oeste en cuatro evoluciones; primero de norte a sur, segundo de este a oeste, tercero de norte a sur y cuarto de este a oeste. Con relación a estos movimientos notamos un detalle muy significativo: Los Gavites bailan exclusivamente sobre la línea este oeste y los Gigantes sobre la que corre de norte a sur sin que ninguno de ellos pise el territorio de los otros, pero estos últimos no participan en la danza transversal señalada por el curso del sol ya que se reserva a los Gavites "entremezclándose sólo" según expresión textual del Popol Vuh. Cada pareja evoluciona dentro de su propia línea simbolizando ambas líneas la cruz astronómica. Más tarde, cuando los Gavites han vencido al Gigante Negro dominan también la línea norte sur y for-

man una cruz homogénea bailando entonces en toda su extensión.

Sigue al cuadro de la cruz otro acto de brujería por parte de Gavite que corre velozmente hacia los Gigantes. Estos le cierran el paso con sus brazos, pero Gavite salta ágilmente sobre el obstáculo golpeando con sus puños cerrados el pecho de su adversario y trata de separar a los Gigantes. Cuatro veces consecutivas repite la maniobra escapando ser derribado por las coces que le asesta el Gigante Negro, a pesar de las muchas que recibe. Dicha escena rememora sin duda el pasaje del Popol Vuh en que Hunahpú obliga a los de Xibalbá a revelar sus nombre picándolos con un pelo arrancado de su propia espinilla, acto de hechicería bien conocido por los brujos mayas quienes lanzan dardos invisibles a la persona que intentan hechizar. Gavite sigue sorprendiendo al público con sus artes mágicas que culminan en el cuadro llamado "La Capazón" cuando abraza al Gigante Negro y hace ademán de castrarlo para simbolizar de esa manera el aniquilamiento de la virilidad, esto es del poder, de su contrario. Asimismo se procede a la "capazón" de otros figurantes tomados entre los espectadores y llevados en vilo hasta el centro del cuadrilátero en reminiscencia de la persecución y destrucción de los de Xibalbá por Hunahpú e Ixbalamque a raíz de la muerte de Hun Camé. La alegría del público llega ahora a su paroxismo: unos espectadores huyen para no ser agarrados y "capados", otros los persiguen y todos concurren con gran alboroto al acto que marca la apoteosis de Gavite. En efecto, según la explicación del maestro de ceremonias, "Gavite ya ganó el pleito, porque logró convencer (vencer) a su contrario".

Ahora interviene el rey ordenando a los Gavites que se reúnan con su padre, el Gigante Blanco, al que se ha rescatado del poder de su enemigo, diciéndoles: "Andá, agarrá tu tata, abrazá tu tata". Palabras que estereotipan el papel educativo del abuelo en la familia al mandar a sus nietos cumplir con los deberes filiales tal como se practica aún en el seno de la familia extensa chortí. El rey es obedecido inmediatamente y a continuación se desarrolla el cuadro de La Muerte en que uno de los Gavites agarra al Gigante Blanco mientras que otro aprisiona al Negro en sus brazos, inmovilizándolo. Las parejas, sin soltarse, y precedidas por los dos hechiceros se colocan

en una sola fila sobre el eje este oeste, quedándose aparte el rey y el capitán en el extremo oriental de la línea, conforme al siguiente esquema:



Los seis actores imprimen a su cuerpo un movimiento sincrónico de inclinación que les permite describir un semicírculo hacia la derecha y a la izquierda, es decir de sur a norte y viceversa, con lo que patentizan el dominio conquistado por los Gavites sobre el tramo transversal de la cruz. Miran impasibles el rey y el capitán estas evoluciones que imitan el juego de pelota pues la bola describe un semicírculo al pasar de un campo a otro en la misma dirección señalada por las flexiones de los actores y que coincide con el eje sur norte del juego de pelota de Copán. Nuevamente se diseña una cruz, pero esta vez vertical y no horizontal como la anterior que fué trazada sobre la superficie del cuadrángulo; en posición erguida, los actores señalan con la cabeza y los pies dos puntos astronómicos de acuerdo con la concepción indígena: el cenit y el nadir, este último bajo tierra porque los chortís como Ptolomeo se figuran que la superficie terrestre es un cuadrado fijo a cuyo derredor gira el sol. Después los artistas tributan homenaje al sol inclinándose de oriente a poniente.

Finalmente Gavite degüella al Gigante Negro y lo despojada de su espada, después de que éste le dice humildemente: "Descanse un poco criatura que yo le daré su salario, que este rendimiento que tengo, hasta el corazón me tiembla". Se confiesa vencido y se reconoce al mismo tiempo tributario de Gavite a quien dará en adelante su "salario" (tributo). Pero

el héroe dios contesta: "No hay que descansar, gigante hablador, que estamos empezando el fin de la hornada". Aquí para que se entiendan mejor las palabras de Gavite hay que hacer notar que hornada tiene la acepción de tarea, acto, ceremonia y es un término usado con frecuencia por los sacerdotes chortís.

No hay discrepancia entre las fuentes chortí y quiché acerca de la manera de matar al jefe de las fuerzas infernales: Gavite le cercena la cabeza como lo hizo Hunahpú pues "lo primero que despedazó fué la cabeza del que se llamaba Hun Camé, el gran Señor de Xibalbá" según nos cuenta el Popol Vuh. Ofreciendo sus trofeos de la cabeza y espada del Gigante Negro al rey y al capitán Gavite dice: "Aquí te traigo la cabeza de este gigante, con un puño de acero de mi honda, de mi batalla. Será para vencer al mundo entero, pues si no lo vencerás será tu vencedor". Contesta el rey: "Gracias se le demos al Señor, pues que se le diga la muerte a este gigante hablador (para los dioses hablar es lo mismo que ejecutar una acción en concepto del chortí). Hoy cantemos regocijos entre mi tante (gente), Gavite. Toma mi corona Gavite, empezaremos alavareal (alabar al rey). "Sea por siempre, amén". Al concluir su discurso, el rey devuelve la cabeza y la espada al Gigante Negro quien será su vasallo a partir de ese momento. El drama termina como empezó: con honores y saludos al sol, principiando esta vez de oriente a occidente para significar el triunfo de las fuerzas luminosas sobre las de las tinieblas. Sin duda el quinto acto, el de la apoteosis de Gavite, debe relacionarse con el quinto día, el de la resurrección de Hunahpú según el manuscrito quiché.

A reserva de analizar en otra parte las enseñanzas que se derivan de esta valiosa pieza teatral chortí, pasemos a referir a continuación algunos de los comentarios emitidos por los propios indios en relación con su "Historia".

Manifiestan entre otras cosas que el Gigante Negro pudo ser el jefe de la cuadrilla de "hombres fuertes" porque "le dieron el poder", pero fué vencido y perdió "cuando le quitaron el poder". En esta forma los chortís confirman y precisan la idea contenida en el texto quiché en el sentido de que siempre existió una fuerza superior esencialmente buena rigiendo la ley universal aun cuando dicha fuerza haya sido aparentemente eclipsada durante la época del poderío de los

Gigantes, es decir de los malos; tal concepto se proyecta en el siguiente aforismo de la filosofía chortí: "Dios permite el mal hasta cuando él quiera y diga hasta aquí no más". Por lo tanto no hay anfiteísmo en sus ideas religiosas, o sea oposición entre un dios bueno y otro malo, ya que el Ser Supremo omnipotente domina las fuerzas malignas que sólo pueden actuar con su permiso el cual puede cancelar en un momento dado. Y viéndolo bien, la autorización divina que permite actuar a las fuerzas del mal en perjuicio de la humanidad sirve para castigar a ésta por faltas cometidas contra la moral religiosa al mismo tiempo que la impulsa a solicitar la protección del cielo. Así es como los chortís han resuelto el problema, de manera que las fuerzas malignas vienen a ser en el fondo un instrumento de la providencia. Contra las inclinaciones al mal debe luchar el hombre hasta triunfar, siguiendo el ejemplo dado por Gavite.

Otra peculiaridad interesante que viene a aclarar un detalle hasta hoy mal comprendido del Popol Vuh, es la encarnación de siete personas en una sola como se desprende del texto en el que el Gigante Negro exclama: "Siete Rey lo he batido y siete rey lo he perdido" al referirse a su triunfo sobre el Gigante Blanco pues éste representa a la vez siete personas en un sólo individuo y corresponde perfectamente al Vucub Hunahpú del Popol Vuh, es decir a los siete Ahpu que ora se presentan como un grupo de siete individuos ora como el nombre propio de uno solo. Se explica este concepto en términos de la teogonía chortí en la cual el dios numeral Siete es a la vez una persona y posee la facultad de desdoblarse en siete hipóstasis divinas. El dios Siete o los siete dioses constituye la deidad agraria que, como los Ahpu, fecundiza la tierra con su propia sangre.

También nos presenta el drama chortí en la personalidad del Gigante Negro una síntesis de los seres malévolos que poblaban el mundo en la edad mítica de que nos habla el Popol Vuh. Así tenemos que por su orgullo patentizado en sus palabras el Gigante encarna a Gucup Cakix mientras que cuando alardea de hacer temblar al mundo con una de sus zapateadas desempeña el papel del gigante Zipacná, y por último su actuación como Hun Camé o Vucup Camé, jefe de la casta infernal, es evidente.

El pasaje en que Gavite pide que "estén juntos todos mis soldados" es una clara alusión al concepto comunal indígena por el cual ninguna acción puede emprenderse sin la participación total de la colectividad. Y en cuanto a las mofas del Gigante reiterando en varias oportunidades su desprecio por ese mozalbeta "mal barbado y de poca suerte" vienen a confirmar lo que dijimos acerca del valor ritual de la barba como insignia de poder, autoridad y respeto.

Numerosos detalles, de los ya mencionamos algunos, vinculan estrechamente la "Historia" chortí al manuscrito de Chichicastenango; por ejemplo, en ambos se despacha un correo por las fuerzas de Xibalbá para llevar a Hunahpú el desafío formal a jugar un partido de pelota, juego objetivado por los movimientos de los actores chortís, y en ambas fuentes el retado acepta sin vacilar el reto mediante el cual se disputará la hegemonía universal.

También el origen mítico del tambor es un dato interesante dado a conocer por el drama chortí ya que se trata de un instrumento sumamente antiguo, pero bien conocido en un ciclo étnico anterior al de la cultura maya.

Un análisis detallado de los elementos mitológicos, astro-cósmicos y etnológicos contenidos en el Baile de los Gigantes nos llevaría muy lejos por el momento, pero volveremos a ocuparnos de este asunto en los capítulos referentes a Religión y al Esoterismo del Popol Vuh. Baste por ahora el haber señalado las concordancias entre la tradición oral chortí y la escrita del códice quiché al tratar ambas el tema que dramatiza la historia de la joven deidad solar, circunstancia que permite efectuar comparaciones entre las dos tradiciones no sólo para la comprobación mutua de sus conceptos sino para su mayor comprensión.

La forma en que se ha ido remitiendo de generación en generación el texto y demás particularidades del drama chortí nos da una idea de cómo se ha transmitido el contenido del Popol Vuh entre los quichés a partir de épocas muy remotas. En el caso chortí, el maestro de ceremonias, cuyo cargo es hereditario, viene a desempeñar la función de un verdadero historiador que tiene la obligación de vigilar escrupulosamente para que no se deje perder ningún detalle de la "Historia", gracias a lo cual en pleno siglo xx los chortís pueden aún

cantar los episodios de su remoto pasado histórico y recitar pasajes de su mitología.

Sin embargo, entre la tradición quiché y la chortí existe una diferencia importante que consiste en el carácter cronológico de esta última basado en las pautas de la cultura maya clásica, y que no encontramos en el Popol Vuh. Tal cosa parece indicar que el tema mitográfico común, que se remonta a un período anterior al maya clásico, fué ampliado más tarde de manera unilateral para incorporar al drama original el rasgo más sobresaliente y característico de la cultura maya que los chortís, sus descendientes directos, nos han transmitido hasta hoy. Esta innovación, que está ausente de la tradición quiché, viene a demostrar que antes de la separación de los mayas y quichés ambos poseían un común patrimonio mitográfico fielmente expresado en la parte mítica del Popol Vuh.

DE UN AUTOR CENSURADO EN EL "QUIJOTE"

(TORQUEMADA)*

Por *Alfonso REYES*

I

DESPUÉS de su primera salida, Don Quijote vuelve a casa, gracias al bueno del labrador que lo halló tendido en el campo. En su casa, donde todo era alboroto por la escapatoria del caballero, el Ama lanza la sentencia: "Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros, que así han echado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha".

Ante esta condenación de los daños que trae consigo el Alfabeto, el Cura se apresta a ser el inquisidor de los "descomulgados libros. . .". "Y a fe —dice— que no pase el día de mañana sin que de ellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasión a quien los leyere a hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho". Y al otro día, aprovechando el sueño de Don Quijote, comienza la célebre quema.

No todos los libros son condenados. El Cura escoge algunos para el barbero y para sí. Pero a Don Quijote no se le deja el disfrute de un solo volumen. "Aquella noche —cuenta Cide Hamete Benengeli— quemó y abrasó el Ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa; y tales debieron de arder, que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador; y así, se cumplió el refrán en ellos de que pagan a las veces justos por pecadores".

* Para la serie de conferencias organizada en recuerdo y homenaje a Cervantes por la Academia Mexicana Correspondiente de la Academia Española de la Lengua.

Y a poco, aun el aposento de los libros fué murado y tapiado, con lo que Don Quijote vino a convencerse de que su enemigo, el encantador Frestón, era el responsable de aquella desaparición milagrosa.

A la largo del capítulo vi de la Primera Parte se desarrolla la censura de la biblioteca de Don Quijote: "más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños".

El Ama y la Sobrina bien quisieran acabar con todos, sin saber siquiera de lo que trataban, como al fin se hizo con los últimos, a carga cerrada, por pereza del licenciado Pero Pérez —el Cura—, y por pereza del narrador.

Pero, por lo pronto, maese Nicolás, el Barbero, iba pasando los libros uno a uno. Y el licenciado, al sentenciarlos, entre uno que otro alegato del Barbero, emite sobre ellos un verdadero juicio sumario —nunca fué más propia la expresión—, lo que da al capítulo un valor único en los fastos de nuestra crítica. ¡Censura de los libros españoles por Miguel de Cervantes!

La escena, en un aposento de cierto pueblo manchego, y en un corral de la propia casa. Los personajes, un Cura, un Barbero, un Ama, una sobrina, figuras de una manera de Comedia del Arte tan famosas ya como Arlequín, Pierrot, Colombina. Se oyen los ronquidos de un personaje ausente.

Pronto se resolvió ahorrar la escalera y dar con todos los libros por la ventana abajo. Y el primero que saltó a los ojos del Cura, y que por lo visto le pareció voluminoso, lo hizo exclamar:

"—¿Quién es ese tonel?"

—Este es —respondió el Barbero— *Don Olivante de Laura*.

—El autor de ese libro —dijo el Cura— fué el mismo que compuso a *Jardín de flores*; y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, o por decir mejor, menos mentiroso; sólo sé decir que éste irá al corral, por disparatado y arrogante".

Y dicen mis autoridades, en efecto, que el *Don Olivante*, publicado en 1564, sólo merece recordarse en la larga serie de libros de caballería porque Cervantes le hizo el honor de mencionarlo. Aunque, eso no, no es "tonel" ni cosa que lo

valga, sino un volumen bastante moderado para tratarse de libro en folio; en total, 506 páginas.

Don Francisco Rodríguez Marín, siguiendo a Clemencín, duda si Cervantes lo confundiría, de memoria, con cierto *Palmerin de Oliva* impreso mucho antes en Venecia, y que siendo octavo, abulta mucho con sus 900 y tantas páginas. Y añade en la nota respectiva:

"En efecto, Antonio de Torquemada, autor del *Don Olivante*, compuso también la obra intitulada *Jardín de flores curiosas*, libro embusterísimo y patrañero, del cual se hicieron diversas ediciones, la primera en Salamanca, Juan Baptista de Terranova, 1570.¹ También es de Torquemada otro libro, mucho más estimable: *Los Coloquios satíricos* (Mondoñedo, Agustín de la Paz, 1553), reimpresso poco ha en los *Orígenes de la Novela*".

Así, pues, de este Torquemada que padeció la hoguera tenemos, por orden de fechas, los *Coloquios*, el *Olivante* y el *Jardín*. El *Olivante* no lo conozco. Los *Coloquios* están al alcance de todos gracias a la edición moderna de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, *Orígenes de la Novela*, II, a que se refiere Rodríguez Marín. Y del *Jardín de flores curiosas* poseo por suerte un ejemplar en la edición príncipes, que adquirí en París hará unos veinte años.

Parece, hasta aquí, que el autor, discreto, mesurado y apacible en su juventud, según puede verse por los *Coloquios*, se fué torciendo y amanerando con los años; si no en el decir, a lo menos en el pensar. A través de los "disparates" y "arrogancias" del *Olivante*, llegó a la extravagancia, rayana en locura, del *Jardín de flores*; libro éste póstumo y que sólo se publicó por cuidado de sus hijos, libro que "era muy curioso y en lo hacer había gastado mucho tiempo" como dice la real licencia, libro que Torquemada guardó para la despedida a modo de flecha del Parto. Propia imagen de aquel loco—lo refiere el mismo Cervantes— que fingió cordura hasta no verse en la puerta del manicomio, donde se despidió recordando que él era Neptuno, padre y dios de las aguas (*Quij.*, II, I).

¹ Esta parece, al menos, ser la primera. Se citan también una de Leyda, 1573 y otra de Salamanca, 1577.

II

Por los *Coloquios* se sitúa Torquemada en la junta de dos corrientes: la satírica y la novelística. La sátira lo relaciona con Juan de Valdés, *Diálogo de Mercurio y Carón*, el *Lactancio y un arcediano*, el *Crotalón* y *Las Transformaciones de Pitágoras* de Cristóbal de Villalón; si bien carece de la mordacidad de aquellos modelos y más puede considerársele como un manso costumbrista de tono prudente, gris y monótono. Ha advertido que los *Coloquios* recuerdan algunos pasajes del *Barlaam* añadidos en la versión hebrea del barcelonés Aben Chas-dai. Pero Torquemada es, en general, más desleído y menos novelesco.

Y en cuanto a lo que hay de novelístico en su obra, pertenece a los primeros explotadores de Boccaccio en lengua española, y precede en unos años al *Patrañuelo* de Timoneda. Con todo, Torquemada es parco en cuentos, y los envuelve en largos sermones, mientras que Timoneda es más directamente episódico, aunque a veces tan esquemático que peca de sequedad excesiva. Por eso cuando ambos tocan igual asunto—Rugero, el de la mala estrella tanto figura en el *Sobremesa* de Timoneda como en los *Coloquios* de Torquemada—la adaptación que Torquemada hace de la historia boccacciana es sin duda la más jugosa.

“Después de ellos —escribe Menéndez y Pelayo—, y sobre todo después del triunfo de Cervantes, que nunca imita a Boccaccio directamente, pero que recibió de él una influencia formal y artística muy honda y fué apellidado por Tirso “el Boccaccio español”, los imitadores son legión. El cuadro general de las novelas, tan apacible, e ingenioso, y al mismo tiempo tan cómodo, se repite hasta la saciedad...”. (*Oríg. Nov.* II, XVII).

Pero lo cierto es que en los *Coloquios* de Torquemada los cuentos, los verdaderos cuentos de cierta extensión y no los simples dichos más o menos aderezados en una acción microscópica, ni son muchos, ni nunca duran más allá de breves instantes.

Los *Coloquios* son siete, y están presentados como diálogos de tres o cuatro personas y, cuando el asunto lo admite,

en jardines o escenarios campestres, donde ni siquiera falta aquel paraje—una "calle plantada de chopos"—en que las frondas de los árboles forman bóveda, lugar descriptivo que "Azorín" consideró como característico de los románticos: vieja novedad como tantas otras.

El Coloquio primero, tras de algunas consideraciones sobre el trato de amos y criados, se ocupa en los daños corporales y espirituales del juego, y describe menudamente las trampas y artes de los tahures en los naipes y dados, y las supersticiones y amuletos de los candorosos que juegan de buena fe, a quienes la gente corrida llama "guillotes y bisofios". Trae el cuento del caballero malaventurado, a que ya hicimos referencia, y el del canónigo jugador de Cerdeña.

El Coloquio segundo, en que un Médico y un Boticario se achacan mutuamente las faltas que sus respectivos gremios cometen en perjuicio de los enfermos, sea por negligencia o por "ignorancia", trae el cuento de los dos boticarios sobre la misteriosa simiente de psilio que resultó ser la cristiana zaragatona, otro sobre el error de un boticario poco latino, otro más sobre el que, en su impaciencia, se curó, no del mal sino de la vida, tomando juntos cuatro o cinco jarabes que se habían de tomar con cierto espacio; nos enferma casi informándonos de la triaca o contraveneno hecho nada menos que de esmeraldas (algunos, en lugar de esto, "echan vidrios"), y llega a proponer una novedad: ni más ni menos, la actual intervención de una Oficina de Salubridad Pública en la confección de los remedios y drogas.

Nos lleva el tercer Coloquio a esas visiones del campo, Arcadias artificiosas en que todo es sencillez y pureza. El pastor Amintas, que en sus ocios de cabrerizo ha tenido ocasión de acumular una erudición formidable, redarguye a dos caballeros cuanto estos argumentan en favor de la vida urbana, y les demuestra, según los consabidos tópicos del género, que nada hay como la silvestre paz de Dios.

Abundan en el Coloquio pasajes de linda dicción, al describir Amintas los encantos de la noche y del amanecer en las rumorosas soledades. Cruzan por ahí un rápido cuentecillo sobre cierta contienda de virtud entre un pastor y un obispo, y otro más detenido y gustoso sobre cierto rey cazador que

protegió a la gente campesina en cuyo albergue tuvo que refugiarse una vez, por haber perdido en el bosque a su compañía. Se explica que, si dejar de oír misa pudiendo hacerlo es pecado, no es el caso cuando hay notorio impedimento; y no pecaron los ermitaños del desierto, ni San Antón ni San Pablo, ni a la cuenta pecan los pastores cuando tienen que quedarse muchos días en despoblado. Y ya hacia el final del Coloquio, que empieza a clarear, nos llega un ambiente eclógico en aromas de Garcilaso con las solas frases: "y pues que ya el día se viene acercando y el lucero se nos muestra...".

El Coloquio cuarto "trata de la desorden que en este tiempo se tiene en el mundo, y principalmente en la cristiandad, en el comer y beber, con los daños que de ello se siguen, y cuán necesario sea poner remedio en ello". Los interlocutores hacen alarde de su información coquinaria y, como era de esperar en su tiempo, repiten la especie equivocada sobre la supuesta baja sensualidad de los epicúreos. Y al fin se despiden al caer la noche, por miedo al "frescor del río", como los viejos de *La verdad sospechosa*.

El Coloquio quinto está consagrado a censurar las extravagancias en el vestir, y lo leerán con provecho todos esos escritores que creen resucitar una época con aprenderse dos o tres palabritas para insertarlas aquí y allá en su discurso: los "musiquís" de anchas mangas, que suben encima de los "cocotes", el "capuz" cerrado hecho de "contray de Valencia", el "jubón de puntas", el "collar de brocado", los "torcidos", "caireles", "grandujados" que piden los sastres y oficiales de seda para respuntar, "dando golpes y cuchilladas en lo sano, deshilando y desflorando, echando pasamanos, cordones y trenzas, botones y alamares". Quéjase el censor de los lujos inútiles que, para colmo, la moda hace efímeros, obligando a redoblar los gastos con notorio sacrificio de los maridos. Porque —aparte del común error de echar a perder las mejores prendas en los viajes, para los que sería preferible usar "vestidos de rúa"— las mujeres no se cansan de pedir. Unas piden "saboyanas", otras "galeras", "saños", "saltambarcas", "mantellinas", "sayas con mangas de punta que tienen más paño o seda que la misma saya", "verdugadas" y "basquiñas"; y para los peinados, "redecillas", "lados huecos", "encrespados", "pinjantes", "pi-

nos de oro", "piezas de martillos", "escosiones", "beatillas", "trapillos"—trapillos, por cierto, echados tras las orejas como por desdén.

El Coloquio sexto, se mete en discutir nada menos que la honra del mundo, y se divide en tres partes: la primera explica cuál sea la verdadera honra y cuántas veces se la confunde con la infamia; la segunda trata "las maneras de las salutations antiguas y los títulos antiguos en el escribir, loando lo uno y lo otro y burlando de lo que ahora se usa"; y la tercera concluye que la verdadera honra está en los propios méritos y no en las glorias heredadas de los abuelos.

La charla acontece en un jardín donde las verdes espesuras alternan con los juegos de agua. "Allí donde está aquel chapitel veréis una fuentecilla artificial por donde (el agua) corre y sale de la otra parte, tomando la corriente por un valle más espeso de arboleda que ninguna floresta, en la cual se consume, recibéndola en sí la tierra para despedirla por otros respiraderos, sin saber a dónde va a dar. . .".

Es notable que el autor se atreve—aunque no tan decididamente ni con la bravura de Cervantes—contra las famosas venganzas de la honra marital, que llegarán en el siguiente siglo a convertirse en un recurso automático de la comedia. "Absolvió Cristo a la mujer adúltera"—dice Torquemada—. Las leyes no mandan sino que se entregue y ponga (a la mujer adúltera) en poder del marido, para que haga de ella a su voluntad. El cual, si quisiere matarla, usando oficio de verdugo, puede hacerlo sin pena alguna cuanto al marido; pero cuanto a Dios, no lo puede hacer con buena conciencia sin pecar mortalmente". El conflicto se plantea, pues, entre la institución o ley humana, y la moral o ley divina. Torquemada lo resuelve por una transacción: por el argumento del miedo, que concede tan extraordinaria facultad a los maridos, a fin de "embarazar la flaqueza de las mujeres, para que no sea este delito tan ordinario como sería de otra manera".

Antes de entrar a la segunda parte, se refiere el caso de San Bernardo, a quien en plena predicación apareció el demonio bajo figura de vanagloria; y aunque estuvo por bajarse del púlpito, luchó un instante consigo mismo y exclamó: "Ni por ti comencé a predicar, ni por ti lo dejaré".

En la segunda parte, averiguamos —o confirmamos— que aún no se daba a los reyes el título de "Majestad", sino de "Alteza"; y ya se prevé que pronto, según van creciendo los abusos, se llamará "Alteza" a los señores, como ya comienza a llamárseles "Excelencias" y "Serenísimos". Torquemada se ocupa aun de las fórmulas del estornudo, y recuerda que el decir "Jesús, Jesús te ayude", viene de la "tan espantable y terrible pestilencia que hubo en la ciudad de Roma, siendo pontífice San Gregorio", cuando las gentes al estornudar caían muertas.

En cuanto a la tercera parte—la honra de los méritos propios— se explica sola. El Coloquio es aquí una colección de venerables lugares comunes.

III

EL séptimo y último Coloquio forma por sí solo un ciclo aparte. Es una larga charla pastoril en que Torcato cuenta a Filonio y a Grisaldo los amores que tuvo con Belisia, y se cambian entre los interlocutores los oportunos consejos contra los extravíos pasionales, la ingratitud de la amada y otros asuntos semejantes. Torquemada sintió la necesidad de destacar esta parte de su obra, poniéndole un prólogo especial —en que, sobre todo, se defiende de mezclar las burlas con las veras—, y luego, según su costumbre metódica, a su vez la dividió en tres partes: el proceso de los amores, el relato de un sueño, y las razones que pueden explicar la extraña conducta de Belisia. Es este último un tema declamatorio al estilo de los que proponían los antiguos retóricos, y que Cervantes ha inmortalizado en la defensa que hace Marcela de su condición arisca y de la libertad de su albedrío para rechazar a tantos enamorados (*Quijote*. I, cap. XIV). Pero Torquemada no alcanza ni con mucho esta hondura.

Filonio y Grisaldo que, entre las fiestas y juegos del desposorio de Silveida, han echado de menos al desventurado Torcato, se dan a buscarlo por los sitios donde ahora suele esconder su amargura, y lo encuentran al fin "por allí a la fuente del olivo, que está enmedio de la espesura del bosque de Diana".

Tras un monólogo en que Torcato lanza sus quejas, empuña el rabel y llora en octavas reales el desdén de Belisia, pues según las reglas del género pastoril, aquí alternan el verso y la prosa. Los versos, apenas medianos, han tomado al menos el paso de la época y muestran cierta dignidad de familia, la familia de Garcilaso.

Torcato se desmaya. Sus amigos lo acuden y lo confortan. Y él comienza sus confidencias. El discurso se arrastra un poco, y el exceso de postizas galas hace algo pesadas las descripciones. Obligados a dejar los llanos por la montaña, cuenta Torcato, a causa de la sequedad del verano, se juntaron varios pastores, y entre ellos apareció Belisia, de quien sin saber cómo ni cuándo el triste pastor se encontró perdidamente enamorado. Le pareció de buen arte fingir otros sentimientos públicamente, y mostrarse dispuesto a servir a Aurelia, amiga de Belisia, mientras disimuladamente dedicaba a ésta los versos que componía en las fiestas y bailes. Pero los tiempos aún no parecen maduros para aprovechar todas las posibilidades novelísticas del asunto, y Torquemada dejó pasar sin pena ni gloria este germen de "enredo".

Un día, reunidos así en la majada del padre de Belisia, se oyó la gritería de los pastores, los perros salieron ladrando, y todos empezaron a dar caza a un lobo que había caído sobre un cordero. Belisia se quedó un poco atrás, y Torcato aprovechó el instante para declararle su amor, en largas, inacabables y lacrimosas parrafadas propias de aquel género artificioso. Belisia, naturalmente, le reprochaba su deslealtad para con Aurelia, pero en cierta forma discreta —la eterna Venus que huye y se deja ver— que daba lugar a alguna esperanza. Torcato no cabe en sí de gozo, al punto que Aurelia advierte el cambio, desconfía y no quiere separarse un punto de Belisia. Pero no temáis: no pasa nada.

Torcato grababa con su cuchillo, en la corteza de los árboles, el nombre adorado, o labraba al vivo la imagen de Belisia en el puño de su cayado; componía versos y, en fin, entretenía su llama de mil modos. ¿A qué seguirlo en estos pasos perdidos, lugares comunes de los idilios? No come ya, no duerme, da a todos qué decir y nadie, si no es Belisia, entiende lo que pasa.

Empezó el ir y venir de cartas, la entrevista junto al lecho de Belisia enferma, la salud recobrada, la certeza de Torcato de que es más bien objeto de lástima que no de verdadero amor, la cita nocturna, los encuentros frecuentes; y al cabo, el invierno que se acercaba y, con él, la necesidad de bajar a la tierra llana y la posible separación de los amantes en aquella vida ostensible de la aldea.

El relato se interrumpe un instante para que cenen los pastores: cecina de venado, queso, cebolletas, ajos verdes, pan de centeno, todo con salsa de San Bernardo que aumenta la sazón y el gusto, vino mejor que el de San Martín y Madrigal, leche de cabra y migas. Sobre la sed y el buen beber, los amigos se cambian algunas pullas.

Y Torcato recita ahora una carta de amor en tercetos, de que recibió por respuesta el más inesperado desdén, y la orden de no volver a importunar a Belisia, cuya voluntad, por lo visto, mudó de la noche a la mañana: o porque "ya estaban en calma sus velas", o por ventura "vueltas a otro viento con que navegaban".

El parecía más muerto que vivo. Ella, las pocas veces que en público se dejaba abordar, "seca de razones y estéril de palabras". ¿Qué hacer? El género pastoril lo ha previsto: escribir una carta larga, llena de tiquismiquis y requilorios, cuidando que ocupe varias páginas. La respuesta fué clara y, relativamente, breve: —No me importunes; todo cambia, yo he cambiado también— vino a decir la pastora—. Haz cuenta que soñaste, y queda con Dios.

Aquí Torcato invoca todas las virtudes de la retórica, y emprende una luenga "exclamación", con imprecaciones repartidas entre la Fortuna, la Muerte, el Tiempo y la propia Belisia; las cuales acaban, claro es, en una torre de octavas reales, adecuado fin para la primera y no muy amena parte de esta historia.

La segunda parte del Coloquio es el sueño de Torcato, contribución a la literatura onírica, aunque todavía candorosamente retórica, insincera, mera escena de alegoría, y muy lejana por supuesto de las actuales expresiones de hondura psicológica que, a veces, más que literarias, han llegado a ser verda-

deras pruebas de laboratorio. Torcato se ve trasladado vertiginosamente por grandes espacios de tierra, y llega a un verdadero paraíso de árboles, frutos, flores, animales. El aire, embalsamado, está poblado de trinos de aves.

En redor, un circo de altísimas montañas; y en una cumbre, un muro almenado, triangulado y de varios colores, que da abrigo a un castillo de piedras rojas, verdes y azules, con remates de oro. Era la Morada de la Fortuna. A otra parte de aquel cerco murado, se dejaba ver el negro castillo o Reposo de la Muerte. Más allá, el muro se hacía transparente, y todas las cosas del mundo —pasadas, presentes y venideras— se dejaban adivinar confusamente: tal era la Morada del Tiempo. Y en medio, cercado de hondísima cava, pintado a pincel de amarillo, lleno de fieras que despedazaban cuerpos humanos, de hombres que se mataban entre sí, ruedas de tormento y otros horrores, se alzaba el Aposento de la Crueldad.

Procura Torcato escapar de aquellas visiones y circuitos dantescos, pero no halla salida. Se sienta junto a una hermosa fuente, de cielo azul con labores de oro, pilares de púrpura en follaje romano, y aguas claras que lo convidaban a beber, lavarse y refrescarse. Conforme bebe, su sed aumenta, y un fuego en que de algún modo se mezcla el cuidado de Belisia parecía consumirlo.

A esto, entre un gran estrépito, se abrió de medio a medio el Castillo de la Fortuna, dejando salir un enorme carro, cuyo paso iba acompañado por salvas de artillería desde los torreones y pretiles. El carro era de oro y piedras preciosas, con doce ruedas de marfil, y tiraban de él veinticuatro unicornios blancos. Transportaba un trono de doce gradas, silla de diamante bajo dosel de plata y perlas, y unos carbunclos luminosos le daban iluminación artificial. En el trono venía una mujer bellísima, la Fortuna, con la famosa rueda en la mano, asistida por cuatro doncellas. Dos muy hermosas y de muy pobres vestiduras, estaban por el suelo y se arrastraban bajo los pies de su ama: eran la Razón y la Justicia. Las otras dos, feas y aborrecibles, lujosamente ataviadas y armadas de estoques, eran el Antojo y la Libre Voluntad, que hoy llamáramos la Real Gana, recordando a Unamuno, en aquellas páginas suyas que recordó e imitó Keyserling. La Fortuna ya mostraba una seduc-

tora sonrisa, ya un gesto feroz y espantable, y mudaba de semblante constantemente.

Conforme se acercaba a él aquel carro alegórico y trono rodante, Torcato percibió inscripciones e imágenes misteriosas en la rueda de la Fortuna: destinos humanos, unos en ascenso, otros en descenso; y los privilegiados, inmóviles y en alto, por mucho que girara la rueda. Torcato alzó los ojos llorosos, y aquí todas las imprecaciones que lanzara poco antes le fueron devueltas por turno.

Primero, la Fortuna acusa al descuidado Torcato del desvío de Belisia, puesto que él no tomó providencia alguna que asegurara su pasajero favor.

Desaparece esta visión, encerrándose en su propio recinto, y después, entre truenos y relámpagos, el Castillo negro dejó salir el espantable y oscuro carro de la Muerte, tirado por elefantes gigantescos y como una tumba en vez de trono, rodeado por las escuálidas y flacas imágenes de la Vejez, el Dolor y la Enfermedad, y por las tres Parcas—Atropos, Cloto y Láquesis— consagradas a su monótona tarea de hilanderas. El fantasma de la Muerte, un esqueleto sin ojos, empuñando su guadaña y dejando ver que "cuando se meneaba, todos los huesos se le descomponían", increpó a Torcato, condenándolo a vivir desgraciado o a triunfar por su solo esfuerzo. Y la Muerte desaparece en su Castillo, al fragor de trompetas e infernales fanfarrias.

Se oye una música apacible. Ahora aparece un carro de espejo cristalino, como hecho de un solo diamante, tirado por seis alados grifos. Desde el trono, el Tiempo, un anciano de luengos cabellos y barbas, vestido de blanco, temblequeando de senilidad, agitando unas cortas alas, apoyado en una hermosa doncella rubia llamada la Ocasión, se dirige a su vez al espantado Torcato: —Soy mudable —le dice en suma—. Cúlpatelo a ti mismo, pues no supiste tomar la ocasión por los cabellos cuando pasó a tu lado. —Y el carro volvió a su morada.

Coreado de lamentos y alaridos, suspiros y llantos, salió de su Castillo el pequeño carro de la Crueldad, color leonado y tirado por espantables dragones que resollaban fuego. En un trono de brasas, con una espada en una mano y la otra mano apoyada en Belisia, que se había refugiado entre las almenas

de la Crueldad, esta despiadada figura se veía rodeada de miserables imágenes —la Tribulación, la Angustia, la Desesperación— y acompañada por el flaco, amarillo y pensativo Cuidado. Al acercarse, la Crueldad se burla del pastor. Salta del carro, y tras ella salta Belisia. Ambas amenazan a Torcato con la dureza de su adorada pastora.

La cual, rasgando el capisayo, jubón y camisa que vestían a Torcato, le descubrió el pecho. La Crueldad le descargó un tajo en el costado siniestro, y las dos comenzaron a beber la sangre de su víctima. Por fin, hartas de su trágico banquete, se alejan, dejándole por compañía al Cuidado, la Tribulación la Angustia y la Desesperación.

Aquí Torcato se sintió alzar de la tierra, y pasando velozmente sobre muchas ciudades, salvando montañas y selvas, se encontró de nuevo depositado en el sitio donde se había dormido y donde ahora abrió los ojos. Con que acaba la segunda parte de este Coloquio.

En la tercera, Filonio predica a Torcato la natural flaqueza y mudanza del ánimo femenil. Grisaldo insiste, contra lo que pretende Torcato, en que a tal mudanza no se ha de buscar una causa definida. Filonio cuenta al caso la fabulilla de Ferón, que traen Diódoro y Herodoto: aquel príncipe egipcio a quien los dioses ofrecieron devolver la perdida vista, en cuanto tuviese delante a una mujer casta "que no hubiere tenido pendencia sino con sólo su marido". Ferón acudió a su propia esposa, por la confianza que tenía en ella. Fracasó, con gran pena suya, e hizo traer a las principales damas egipcias; y luego, como eso resultara inútil, a las mujeres comunes. Por fin, al presentarse la esposa de un pobre hortelano, el príncipe recobró la vista. Y no es maravilla, porque el hortelano acababa de casarse ese mismo día, y aún duraba en ella la castidad.

Pasa una alusión a los dechados antiguos, a las virtudes de Lucrecia, Virginia, Penélope, a quienes Filonio todavía censura y objeta, encontrándolas muy discutibles. Con lo cual el diálogo va entrando cada vez más en un lugar temático hartamente conocido de los estudiosos de historia literaria: el debate sobre la mujer, como también puede apreciarse en otra novela del siglo xvi, la *Cárcel de Amor* de Diego de San Pedro. Filonio no encuentra muy claro el caso de Lucrecia, y la acusa apoyán-

dose en San Agustín. Después, recoge las murmuraciones eruditas contra la firmeza de Penélope durante la ausencia de Ulises (quien por eso, a su vuelta, había preferido irse a la isla de Cortina), con un humorismo muy al gusto de los renacentistas y que, desde antes de Luciano, venía alimentando ya la vena de Jules Lemaitre y sus deliciosos cuentos *En marge des vieux livres*. Y luego, Filonio afirma que Virginia murió, no por su resistencia al vicio, sino porque su padre, conocedor de su liviandad, le dió muerte a tiempo.

Torcato, aunque tan herido por los desdenes de Belisia, se levanta en defensa de las excelencias de la mujer y, con aquella pasmosa cultura que se prestaba a estos pastores convencionales, se aferra al ejemplo de Dido y de Susana, negando que la primera haya tenido jamás amores con Eneas tras la muerte de su esposo Siqueo, "porque Dido —dice— fué mucho tiempo antes que Eneas", y recordando la firmeza de la segunda. Y también arguye que hay naciones idólatras, en que las viudas se matan o entierran o queman vivas con sus maridos.

El misógino Filonio, que no se da a partido, dice haber leído que la mujer sólo es buena una vez en toda su vida, y es a la hora de morir. —Cualquiera se figuraría —le dice Torcato— que eres tú y no yo el agraviado por Belisia. No, las mujeres no son malas por condición (¡Oh, Sor Juana!). "Y aunque haya algunas malas entre ellas, yo fiador que no sean tantas como los hombres; y nosotros mismos somos la principal causa de sus males, importunándolas y fatigándolas con promesas, con engaños, con lisonjas y con persuaciones que bastarían a mover las piedras, cuanto más a mujeres, para que algunas veces vayan a dar en algunos yerros".

Y con esto se vuelven los tres pastores al poblado, cantando a coro unos versos cuyo ritmo es incomprensible sin la música.

En suma, que aunque Cervantes incurrió en el género y tuvo siempre cierta paternal debilidad por su *Galatea*, obra de juventud, lo juzgó definitivamente por boca de Berganzo, uno de los filosóficos perros del Hospital de la Resurrección de Valladolid, al hacerle decir sobre las novelas pastoriles que "todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas, para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna".

IV

CON el *Jardín de flores curiosas* entramos en un mundo distinto. Luis y Bernardo pasean por la orilla del río y encuentran a su amigo Antonio (¿Antonio de Torquemada, el autor?), hombre de curiosas noticias. En días sucesivos, a lo largo de seis tratados, discurren sobre los asuntos más peregrinos.

Tratado primero, "en el cual se contienen muchas cosas dignas de admiración, que la naturaleza ha hecho y hace en los hombres, fuera de la orden común y natural con que suele obrar en ellos, con otras curiosidades gustosas y apacibles".

Tratado segundo, "en que se tratan algunas propiedades y virtudes de fuentes ríos, lagos, y las opiniones que hay en lo del Paraíso Terrenal, y cómo se verifica lo de los cuatro ríos que de él salen, teniendo sus nacimientos y fuentes en partes remotas, y asimismo en qué partes del mundo hay cristiandad".

Tratado tercero, "que contiene qué cosa sean los fantasmas, visiones, trasgos, encantadores, hechiceros, brujas, saludadores, con algunos cuentos acaecidos, y otras cosas curiosas y apacibles".

Cuarto tratado, "en que se contiene qué cosa sea fortuna, ventura, dicha, felicidad, y en qué difiera "caso" de "fortuna"; qué cosa es hado, y cómo influyen los cuerpos celestiales, y si son causa de algunos daños que vienen en el mundo, con algunas otras cosas y curiosidades".

El quinto "trata de las tierras septentrionales, que están debajo del Polo Artico, y del crecer y decrecer de los días y las noches, hasta venir a ser de seis meses; y cómo sale el Sol y se pone diferentemente que a nosotros, con otras cosas curiosas".

En el tratado sexto "se dicen algunas cosas que hay en las tierras septentrionales, dignas de admiración, de que en éstas no se tiene noticia".

De cierto modo sumario, puede afirmarse que Torquemada insinúa sus temas con cierta mañosa mesura y, ya que nos tiene engolosinados, se va dejando arrebatar hasta las exageraciones más crudas, con lo que sólo consigue anular todo el interés que había despertado; de suerte que, si empezó siendo ameno, acaba en fatigoso y ramplón.

Cuando, por ejemplo, en el tratado primero comienza mostrando la gran diversidad de figuras que la naturaleza adopta en los hombres, animales y vegetales, o al contrario, los casos singulares de parecidos que hacen que dos hombres se confundan, nada hay que nos alarme. Y más bien nos hace sonreír cuando se le ocurre observar que, si los gusanos u otros animalillos pequeños fueran de gran tamaño, por cierto nos causarían pavor. De aquí pasamos a los gemelos, y poco a poco vamos entrando en la locura. Y aunque el autor invoca en buenhora el proverbio del Marqués de Santillana, que también solía citar Cervantes,

—Las cosas de admiración
no las (digas ni) las cuentas,
que no saben todas gentes
cómo son—,²

no parece preocuparse mucho de este consejo. A poco, ya está hablando de partos triples, cuádruples, —pase entre nosotros, contemporáneos de las hermanas Dionne—, de los siete de Medina del Campo, de los sesenta hermanos referidos por Nicolao de Florencia; y en vertiginosa progresión, de los ciento cincuenta que nacieron de un alumbramiento en Alemania; y en fin, de los trescientos sesenta y seis, pequeños como ratones, que dió a luz la Condesa Margarita de Irlanda.

A título descriptivo, y para dar el sabor del libro, vaya una rápida enumeración de los demás temas que desfilan por el primer tratado: hermafroditas y andróginos, nacimientos extraños, bebés con dientes y barbas, mujeres que dan a luz elefantes o centauros, mezcla de bestias y hombres, influencia de la imaginación en la figura del recién nacido, casos de "salto atrás", rarezas en los tipos humanos; sátiros, faunos, egipanes y amazonas de la antigüedad; salvajes con cola, hombres dobles o con dos cabezas, hermanos siameses, pigmeos; pueblos peregrinos, donde hay hombres bienaventurados, de huesos elásticos o de lenguas bífidas; islas de Matusalenes, como la que visitó Yámbolo, donde la yerba es mortal al que sobre ella se duerme, y donde reina la comunidad de mujeres según las utopías clásicas;

² El texto extenso es el auténtico. Abreviado, es como lo cita Torquemada —de memoria—, y como de él parece tomarlo Cervantes.

animales de maravillosa hechura, aves de transporte, comida sin fuego, serpientes gigantescas, enterramientos singulares; las Cuatro Mil Islas Antárticas; atletas y gigantes famosos; hombres que no beben agua, y longevos notables; idea de que el mundo envejece; jóvenes canosos a quienes la vejez da cabellos negros; salubridad de los lugares altos; antiguos cómputos del tiempo; viejos que se rejuvenecen al término de la edad vetusta, en uno como retorno eterno; los hiperbóreos de la Isla de Thile (o Tule); centauros y hombres marinos; osos protectores de doncellas: ascendencia directa, ésta, de los reyes dacios y suecos; jimios y hombres en confusión; el perro, abuelo de los monarcas del Pegú y de Siam; las "serenas" o sirenas; mujeres convertidas en hombres y —cosa notable—, nunca a la inversa.

Tal es el furor que se va apoderando de Torquemada conforme acumula casos extraños, escudriñados con la más paciente erudición. Una que otra vez, una última luz de buen sentido lo hace detenerse en su derrumbe, para dar alguna explicación plausible y alejar alguna superstición. Pero, en general, lo traga todo, y todo en desorden como se ha visto, introduciendo los temas sin razón ni cuento en una imposible mescolanza. Seguirlo por sus avenidas tortuosas es lo mismo que perderse. El segundo tratado, por ejemplo, empieza con las propiedades de las aguas y acaba con la distribución y difusión de los cristianos en toda la tierra. La corriente de las aguas nos lleva lejos. Torquemada teje sus asuntos como le place, y no se preocupa de ser consecuente con el programa que se traza.

El agua —nos informa— tiene virtudes generales, que deriva del seno común del mar; pero también virtudes particulares que resultan de la región que recorre. Pues "metida y sacada como por alquitara por las concavidades y venas de la tierra, toma y participa de la virtud y propiedad de la misma tierra por donde pasa". De aquí fuentes frías y cálidas, amargas, saladas o dulces, y de muy distintas condiciones. . . La fuente de Epiro lo mismo apaga una tea encendida que enciende una tea apagada; la de Eléusidis crece y rebosa al son de las flautas; el pozo de Jacob anuncia el nivel de la próxima creciente del Nilo; el lago de Etiopía, untuoso como el aceite, deja ir una pluma hasta el fondo, condiciones que parecen contrarias; y el de Silias, en la India, tiene un agua sutil que está a punto

de convertirse en aire; las dos fuentes de Maqueronte, en Judea, nunca confunden sus diferentes sabores, por más que se mezclan y enlazan; la fuente de los Paliscos sostenía a flote las tablillas en que se inscribían testimonios verdaderos, y dejaba hundirse las tablillas en que se inscribían falsedades; hay cualidades curativas en la fuente de los Elios, junto al río Citeros, y en el Alteno y el Alfeno; los diarbas, de Escitia, un día pescan en su río, y al otro cuelan el aceite en las mismas aguas; la fuente licia de Pataras, dicen que es roja porque está teñida con sangre de Telefo; las aguas de Téneo, isla cicládica (¿caso Ténedos?) se purgan y alejan solas del vino; en Cuba hay unas aguas bituminosas con que se carenan los barcos, y hay también un extenso valle de piedras redondas; la fuente de Cerdeña cura al ciego y ciega al ladrón; en una montaña de la Española o Isla de Santo Domingo, hay un lago negro, que hierve siempre con estruendo; en España, cerca del castillo de Garcimuñoz, en las Tayuelas, el agua vertida se hiela sola y forma unas piedras duras que se usan en las construcciones; y otros manantiales crían piedras de prestigio, o aves extrañas, etc. Y de aquí pasamos a la grandeza e inmensidad del Mar de Orellana o río Amazonas, el Marañón y el Plata. El origen de los ríos, según los filósofos, nos lleva hasta el Paraíso Terrenal y sus cuatro manantiales simbólicos, los Campos Elíseos y el Edén, la tierra del Ave Fénix, las navegaciones de Henón Cartaginés, quien fué detenido en sus exploraciones por un querubín de espada flamígera; el Arca de Noé, la zona tórrida y sus calmas, que ya perturbaron a Colón, los ríos paradisiacos comparados con los mayores ríos conocidos, el Ganges, el Nilo, el Tigris, el Eufrates, y otros de menor cuantía aunque ilustre prosapia; los ríos cuya identidad todavía discuten los sabios; el Diluvio y la edad anterior de la Tierra; el poblamiento de la Tierra por los cristianos; la gentilidad y sus adoraciones, las herejías mahometanas, el Preste Juan y sus misteriosos imperios, Santo Tomé, las conquistas del Gran Can; los cristianos en Etiopía, Georgia, Colcos, islas orientales o de la Especiería y América. . . De paso, hemos averiguado que hay árboles cuyas hojas reptan por el suelo como animales, o bien se convierten en pájaros; y que hay una tal yerba llamada Baharas que está hecha de una llama ardiente, y que mata —desapareciendo a la vez— al que

pretende cortarla, a menos que vaya provisto de una raíz de la misma yerba. Traslado a los historiadores de la Geología; dice Bernardo: "... Yo pensaba que las piedras no se criaban, sino que eran como huesos de la Tierra, que siempre estaban en una manera sin crecer ni decrecer; porque si así fuese, todas las piedras vendrían a hacerse de tan gran cantidad y grandeza que embarazasen en muchas partes". A lo que replica Antonio: "¿Y de eso tenéis duda? Pues entended que las piedras crecen y decrecen según la calidad que tienen y la parte donde están y la manera y propiedad de la tierra donde se hallan. Las que son de las que acá llamamos guijarros detiéndense en su crecimiento, de manera que o permanecen en un ser, o es tan poco lo que crecen en muchos años que apenas se puede conocer y entender; mas las piedras que son areniscas fácilmente juntan consigo la tierra que tienen al derredor, y la convierten en su natural, endureciéndola de suerte que, en poco tiempo una piedra pequeña se puede venir a hacer muy grande; y así muchas veces se ha visto quedar encerradas y metidas en estas mismas piedras algunas cosas que, por ser diferentes de su propiedad y condición, permanecen en el mismo ser y substancia que tenían. ¿Queréislo mejor entender? Ved aquella piedra que está en el jardín, la cual hizo poner allí el Conde don Alonso (*se refiere al de Benavente*) para que todos la viesan por cosa de maravilla; que, con ser harto dura y maciza, tiene en medio de sí un hueso grande, que parece ser canilla de algún animal que, estando debajo de la tierra, aquella piedra la abrazó consigo, y creciendo, la dejó en el medio, adonde fué hallada al tiempo que la piedra se labraba. . . "

Como en el jardín donde se reúnen los tres amigos han aparecido visiones y fantasmas, según es ya fama en todo el pueblo, por necesidad se introduce en el tercer tratado el tema de las revelaciones sobrenaturales. Antonio, que para todo tiene avisos, tranquiliza a Luis, asegurándole que en sus aprensiones nada hay de vergonzoso, pues no está en los hombres el dominar ciertas singularidades de su temperamento; y así, hay adulto que huye y da gritos ante un ratón; y otro que se altera y trastorna todo en cuanto cierran una puerta de su casa —aunque él no la vea o esté durmiendo—, y aquél siente cosquillas si desde lejos le hacen "algún meneo con las manos o

con los dedos". De donde parte una breve disquisición psicológica sobre complejiones, temores y pasiones, y la posibilidad de corregirse con esfuerzos voluntarios.

En cuanto a las visiones y aparecidos de que Luis ha hablado, desde luego hay muchos infundados temores —la consabida nota de discreción al comienzo—; aunque ya va dando en qué pensar, poco a poco, el peso de autoridades y testimonios que Torquemada empieza a citar sobre cosas sobrenaturales que, sin ser demoníacas, desbordan el marco del humano conocimiento: Aristóteles, Averroes, Demócrito, Pitágoras, Sócrates, Platon Trimegisto, Próculo, Porfirio, Yámblico. Y es que a Torquemada se le van las ganas de hacernos creer que cree más o menos en las patrañas que ya se dispone a contarnos.

Por lo pronto, andamos todavía con los ángeles superiores, a quienes, según San Agustín, Platón y sus secuaces llamaban dioses. Pero —era inevitable— unas líneas más abajo ya estamos entre los Lemures y Lamias, habitantes de una región triste; y luego va apareciendo el sombrío cortejo de brujas y hechiceras, rodeadas de trasgos y duendecitas —que tal es el nombre completo de los "duendes": "duendecita" vale "dueño de casa", como el gato que parece señor de una morada por lo mucho que se pega a ella. De aquí el chiste del cuentecito de Heine, sobre el duende que también se muda de casa cuando su víctima, para huir de él, decide mudarse. El duende, entre los muebles amontonados, asoma la carita y le dice: "¿Con que nos mudamos, eh?"

Pero volvamos a Torquemada. Sería calumniarlo el negar que, aquí y allá, procura alejar la patraña con un intento de explicación semi-científica, como lo hará sistemáticamente, un siglo más tarde, en su *Ente Dilucidado*, Antonio de Fuente la Peña, espíritu ya mucho más disciplinado, y cuyas predicciones sobre la navegación aérea hemos examinado en otra ocasión.³ En cuanto a las brujas, el asunto moverá, a principios del siglo xvii, la docta pluma de Pedro de Valencia, de

³ Ver la edición que A. Reyes publicó del capítulo del *Ente Dilucidado*, "Si el hombre puede artificiosamente volar", Río de Janeiro, 1933, reproducida en el libro de A. Reyes, *Capítulos de literatura española (segunda serie)*, México, 1945, págs. 199-241: "Un precursor teórico de la aviación en el siglo xvii".

quien ha quedado en el Escorial un manuscrito compuesto a encargo del célebre Cardenal Arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, Inquisidor General y protector de Cervantes, con ocasión del auto de fe de 1610, en Logroño. El mal, según el prudente Valencia, exige "examinar lo primero si los reos están en juicio, o si por demoníacos o melancólicos o desesperados han salido de él", pues los tales brujos parecen más locos que herejes y se los debe "curar con azotes y paños más que con infamias ni sambenitos".

Prescindamos de los muchos cuentos y casos de que naturalmente está lleno el tercer tratado. Según sus autoridades—Pselio y Gaudencio Mérula—, Torquemada admite seis géneros de demonios desde el cielo a los abismos, consagrados a distintos oficios. Los primeros, los menos culpables y dañinos, viven desesperados por la continua contemplación del bien perdido. Los segundos, que habitan más abajo, mueven los vientos a desazón y con furia no acostumbrada, congelan a destiempo las espantosas nubes, hacen venir los truenos, rayos, relámpagos, y granizar y apedrear los panes, viñas y frutas de la tierra; y de estos demonios se aprovechan los nigrománticos para sus daños. El tercer género de demonios anda ya en la tierra, y es el ejército de los tentadores del hombre, que se mantienen a la siniestra de cada uno de nosotros para aprovechar el menor descuido del ángel custodio, que está a la diestra; todo lo cual se ilustra con "sucedidos". El cuarto género de demonios está en las aguas y tiene por fuero las tempestades, los naufragios y los ahogados. El quinto, subterráneo, habita las cavernas y concavidades, persigue a los mineros y—diríamos hoy—ingenieros y "prospectores"; causa derrumbes, caídas, terremotos. El sexto y último género lo forman los demonios que están en el infierno, y tiene por tarea atormentar a las almas de los pecadores. Si Apuleyo considera a los demonios como espíritus puros—y la verdad es que llama demonios al Amor y al Sueño, y a cuanto le place!—, San Basilio entiende que están ligados a algún cuerpo, como también ciertos ángeles. San Agustín, que da cuerpo aéreo a los ángeles antes de la caída, lo da de un aire algo más espeso a los rebeldes. Pero Santo Tomás, San Juan Damasceno, San Gregorio y otros, concuerdan en que son espíritus. Aunque acaso puedan forjarse unos

como cuerpos pasajeros, lo que explica las apariciones. Y todavía se discute si necesitan sustento y si padecen con los golpes.

El fantasma —voz derivada de "fantasía", virtud imaginativa en el hombre—, si real y positivamente se nos ofrece a la vista, se llama "visión". Y aquí el caso de Antonio Costilla, vecino que fué de Fuentes de Ropel, y el muy espantoso de Juan Vázquez de Ayola, estudiante de derecho en Bolonia y antecesor de los amigos "bolonios" que todavía hemos conocido en España, a quien los "bolonienses" dieron una casa de espantos para que él y sus compañeros se hospedaran; y el que aconteció a un caballero principal en un monasterio de monjas, y los que trae Alejandro de Alejandro en sus *Días Geniales* y que sucedieron en sus días, el uno, a unos amigos en los baños medicinales de Cumas, y el otro, al monje que llamaban Tomás, en un monasterio de Luca. Cuentos que pueden ya ponerse junto al de las desventuras de Pánfilo en el *Peregrino* de Lope de Vega.⁴

Los trasgos no son más que unos demonios de andar por casa, y generalmente son dados a burlas y travesuras. La distinción entre brujos, hechiceros y encantadores resulta bastante confusa. Las Lamias y Estrigias vienen a ser unas mujeres endiabladas que participan en las orgías satánicas y hacen toda suerte de crueldades. Los saludadores "a lo que parece tienen gracia particular o don de Dios para curar las mordeduras de los perros rabiosos", tienen en el paladar u otra parte del cuerpo la rueda de Santa Catarina —ya sabemos de qué se trata— y podemos imaginarlos como unos "niños Fidencios" o curanderos empíricos mezclados de mística extravagante. En general, como dice Fray Francisco de Vitoria, "son gente baja, perdida y aun de mal ejemplo", y no se los ha de equiparar con algunos hombres estimables que poseen cierta ingénita facultad curativa, como Pirro el rey epirota que curaba el mal de bazo con el dedo gordo del pie derecho, o el otro rey de Francia que sanaba los lamparones al tacto.

Resulta inútil y enojoso seguir las nociones dispersas sobre demonología que Torquemada esparce en este tratado, así como las historietas de aquellas endemoniadas, visiones fingidas, teo-

⁴ Lope de Vega, *Las aventuras de Pánfilo*, ed. A. Reyes, Madrid, 1920.

ría sobre la posible aparición de los animales que están en el infierno, o las informaciones sobre nigromancia o magia natural—conocimiento lícito de ciertos secretos naturales que cae en aquella zona a la que alguna vez he llamado "ciencia de frontera"—y la otra nigromancia o magia negra que se "ejercita con el saber y ayuda de los demonios". Entre las expediciones aéreas de los hechiceros es notable el cuento del *manto mágico*, asunto "mil y una nochesco" tan popularizado por el cine de nuestros días.

La fortuna y sus mil figuras son asunto del siguiente o cuarto tratado, el cual arranca de una definición aristotélica, pasa por las imágenes con que los antiguos adoraron a ésta que tenían por diosa, y los epítetos y los templos que le consagraron; corrige la confusión posible entre la idea particular y humana de la fortuna y la idea muy general de "caso", que viene a ser todo acaecimiento; y al fin desemboca en las consideraciones concretas, camino del inevitable cuentecito: la fortuna del emperador Claudio y lo que sobrevino a Calígula; la apariencia de entendimiento en algunos casos animales, los perros que un rey albanés ofreció a Alejandro, el perro del rey Lisímaco, el del caballero romano condenado a muerte, el perro Leoncio que pasó a América con los descubridores y que peleaba mejor que veinte cristianos juntos; el Melchorico del Conde de Benavente; y más adelante, el gobierno de las abejas y las hormigas; las providencias con que las grullas se aseguran durante la noche: asuntos muy manoseados en esas enciclopedias populares o *Silvas* que escribían Pero Mejía a lo profano y Granada a lo divino.

Y luego, vuelta al primer tema con Julio César y su fortuna; lo que sobre la fortuna dicen los autores antiguos; que en castellano hay más voces que en otras lenguas para declarar los efectos de la fortuna; "ventura y desventura", derivadas del latín "eventus"; "felicidad, fortuna y caso"; lo que el cristiano ha de entender rectamente por "fortuna", y cómo no cabe hablar de ella en los bienes interiores y espirituales, sino sólo en los exteriores; qué haya de cierto y de imaginado en la fortuna y las falsas adoraciones de los gentiles, y que la verdadera y única fortuna es la providencia divina; el "hado" para Cri-

sipo, Séneca, Virgilio, Boecio, todo ello engaño vulgar como en la historieta de aquel verdugo que disculpaba la vileza de su oficio diciendo que era cosa del hado; incompatibilidad entre las nociones de hado y de libre albedrío; que no hay tal estrella, porque los cuerpos celestiales mal pueden influir en los ánimos, entidades superiores a ellos, o que a lo sumo envían inclinaciones pero no mandatos inapelables, inclinaciones que, a su vez, también pueden provenir de los ángeles y los demonios; aciertos de astrólogos y quiromancianos y por qué suelen equivocarse; la opinión de Aristóteles sobre la Fisonómica o arte de averiguar las condiciones de la persona por su aspecto; influencias, males y pestilencias; Galeno, Avicena, Platón, Calcidio y Aristóteles que acuden aquí con sus luces; Mercurio Trimegisto, Proclo, Averroes otra vez, Plotino y los modernos como Marsilio Ficino, que comparecen en el debate.

Después, se habla de las yerbas Cicuta, Mandrágora, Ballestera, Escamónea, Turbit y Agárico; y de los provechos de la culebra y la víbora y cómo se los ha de usar y aplicar.

... Pero ¿dónde quedó ya la fortuna? Perdida, como de costumbre, en la selva oscura de los diálogos.

Y, con los tratados quinto y sexto, llegamos nada menos que a las tierras septentrionales. El enigma del día y la noche de seis meses, en las regiones polares, lleva a descubrir puntos de geografía y cosmografía. "... Todos los que han escrito, llegando a poner los términos de Europa por la parte del Septentrión, se contentan con decir que son el río Tanáis y la laguna Meotis, y algunos señalan también los Montes Rifeos, sin entenderlo ni alegar causa. Y los que esto dicen no tratan de la tierra que se alarga y va siguiendo por la costa de la mar a la mano siniestra, hacia el Occidente, y también por dentro de la misma tierra, pasando el reino de Noruega y otras muchas provincias y reinos. Porque ni saben qué tierra es, ni dónde va a parar o en qué parte tiene su fin, ni a dónde se torna a juntar con la tierra de que tienen noticia. Y ésta no se puede atribuir a la parte de Europa, pues va continuándose y siguiendo los términos de ella".

Tales son, pues, las lejanías en que andamos. De las cinco partes de la esfera, "hasta nuestros tiempos nunca se supo ni

entendió que ninguna de las otras zonas o partes de la tierra fuesen habitadas", sino la templada que corresponde a Asia, Africa superior y Europa. Los antiguos ni siquiera se percataron de que la Arabia Felix, la Etiopía, la costa de Guinea, "Calicud", Malaca, la Trapobana y el Gatigara y otras muchas tierras ya entonces averiguadas estaban debajo de la zona tórrida. Y todavía el Comendador Griego, en sus comentarios a las *Trescientas* de Juan de Mena, viene a decir que la otra zona templada y también habitable nunca será conocida, porque la zona tórrida hace infranqueable el camino hacia esos hombres llamados "Antitones".

San Agustín, Lactancio Firmiano, Sinforiano Campegio, Plinio, opinan sobre los antípodos. Se explica lo que es el zenit, los periosceos, anfiosceos y eterosceos; se declara, en principio, la habitabilidad de todo el mundo; se rinde homenaje a Tolomeo, aunque desde luego ahora se sabe ya mucho más que él sobre las tierras árticas; se recuerda a Estrabón y su mapa del mundo; se cuenta la fábula de Oricia y el Bóreas; desfilan los Arimaspos, los Rifeos y el Pteroforión o zona que parece de plumas por la nieve que la cubre toda; y en fin, las oscuras moradas del Aquilón.

Los hiperbóreos y sus largos soles y noches, sus raras y felices costumbres, su clima templado y saludable, según Solino, Pomponio Mela, Diódoro, Macrobio y el alemán Jacobo Ziegler, son largamente discutidos. . . ¡Y pensar que el masaliota o marsellés Piteas, matemático reputado del siglo de Alejandro, perdió todo su crédito y sentó fama de charlatán por haber contado su viaje de Britania a Jutlandia, las islas Orcadas y Shetland, y haberse esforzado por mostrar que en aquellas tierras no había nada sobrenatural y los hombres eran como todos! Nunca se lo perdonó la sed supersticiosa del pueblo.

Los inviernos de aquellas tierras no resultan tan extremosos a sus naturales como lo serían, por ejemplo, para un viajero recién trasladado desde Etiopía o Egipto. Además de que en el mar hay unas cuevas, debajo de las montañas litorales, "donde se recoge el calor tanto más cuanto la frialdad es mayor, y en la tierra hizo (la naturaleza) valles contrarios al Septentrión, donde (los habitantes) se amparen de los vientos y frialdades".

Por las páginas del viejo libro desfilan las imágenes de la mar helada, sobre la cual se libran fácilmente las batallas de los hiperbóreos, y que detiene las empresas de los navíos; la Curlandia y la Livonia sármatas que se van prolongando hacia el norte apenas vislumbrado; los pueblos de Parigitas y Cárcotas, blanquísimos de color y no muy dotados de entendimiento; la Escamia y la Dacia, la llamada Gocia Occidental más allá de las provincias de Suecia; la Gocia Meridional; Noruega y la costa que se extiende hasta la isla de Tile y se junta con Grouelandt y con Engrouelandt; las frías Pilapia y Vilapia donde ya el día dura un mes, pobladas de cruelísima gente y donde suelen aparecer espíritus formados de aire; los pigmeos ictiófagos (acaso esquimales) que bogan en naves de cuero; y la incierta región que sigue por todo el Occidente hasta dar la vuelta por el Oriente—ignorada hasta del autorizado Gemmafrigio—la cual acaso cruza toda aquella Escitia Postrera que da la espalda a los Hiperbóreos.

Al norte de este casquete polar, como trae al Bachiller Enciso en su *Cosmografía*, los días y las noches van aumentando según los grados, "hasta donde no hay más de un día y una noche en un año". Y en adelante, poco se diferencian ya la noche y el día, y hay una claridad mortecina o crepúsculo constante. La tierra que hay desde el límite del día de veinticuatro horas—isla de Tile—hasta el largo día polar, toda ella es habitada, y allá en el extremo la gente septentrional contempla una turbia imagen del sol que casi se pasea en redondo de los horizontes. Así, por ejemplo, en Pila Pilánter y Euge Velánter (¿acaso Pilapia y Vilapia?), donde ya los días alcanzan dos meses y medio, hay unos moradores que luchan por aprovechar el agua de los ríos, siempre helados, y suelen esperar unas manadas como de grandes osos blancos que entran fácilmente debajo de los témpanos y los van rompiendo con las uñas para ir dando caza a los peces que se crían en las profundidades más templadas.

Oloa Magno, Arzobispo de Upsala, natural de Gocia, cuenta de los de Laponia y Botnia, los irlandeses y los de Biarmia que tienen la noche de medio año; los de Elfingua y Angermania, los suecos y noruegos, cuya noche es de cinco meses; los de Gocia, Moscovia, Rusia y Livonia, para quienes hay tres

meses de noche. Es de creer que el camino al norte era en otro tiempo más accesible, pues que los antiguos afirman que desde allá venían doncellas vírgenes a traer las primicias hasta el templo de Apolo en Delos, en el corazón del Mar Egeo. Y muchos reyes y príncipes se han esforzado hasta hoy en vano por conquistar las remotas marcas del Septentrión.

Revuélvense las opiniones en materia donde ya todo es conjetura. Quién acaba en Moscovia como Paulo Jovio, y quién llega hasta la Aganágora asiática, que cae allende el Maremagnum. Unos buscan por allá el Paraíso; otros hablan de unos grandes circos de montañas que encierran olvidados pueblos de judíos. Y los que quieren medir el mundo enloquecen, y tendrían que rodear mucho más de las 14,000 leguas que anduvo la nave "Vitoria", varada en las atarazanas de Sevilla. Y si es verdad, como quiere entre otros Pomponio Mela, que una nave de la India llegó hasta Suecia bajo el Procónsul Quinto Metelo, será que la mar helada se deshíela parte del año. Y a poco que sigamos hurgando, caeremos en aquellas fábulas que el Sileno contaba al Rey Midas, sobre una inmensa tierra desconocida, poblada de hombres gigantescos que viven una vida doble de la nuestra, que habitan en grandes ciudades, siendo las principales Maquino, que quiere decir "batalladora" y siempre está empeñada en guerras y en ambiciones imperiales, y Edeso, que significa "la piadosa", donde se vive en perpetua paz y los frutos de la tierra se dan sin arar ni sembrar. Y sabréis que muy cerca habitan los Méropes, en un lugar llamado Anostum o "tierra de irás y no volverás", donde fluyen el río del deleite y el río de la tristeza.

A lo que Torquemada no parece prestar mayor crédito es a la historia de los "nahuales", aquellos hombres que durante ciertos meses se convierten en lobos, tema del "lobishome" o "loup-garou" que ha dado la vuelta a la tierra. En cambio lo seduce la descripción de la provincia de Biarmia que ha encontrado en Olao Magno y en que se detiene con complacencia; singulares y felices Batuecas septentrionales alejadas del resto del mundo por el clima y la geografía, donde se dan los útiles y ligeros rangíferos, grandes bosques, abundancia de pastos.

El rey Otero, de Suecia, partió un día hacia allá a lomos de un onagro doméstico en busca del sátiro Memingo y sus nombradas riquezas, y regresó cargado de bienes. La vida es allá tan saludable que los hombres se cansan de tanto vivir y un día se suicidan arrojándose al mar. Casi todos son nigromantes, y no necesitan hacer verdaderas guerras a los pueblos vecinos, sino que los dominan con encantamientos y catástrofes naturales —antecedentes de nuestra bomba atómica—, como lo probó el ambicioso Regumero, rey de Dacia, primero sitiado por las inundaciones y luego abrasado por verdaderas ondas de fuego.

Después de Biarmia está Finmarquia. Allí la pesca enfriada al aire se conserva por unos diez años; el día dura desde las Calendas de abril hasta los Idus de septiembre; no se ven estrellas desde principios de mayo a principios de agosto, sino solamente la luna que ronda por todo el horizonte, enorme y encendida. Más lejos, aparece todavía la Escrifinia, de que sólo sabemos que los habitantes saltan ligeramente entre los hielos con ayuda de unas garrochas. Y, en fin, hay muchos otros lugares de exquisitos nombres, entre los cuales algunos —por raro caso— ofrecen de repente un clima templado. Y es de creer que algo semejante acontezca al otro extremo del eje terrestre, en el Polo Antártico, aunque Magallanes no llegó adonde crecen los días y las noches. Y es singular advertir que en el sur las nieves no eran blancas, sino de un clarísimo azul que se confundía con el cielo.

Torquemada consagra el último tratado a ciertas singularidades de las tierras septentrionales, como son los gigantes. Por cierto que hay algunos famosos —Arteno, Estancátero, Angrimo y Arvedoro— capaces de alzar un buey. Las mujeres son en proporción, y a alguna se ha visto levantar en vilo con una mano a un caballo con su jinete armado, y arrojarlos por el suelo como a un juguete. La nieve es perpetua. El viento cierto es a veces huracanado, arranca árboles y junta las piedras en montañas. En el mar Bótnico, suele alzar las naves por los aires. Levanta las casas, los techos de los templos cargados de plomo y otros metales. No deja crecer árboles en ciertas regiones. Los mancebos construyen castillos de hielo y se ejercitan en defenderlos y atacarlos. Sobre los lagos helados se hacen maniobras y escaramuzas a caballo. Los caballos van

herrados de modo de no resbalar, y a la cuenta —aunque nada se nos dice al respecto— también serán caballos gigantes. Los lagos helados son también lugares de ferias, ferias ostentosas y maravillosas acaso instituídas por Disa, reina de Suecia. El inmenso Lago Blanco es otro Mar Caspio. En el lago Véner —dentro del cual hay islas, ciudades, villas, fortalezas e iglesias y monasterios cristianos— entran veinticuatro ríos caudales, que sólo tienen una sola y estruendosísima salida, llamada Trolleta, que quiere decir Cabeza de Demonio. Hay también el lago Méler cuyas riberas, entre Gocia y Suecia, son metalíferas; y el Véther, de aguas tan transparentes que se ven las guijas del fondo. Por allí fué donde el nigromante Catillo, herido por la ingratitud de Gilberto, su discípulo, lo dejó ligado de pies y manos sin cadena ninguna, y encerrado en una cueva, donde siempre se conserva vivo y lo visitaban los "turistas", cuidando de bajar a la cueva con un ovillo que iban des- enredando para no perderse al regreso. Pero la cueva era tan helada y pestilente, que muchos salían casi moribundos, y hubo que prohibir las visitas.

Por lo demás, en aquellas tierras andan sueltos los demonios, y es de creer que de allá venga un día el Anticristo. Los nigromantes son tan expertos que venden a los navegantes los vientos prósperos, desatándolos de una cuerda donde los traen anudados. Eurico, el rey de Suecia, fué nigromante de gran renombre, casi por los días de Torquemada; sujetaba a los demonios, y mandaba a los vientos según el modo como se acomodaba el bonete. Su yerno Regnero, rey de Dacia, siempre contó con vientos favorables en sus campañas marítimas. Y Agaberta, la hija del gigante Vagnosto, nunca se dejaba ver en igual apariencia, nueva Urganda la Desconocida, y oscurecía a voluntad el sol y las estrellas, allanaba sierras, trastornaba montes, descuajaba los bosques, y otros primores por el estilo. Otro tanto hacía Graca Novergiana. Y el Rey Íffroto murió corneado por una vaca que era otra encantadora. Hollero, Othino —amigo del Rey Hadingo y enemigo del rey Haquino—, son los nombres de otros encantadores famosos.

Abundan las montañas espantables, llenas de temerosos ruidos y pobladas de aves negras que cubren el sol formando nubes, parientas nórdicas de las Simplégadas que ponían espan-

to a la gente de Jason cuando surcaba en el "Argo" las aguas del Mar Negro, y de Escila y Caribdis que el arrojado Ulises logró salvar trabajosamente. A cuento viene el recuerdo de cierta cueva de Esmellen, en Viburgo de Moscovia, de donde sale tan tremendo estampido, en cuanto entra en ella un animal, que suele matar a cuantos lo escuchan y no lo igualarían tres mil tiros gruesos de artillería. Antonio explica que, a veces, el aire encerrado bajo los carámbanos y hielos suele producir truenos en los lagos. Y más adelante, a su modo, —que es algo confuso— presenta la manera y uso del "ski". (Entiendo que la pronunciación original de esta voz escandinava debe ser "shi", pero es tarde para remediarlo). El "ski" hace aquí su aparición en la literatura española. La descripción del trineo, por comparación con los carros del trillo, es mucho más afortunada. Y se habla también de los zapatos con clavos de hierro y las "raquetas" forradas de cuero, o de los rangíferos de montura y de tiro.

Se explican las muchas utilidades de estos animales, y también de los onagros, enemigos de los lobos, y cómo los lobos son la plaga de aquellas tierras. Se cuenta de los osos blancos, de las liebres septentrionales que mudan el color del pelo con la estación y que, comidas por las mujeres, producen los hijos leporinos; de las raposas de diverso pelaje, los gulones de estimadas pieles y la manera de cazarlos, los tigres y martas "zebellinas"; los linces de penetrante mirada que transparentan un muro con la vista, los carneros con ocho cuernos de Groenlandia, y otras curiosidades zoológicas.

Entre ellas descuella un pez llamado por antonomasia "el monstruo", de cincuenta codos, la cabeza cuadrada, tan grande como la mitad de su cuerpo y llena de cuernos mayores que los del buey. Los enormes ojos relucen de noche como hornos. Los dientes son grandes y agudos. La cola hendida. El cuerpo, cubierto de pelos ásperos que parecen alas de pato desplumadas. El color, negro como azabache. Su ferocidad y poder son tales que echa a pique las embarcaciones.

Hay otra bestia marina llamada "el Fisiter" todavía más horrible y temible, que arroja columnas de agua por las narices, cuyas fosas tiene arriba de la frente, causando verdaderas trombas que hunden a los navíos, cuando no los hunde de una

coleada. Por suerte, se le ahuyenta con el son de las trompetas y los cañonazos. De estos fisiteres apareció uno camino de la India cerca del cabo de Buena Esperanza, a un galeón en que navegaba Ruibaz Pereyra.

Las ballenas de que se nos habla son naturalmente gigantes, y su enemigo natural es la "Orca" que, fiera y ligera, las acomete y las rasga por el vientre. No faltan menciones de las ballenas que algunos navegantes abordan, tomándolas por islas, de que algo sabemos por Simbad el Marino.

La Antuerpia es un jabalí marino de que se vió uno el año de 37. Y el propio año, el Mar Tinemuto, según Olao Magno, echó en la ribera una bestia de monstruosidad nunca vista. "Tenía en largo noventa codos, y la anchura del vientre al espinazo era de cuarenta. La abertura de la boca era de dieciocho pies, y la cabeza ocupaba tanto como una grande encina. Y, lo que más era de maravillar, que se mostraban en su pescuezo treinta gargantas o tragaderos: los cinco eran grandes, y los otros, más pequeños. Y el vientre no era todo uno, sino dividido en tres, que abiertos parecían tres profundas cuevas. En los lados, estaban dos conchas tan grandes y gruesas, que diez bueyes apenas movieran una de ellas. Las costillas eran treinta de cada parte, como grandísimas vigas. La lengua era de veinte pies de largo. El espacio que había entre un ojo y otro era de nueve palmos; pero teníanlos tan pequeños, y también las narices, que apenas se parecían encima de la cabeza. Estaban abiertos dos grandes agujeros que venían a dar en el paladar, por donde se creía que debía de echar muy gran cantidad de agua, de la manera que el fisiter. No tenía dientes ningunos, y el miembro genital era de una grandeza increíble".

El Monóceros es un enorme pez, armado de un cuerno en la frente, suerte de rinoceronte acuático. El Pez-Sierra abre las naves por debajo. Y la Jifa tiene por boca una caverna, ojos furibundos, espinazo filoso como una espada. Las Rayas salvan a los náufragos, metiéndose debajo de ellos, y los defienden contra las otras bestias marinas. El Rososmaro, grande como elefante, con una cabeza como de buey, de pellejo pardo y púas ásperas, sale a la ribera y gusta de pacer la yerba de agua dulce; y luego se queda tan profundamente dormido en las peñas, que se lo puede atar o ligar con maromas sin que se despierte, y rematarlo de lejos con arcabuces y ballestas. Sus

huesos son de marfil. También hay caballos, liebres, lobos y ratones que lo mismo viven en tierra que en agua.

De paso, averiguamos que en las Indias Occidentales hay un pez pequeño, llamado Cazador, que se deja amansar y se usa para atrapar otros peces, como los halcones y azores en la caza de volatería; y que en la isla de Santo Domingo, los primeros conquistadores echaron a un lago un pez vivo que habían traído del mar. El pez creció tanto que alcanzó el tamaño de un caballo, y era manso y acudía a la orilla cuando lo llamaban por un nombre que le pusieron; comía en la mano de los vecinos, sobre todo de los naturales, pues tenía inquina a los españoles desde que uno le arrojó una lanzada. A veces, paseaba a los muchachos sobre el lomo por todo el lago. Cierta día hubo una creciente, rebosó el lago, y el pez se deslizó tranquilamente hasta el mar y nunca más se lo volvió a ver.

Antonio se alarga luego sobre las pesquerías y condiciones del suelo en la provincia de Botnia —donde no se da animal ponzoñoso—; sobre la feria del pescado en Torna, Laponia, Finlandia; y hace una detenida descripción del Castillo Nuevo del rey, en el límite de los dominios noruegos, a lo alto de una peña bañada por el Río Negro, el cual descende de los Montes Aquilonares, desde el Lago Blanco. Los salmones de este río y los "trevios", negros en invierno y blancos en estío, dan una grasa cuya propiedad es atraer el oro de los veneros fluviales. Hay una fantasma que flota sobre el Río Negro, tañendo una vihuela. Cuando se oyen por las orillas sonos de trompas y atabales, se aproxima alguna gran desgracia para una persona real o principal. Nos sentimos transportados ya al Castillo de Elsinor y a las visiones del *Hamlet*.

Luego, Antonio trata de las aves pluviales, así llamadas porque anuncian las lluvias, y cuyos plumajes mudan los colores con la estación; de los halcones septentrionales, más tarde cantados por Górgora; de las distintas familias de cuervos y sus enemigos, las plateas; los ánades bravos y mansos, y los ánades, de que algunos —según nuestra autoridad, que es Olao Magno— nacen de las hojas de los árboles, asistidas por la humedad; como también sucede en Escocia, donde hay unos ánades que pescan para los soldados de cierta fortaleza.

Las serpientes, en general, son las que comúnmente se crían también en tierras cálidas: áspides, cuya terrible mordedura se alivia con el ajo; Silbadoras, que saltan y escupen el veneno, produciendo una quemadura donde cae; la Anfisbuena de dos cabezas, una en cada cabo, que lo mismo anda para uno que para otro lado; las serpientes que viven en manada y tienen un rey; las culebras inofensivas, singularmente en el Perú; otras de colores y belleza maravillosas; y en fin, la Gran Serpiente de Mar que ataca los navíos: tema folklórico que ha llegado hasta nuestros tiempos, legando su nombre a los embustes que los grandes diarios europeos solían publicar para animar los mortecinos veranos, en que se paraba la vida pública por ausencia de las cortes.

Los robustos bosques dan madera en abundancia para los barcos. El sagrado Betulnio conserva el follaje todo el año, y en sus raíces da abrigo a las friolentas serpientes.

Desde Noruega a los Hiperbóreos, la gente es cristiana, o de la confesión griega o de la católica; aunque las herejías de Alemania no han podido menos de deslizarse por aquellos pueblos. El Emperador de los Rusianos es un gran señor, y posee tantas provincias y reinos que los títulos de sus cartas ocupan larguísimo trecho. Con todo, los bravos e indomables finos o fineses logran tenerlo a raya, y aun arriesgan hasta sus dominios una que otra correría. La nación cristiana más próxima al Polo Artico es la de Rusianos y Moscovitas. Sus tratos mercantiles con los Tártaros y la crueldad proverbial de sus monarcas, uno de los cuales mandó clavarle el bonete en la cabeza a cierto Embajador de Italia que —siguiendo su costumbre doméstica— no se descubrió a su presencia, arrancan a Antonio estas palabras: "Son estos moscovitas astutos, sagaces, hombres que guardan mal su palabra, y sobre todo, son crueles".

Las tierras del Labrador y de Bacalaos, recién descubiertas y que contratan la pesca con España, tal vez sean algunas de estas provincias que caen por los extremos del Norte; aunque Antonio no lo sabe de fijo, por la confusión que engendran los constantes cambios de nombres. Y es lástima que los rigores del frío detengan a los misioneros, pues sin esto, todos aquellos países serían cristianos. Gente hay que baja treinta y cuarenta leguas sólo para bautizar a sus hijos en la primera iglesia.

Este es, en suma, el embusterísimo libro de este equívoco autor a quien el licenciado Pero Pérez ha condenado en el *Quijote*: imagen de la tierra nórdica, deformada y sin perspectiva, como se miran los aposentos en una esfera de cristal. Al tiempo de despedirse los tres amigos, Bernardo exclama, satisfecho:

—Brevemente hemos rodeado el mundo.

V

¡AH! Pero aún nos falta declarar lo más curioso del caso. Usando de las intachables libertades artísticas, o por mejor decir, de las leyes que a cada género corresponden, Cervantes hace que el Cura mande quemar el *Olivante de Laura* en el *Quijote*, y deja entender que lo propio haría con el *Jardín de flores curiosas* si lo hubiera a la mano, confundiendo así a Torquemada entre la caterva de los autores que trastornaron el juicio del pobre y discreto caballero. Pero, por su parte y para su regocijo personal, Cervantes lee y relee el *Jardín de flores*, y más que eso: lo utiliza como fuente de información para esa fantástica obra de su vejez, aquélla cuyo prólogo escribió "puesto ya el pie en el estribo", los trabajos de *Persiles y Sigismunda*, *Historia Septentrional*.

En su discurso sobre la *Cultura literaria de Miguel de Cervantes* (1905), ya decía Menéndez y Pelayo: "Mucho más de personal hay en la obra de la vejez de Cervantes, en el *Persiles*, cuyo valor estético no ha sido rectamente apreciado aún, y que contiene en la segunda mitad algunas de las mejores páginas que escribió su autor. Pero hasta que pone el pie en terreno conocido y recobra todas sus ventajas, los personajes desfilan ante nosotros como legión de sombras, moviéndose entre las nieblas de una geografía desatinada y fantástica, que parece aprendida en libros tales como el *Jardín de flores curiosas*, de Antonio de Torquemada".

El descubrimiento de esta influencia acaso se debe a Ticknor, quien ya la señala en 1849. Schevill y Bonilla establecen la utilización que Cervantes hizo de Torquemada en ciertos pasajes de su novela, y advierten que no siempre es fácil averiguar lo que tomaba de Olao Magno —a través de las versiones

de los hermanos Zeni— y lo que tomaba directamente de Torquemada. Cervantes aprovecha a un tiempo varios estambres, y los entreteje y compone a su manera, como hacen todos los artistas. El tapiz volador del *Persiles* (I, viii), que ya usaba nuestro viejo amigo el Príncipe Hussain en las noches árabes, también aparece, como hemos visto, en el *Jardín* de Torquemada (III) y es ya tema popular europeo. Sobre la "lycantropía" o transformación de hombres en lobos (*Pers.*, I, VIII), posible es que Cervantes haya seguido más de cerca a Torquemada y sus descripciones de Noruega. Respecto a los pájaros llamados en el *Persiles* "barnaclas", que nacen en Ibernia e Irlanda (I, XII), es lícito referirse a las "aves que se engendran en las superfluidades del agua que se junta en la madera", de que nos habla Torquemada (II), y a los ánades y ánsares de que nos cuenta más adelante (VI). Los monstruosos peces que, en el *Persiles*, tienen nombre de "náufragos" (II, XV) nos remiten al "fisiter" y demás engendros marítimos que, tomándolos de Olao Magno, Torquemada pinta en el *Jardín* (VI). Y lo propio cabe decir de los "skís" o "skíes" (*Pers.*, II, XVIII), deporte septentrional a que Cervantes da el marchamo en nuestras letras; aunque probablemente, respecto a este punto y a los medios de transporte sobre el hielo de los escandinavos, la confusa descripción de Torquemada lo indujo a ciertas incomprendiones. Cervantes, además, parece haber visto en Olao Magno los dibujos que representan a los patinadores con un pie en el aire, de donde supuso que los maravillosos septentrionales "caminaban sobre un solo pie".⁵

En su estudio sobre *El pensamiento de Cervantes*, finalmente, Américo Castro hace sentir la familiaridad de Cervantes con el *Jardín de flores* de Torquemada, no sólo en estos puntos menores, sino en algunas consideraciones filosóficas donde parece recordarlo.

Pero bien está que Cervantes, hombre de ánimo sereno y firme, se permita aprovechar para sus fantasías a estos tan fantásticos autores. No por eso va a consentir que siga leyéndolos y trastornándose más con ellos el viejo hidalgo de la

⁵ Consúltase el tomo I del *Persiles y Sigismunda*, Obras Completas de Cervantes, texto y notas de R. Schevill y A. Bonilla, Madrid, B. Rodríguez, 1914.

Mancha. ¡Cómo tendría el pobre la cabeza! Sin duda como la tenía Colón con la *Imago Mundi* del Cardenal Aliaco y otros libros *ejusdem farinae*. no menos quiméricos y embusteros. Y sin ellos, ni Colón se hubiera lanzado a la locura que lo llevó al descubrimiento de las Indias Occidentales, ni Don Quijote hubiera salido jamás a enderezar tuertos y a deshacer agravios.

A esto, se dejan oír unas voces que nos devuelven al escenario en que se lleva a cabo el famoso escrutinio de los libros de Don Quijote. . . Es él, que ya se ha despertado y, levantado de la cama, da cuchilladas y reveses por todas partes en una imaginaria batalla. Cura y Barbero, Ama y Sobrina acuden rápidamente a calmarlo, y echan apresuradamente al fuego todos los libros que quedaban ¡ay!, entre los cuales se fueron muchos sin ser vistos ni oídos.

México, 6 de octubre, de 1947.

LA HISTORIOGRAFIA DEL SIGLO XVI SOBRE COLON Y LA "VIDA DEL ALMIRANTE" DE SU HIJO HERNANDO

EN el siglo XVI florece un peculiar género historiográfico: el de las narraciones espontáneas y directas de sucesos, bien en la forma de historias propiamente dichas, bien, más a menudo, en la de meras relaciones. Podría omitirse, por obvio, que fueron las acciones y empresas desarrolladas en el Nuevo Continente las que ocasionaron tal florecimiento. Por diversas causas —informar y justificar, principalmente—, formaron legión los que se creyeron obligados a referir cómo ocurrieron ciertos hechos o se produjeron ciertos acontecimientos.

Ninguna literatura histórica más abundante. Las relaciones, casi siempre en la modalidad de carta, y con muy varia extensión, atiborran el Archivo de Indias y no dejan de ser numerosas en algunos archivos americanos. No son propiamente historias. Pero de tal manera se compenetran, como forma de literatura histórica, con la naturaleza de las nuevas gestas, que las obras a que se concede el rango de historias, y dentro de él lugar preeminente, son en todo, o en su mayor parte, verdaderas relaciones. ¿No ocurre así con la "Historia general y natural de las Indias", de Fernández de Oviedo, con la "Historia general de las Indias", del P. las Casas, con la "Historia verdadera de la conquista de la Nueva España", de Bernal Díaz, con la "Historia del Perú", de Diego Fernández...? ¿No estriba el principal valor de estas obras en las relaciones que contienen, en su condición de documento vivo, de testimonio directo? El historiador que reconstruye el pasado a base de documentos y de la tradición oral es casi completamente reemplazado en los orígenes de Hispanoamérica por el historiador que trata de transmitir las imágenes, juicios e ideas que él mismo tiene del pasado como testigo—casi siempre participante. El genuino historiador de los días del descubrimiento y la conquista es el testigo, el hombre que conoce escenario y personajes e interviene en el drama o lo presencia. Los historiadores que, como Pedro Mártir, se hallaron distantes, en otro orbe, o los que, como Gomara, llegaron después, terminados los sucesos, y sólo supieron de ellos por

lecturas de documentos o "de oídas", no son los historiadores más representativos de la época, ni sus historias tan valiosas como las de los testigos o participantes.

Pues bien, ese fruto histórico tan abundante en el siglo xvi no quiso ofrecerse sino parcamente dos lustros antes, y a causa de ello no anda muy sobrada de información directa la gesta del Almirante. El acaso, que colocó junto a Magallanes y Elcano un Pigafeta, junto a Pedrarias un Fernández de Oviedo, junto a Cortés un Bernal Díaz y junto a Pizarro un Cieza de León, desasistió a Cristóbal Colón de otra pluma de testigo o participante que no fuese la suya propia. Y ya conocemos las enormes lagunas y vacíos que esa pluma dejó.

El mismo descubridor inicia y cierra el ciclo de su historiografía sin intermediarios. Si se prescinde de lo que en sus cartas puede considerarse como relación, el Almirante queda al margen de aquella historiografía primitiva de Indias que caracterizamos como hija del testimonio directo. Respecto de las fuentes históricas sobre Colón, hay que lamentar, pues, por lo sensible, esa falta de relaciones de viajes y descubrimientos, de manejo de las cosas y gobierno de los hombres, hechas por testigos-participantes de sus empresas.

Si le faltaron al genovés historiadores directos, testigos de sus proezas, no le faltaron en cambio historiadores indirectos. Y lo que el azar le negó por un lado, se lo acordó pródigamente por otro: lejanos—en la Península—pero contemporáneos, o próximos—en América—pero posteriores, tuvo Colón no pocos historiadores notables entre los que escribieron a fines del xv y principios y mediados del xvi. Los más famosos fueron el Cura de los Palacios, Andrés Bernáldez, y Pedro Mártir de Angleria, entre los que no atravesaron el Atlántico, y Fernández de Oviedo y Bartolomé de las Casas, entre los que residieron en el Nuevo Mundo.

Bernaldez y Pedro Mártir conocieron y trataron al Almirante, escudriñaron multitud de documentos relativos al mismo y recogieron copiosa información fresca de sus compañeros de viajes y peripecias—sobre todo el humanista, a quien la avidez de noticias le lleva a buscarlas a todas partes. Fernández Oviedo y las Casas siguen en América la huella todavía caliente del descubridor, departen con los viejos colonos que le conocieron, se percatan de las dificultades que arrojó y palpan los resultados de su obra. Con los dos últimos historiadores cabe completar a los dos primeros. Pero con ninguno es posible llenar los huecos que en la historia de Colón deja la falta

de testimonio directo que no proceda del mismo actor principal de los acontecimientos.

Esta particularidad de la historiografía colombina obliga a conceder gran importancia a una obra, criatura sin duda de la ocasión: a la "Historia del Almirante" ("Vida del Almirante", según la nueva —y acertada— versión que del título nos da el Prof. Ramón Iglesia), escrita por su hijo Hernando con fines más que nada apoloéticos. Pues la importancia le viene de su contribución a suplir aquella falta, aunque tal contribución no sea precisamente voluminosa.

Hernando Colón reúne las circunstancias que concurren en los dos grupos de historiadores señalados antes: como Bernáldez y Pedro Mártir, conoció y trató al Almirante y, como Fernández de Oviedo y las Casas, tuvo contactos más o menos largos con la realidad americana. Pero ninguna de estas circunstancias se dan en él plenamente: en primer término, no pudo conocer mucho a su padre quien se crió lejos de él, sólo le acompañó en un viaje—entre los 14 y los 16 años— y le veía morir cuando apenas contaba 18; en segundo término, no pudo franqueársele abiertamente la realidad americana a quien sólo participó siendo todavía niño en una expedición y luego residió breves meses en la isla de Santo Domingo.

El testigo directo y el conocedor de la realidad americana se esfuman casi. Quedan el poseedor, o conocedor, de importantes documentos familiares y el depositario de vivas tradiciones colombinas; y junto a ellos, el humanista fervoroso, provisto del herramental necesario para tratar y comentar de manera erudita los principales temas de la época.

SOBRE pocas obras se ha escrito y discutido más que sobre esta biografía del Almirante. Se ha negado su autenticidad, se ha puesto en tela de juicio muchos de sus datos, se la ha considerado como apasionada réplica de ataques francos o taimados a la memoria del glorioso navegante, o como defensa de intereses familiares, etc.

No se descubren motivos para poner en duda la autenticidad de la obra; como no sea los que apunta el Prof. Iglesia en el prólogo de la nueva edición: los de lucirse o descollar, o de apurar hasta extremos de morbosa aberración la crítica. Todo el escrito transpira autenticidad, y es precisamente la autenticidad la que le resta valor objetivo. Pues por ser parto de una mente acalorada —y también envenenada— por el choque constante con quienes, legítima o ilegítimamente, noble o arteramente, herían vivísimos sentimientos y des-

vanecían esperanzas de inmensa fortuna, tuvo que ser parcial y beligerante, tuvo que extremar el elogio, desfigurar o paliar defectos o flaquezas, desorbitar derechos, etc.

No carece, por lo tanto, de razón la crítica al señalar el carácter panegírico y apologético de la "Vida del Almirante". Entendámonos: tiene razón al señalar ese carácter, mas no al reprochar al autor por habérselo dado, y menos al negar o regatear, por dicho motivo, méritos a la obra. Por apasionadas o faltas de objetividad habría que recusar todas, o casi todas, las historias y relaciones primitivas de Indias escritas por contemporáneos de los sucesos. Lo que no obsta para que nos sirvamos abundantemente de ellas y las consideremos como magníficas canteras de datos. Y es que a la crítica corresponde discernir lo que la pasión y el prejuicio añaden o quitan, cribar en los cedazos de la objetividad—siempre relativa—datos y hechos, mas no poner a los escritos históricos sambenitos que los desacrediten o marbetes de clasificación rígida con que se prevenga contra ellos a quienes buscan indicaciones para guía de estudios. El historiador crítico, a nuestro modesto entender, debe cuidarse de emitir juicios generales demasiado absolutos o categóricos—que a veces pueden alejar a los lectores de fuentes valiosas de información—limitándose más que a nada a llamar la atención sobre los datos verídicos y los elementos o materiales aprovechables de obras, documentos, etc. Y quíerese o no, el historiador crítico de nuestros días, si procede de tal manera, tendrá que denunciar la existencia de datos verídicos y elementos o materiales aprovechables en la "Vida del Almirante". Tendrá que ser así porque no en balde—debido a lo que señalamos antes—las cartas de Cristóbal Colón y la biografía que de él nos legó su hijo constituyen las principales y más autorizadas fuentes de la historia del descubridor de América.

LA "Vida del Almirante" es en parte historia documental y en parte relación de testigo-participante, según lo declara el mismo autor en el proemio: "prometo recoger lo que a su vida e historia [de don Cristóbal] se refiere exclusivamente de los escritos y cartas que quedaron del mismo Almirante, y de aquello en que me encontré presente". Como Hernando sólo se halló presente en el cuarto viaje de su padre (mayo de 1502 a noviembre de 1504), la mayor parte de la biografía se basa en documentos y en la tradición oral, a la que no se refiere el autor en aquella declaración, pero de la que se valió no poco, teniendo esa tradición la ventaja de ser inmediata y fresca.

El fin apologético que persigue la "Vida del Almirante" reduce mucho su material informativo. El historiador que busque en ella *todas* las noticias seguramente conocidas por don Hernando, se sentirá profundamente defraudado; pues en los puntos que no se contraen al fin perseguido, tendrá que conformarse las más de las veces con las que el segundo de los vástagos del Almirante suministra con cuenta gotas.

De esta contracción del campo histórico no es sólo responsable el propósito central del autor, sino también las ideas que sobre los ejes de la construcción histórica tenían los humanistas. Lo advierte muy oportunamente el Sr. Iglesia: el culto al héroe que aquellos profesaban convertía en pivotes del mecanismo histórico a los genios o superhombres, a los autores de proezas o hazañas inigualadas; en torno de ellos giraba todo, la vida actual y el relato histórico, y, por consiguiente, sobre ellos había de fijarse casi exclusivamente la atención del narrador. Desde todos los ángulos se enfocarían los proyectores sobre el actor principal, quedando los demás personajes en la penumbra o en la oscuridad. Naturalmente; más que nadie había de exagerar en esta unilateralidad don Hernando, en quien el culto al héroe propio del humanista concurría con el amor y la devoción a un glorioso padre. (Véase si no, los extremos ridículos en que incurre en el capítulo 1 de la "Vida del Almirante", al tratar del origen y nombre de su progenitor; extremos, por lo demás, en que otros caían con menos motivos).

Pero ni esta circunstancia, ni las otras indicadas antes—referentes al testimonio directo y al conocimiento de la realidad americana—, desvisten completamente de méritos a la obra de Hernando Colón; y mucho menos pueden servir como base de un juicio general adverso o desfavorable. Aparentemente, aquello de que carece se ostenta como motivo de juicios de tal género; pero el verdadero motivo de ellos más parece que sea una curiosa especie de resentimiento profesional: historiadores obcecados, hipercelosos, enconchados en la especialidad, habrían descendido hasta el ensañamiento crítico contra Hernando a causa de que éste dejó inéditos preciosos datos que *pudo y debió* transmitir a la posteridad.

De todas maneras—aun admitiendo el pecado por omisión—, el balance de lo que el bibliófilo sevillano nos legó con su "Vida del Almirante" siempre arrojará un gran saldo positivo a su favor: documentos desconocidos, una jugosa e ingenua relación de testigo-participante (la del cuarto viaje de su padre) y valiosos retazos de tradición

oral. Y algo más: el atildado pero sencillo y ameno decir, que hace de tan agradable lectura su biografía de don Cristóbal.

A que esa lectura sea aún más agradable que en otras ediciones, contribuye en la que acaba de publicar el Fondo de Cultura, como volumen primero de su Biblioteca Americana,¹ la nueva versión española, clara y cuidada, del competente historiógrafo, Profesor Ramón Iglesia.

No podía la renombrada casa editorial escoger mejor obra para inaugurar su Biblioteca Americana que esta joya de la primitiva literatura histórica indiana, cuyas ediciones anteriores se hallan completamente agotadas. Al reeditarla, con el esmero que acostumbra, llena además una necesidad sentida desde hace algún tiempo: la de ponerla al alcance de todos, tanto de los eruditos como de los lectores comunes, pues en la manera armónica y discreta en que ha sido preparada se adapta igualmente a las exigencias de unos y otros.

José MIRANDA.

¹ *Vida del Almirante don Cristóbal Colón, escrita por su hijo Hernando Colón.* Edición, prólogo y notas de Ramón Iglesia. Biblioteca Americana. Serie de Cronistas de Indias. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1947.

Dimensión Imaginaria

CANTO DE ETERNIDAD

Por Clara SILVA

¿POR QUÉ este Canto de Eternidad?
"Nosotros hemos conocido por nosotros mismos que tú eres Cristo", dijeron los Samaritanos a Jesús. Es decir, nosotros solos, por un acto libre de nuestra conciencia, hemos roto los vínculos de tu historia y te hemos creado con la fe de nuestra ignorancia.

El poeta busca este conocimiento, no en los hombres, no en la vida; sólo en su corazón. Sabe que si no se está con él se está solo; y, como dice Dostoiewski, todo nos está permitido si él no existe.

El mayor desamparo, la angustia de la criatura sobre la tierra, no vienen de su fugacidad ni del miedo a la muerte, pues no cabe el miedo a una muerte que sólo es muerte y no un juicio.

Su desamparo está en su propia libertad, en sentirse despojado de una comunión que responsabilice sus días, en sentir que el Dios del Hombre no le pertenece, que le ha sido negado por elección del destino. "Fuí hallado de los que no me buscaron". (Isaías). Amé a Jacob pero a Esaú aborrecí". (Génesis).

Perdido en sí mismo y fuera de sí mismo, su yo con su yo luchando en el sombrío laberinto de su sangre, de su carne y de su sueño, negada la seguridad de un celeste asilo, él debe manejarse solo, en la libertad tremenda de su angustia, enfrentarse solo y desamparado con el Desconocido.

Como criatura está solo con la Angustia. La lleva en sí como una enfermedad de salud para su espíritu; pero en su

condición humana se identifica con el acontecimiento en que va a jugarse el destino de nuestra —¡ay!— posible resurrección; y justificándose, se siente en íntima y física solidaridad con el hijo del Hombre. "Y tomó consigo a Pedro, a Juan y a Santiago, y comenzó a angustiarse en gran manera", según San Marcos.

De esta demencia, en que la criatura se desenvuelve sin comprender, de esta angustia ceñida a su carne como un sudor de miedo, el poeta, solitario de ardor, extrae, como un diamante de las profundidades de la mina, su dulce fulgor.

Pero esta angustia, que es salud y enfermedad al mismo tiempo, le ayuda a comprenderse, comprendiendo; con ella va más allá de sus posibilidades normales, adquiere como los ciegos agudísimas afinaciones, un poder casi adivinatorio en la sombra.

Entre un pasado y un porvenir con sus umbrales fijos, entre el recuerdo que es la memoria en el espejo y un futuro donde se asienta la realidad de sus cenizas, sostenido en un suelo que gira vertiginosamente bajo sus pies, franquea con paso temerario su contingencia actual, se lanza hacia su búsqueda y asienta en su canto la incertidumbre de su permanencia futura.

Manejando las llaves de su propia vida debe despojarse de ella y darla transfigurada en el cuerpo del poema. El yo dramático y sombrío, el yo arbitrario y contradictorio, erguido en las soledades de su dominio, se despoja y vuelve hacia lo eterno.

Ya fortalecido en esta angustia, el poeta tiene que tomar su propia muerte, no morirla, engendrarla de su ser, levantarla de su corrupción como una copa en un brindis de vida. Y ya en posesión de la irrealidad real de su conciencia, mas encerrado en ese círculo candente que es su propia y precaria situación terrena, angustia, tiempo, muerte, el poeta sólo an-

dará sobre esos tres ríos paralelos, como una luna en su manguante.

"Si nosotros queremos amar a Dios es necesario que el tenga necesidad de nosotros". Y aún dentro de esa terrible incertidumbre que afirma Novalis, el poeta lucha por una posesión en que va comprometida su vida; no aquella corporal de sus sentidos, sino la otra, la que tiene dramática relación con su misterio, es decir, con su poesía.

No nos fué entregada la gracia de este cuerpo para dilapidarla bajo la tierra. Tiene que haber otro camino para el rescate de esta gracia. Y este rescate sólo puede estar en Aquel que aún no hemos alcanzado, pero que tendríamos que alcanzar, creándolo como un poema en la sombra.

Para esta creación, el poeta sólo tiene la humildad de su canto, en el que va a decir, la disconformidad de su destino. Y, como en aquel amargo diálogo de Job con su Creador, soltará su lengua, hablará desde la amargura de su alma.

DIOS VIVO

CREARTE en la soledad como un poema,
surgiendo intacto de sus puras sombras,
como un prodigio vivo de la muerte.

Hacer de ti el canto transparente,
vino de amor en vaso riguroso.

Ir a tu encuentro, solos, sin testigos,
rechazando los ángeles lunares
que en los errantes círculos del sueño
pueblan la libertad de tus espacios.

Es inútil buscarte en catedrales,
gastados tus marfiles de agonía
y tu boca en herrumbre de palabras.

Hay que buscarte hondo,
donde empieza
a conocerse el hombre sin sus máscaras.
Y en un encuentro de pavor vencido
desciende a las raíces de su abismo,
paloma de tu gracia en polvo-madre.

¡Ah!, nosotros, si no te concebimos
de espaldas a la luz
en la tiniebla,
enterrando los siglos que te traen,
olvidados de aquél por este nuevo.
A sueño y sangre alzadas tus columnas
si nos abandonamos tú nos dejas.

Imperfecto como nuestra ignorancia,
pero salvado a riesgo de perderte,
en la estrecha morada de la carne
crecerías en suelo de rigores
como un prodigio vivo de la nada,
en cárceles de luz cárcel de sombras.

DRAGON O CISNE

No buscaban tu nombre,
te dejaban
aparte, en sus vestíbulos de piedra;
eras el convidado desquerido,
aquel que distribuye los manjares
y el vino de las copas.
Mas ellos no querían en su hambre
ser medidos;
devoraban como una sola boca
hasta la cal de los racimos.

No te amaban,
amándose en desquite,
de un pavor que venía como de antiguas muertes
de ti fluyendo ellos,
a nosotros.
Se ocultaban de ti, aprisionados
en las fosforescencias de sus redes;
levantaban murallas de tiniebla
en la cúpula ciega de la sangre.
¿Cómo encontrar tu incorruptible cisne
en el viento de tus tempestades?

¡Ay!, para tu grandeza tan pequeños,
se perdían en el sigilo de tus palabras,
el cáliz triangular de tu misterio.
Tu amor desconocían, no tus juicios.
¿A quién arrodillarse, si eras tantos,
y eras uno? . . .

¿Y quién los iniciaba en la eternidad de tu día
si velaba en el corazón de sus infancias
el dragón mineral de su caída?

A su elección les diste dos caminos;
nacían de la raíz de su miseria
y retornaban siempre al mismo polvo

Pero antes de encontrarse con tu azote
—carne de mercaderes agobiada
por siglos de su miedo—
huían de ti al más fácil, al más pronto,
para caer en ti, su más profunda muerte.

PABLO

Por *Juan José ARREOLA*

UNA mañana igual a todas, en que las cosas tenían el mismo aspecto de siempre y en la que el extenso rumor de las oficinas del Banco Central se esparcía como un aguacero monótono y regular, el corazón de Pablo fué visitado por la gracia. El cajero principal se detuvo a la mitad de las complicadas cuentas y sus pensamientos se concentraron en un punto. La idea de la divinidad llenó su espíritu, intensa y nítida como una visión, clara como una imagen sensorial. Un goce extraño y profundo, que otras veces había llegado hasta él como un reflejo momentáneo y fugaz, se hizo puro y durable y halló su plenitud. Le pareció que el mundo estaba habitado por Pablos innumerables y que en ese momento todos convergían en su corazón.

Pablo vió a Dios en el principio, personal y total, que resumía dentro de sí todas las posibilidades de la creación. Sus ideas volaban en el espacio como ángeles, y la más bella de todas era la idea de libertad, hermosa y amplia como la luz. El universo, recién creado y virginal, ostentaba sus criaturas en órdenes armoniosos. Dios les había impartido la vida, la quietud o el movimiento, pero había quedado él mismo íntegro, inabordable, sublime. La más perfecta de sus obras le era inmensamente remota. Totalmente desconocido en medio de su omnipotencia creadora y motora, ningún ser podía pensar en él ni suponerlo siquiera: era el padre de unos hijos incapaces de reconocerlo. Se sintió inexorablemente solo y pensó en el hombre como en la única posibilidad de verificar su esencia con plenitud. Decidió entonces que el hombre debía contener las cualidades divinas, de lo contrario, iba a ser otra criatura muda y sumisa. Y Dios, después de una larga espera, decidió vivir sobre la tierra; descompuso su ser en miles de partículas y puso el germen de todas ellas en el hombre, para que un día,

después de recorrer todas las formas posibles de la vida, esas partes errantes y arbitrarias se reuniesen, formando otra vez el modelo original, aislando a Dios y devolviéndolo a la unidad. Así quedaría concluído el ciclo de la existencia universal y verificado totalmente el proceso de la creación, que Dios emprendió un día en que su corazón rebosaba de amoroso entusiasmo.

PERDIDO en la corriente del tiempo, gota de agua en un mar de siglos, grano de arena en un desierto infinito, allí está Pablo en su mesa, con su traje gris a cuadros y sus anteojos de carey artificial, con el pelo castaño y liso dividido por una raya minuciosa, con sus manos que escriben letras y números impecables, con su ordenada cabeza de empleado contable que logra en sus cuentas resultados infalibles, que distribuye las cifras en derechas columnas, que nunca ha cometido un error, ni puesto una mancha en las páginas de sus libros. Allí está, inclinado sobre su mesa, recibiendo las primeras palabras de un mensaje extraordinario, él, a quien nadie conoce ni conocerá jamás, pero que lleva dentro de sí la fórmula perfecta, el número acertado de una infinita lotería.

PABLO ni es bueno ni es malo. Sus actos responden a un carácter cuyo mecanismo es muy sencillo en apariencia; pero sus elementos han tardado miles de años en reunirse y su funcionamiento fué previsto en el alba del mundo. Todo el pasado humano careció de Pablo. El presente está lleno de Pablos imperfectos, mejores y peores, grandes y pequeños, famosos o desconocidos. Inconscientemente, todas las madres trataron de tenerlo como hijo, todas delegaron esa tarea en sus descendientes, con la certeza de ser sus remotas abuelas. Pero Pablo había sido concebido como un fruto sumamente indirecto y remoto; su madre tuvo que morir, ignorante, en el momento mismo del alumbramiento. Y la clave del plan a que obedecía su existencia le fué confiada a Pablo durante una mañana cualquiera, que no llegó precedida de ningún aviso exterior, en la que todo era igual que siempre y en la que resonaba el trabajo, dentro de las extensas oficinas del Banco Central, con su mismo acostumbrado rumor.

CUANDO salió de la oficina, Pablo vió el mundo con otros ojos. Rendía homenaje interiormente a cada uno de sus semejantes. Veía a los hombres con el pecho transparente, como vivientes custodias y el blanco símbolo resplandecía en todas. El creador excelente iba contenido en cada una de sus criaturas y verificado en ellas. Desde ese día, Pablo juzgó la maldad de otra manera: no era sino el resultado de una dosis deficiente de virtudes, excesivas las unas, escasas las otras. Y el conjunto incorrecto engendraba virtudes falsas, que tenían todo el aspecto del mal.

Pablo sentía una gran piedad por todos aquellos inconscientes portadores de Dios, que muchas veces lo olvidan y lo niegan, que lo sacrifican cruelmente en la cruz de un cuerpo corrompido en la malicia, en la abyección y en la incredulidad. Comprendía la grandeza de su situación y se sintió lleno de un sentimiento de responsabilidad inmensa. Veía a la humanidad que buscaba, que buscaba infatigablemente en su laboratorio infinito el arquetipo perdido. Cada hombre que nacía era un probable salvador; cada muerto, una fórmula fallida. El género humano, desde el primer día, verifica todas las combinaciones posibles, ensaya todas las dosis imaginables con las partículas divinas que están dispersas en el mundo. Cada día nacen y mueren millares de hombres; diariamente la humanidad esconde penosamente en la tierra sus fracasos y contempla con emoción el renovado sacrificio de las madres. Los santos y los sabios hacen renacer la esperanza; los grandes criminales del universo la frustran. Tal vez antes del hallazgo final y glorioso, aguarda la última decepción y debe verificarse la fórmula que realice el tipo más exactamente contrario al arquetipo, la bestia apocalíptica que han temido todos los siglos.

Pablo sabía muy bien que nadie debe perder la esperanza. La humanidad es inmortal porque Dios está en ella y lo que hay en el hombre de perdurable es la eternidad misma de Dios. Las grandes hecatombes, los diluvios, los terremotos, la guerra y la peste no podrán acabar con la última pareja, que puede recomenzar siempre la búsqueda. La humanidad nunca tendrá una sola cabeza, para que alguien pueda segarla de un golpe.

DESDE el día de la revelación, Pablo vivió una vida diferente. Cesaron para él preocupaciones y afanes pasajeros. Le parecía que la sucesión habitual de los días y las noches, las semanas y los meses, había cesado para él. Le parecía vivir un solo momento, enorme y detenido, amplio y estático como un islote en la eternidad. Pasaba sus horas libres consagrado a la reflexión y a la humildad. Todos los días era visitado por claras ideas, y su cerebro se iba poblando de resplandores. Sin que pusiera nada de su parte, el hálito universal lo estaba penetrando poco a poco y se sentía iluminado y trascendido, como si un gran aire de primavera lo traspasara como un ramaje y ventilara cada una de las fibras de su ser. Su pensamiento se columpiaba en vilo sobre las más altas cimas. En la calle, arrebatado por sus ideas, llevaba la cabeza en las nubes y le costaba trabajo recordar que pisaba sobre la tierra. Visitaba complacido las plazas y los jardines. La ciudad se transfiguraba para él. Los pájaros y los niños le traían felices mensajes. Los colores parecían extremar su cualidad y estaban como recién puestos en las cosas. A Pablo le habría gustado ver el mar y las grandes montañas. Se consolaba con el césped y las fuentes.

¿Por qué los demás hombres no compartían con él ese goce supremo? Desde su corazón, Pablo les hacía a todos silenciosas invitaciones. A veces, le angustiaba la soledad de su éxtasis, sentía que le habían dejado todo el mundo para él solo, y temblaba como un niño ante la enormidad del regalo; pero se prometía disfrutarlo detenidamente. Por de pronto, había que dedicar la tarde a ese árbol grande y hermoso, a esa nube blanca y rosa que gira suavemente en el cielo, al juego de esa niña de cabellos rubios que rueda su pelota sobre el césped.

NATURALMENTE, Pablo sabía que una de las condiciones de su goce era la de ser un goce secreto, intransferible. Comparó su vida de antes con la de ahora. ¡Qué desierto de estéril monotonía! Comprendió que si alguien hubiera venido entonces a revelar el panorama del mundo, él se habría quedado indiferente, viéndolo todo igual, intrascendente y vacío.

A nadie comunicó la más pequeña de sus experiencias. Vivía en una propicia soledad, sin amigos íntimos y con los

parientes lejanos. Su carácter retraído y silencioso facilitaba su reserva. Sólo temía que su cara fuera a revelar su transformación, o que sus ojos traicionaran el brillo interior. Por fortuna, nada de esto sucedía. En el trabajo y en la casa de huéspedes nadie parecía notar cambio alguno, y la vida exterior transcurría exactamente igual a la de antes.

A veces, un recuerdo aislado, de la infancia o de la adolescencia irrumpía de pronto en su memoria. Todos estos recuerdos, dispersos en el tiempo, componían para él una clara unidad. A Pablo le gustaba agruparlos a la idea central que llenaba su espíritu y se complacía viendo en ellos una especie de presagio acerca de su destino ulterior. Presagios que había desatendido porque eran breves y débiles, porque no había aprendido aún a descifrar esos mensajes que la naturaleza envía, encerrados en pequeñas maravillas, hacia el corazón de cada hombre. Ahora, todos se llenaban de sentido. Con ellos, Pablo señalaba el camino de su espíritu, como con blancas piedrecillas. Cada una le recordaba una circunstancia dichosa, que él podía, a su antojo, volver a vivir.

EN ciertos momentos, la partícula divina parecía tomar en el corazón de Pablo proporciones desacostumbradas, y Pablo se sentía sobrecogido de espanto. Recurría a su probada humildad y se juzgaba como el más ínfimo de los hombres, como el más inepto portador de Dios, como el ensayo más desacertado en la interminable búsqueda.

Lo único que hubiera deseado, en sus momentos de mayor ambición, sería vivir en el momento del hallazgo. Pero esto le pareció imposible y desmesurado. Vió el impulso poderoso y aparentemente ciego que hace el género humano para sostenerse, para multiplicar cada vez más el número de los ensayos, para ofrecer siempre una resistencia indestructible a todos los fenómenos adversos que tratan de interrumpir el curso de la vida. Esa potencia, ese triunfo cada vez más duramente alcanzado, lleva implícita la esperanza y la certidumbre de que un día existirá entre los hombres el ser primigenio y final. Ese día cesará el instinto de conservación y de multiplicación. Todos los hombres vivientes quedarán inmediatamente superfluos e irán desapareciendo, absortos en el ser que todo lo contendrá,

que habrá de justificar la humanidad, los siglos, los milenios de ignorancia, de vicio, de búsqueda. El género humano, limpio de todos sus males, reposará para siempre en el seno de su creador. Ningún dolor habrá sido baldío, ninguna alegría quedará superflua: habrán sido los dolores y las alegrías multiplicadas de un solo ser infinito.

A ESTA idea feliz, que todo lo justifica, sucedía a veces en Pablo la idea opuesta, que lo absorbía y lo fatigaba. El hermoso sueño que tan lúcidamente soñaba, perdía claridad, amenazaba romperse o convertirse en pesadilla.

Pensaba entonces que Dios podría quizás no recobrar nunca y quedar para siempre disuelto y sepultado, preso en millones de cárceles, en seres desesperados que sentían cada uno su fracción de la nostalgia de Dios y que incansablemente se unían para recobrarlo, para recobrarle en él. Pero la esencia divina se iría desvirtuando poco a poco, como un precioso metal muchas veces fundido y refundido, que va perdiéndose en aleaciones cada vez más groseras. El espíritu de Dios ya no se expresaría sino en la voluntad enorme de sobrevivir, de llevar adelante la experiencia de la vida, cerrando los ojos a millones de fracasos, a la diaria y negativa experiencia de la muerte. La partícula divina palparía violentamente en el corazón de cada hombre, golpeando la puerta de su cárcel. Todos responderían a este llamado por un deseo de reproducción cada vez más torpe y desordenado que haría la integración de Dios cada vez más imposible, porque para aislar una sola partícula preciosa, habría que reducir montañas de escoria, desecar pantanos de iniquidad.

En estas circunstancias, Pablo era presa de la desesperación. Y de la desesperación brotó la última certidumbre, que en vano había tratado de aplazar.

PABLO comenzó a percibir su terrible cualidad de espectador y se dió cuenta de que contemplando el mundo, lo devoraba. La contemplación nutría su espíritu, y su hambre de contemplar era cada vez mayor. Desconoció en los hombres a sus próximos; su soledad comenzó a agrandarse hasta hacerse insopor-

table. Veía con envidia a los demás, a esos seres incomprensibles que nada sabían y que ponían todo su espíritu, liberalmente, en mezquinas ocupaciones, que gozaban y sufrían en torno a un Pablo solitario y gigantesco, que respiraba por encima de todas las cabezas un aire enrarecido y puro, que recorría los días requisando y detentando los bienes de los hombres.

La memoria de Pablo comenzó a retroceder velozmente. Vivió su vida día por día y minuto a minuto. Llegó a la infancia y a la puericia. Siguió adelante, más allá de su nacimiento, y conoció la vida de sus padres y la de sus antepasados, hasta la última raíz de su genealogía, hasta que volvió a encontrar su espíritu, allí en el fondo, señoreado por la unidad.

Se sintió capaz de todo. Podría recordar el detalle más insignificante de la vida de cada hombre, encerrar el universo en una frase, ver con sus propios ojos las cosas más distantes en el tiempo y en el espacio, abarcar en su puño las nubes, los árboles y las piedras.

Su espíritu se replegó sobre sí mismo, lleno de temor. Una timidez inesperada y extraordinaria se adueñó de cada una de sus acciones. Eligió la impasibilidad exterior como respuesta al activo fuego que consumía sus entrañas. Nada debía cambiar el ritmo de la vida. Había de hecho dos Pablos, pero los hombres no conocían más que uno. El empleado servicial y cuidadoso, de las cuentas infalibles y de los rigurosos cortes de caja era conocido y estimado por todos, por sus jefes, sus compañeros, sus escasos parientes y sus amigos ignorantes. Pero el otro, el decisivo Pablo que podía hacer el balance de la humanidad y pronunciar un juicio adverso o favorable, permaneció ignorado, totalmente desconocido dentro de su fiel traje gris a cuadros, protegida la mirada de sus ojos abismales por unos anteojos de carey artificial.

EN su repertorio infinito de recuerdos humanos, una anécdota insignificante, que tal vez había leído él mismo en la infancia, sobresalía y molestaba levemente su espíritu. La anécdota aparecía desprovista de contorno y situaba sus frases escuetas en el cerebro de Pablo: En una aldea montañesa, un viejo pastor extranjero logró convencer a sus vecinos de que era la encarnación misma de Dios. Durante algún tiempo, gozó de una

situación privilegiada. Pero sobrevino una sequía. Las cosechas se perdieron, las ovejas morían. Los creyentes cayeron sobre el dios y lo sacrificaron sin piedad.

En una sola ocasión, Pablo estuvo a punto de ser descubierto. Una sola vez tuvo que estar a su verdadera altura, ante los ojos de otro, y en ese caso Pablo no desmintió su condición y supo aceptar durante un instante el riesgo inmenso.

Era un día hermoso, en que Pablo saciaba su sed universal paseando por una de las avenidas más céntricas de la ciudad. Un individuo se detuvo de pronto, a la mitad de la acera, reconociéndolo. Pablo sintió que un rayo descendía sobre él. Quedó inmóvil y mudo de sorpresa. Su corazón latió con violencia, pero también con infinita ternura. Inició un paso y trató de abrir los brazos en un gesto de protección, dispuesto a ser identificado, delatado, crucificado.

La escena, que a Pablo le pareció eterna, había durado sólo breves segundos. El desconocido pareció dudar una última vez y luego, turbado, reconociendo su equivocación, murmuró a Pablo una excusa, y siguió adelante su camino.

Pablo permaneció un buen rato sin caminar, presa de angustia, aliviado y herido a la vez. Comprendió que su rostro comenzaba a denunciarlo y redobló sus cuidados. Desde entonces prefería pasear solamente en el crepúsculo y visitar los parques que las primeras horas de la noche volvían apacibles y umbrosos.

PABLO tuvo que vigilar estrechamente cada uno de sus actos y puso todo su empeño en suprimir el más pequeño de sus deseos. Se propuso no entorpecer en lo más mínimo el curso de la vida, ni alterar el más insignificante de los fenómenos. Prácticamente, anuló su voluntad. Trató de no hacer nada para verificar por sí mismo su naturaleza; la idea de la omnipotencia pesaba sobre su espíritu, abrumándolo.

Pero todo era inútil. El universo penetraba en su corazón a raudales, restituyéndose a Pablo como un ancho río que devolviera todo el caudal de sus aguas a la fuente original. De nada servía que opusiera alguna resistencia; su corazón se había desplegado como una llanura, y sobre él llovía la esencia de las cosas.

En el exceso mismo de su abundancia, en el colmo de su riqueza, Pablo comenzó a sufrir por el empobrecimiento del mundo, que iba a vaciarse de sus seres, a perder su calor y a detener su movimiento. Un sentimiento desbordante de piedad y de lástima empezó a invadirlo, hasta llegar a ser insufrible.

Pablo se dolía por todo: por la vida frustrada de los niños, cuya ausencia empezaba a notarse ya en los jardines y en las escuelas; por la vida inútil de los hombres y por la vana impaciencia de las embarazadas que ya no vivirían el nacimiento de sus hijos; por las jóvenes parejas que de pronto se deshacían, roto ya el diálogo superfluo, despidiéndose sin formular una cita para el día siguiente. Y temió por los pájaros, que se olvidaban de sus nidos y se iban a volar sin rumbo, perdidos, sosteniéndose difícilmente en un aire sin movimiento. Las hojas de los árboles comenzaban ya a amarillear y a caer. Pablo se estremecía al pensar que ya no habría otra primavera para ellos, porque él iba a alimentarse con la vida de todo lo que moría. De pronto, se sintió incapaz de sobrevivir al recuerdo del mundo muerto, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

EL corazón tierno de Pablo, no precisaba un largo examen. Su tribunal no llegó a funcionar para nadie. Decidió que el mundo viviera, y se comprometió a devolver todo lo que le había ido quitando. Trató de recordar si en el pasado no había habido ya algún otro Pablo, que se precipitara desde lo alto de su soledad, otra vez en el océano del mundo, para vivir un nuevo ciclo de vida dispersa y atareada.

Una mañana nublada, en que el mundo había perdido ya casi todos sus colores y en que el corazón de Pablo destellaba como un cofre henchido de tesoros, decidió su sacrificio. Un viento de destrucción vaga por el mundo, una especie de arcángel negro con alas de cierzo y de llovizna que parecía ir borrando los perfiles de las cosas, preludiando la escena final. Pablo lo sintió capaz de todo, de disolver los árboles y las estatuas, de desunir las piedras arquitectónicas, de llevarse en sus alas sombrías el último calor de las cosas. Tembloroso, sin poder soportar un momento más el espectáculo de la desintegración universal, Pablo se encerró en su cuarto y se dispuso a

morir. De modo cualquiera, como un ínfimo y acobardado suicida, puso fin a su vida, antes de que fuera demasiado tarde, y abrió de par en par las compuertas de su alma. Tal vez en el futuro podría surgir otro Pablo capaz de decidir la muerte de los hombres.

LA humanidad continúa empeñosamente sus ensayos después de haber escondido bajo la tierra otra fórmula fallida. Desde ayer, Pablo está otra vez con nosotros, en nosotros, buscándose.

Esta mañana, el sol brilla con raro esplendor.

EL CORPUS DEL CUSCO

Por *José Uriel GARCÍA*

PINTORESCO y emocionante espectáculo, de origen colonial, que todavía se aferra del espíritu popular, en la medida en que subsiste el régimen económico de aquella época y su influjo en la cultura, es el Corpus cusqueño. Drama social, más que simple festividad religiosa, entramado con ancestrales costumbres y supersticiones del paganismo incaico y las que trasladó el invasor de la España católica y feudal.

Pasado inmarcesible que año tras año sale a exhibirse por calles, plazas y campos, a recobrar su actualidad y reafirmar sus tentáculos en el corazón ingenuo y sencillo de estos pueblos, impotentes hasta ahora para derribarlo de una vez, que antes bien lo reciben con júbilo, le yerguen monumentales altares de ocasión, le queman irisados fuegos de artificio, lo saludan con el estruendo de gigantescos castillos de pólvora y lo festejan con sus danzas y canciones, no obstante su miseria y sus penurias, que cada vez aumentan, debidas precisamente a su pertinacia en seguir siendo la norma de lo actual. Pasado que sonríc satisfecho en el semblante y el atuendo de las imágenes enjorjadas que sobre sus andas magníficas las cargan sus parroquianos, que se refleja cegador desde los espejos de los monumentales altares o del oro bruñido y de las pedrerías que los ornamentan, que fulgura en el cromatismo de los trajes de la abigarrada multitud y con la dulcedumbre voluptuosa de su presencia y desarrollo, enerva la voluntad y achata la mente. Por mucho de que, al correr del tiempo, allá se vaya despinando o se deshilache; que aquí, le roa la carcoma; o sea oropel, en vez de oro auténtico, hojalata, en lugar de material argentífero, vulgar estameña por fino y costoso brocado.

Pese a los impactos del tiempo, la procesión del Corpus, desde hace siglos, sigue su curso alegre, pomposamente. Se sobrepone a todos sus desmedros, gana rebeliones y cambios

políticos y al punto vuelve a ofuscar con su mágica lumbre a generaciones y pueblos.

La instituyó el virrey Toledo, en 1572, con sus célebres "Ordenanzas", dotándola de ese vigor y movimiento, de esa luz y colorido con que nos ha llegado hasta la actualidad. Claro está que esas pragmáticas sobre el "Corpus Christi", que las dió durante su estada en el Cusco, con detalles tan singulares, fué más por razones de gobierno que por simple espíritu religioso.¹ Con ellas, Toledo, pretendía extirpar las costumbres que aun prevalecían entre los indígenas de celebrar la fiesta del Sol o "Inti-Raimi" y de conducir, con tal motivo, procesionalmente, las momias de sus antepasados a la plaza mayor para "mocharlas" y festejarlas con sus danzas y canciones; ceremonias y festejos que coincidían con la misma época, de mayo a junio,

¹ Las "Ordenanzas sobre el Corpus Christi" se encuentran en el manuscrito "*Libro de Cabildos del Cusco*", en la Biblioteca Morgan, de Nueva York, actas y pragmáticas que comprenden de 1534 a 1572. Las de Toledo se remontan a la última fecha. De sus copias fotostáticas entresaco las "ordenanzas" que van a continuación, de todo aquello que sirva de mejor información al presente escrito:

—"Que la vispera de la dicha fiesta, el corregidor aperciba a los indios de las parroquias para que limpien las calles y las tengan enramadas y entapizadas con lo mejor que en sus casas tuvieren".

—"Que se junten en cabildo todos los mercaderes y oficiales de todos los oficios y se les obligue a cada oficio saque su danza o auto de representación, examinado por el Ordinario".

—"Que asistan a la fiesta del Corpus Letanias, Jueves Santo y Votos de la ciudad y que se les explique por qué se hace esto, que reemplace a sus idolatrías".

—"Que los caciques e indios que se hallaren en esta ciudad saquen de cada parroquia dos o tres danzas y sus andas y pendones y vengan sacerdotes de ellas que procuren que la dicha fiesta se haga con la solemnidad debida".

—"Que se obligue a los indios de las parcialidades a concurrir a la procesión para impedir las borracheras y que se prohíba que ninguna mujer esté en las dichas ventanas por la parte y lugar que ha de pasar la procesión, porque de ir en la procesión hombres que tienen las dichas mujeres, también parece que es inconveniente".

La letra muerta de las predichas "Ordenanzas" fué la que se refiere a las prohibiciones contra las borracheras y contra la concurrencia de las mujeres. "Las leyes se acatan, pero no se cumplen", decía el aforismo de la moral fudal. Y el Corpus, sin la concurrencia de las mujeres y sin el hartazgo en todo orden, no habría tenido la brillantez y sensualidad que constituyen su fama.

que correspondía al Corpus católico. A pesar del tiempo transcurrido desde la entrada de los españoles al Cusco, unos cuarenta años, el autóctono no pudo deshacerse sin más de sus ritos y costumbres tradicionales. Pero, por otro lado, convenía aquietar el ánimo conturbado de los pueblos indígenas para el mejor éxito de la explotación colonial, sin prohibirles con violencia ni de golpe muchos de sus usos y costumbres. De ahí que el emisario de Felipe II y representante de la Inquisición y la "Contra-Reforma" procediera con sutileza escolástica, a fin de que el "Corpus" se sustituyera al "Inti-Raimi", aun con más pompa y boato que jamás, y que los "Santos" reemplazaran a las momias en su exhibición procesional, manteniendo las danzas, "taquíes" o cantos indígenas para que el acontecimiento tuviera ejecutoria espectacular. Los intereses económicos y políticos de la Metrópoli supeditaban al fanatismo religioso.

Desde entonces, en lugar de momias y de fetiches, la plebe colonial de indios y mestizos podría zarandearlos a su antojo, llevarlos en vilo, sobre sus andas joyantes, a todos los Santos del santoral católico, sus nuevos "Patrones" y dioses penates. Podrían ofrecerles sus mejores dádivas, sus tierras, su trabajo, sus danzas y canciones en su homenaje.

A todo lo hondo y través de los siglos coloniales, hasta la actualidad, el pintoresco Corpus cusqueño se mueve todavía con esa dinámica deslumbradora que le infundió Toledo, como buen intérprete de los dominadores. Pero por dentro de sus finalidades de política eclesiástica, es ardiente crisol, que lo hace el pueblo, para la química social del mestizaje peruano, en el que se fundían, año tras año y siglo a siglo, así sea con lentitud o momentáneamente, muchos "extremos incompatibles", puesto que para la verdadera unidad nacional no podía desaparecer, como hasta ahora, el antagonismo entre los poseedores y los desposeídos, sobre el que el Corpus le tiende su encubridor manto y le vierte la miel de su falacia, tan sugestiva para sus fieles. Naciones indias y clases sociales confundidas en la vorágine de la fiesta. Rebeldías y enconos adormecidos alegremente. Idolatría incaica, dogmatismo colonial y hasta demagogia republicana, que a su vez encubre a su antecedente, en eslabón con remiendos, mientras el paso suntuoso de las santidades, la quema de los castillos y el holgorio general. Y de todo ello, el advenimiento de una base popular,

distinta a los antecedentes tradicionales; los gérmenes para su propia liberación.

Es en la segunda mitad del siglo xvii que el Corpus cobra su mayor esplendor. Lo atestiguan los cuadros documentales existentes en la iglesia de Santa Ana del Cusco y las fuentes bibliográficas escritas al respecto. Aquella época marca la etapa ascensional del régimen explotador del país. Mayor enriquecimiento de la nobleza, lujo y vida dispendiosa de las clases altas, prepotencia del clero. Y al reverso, miseria y penalidades de los pueblos indígenas, que de vez en vez se sublevan contra sus opresores, clase artesanal cada vez más numerosa. Mas todos, miserables y potentados, nobles y plebeyos, acaso con más desprendimiento los de la base que los de la cúspide, concurren a dar magnificencia a la fiesta. Y hasta este sol invernal, que en esta época, en toda la sierra campesina, parece tener reflejos de flor o de fruto.

HE aquí, en sus fases más importantes, cómo se desenvuelve el Corpus del Cusco, ayer acorde con el lujo esplendoroso de su sistema económico, de su estructura cultural, como se desprende de aquellas pinturas costumbristas o de estos escritos de autores de la época, que tratan del asunto, y hoy, más oropel que oro auténtico, pero en proporción lógica con el empaque colonial de nuestros días. Puede que la descripción que va en seguida no corresponda exactamente a lo que es el Corpus en la actualidad. No obstante ("en el carro del pasado, no andarás lejos", dice Gorki), por cualquier lado que extendamos la vista por nuestras serranías, la marcha del tiempo es tan lenta como el paso procesional de las santidades religiosas. Su rastro está apenas allí.

Terratenientes de la nobleza junto a humildes campesinos indios, vanidosos burócratas apretujados entre artesanos mestizos, señoras joyantes, de copete y sederías, a la vera de mujeres indias, no menos engalanadas con sus mejores trajes policromos, espectan o siguen el paso de las imágenes, sus adalides, plastecidas en cedro, que igualmente orgullosos se yerguen sobre sus andas magníficas y sobre los hombros de sus parroquianos. Son traídas para este día de las ocho parroquias en

que Toledo dividió al Cusco, en número igual a la demarcación urbana de los tiempos incaicos. Masa humana y símbolos plásticos inmensos en el cromatismo de la gran plaza cusqueña, ahora foco de confluencia de todas "las luces de la ciudad" que en ella se reflejan. Ventanales y balconerías ornamentadas con finos tapices; monumentales altares, cuajados de plumones, orfebrería, espejos, gemas y demás obras de arte. La ciudad misma, ostenta más que nunca el relieve de sus piedras decorativas, las tonalidades del afeite de sus magnas fachadas.

A la vanguardia de cada imagen, sea el Santo o la "Mamacha", el procerato parroquial respectivo. El plébanos o doctrinero, los mayordomos, el alférez real de indios, disfrazado de "inca" —remedo del auténtico gobernante vencido, que hoy es simple mojiganga de Corpus—, los alcaldes y "varayoc" y demás optímates del barrio, de la aldea, del campanario. Todos risueños y arrebolados de ese calor de las sociedades feudales: el orgullo, la vanidad, la ostentación. Y todos prestos a la contienda, si es preciso, contra quien niegue que el mundo termina en la colina del confín o que dude del poder milagroso de su prócer. Luego, el séquito de las cofradías de todas las advocaciones, desde la de "Las Once mil Vírgenes" hasta la de "Las almas del Purgatorio" —formadas, en su mayor parte, por cholas opulentas, emperifolladas con sendas polleras, que abultan más su corpulencia física y envueltas, además, con mantones de luces, que acrecientan el cromatismo del concurso.

Murgas de músicos de todo jaez, desde los instrumentos de viento y percusión de la época precolombina, pututos, chirinías, trompetas, bombos y tambores de las bandas indígenas, hasta las estudiantinas de arpas, violines, charangos y guitarras. Y como la voz cantante e imperativa de la abigarrada multitud, que ondula por todos los confines, la algarada jubilosa de los cien campanarios que circuyen la ciudad, conjugada con el fragor de cohetes, bombardas y castillos de pólvora, con la maretá tumultuosa de la pasión popular, cargada de vehemencias prontas a estallar también.

EL desfile de las imágenes es la reproducción de la sociedad feudal. Con las mismas preeminencias, vanidades y puntillos de honor de los hombres, transferidos a los símbolos materializados, en su contenido antropomórfico. Los santos también,

como los hombres, se disputan el primer paso, la derecha, el mejor sitio, el traje o la joya que más deslumbren y tienen parecidas ansias de poseer tierras y riquezas; en la misma forma como lo hacían eclesiásticos de campanillas, vecinos "feudatarios" de la ciudad, condes y marqueses o, como posteriormente, doctores, jefes y terratenientes de toda pinta. Y la santa pugnacidad llega a veces a la contienda real, cuando San Jerónimo y San Sebastián o San Cristóbal y San Blas se disputan, a golpes de andas, la preferencia de la calle, de suyo estrecha, para pasarla antes. Reminiscencia de las rivalidades lugareñas, así incaicas como coloniales: allá, entre los del barrio de "arriba" y los de "abajo", entre los de "este" y del "oeste"; aquí, entre los secuaces de Don Pedro y los de Don Alejo, de los de Doña Rosario y de Doña Elvira. O se hacen venias y genuflexiones, el día de la Octava o de la "despedida", como ceremoniosos cortesanos.

Rompe la marcha, San Jerónimo, traído de su parroquia, distante dos leguas de la ciudad. Grandioso, grave el ceño, bajo un enorme sombrero campechano, de teja, rojo. Su túnica escarlata, cubierta por un roquete de fina hechura monjil. Ostenta, en una mano, la pluma de la sabiduría doctoral y, en la otra, el libro con la llama de la Fe; todo de plata. Libro y pluma que para los sencillos habitantes de su parroquia son los símbolos que les recuerdan a los curiales de la aldea, que con plumas de ave, y libros de pergamino inextricables los despojan de sus pequeños bienes cada vez más. Emerge la corpulenta figura del magno Doctor sobre unas recias andas de roble, que en la base tienen un descansillo complementario, de materiales igualmente fuertes, con lo que las andas se hacen más pesantes aún. Marcha sobre los hombros de cien hombres tan fornidos como el roble de las andas, con los carrillos hinchados por la coca, néctar de la fuerza, escorzados en expresión de pesadumbre y de avance, al son salvaje de pututos, flautas, bombos y tambores. Acaso así eran llevados antiguamente incas y curacas, fetiches y momias.

San Cristóbal, de proporciones plásticas agigantadas, envuelto en un rico manto de tisú, sobre una túnica de damasco anaranjado. Todo un dogma teológico, que sólo por medio de la palabra sería inextricable para la sencilla mentalidad del vulgo, se *materializa* en el grupo plástico. Su actitud es la de atra-

vesar un río —que el "río" son unos espejos que exornan la peana, por donde "corren", unos "pescados" de cartón, recortados—. Sobre uno de sus hombros lleva al Niño, con la expresión de estarlo sosteniendo y venciendo su "extraordinario" peso y apoyado, además, en un "árbol", a manera de báculo, para no resbalar. Realismo ingenuo para el pueblo de analfabetos.

San Sebastián, una escultura del artista mestizo Melchor Huamán, de fines del siglo XVII, con sus bruñidas saetas de plata, sobre su cuerpo desnudo y "atrincado" al "árbol" de su martirio, árbol sobre cuya copa, cubierta por ramas frescas y auténticas, para la ocasión, se posan unos loros, asimismo reales, amaestrados para el caso por una matrona de la parroquia, que en el resto del año los mantiene con los frutos de las tierras que para este objeto fueron donados por un devoto del Patrón. Locuaces papagayos que chillan por encima de la imagen y hacen santiguarse a las beatas de la comparsa, que sigue la procesión, con las interjecciones y blasfemias que lanzan, remedando el procaz lenguaje de sus cargadores, ya descontrolados por el alcohol y el entusiasmo. Loros "adivinos", además, ante quienes acuden los que sufren algún robo, para descubrir al ladrón. Hay en los indios que cargan sus andas, muchos de ellos auténticos descendientes de incas, una expresión de fiereza agresiva. El alcohol que se bebe en cada descanso los encorajina más. Aman a su Santo como antes lo hacían con su "huaca" máxima y si antaño se nombraban, en nomenclatura totémica, "Inca-Rocas" o "Ayamarcas", todos son hoy "sebastianos". ¿Habrán otro más fuerte que su Patrón? Que venga y verá, como verá San Jerónimo, que para concurrir a la ceremonia, desde la distancia de una legua más allá, tiene que pasar forzosamente por las heredades de aquél, por más de que sus parroquianos lo conduzcan con sigilo, a media noche, para burlarse de sus rivales. En la contienda del Octavario saldrán los delanteros con las cabezas fracturadas, con los hombros luxados, pero todos resistirán heroicos las acometidas del contendor. "Phusphus" y "Champas" mantendrán por siglos la rivalidad de las dos parroquias, fomentada por el régimen político y eclesiástico, por las oposiciones económicas impuestas por los dominadores.

San Blas, el Obispo, con toda la comparsa de acólitos y monaguillos, en pintoresco grupo escultórico, ideado con ingenio humorismo por un párroco de hogaño, luciendo sus finos guantes escarlata, por cuyo detalle motejarán a sus parroquianos de "yahuarmaquis" (manos ensangrentadas). En los primeros años de la República, cuando el país era objeto de constantes facciones, entre los bandos de los Generales que se disputaban el poder, los "yahuarmaquis" serán afamados montoneros y adalides de las mesas electorales, que garrote en mano impondrán unas actas políticas. Y en todo tiempo, vehementes avizores de las tradiciones religiosas del Cusco.

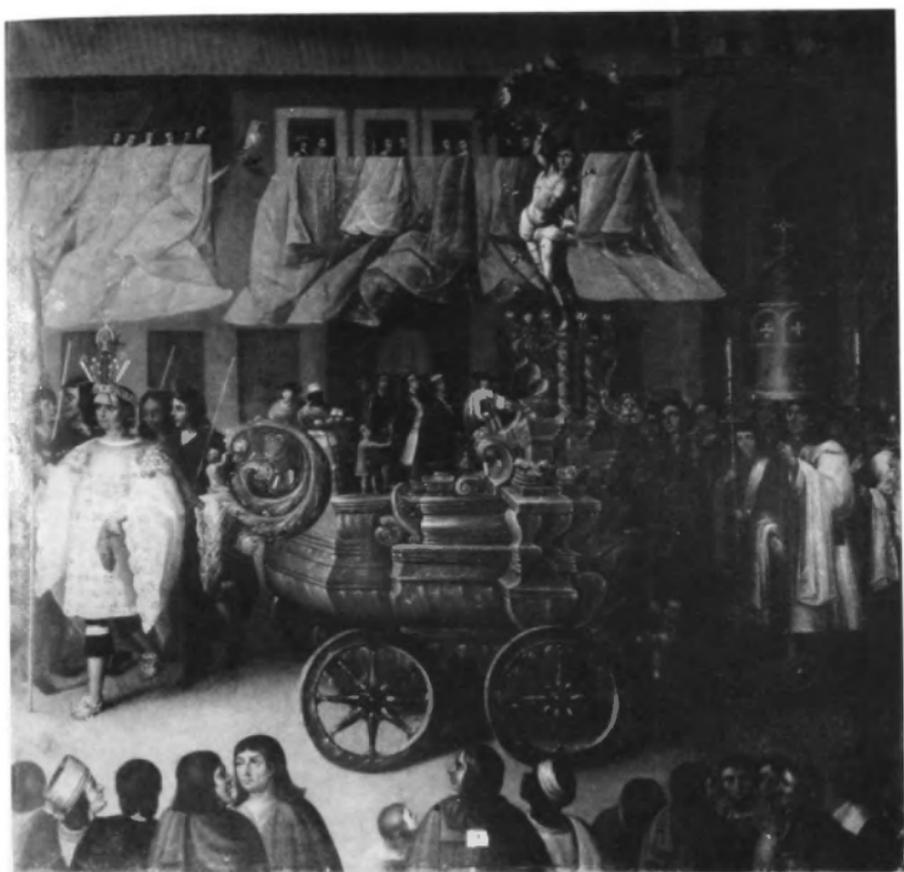
Santiago, aquel "¡Santiago y a ellos!" de los conquistadores, que según creyentes cronistas, como Garcilaso, descendió del cielo a socorrer a los españoles sitiados por Manco II, con iguales ímpetus que en Clavijo. Mas al cabo, brujos y hechiceros indios lo hicieron su Patrón favorito, en sustitución del numen del Rayo y del Trueno, meteoros a los que, como buenos agricultores, los adoraban en tiempos del inca. Avanza marcial, enhiesto sobre su caballo blanco, que atropella a los "herejes" y embrazando la espada flamígera, cual un Pizarro—en la Colonia—o, posteriormente, cual un Mariscal de Ayacucho, desde cuando el Mariscal Agustín Gamarra, el prócer de aquella jornada emancipadora, le obsequió sus preseas militares. Entonces, a su conjuro, las facciones republicanas cambiaron el grito: "¡Mueran los chapetones!". Hogaño, el abandonado Patrón de las Españas o el impetuoso "vencedor de Ayacucho", luce apenas unos mantos raídos y unas polainas y espuelas de cobre, como de cualquier terrateniente venido a menos.

San Pedro, San Antonio, San José y cuántos otros "acompañantes" de las Vírgenes, en el abigarrado desfile. Este último, cargado en sus andas por los mozos casaderos, con la esperanza de que el Patrón les proporcionará esta vez novias guapas, así sea solamente en matrimonio de "prueba".

A la zaga de los "Caballeros", siguen las damas o Vírgenes, más corrientemente llamadas por el vulgo "Mamachas".

Santa Ana y Santa Bárbara, traídas de sus parroquias aldeanas; de modestos atuendos, como de damas aldeanas, "fuera de moda".

"La Candelaria", sobre sus andas de fina plata repujada y luciendo en los dedos de las manos y en sus regias vestiduras



La carroza de San Sebastián en la procesión del Corpus en Cusco. Oleo del s. XVIII.



Escenas de la procesión de las imágenes el día de la "Entrada".



Arriba: Castillo de Corpus junto a la catedral de Cusco.
Abajo: Fiesta de Corpus en la parroquia de Belén. Al fondo la ciudad de Cusco.



Un altar del Corpus. Cusco.

costosas joyas, que pueden rivalizar con las de la matrona más rica.

Y por fin, la Virgen de Belén o "Mamacha Belén", como la nombra el pueblo mestizo. Escultura que según la tradición pictórica, existente en un cuadro del trascoro de la catedral, fué traída de España, como obsequio al Cusco del emperador Carlos V, juntamente que la del Cristo de los Temblores. Acrecientan su ajuar trajes, coronas, joyas de todo orden, que representan inmensas fortunas, acumuladas en el curso de los siglos por constantes donativos de los fieles. Obras de arte colonial forjadas por los mejores artistas de cada época. Acaudalados eclesiásticos y terratenientes, nobles de alcurnia como modestos devotos del pueblo, la hacían con frecuencia su "heredera universal", como si se tratara del deudo más próximo. "Mamacha Belén" y "Taitacha Temblores" son las imágenes a las que con mayor fanatismo profesa un culto especial el pueblo cusqueño. A aquélla, de preferencia, la mujer "plebeya", la trabajadora de los mercados y del pequeño comercio doméstico, que por lo mismo tiene preeminencia económica sobre el varón de su clase y la impone a la imagen de su devoción como a símbolo de sus rezagos matriarcales. A éste, le rinden culto artesanos y los que ahora llamaríamos "pequeños burgueses", igualmente como al símbolo de su respectiva influencia social. "Mamacha Belén" es casi un modelo para la chola ostentosa y elegante. Usa como ella zarcillos, "chupetes", "caravanas", anillos y broches de oro y pedrerías de recargado estilo "crespo", tan grato para el gusto popular.

Cientos de hombres, todos artesanos y hasta mujeres varoniles que los turnan, cargan las andas de la famosa escultura, la "Madre" del pueblo. Claman cientos de voces: "¡a la derecha!, ¡a la izquierda!", ebrios de alcohol y de fanatismo, vomitando a ratos crudas interjecciones, que restallan en el ámbito saturado de mirra, avivada desde los pebeteros e incensarios por damas y monaguillos. Cargadores y fieles escrutan lo más recóndito de lo que en alguna forma pudiera comunicar la efigie. Si las andas están llevaderas, livianas—aquellas andas recubiertas con ingentes arrobos de plata forjada—, habrá abundancia y felicidad para todos. Si, por el contrario, pesan más de la cuenta y oprimen con mayor fuerza los hombros de sus cargadores, mal año se anuncia, habrá hambrunas y con-

denación eterna. Lo mismo si su semblante parece risueño o fruncido, alegre o penoso, pálido o sonrosado. Si la deducción es positiva, sol y lluvias, armoniosamente, fertilizarán las tierras, madurarán los frutos, se aplacará la miseria de los humildes y de los pobres. No obstante, si las lluvias son demasiado torrenciales y los aluviones anegan los sembradíos con su copioso don o si, a su vez, el sol es demasiado ardiente y contumaz para poblar el cielo de nubes preñadas de vapor de agua, que reseca la tierra y esteriliza las sementeras o si, finalmente, la tierra tiembla y se zangolotea el universo, entonces la volverán a bajar de su altar y la sacarán otra vez de su iglesia para que recorra las calles y la naturaleza se rectifique, de acuerdo con las necesidades colectivas.

En medio de la algarada infernal, difícilmente gana distancia la procesión, por la pugna estudiada de diestras y siniestras, de zagueros y delanteros que quieren detener al tiempo, mientras la imagen, con su Niño a cuestas y el angelote que por atrás le sostiene el parasol, trepidan a su vez y se aferran a sus remaches, para no caer. Desaforados gritos, angustiosas exclamaciones que distraen a los devotos rezadores.

TEATRAL "entrada" o ingreso a la plaza mayor del Cusco de tantas imágenes parroquiales, que, como queda dicho, Toledo organizó en reemplazo de parecidas ceremonias incaicas. Y aun queda el remate de la dramática procesión. Las efigies se dividen en dos grupos: por un ángulo de la plaza hace su ingreso "La Candelaria", con el séquito de los Santos que la acompañan; y por el opuesto, lo hace "Mamacha Belén", con los suyos. Ambos grupos penetran sucesivamente, antes de llegar a la meta final, que es el atrio de la catedral, por en medio de los "descansos" o "salas", que son monumentales castillos de pólvora, que luego atronarán los aires con su espantable estallido. Allí cada mascarada ejecuta sus danzas y cada coro entona las canciones ditirámicas a las divinidades. Así, hasta que se emplacen sobre el atrio de la catedral, en el mismo sitio donde antes lo hacían los autóctonos con sus momias y fetiches sagrados, para "contemplar" desde allí el espectáculo de los castillos. Sobre los remates de estos monumentos de pólvora se ostentan fantoches o "fantasmas", con juegos de artificio por dentro, los que cuando se rompan los fuegos, harán por los aires pirue-

tas y disloques estrafalarios, para solaz de la multitud. Esos fantasmas, muchas veces, representan la caricatura de algún personaje de la época, puesto en sátira pública.

Terminada esta parte del espectáculo, las imágenes ingresan al fin a la Catedral, bajo cuyas bóvedas quedarán por ocho días consecutivos, en sacro concurso. Después, cada Santo vuelve a su parroquia respectiva, a reproducir allí, alternativamente, la fiesta que se hizo en grande en la plaza mayor cusqueña, por casi todo el resto del año.

Alegres mascaradas, danzas y música por doquier. Jubiloso triunfo de la conquista, culmen del feudalismo colonial.

LA multitud, tensa y compacta horas antes, se desparrama y afloja por todos los ámbitos de la inmensa plaza. O se condensa en grupos más afines en torno a las nuevas y no menos tentadoras atracciones: los altares y los puestos de fiambres, bebidas y frutas tropicales.

A pesar de todo, nada más fantástico y original que estos altares del Corpus cusqueño. Monumentales paramentos, erguidos por encima de las techumbres y enfrentados a las no menos magníficas iglesias de piedra de los contornos, sobre unos troncos de árboles, fijos bajo el subsuelo, y de seis a ocho metros de altura, entramados con todas las piezas que los recubren. Tapices de seda y felpa, lechuguillas, banderines, alternados con espejos de todo tamaño y traza; arcos, pilastras, hornacinas, cornisas. Todo lo que hay de más valioso en los joyeleros de templos y de mansiones particulares se traslada, en préstamo, para la decoración del altar. Tabernáculos, frontales de plata, cornucopias, imaginería y pinturas renombradas, que hacen sus afeites complementarios. Demostración pública de arte, al mismo tiempo que del lujo ostentoso de una sociedad que vive a expensas del pueblo trabajador, en los campos de cultivos, en las minas, en el taller del artesano, en las fábricas de tejidos, de aquellos productos que no pudieran hacer competencia a la industria de la Metrópoli. Entre las manifestaciones de arte, deben resaltar las pinturas y escenas que expliquen al pueblo los "milagros" de los Santos, los Infiernos, Resurrecciones, Juicios Finales, en forma asequible para la mentalidad de las masas de analfabetos. Dogmas teológicos, "explicados" por medio de la forma y el color o por medio del volumen, como en el

caso del grupo escultórico de "Cenas" o de "Nacimientos"; dogmas que al verse, así, objetivamente, pierden su sentido recóndito o intrincado para ganar en concepto patente y claro, a la postre, deformado o irónicamente risueño.

Lo más original del altar es la profusión de espejos que lo decoran, lo destacan en su gigantesca perspectiva y lo hacen más llamativo. Con sus reflejos se proyecta el altar por todos los ámbitos o en sus tableros de cristal azogado se reproducen, en espectrales imágenes, estas multitudes sensitivas y hasta las montañas de los confines. El espejo, tiene algo de primitivo. En la plástica popular, religiosa y civil, su empleo era frecuente, como lo atestiguan los interiores de tantas iglesias del Cusco y de otras regiones. Además, el espejo es el instrumento amatorio del indígena, cuando lo enfoca sobre los ojos, allá en la aldea, al paso, la mujer que ama, para provocarle su sonrisa o su chacota.

La visita a los altares es el espectáculo que, después de la procesión, ansía más el pueblo. Allí coinciden y se encauzan los gustos colectivos. El del artista plástico, sea pintor, escultor, orfebre o santero, que no hace sino traducir los gustos populares, con el del cargador de las andas, del que ingiere con deleite el plato de picantes, bebe chicha y licor hasta la embriaguez, a la vera del altar, o con el de la chola que merca sus fiambres y lanza una blasfemia al mismo tiempo que se santigua e invoca a la imagen de su devoción.

Pero el altar no es sólo recreo visual durante el día; delectación contemplativa de esta patética faz de la historia colonial, del arte religioso hispano, opacado y esclarecido, al mismo tiempo, por el arte de sus vástagos, por el arte de los desposeídos supeditado al de los poseedores. En el transfondo del altar, bajo un cobertizo exprofesamente hecho, está su corazón, su conciencia recóndita, su verdad precisa. Al reverso de sus reflejos sugestivos y falaces.

Tan pronto como cierra la noche, se instalan allí los retablos para las diversiones populares, costeadas por los mayordomos y protegidas, contra el viento y el frío invernales, por los faldones de suaves felpas y sederías que se cuelgan del altar. Pantomimas, titireteros, mascaradas de danzantes, parodistas—cada grupo a su turno. Risueñas farsas, tomadas y deformadas, por actores indígenas, de los "Autos" del teatro

eclesiástico español, como aquella escena que todavía pudo ver, en Arequipa, Flora Tristán, representada en el atrio de la iglesia de La Merced, en 1834. Sainetes de marionetas que en su trama ingeniosa aluden, muchas veces, a la vida cortesana de las clases dominantes o reproducen aspectos del campo, corridas de toros, idilios pastoriles, etc. Parodistas, encaramados sobre algún escabel que hace de púlpito, que en lengua vernácula *sermonean* al público, remedando al doctrinero, con crítica mordaz. El "sermón" del parodista, que puede ser un indio ladino o un mestizo no menos que aquél, es la revelación pública de todo lo que el chismorrore lugareño lo dice a media voz. Muchas veces, la vida íntima del togado que horas antes conducía el palio y se golpeaba el pecho; la del bigardo moralista que hace azotar en el rollo de la plaza al mitayo que por costumbre ancestral vive "a prueba" con su compañera; en fin, la de corregidor rapaz que obliga al indio a comprarle medias de seda para sus pies habitualmente desnudos o anteojos para su vista de cóndor. Ironía de la rebelión sorda o proclama que apenas hace reír por el momento.

El entusiasmo sube de grado a medida que la noche avanza y se enciende más la pasión popular con el alcohol, con la música, con la jarana. Se vierten a raudales la chicha y el aguardiente. Urgen a la orgía murgas de arpas, violines, charangos, guitarras. El frenesí estalla y se aplaca, se reanima otra vez o se sosiega, alternativamente. Y el altar se estremece con la orgía general. Sus banderas y cortinajes ondean también a los vientos nocturnos como los pañuelos en la jarana. Sus imágenes sagradas se tambalean a su turno sobre sus peanas, como si quisieran participar en el baile; un vaho de alcohol las envuelve a todas con su enérgica tufarada.

Ya un escritor eclesiástico del siglo XVIII se dolía de estos festejos. "El día de Corpus —dice— es todo grandeza, pero ¡qué infelicidad prevenir un día tan santo con una noche de sumo libertinaje! Noche que es insultado con la mayor insolencia el mismo que a la mañana siguiente es adorado en aquellos ricos altares y llevado en triunfo por las calles".²

² IGNACIO DE CASTRO. *Relación de la Fundación de la Real Audiencia del Cuzco y de las Fiestas con que celebró este honor*. Madrid, MDCCXCV.

DEL altar pasemos a otra faz no menos pintoresca que tiene el Corpus y que satisface necesidades igualmente vitales del pueblo. Son los puestos de venta de fiambres y de bebidas, por este otro hartazgo y sensualismo que significa la fiesta.

Por todos los contornos de la gran plaza, a los flancos de los altares, entre las portalerías y pavimentos, por calles y estrados aledaños, se exhiben, tan llamativos como los altares, los puestos de venta de comidas frías, propias del día, y de bebidas de diversos colores, composición y grado alcohólico. También hay *plasticidad* y sentido del color y de la forma en estos mercados, por la manera especial como se les presenta a la vista.

El plato característico del día es el "Chiri-Uchu" o "Altar-Uchu", una mixtura compuesta por múltiples comestibles: presas de gallina sancochada, chorizos, embutidos de cerdo, queso tierno, cochayuyo, huevas de pescado lacustre, tortillas de calabazas, maíz tostado y quién sabe qué otras exquisiteces de la cocina popular, en pequeñas proporciones. Y como remate más sabroso y a la vez más decorativo de la fuente que los contiene, el famoso cuy cusqueño, al horno, acostado sobre aquellos mantenimientos, que para mayor delicia del paladar y recreo de la vista lleva embutido, en la boca, un vistoso *rocoto*, de vivas tonalidades, rojo, verde, amarillo, que se armonizan con el cromatismo de la fiesta, y el cual, a su vez, está relleno de mixturas cocinadas. Aún más: sobre el lomo del dorado conejillo, yérguese el mástil de un banderín de papel, con el lema: "Viva la Virgen de Belén" o cosa por el estilo. Plato apetitoso y excitante que para algún psicoanalista pavloviano de nuestros días serviría para medir los "reflejos" y salivaciones provocados en el sensorio del gustador del Corpus cusqueño. El "chiri-uchu" es el fiambre propio de la temporada, que lo gusta en su mesa el señor de campanillas, como, tras los zaguanes y en cuclillas, al pie de los altares o en plena calle, el hombre del pueblo.

Para este estómago vigoroso y sibarítico de nuestro pueblo, aun hay, en las fiestas del Corpus parroquial, otros potajes que constituyen la especialidad de su cocina de barrio. Los chicharrones o "toctos", exquisita fritura de cuero de choncho, cortado en pedazos y cocido en peroles de bronce, que el gremio de los

porqueros y cargadores de las andas de San Antonio ofrecen a sus parroquianos el día correspondiente. La "lahua" o sopa de quínuva y de otros condimentos que se sirve en el corpus de la parroquia de Santa Ana. La salsa de cebollas o "salsa arrecha", como se la llama en la jerga de la picardía, que se ofrece en San Sebastián.

Junto a los fiambres, como su obligado complemento, se ofrecen también en abasto público, variedad de bebidas alcohólicas. Chicha morada, blanca o amarilla, en diverso grado de fermentación. Aguardientes y vinos, procedentes de los valles tropicales, donde los benefician, que en ventrudos odres y barriles se tienden al sol por todas partes, junto a los altares, descansos y arcos de triunfo por donde debe pasar la procesión. Pilas voltaicas que alimentan la corriente del entusiasmo público.

Otro moralista de fines del siglo XVIII, condenaba, de su parte, este nuevo aspecto de las costumbres coloniales, a propósito del Corpus. Sobre estos "campamentos de la embriaguez", como dice, se pregunta compungido: "De qué sirve que los costados estén adornados de paz, con suntuosísimos altares, arcos, colgaduras, para que por ellos pase la Magestad Divina, si en el centro están los morteros y cañones de las vasijas de licores que le están haciendo cruel batería?"³ Mas el Capitán de Dragones, Pablo José Oricaín, autor del párrafo transcrito, que con su oportuno tecnicismo militar critica las costumbres fomentadas por sus mayores, no tuvo en cuenta que la industria alcoholera, ejercida en gran escala por los dueños de cañaverales, incluso por la Orden de los Jesuitas, era una de las mejores fuentes de ingresos públicos y particulares, como hasta ahora. Sin el Corpus y otras fiestas de motivación religiosa semejantes, no habría este copioso consumo de alcohol, esta fácil, si que también indigna forma de enriquecimiento de trapicheros y, por ende, este dulce olvido del pueblo por sus reivindicaciones más urgentes. El licor que manaba de las "cruelas baterías" servía, a su vez, para consolidar la conquista y el dominio de Santos y de caudillos de todos los tiempos.

³ *Compendio breve de Discursos varios*, etc., Por el Capitán PABLO JOSÉ ORICAÍN, 1790. En el volumen "Documentos para el alegato peruano en el litigio con Bolivia".

Toledo, Castro, Oricain y otros predicadores se santiguan por la gula de las masas populares, mientras al mismo tiempo se fomentan los incentivos del placer que se condena.

POMPA, boato, lujo que deslumbra, sin que haya redundancia en los adjetivos, todo eso representó y aun representa el Corpus cusqueño. Modelo de festividades religiosas para aldeas y campañas de toda la sierra sudperuana.

Mas si en el pasado tuvo su momento histórico, pues sirvió de medio de solución para ciertos conflictos colectivos, provocados por la Conquista, y que no encontraban de otro modo mejor salida, posteriormente, como hasta ahora, es el vehículo herrumbroso de todo cuanto la rutina acrecienta para impedir que la historia cambie.

Fiestas como la del Corpus, con ese movimiento y objetividad sugestivos, que congregaban grandes masas contrapuestas y soldaban, así sea por el momento, pueblos y clases sociales en conflicto, apaciguaban también aquellas incompatibilidades que el pueblo mismo las podía superar, no obstante y aprovechándose de las mismas discordancias. Tal ocurrió, por ejemplo, con el arte popular, único medio, en su época, en el que podía plasmarse la nueva conciencia social de indios y mestizos, sin despertar la sospecha de sus dominadores. Y así con el dogma, con el idioma o con las demás formas de la cultura.

La tradición autóctona, fatalmente involucrada con la mentalidad española—manifiesta en su lengua especialmente, que para indios y mestizos es la salida mental hacia lo universal—, debía de encontrar en sus propias contradicciones las más adecuadas fórmulas liberadoras. Bien es cierto que, su verdadera liberación y esa "unidad y lucha de los lados contrapuestos", de la más certera ley sociológica contemporánea, nunca podrá tener la solución dialéctica adecuada mientras subsista el régimen económico desigual e injusto de que las clases desposeídas padecen desde la conquista.

De las negaciones de la Colonia el pueblo sacó sus afirmaciones. Cargando las andas de sus santidades, embriagándose detrás de los altares, parodiando con ironía al encomendero rapaz, retorciendo a su modo la figura ornamental del retablo o dotándola de labios bezudos a la "Mamacha" y de piernas

gambadas al "Taitacha" de su capilla, el pueblo aprendió a darse la adecuada expresión de su conciencia, en un momento dado.

¿Ahora? La "encomienda" o la hacienda se hace cada vez más baldía, porque ya el arado a tracción animal, que a su vez reemplazó al tradicional tirapiés, no puede satisfacer la producción moderna. El brazo del indio se detiene con más frecuencia y a él mismo le rinde menos. El artesano, aquel que no está agremiado en las Cofradías del Corpus y es remiso al cambio del tiempo, se hace obrero de las fábricas y esclavo, por desgracia otra vez, de la máquina de los nuevos amos, para quienes el Corpus debe seguir rigiendo, por mucho de que se deshilache y le muerda la carcoma. Y aquella riqueza colectiva, que dió lugar a tanto boato y lujo, depende de furiosas fuerzas externas, que la succionan y la desplazan hacia otros mundos. Todo lo que le va formando una nueva conciencia. El Corpus ya no puede ser pues el campo de sus inquietudes. Ya es el pasado muerto que encubre realidades distintas, que la hilacha y la carcoma las van descubriendo, con más afán que los hombres.

Mestizo, indio, constructor de altares y cargador de andas:
"En el carro del pasado no avanzarás mucho" . . .

CONVERSACION CON DAVID ALFARO SIQUEIROS SOBRE LA PINTURA MURAL MEXICANA

Por *Loló de la TORRIENTE*

1. Alfaro Siqueiros: el hombre

EL tercer ¹ gran maestro de la pintura moderna mexicana es David Alfaro Siqueiros (1896). A catorce kilómetros del corazón capitalino, en el bucólico barrio de San Angel Inn, tiene su casa. Rodeada de flores, de verdes esplendentes, es una casita sin pretensiones, quieta y acogedora. En el piso alto dos recámaras sin ostentación ni lujos: en la pared pocos cuadros; el retrato de la madre del pintor, vestida de novia, alba y dulce. El semblante muy parecido al del inquieto artista sólo que las facciones son más suaves, de menos agresividad en ella. El padre, que fué un abogado distinguido en tiempos del porfirismo, está en otro retrato muy antiguo, al lado de la novia. Las dos efigies son los únicos adornos en aquellas paredes sin mucha luz.

En el piso principal una sala amplia y hermosa. Muebles cómodos aunque sencillos. Lámparas, mesillas y algunas bellas porcelanas. Ningún cuadro. Nada que delate la casa de un pintor. Sobre la chimenea dos o tres objetos de arte popular. El comedor está exento de vajillas y objetos de plata. Nada hay en esta casa que descubra la presencia de inquilinos amantes de la riqueza. Angélica, la esposa del pintor, nos recibe, a la hora de la cena, sencillamente vestida: falda negra, blusa ocre y mexicanísimo rebozo que maneja con gracia y propiedad.

El artista está acomodado en amplio butacón. Tomamos un buen vino chileno y hablamos de los problemas del trabajo.

¹ Según la crítica autorizada los otros dos maestros son Diego Rivera (1886) y José Clemente Orozco (1883).

Año y medio lleva preparando su próxima exposición que se celebrará en el Palacio de Bellas Artes, en México, primero; después en el Museo de Arte Moderno, en New York. Tiene preparadas sesenta y cinco obras: retratos, dibujos para murales y pinturas sobre temas de Caín y Abel. El pintor habla con elocuencia. Tiene la voz clara, recia y firme, pero no estridente. Maneja las manos, cuando habla, en el uso constante del cigarrillo. La cabeza es firme y bien plantada. Se levanta, tumultuosa y coronada de oscuros cabellos, sobre un cuello alto y robusto. Los ojos muy claros, verdes, transparentes y llenos de luz, son el complemento de un rostro que a pesar de los años, inquieta y apasionadamente vividos, aparece sin arrugas, terso y joven. Y es que la juventud de Alfaro Siqueiros no sólo se muestra en su cuerpo vigoroso, de anchas espaldas y piernas fuertes, sino también —y más aún— en su optimismo, en su pasión creadora y en su carácter lleno de energía y voluntad.

Cuando habla fija los ojos, inclina la cabeza, recoge la voz y expresa con las manos ágiles el sentido profundo de la palabra. Su arte es su pasión dominadora y al lado de su arte su arrolladora aspiración política que ha sido calificada de "romántica". Su vida inquieta empieza allá, en 1911, con el arranque del movimiento plástico moderno mexicano. No ha habido acción revolucionaria peligrosa, organización sindical, lucha de clases, campaña popular por el mejoramiento colectivo de las masas mexicanas en la que Alfaro Siqueiros no haya tenido participación principalísima. ¿Quién concibe, en México, una actividad de tipo social, de significación popular, o de relieve artístico, en la que él no participe? Su vida es un torbellino concéntrico: ha girado, y sigue girando, en torno a una idea esencial: el mejoramiento colectivo del pueblo.

Internacionalista de convicciones arraigadas, Siqueiros fué, en la lucha armada de México, oficial de yaquis; después en las minas, en los sindicatos, en las calles, arengó y combatió por las reivindicaciones sociales; miembro activo del Partido Comunista organizó la Confederación Unitaria de México y una y otra vez el exilio fué su defensa única para salvar la vida.

Ha caminado por todos los continentes, navegado por casi todos los mares; ha paseado por todos los jardines, velado bajo todas las lunas y sudado bajo todos los soles. París lo ha visto andar por sus barrios, recorrer sus museos, entrar en sus locales

obreros, visitar sus redacciones de periódicos y manifestar por sus amplios y bellos bulevares la miseria de un mundo de desigualdad social. Moscú lo ha conocido bajo su aspecto de agitador y de artista y lo ha visto —firme y fuerte— visitar fábricas y tomar participación activa en congresos internacionales convocados para la discusión de problemas políticos, sindicales y de organización. Argentina lo vió sobre andamios pintando murales; Chile lo acogió para decorar una escuela y Estados Unidos, en distintas ocasiones, lo vió cruzando carreteras, atravesando rutas ferroviarias, para llegar de Los Angeles a New York, unas veces como artista y otras como instructor revolucionario.

En España, cuando la República combatía contra la invasión de moros, fascistas y nazis, cuando la inteligencia, el decoro y la vergüenza nacional se enfrentaban a la codicia extranjera y a los militares traidores, Alfaro Siqueiros se olvidó de los muros, de los colores y pinceles, para alcanzar una ametralladora o un rifle. En México había aprendido a manejar las armas y en suelo español iba a hacer uso rebelde de un aprendizaje hecho a sangre y fuego.

Las brigadas internacionales vieron a David Alfaro Siqueiros comandando fuerzas republicanas. Los cubanos Jaime Boffill y Jorge Agostini lo trataron allí donde la amistad se hace recia y el valor une corazones: en la trinchera. Pablo de la Torriente-Brau, caído en los nevados campos próximos a Madrid, lo admiraba como amigo y como mexicano. Cada experiencia, en él, ha sido un riesgo pero también un medio valioso para reafirmar sus convicciones.

Ahora, en esta noche de verano, aquí, en la salita de la casa de Alfaro Siqueiros me parece mentira estar sentada frente a frente a este hombre inquieto que ha vivido luchando, combatiendo, aplastando prejuicios y salvando principios de fraternidad social. ¿Cómo verlo aquí, quieto, casi sereno, trabajando, dominado sólo por su pasión creadora? No es fácil imaginárselo así como lo vemos ahora: sentado, hablando y oyendo; participando de un diálogo sobre pintura. El hombre a quien la prensa de derecha ha llamado "el coronelazo", el artista que se autorretrató con un brazo, fuerte como una garra, que se adelanta hacia el futuro y unos ojos saltando de las órbitas y dominados bajo una frente vigorosa a la que corona una



JOSE CLEMENTE OROZCO. Hispanoamérica.
(Universidad de Dartmouth. 1932-1934).



JOSÉ CLEMENTE OROZCO. La voz de Dios y los ángeles en el Apocalipsis.

(Hospital de Jesús. 1944).

melena encrespada y poderosa como un mar, está aquí, en la noche tibia, hablando de arte; de la historia de un movimiento plástico que abarca el desarrollo moderno de la pintura mural mexicana, y de los resultados obtenidos después de treinta y seis años de lucha infatigable e invencible.

Cuando iniciamos la charla lo hacemos frente a una mesa servida con buen gusto. Alfaro Siqueiros habla. Angélica sirve la cena sin hacer ruido y yo fijo en mi memoria los recuerdos del artista. Recuerdos que constituyen su vida y que son la historia del movimiento artístico revolucionario de México.

II. Arranque y desarrollo de la pintura mural mexicana

ERA 1911, los alumnos de la Escuela de Bellas Artes, inquietos y preocupados por los problemas de la vida nacional, habían declarado una huelga de carácter revolucionario. Entre los estudiantes de menor edad distinguíase uno más fogoso que los demás. Era de inteligencia viva y un tanto arrebatada. Muy joven, de apenas quince años, no podía de él afirmarse que era un niño, más que eso era un adolescente resuelto, atrevido, audaz en sus determinaciones. Dibujaba con rara habilidad y manejaba con derroche los colores. Hijo de un abogado, David Alfaro Siqueiros se distinguió en aquella huelga de los estudiantes de arte.

¿Qué solicitaban aquellos chicos rebeldes y llenos de audacia? Primeramente, la supresión de los métodos académicos que ellos se atrevían a llamar caducos, a considerar anticuados. . . Pero lo significativo de aquella huelga era una de las reivindicaciones solicitadas por el estudiantado: la nacionalización de los ferrocarriles.

Con el triunfo de Francisco I. Madero (1911) llegó la victoria de las demandas pedagógicas. En Santa Anita, cerca del pueblo de Xochimilco, fué inaugurada una Escuela Libre que llevó el mismo nombre que el poético lugar en que estaba enclavada. Dirigida por Alfredo Ramos Martínez, quien a la sazón había llegado de París entusiasmado con Renoir, Matisse, Monet y Pissarro, Santa Anita se convirtió, bien pronto, en centro de conspiración política. Entre los artistas, las luchas políticas tenían fervorosos partidarios; más que una Escuela Libre

de Pintura, aquello se convirtió en un foco de agitación social. Comenzaron las persecuciones y aprehensiones. José Clemente Orozco, descontento, se aisló en su estudio de las calles de Illescas; otros se alejaron también aunque por distintas causas. Comenzaron las violencias y la agresividad llegó a ser tal que menudearon los crímenes políticos, como el del escultor Zaldívar cuya suerte aún se desconoce.

La mayor parte de los estudiantes huelguistas se incorporaron, entre 1913 y 1914, al Ejército Constitucionalista, es decir, al Ejército de la Revolución. Algunos artistas entraron a formar parte de las fuerzas de Alvaro Obregón, otros a las de Manuel M. Diéguez y, otros, a las de Maclovio Herrera. Desde aquel año, hasta el 1917, los artistas convertidos en soldados de la Revolución, recorren el país. David Alfaro Siqueiros es oficial de yaquis y descubre, con sus propios ojos, la geografía del país, la etnografía y arqueología, las tradiciones mexicanas y, de manera particular, el altísimo valor humano del obrero, del campesino, de las masas indígenas separadas del resto del país y segregadas de la civilización.

Es en esta actividad de la lucha armada que Alfaro Siqueiros conoce el drama de su tierra mexicana. La tragedia de la vida indígena y rural llega a su sensibilidad, entra en su vida y ya, desde entonces, no puede olvidarlo ni renunciar a combatirlo. De un pueblo a otro; de una hacienda a otra; de un Estado a otro, el artista-soldado ve a su pueblo, presencia su miseria y sufre con su dolor. Pero no es un sufrimiento resignado aquel que arraiga en su alma. Es un sufrir de combate, de lucha, de determinación valiente por abatirlo hasta su destrucción. Aquel sufrimiento es la raíz de su razón artística y su infatigable batallar.

En 1918 la ciudad de Guadalajara fué sede de unas importantes reuniones: en ellas los artistas mexicanos promovieron una discusión que permitió poner en claro cómo, en materia de pintura, lo que se había hecho hasta entonces no era lo que positivamente debía hacerse aunque, naturalmente, comprendiendo que lo que era necesario hacer no estaba aún claro, analizado, ni definido en la mente de los artistas reunidos.

¿Qué era lo que aquellos cruzados del arte nuevo sabían? Había en ellos una verdad que se exhibía con claridad y precisión; es decir, que el arte, en las primeras manifestaciones que

de él tuvo la humanidad, fué un medio de expresión ideológica. En las primeras épocas de la historia del arte plástico —la pintura en particular— había sido un instrumento de propaganda, de divulgación de anhelos políticos y religiosos. Comprender esta verdad histórica representaba, a no dudarlo, un paso de avance para aquellos jóvenes interesados en darle a la pintura mexicana un nuevo sentido.

En 1919 David Alfaro Siqueiros, que había sido uno de los organizadores de la reunión de Guadalajara, decide hacer su primer viaje. Con él se embarcan algunos de los muchachos que participan de las mismas ideas. Aquel viaje a través del Atlántico, azul y prometedor, fué para Siqueiros y sus compañeros de enormes sorpresas. El encuentro, en París, con el joven guanajuatense Diego María Rivera, significó el primer contacto entre el lirismo de la juventud mexicana que había participado en la guerra civil y las inquietudes cubistas y post cubistas de Europa.

Por aquella época un malagueño talentoso, Pablo Picasso, y con él Diego Rivera, se enfrascaban en los arduos problemas del cubo y el cilindro. Los cuadros que los alumnos mexicanos becados en Europa mandaban a su país natal revelaban la preocupación europea por la nueva forma de expresión. La amistad entre David y Diego empieza aquí, en París, en 1919. Alfaro Siqueiros recuerda bien al Rivera de aquellos años. Tenía ya la intuición genial que lo caracteriza y el dominio excepcional del dibujo y los colores.

Barcelona, en 1919, proporcionó la posibilidad de publicar un Manifiesto que contenía las ideas artísticas de los jóvenes mexicanos que vivían en Europa. Siqueiros dice: "ciertamente que fuí yo quien redactó el Manifiesto, pero en él estaban contenidas las ideas clarificadas en una discusión sostenida con Diego". Es decir, que las aspiraciones enunciadas en Guadalajara, y que no habían llegado a concretarse entonces, se expresaban ahora en el Manifiesto aparecido en *Vida Americana*, una revista que Siqueiros dirigía en Barcelona.²

El Manifiesto era un llamamiento a los artistas de América a favor de la nueva monumentalidad, del arte heroico, frente al

² Para conocer esta época léase *Idols behind altars*, por Anita Brenner.

carácter doméstico y snob de las manifestaciones plásticas europeas. Los mexicanos, al hacer este ardoroso llamado recurrían al documental histórico, a las espléndidas manifestaciones de las tradiciones indígenas. Ellos clamaban, llenos de fe, con un optimismo apasionado y creador, por el regreso al tronco originario del arte mural. ¿Cuál había sido en todo el mundo el origen de la pintura? Pues, la rupestre en cuevas; la gran pintura en muros; el fresco pompeyano; el Partenón griego. . . El retrato de la dama esclavista y aristocrática era una derivación; podría decirse un ramal del tronco poderoso y recio que era la pintura mural. Los mexicanos no tardaron en comprender que el regreso a esta forma grandiosa y monumental era la salida decorosa, la única posibilidad que le quedaba al moderno arte pictórico de América.

La comprensión de esta verdad ética resultó un extraordinario punto de partida para la expresión americana. De un golpe los pintores mexicanos devolvían al arte monumentalidad, simbolismo y reproducción, caracteres fundamentales en las épocas importantes de la pintura. Así la arqueología, etnografía, el folclorismo, adquirirían nuevo prestigio. Las formas místicas, neocristianas de contacto con el pasado, debían desaparecer y la pintura debía adquirir un sentido épico de *epopeya* grandiosa.

Iniciase en México, en 1922, la pintura mural. Los artistas se reúnen en su país. José Clemente Orozco está ya en la capital mexicana. Diego y David dejan Europa y llegan a México llenos de anhelos y de ganas de trabajar. Las paredes de la Escuela Nacional Preparatoria, del Anfiteatro Bolívar y del ex convento de San Pedro y San Pablo son cedidas. Empieza así la actividad muralista. Los pintores se organizan en *equipos*.

Es este período el que los críticos han llamado de "adiestramiento". David Alfaro Siqueiros lo llama del "muralismo romántico". Empieza la investigación y el redescubrimiento de las técnicas tradicionales (fresco y encaústica) prácticamente perdidas con la terminación del renacimiento.

1923 significó un año de intenso trabajo, de avance positivo en la educación política de las masas mexicanas. Se organiza el Sindicato de Pintores, Escultores y Grabadores Revolucionarios de México. Se añade a la actividad mural la de los grabadores, de tradición mexicanísima, y como hecho de extre-



DIEGO RIVERA. La alameda de México.

Entre los personajes se reconoce a José Martí (debajo del jarrón monumental), a Frida Kalho, al grabador José Guadalupe Posada dando el brazo a la "Calavera" que con su otra mano sostiene la de Diego Rivera, niño.

(Hotel del Prado. 1947).



DIEGO RIVERA: La alameda bajo el signo de Don Porfirio.
(Hotel del Prado, 1947).

ma significación puede anotarse la fundación del periódico "El Machete" que fué la tarjeta de presentación a la clase obrera y el campesinado del país.

El periódico era gráfico más que literario. La caricatura, el dibujo, el grabado estaban denunciando los hechos. La letra cedía su lugar a esta forma de expresión que la tradición mexicana conservaba y que, a través de los extraordinarios grabados de José Guadalupe Posada, había arraigado profundamente en la comprensión del pueblo. "El Machete" era un flagelo, un ariete constante a las maniobras gobiernistas por contener el avance, el impetuoso avance de las capas más necesitadas. Lógico era suponer que el choque violento entre los editores de "El Machete" y el gobierno tenía que llegar. . . ¡y llegó! Este choque político tuvo una virtud: foguear a los hombres de lucha, afianzarlos en sus convicciones y desarrollar, en el yunque de la pelea más recia y vigorosa, la personalidad de los combatientes. Las delegaciones de policía, la jefatura, la antigua cárcel de Belén, la del Carmen, hasta las Islas Marías, se llenaron de presos políticos. Allí vivían, en contacto con las más trágicas miserias y los vicios más desenfundados, artistas, escritores y pintores, a quienes sus obras han hecho conocidos en toda América.

En 1924 la lucha estaba en todo su vigor. El Sindicato de Pintores, Escultores y Grabadores se dividió en tres grupos con ideas y tendencias distintas: el primer grupo sostenía la tesis de que siendo la pintura mural fundamental era necesario abandonar la actividad política directa a fin de consagrarse a la tarea, también revolucionaria, de expresar al pueblo el mensaje de su redención; el segundo grupo consideró que, en las nuevas condiciones, los muros debían ser las páginas de los periódicos en las que se insertarían grabados y dibujos y el tercer grupo tácitamente se pronunció por un arte apolítico, considerando que el artista no podía desarrollarse en un campo de contingencias políticas.

El primer grupo hizo marcada oposición, desde los muros, a los aspectos negativos del gobierno; el segundo llevó la oposición directa desde las páginas de los periódicos ingresando en la militancia revolucionaria sindical y el tercer grupo emigró al extranjero. Estos tres grupos estaban encabezados por Diego

Rivera, el primero; David Alfaro Siqueiros, el segundo y José Clemente Orozco, el tercero.

Los años 1926, 27, 28, 29 y 30 son de enorme interés en la vida político social de México. El primer grupo pinta murales alusivos a la historia del país. Diego Rivera logra muros espléndidos y la temática de su pintura se refiere a la desigualdad social, la opresión capitalista y el imperialismo. El segundo grupo se estrecha al movimiento obrero, organiza a los mineros, participa en la organización de petroleros y ferrocarrileros; dirige huelgas y actos de calles, concurre a congresos y conferencias y llega a constituir un organismo sindical (la Confederación Unitaria de México) con nexos internacionales con la Central Sindical Roja.

El gobierno emprende su más tenaz persecución. Desde Cuba han emigrado algunos intelectuales ligados a la lucha contra la prórroga de poderes y el continuismo político de Gerardo Machado. Entre estos exiliados está Julio Antonio Mella, quien trabaja activamente en la CSUM³ y en la organización de ayuda proletaria internacional DOI.⁴ Pero Mella era un enemigo muy peligroso para la estabilidad machadista y el tirano cubano, en combinación con su policía secreta, decide eliminar al inquieto líder. Asesinado Mella, en México, las "cuerdas" a Islas Marías se hacen cada semana más numerosas, las aprehensiones y actos de terror aumentan y muchos artistas son obligados a salir del país emigrando a Estados Unidos, país industrial que ofrecía amplio campo de experiencias.

En la vecina República los artistas trabajan y ensayan materiales. No demoran en darse cuenta de que la técnica usada en el primer período del muralismo romántico es arcaica y las formas neo-cristianas o, en el mejor de los casos, populista. Por primera vez, David Alfaro Siqueiros usa el cemento, en la preparación de las paredes, en lugar de cal y arena, que usaban Rivera y Orozco; emplea también el proyector eléctrico, la cámara fotográfica y filmica mostrando mayor entusiasmo por las formas de trabajo en *equipos*. Simultáneamente a esta práctica los pintores luchan contra el imperialismo y se solidarizan con las demandas de los pueblos coloniales y semi-coloniales

³ Confederación Unitaria de México.

⁴ Defensa Obrera Internacional.

que han levantado consignas a favor de las clases más necesitadas.

La conciencia revolucionaria de los muralistas de México se hace más evidente. Están conformes en que la misión de los pintores es ofrecer, a las masas, el mensaje de su pueblo futuro, cosa que los sabios no pueden hacer, pero que el artista logra con su emoción. Es interesante conocer las polémicas entre el grupo de David Alfaro Siqueiros y el de Diego Rivera sobre la militancia de los artistas que habían participado en las luchas civiles y aquellos "puramente intelectualistas" que se dedicaban a la decoración de muros.

En 1936 el segundo grupo—el de Siqueiros—insiste en las nuevas experiencias y para ello busca el país industrial (Estados Unidos) en el que organizan el Taller Experimental de Nueva York. Aquí profundiza el aprendizaje de la técnica (uso "científico", llama Siqueiros, de los "nuevos materiales") uso de las nuevas herramientas mecánicas y mayor comprensión del gran aporte documental que es la fotografía, alcanzando—con los estudios y ensayos—nuevos conceptos sobre la perspectiva y composición; mayor interés por el arte mecánicamente reproducible, al mismo tiempo que la máxima actividad en el reforzamiento de la lucha contra las fuerzas antiprogresistas y antidemocráticas.

A fines de 1936 la militancia internacionalista es destacada en el grupo de artistas hispanoamericanos que viven en New York reunidos en el Taller Experimental. La guerra civil de España los atrae y en una generosa determinación deciden embarcar hacia la península para prestar sus servicios contra las fuerzas de la reacción interior que se han unido a la invasión extranjera. Los nuevos milicianos se alistan en el Ejército Republicano y pelean unos como comisarios, otros como tanquistas o jefes de brigadas. Alfaro Siqueiros alcanza el grado de Teniente-Coronel.

Entre tanto, en México, los pintores del primer grupo continúan en sus métodos y dentro de las posibilidades de la realidad política decoran muros. Para esta época Diego Rivera ha alcanzado la fama. En la Secretaría de Educación Pública (entre 1923 y 1928) ha matizado lo folklórico con ideas revolucionarias depurando su técnica y llegando a alturas plásticas

elevadísimas en los muros de la Escuela Nacional de Agricultura (Chapingo, 1926-27) en los que ha trabajado al mismo tiempo que en los del edificio de Educación:

En 1929-30 decora los muros del Salón de Consejos del Departamento de Salubridad, cerrando Rivera esta primera etapa de su pintura mural con los maravillosos frescos del Palacio de Cortés, en Cuernavaca. Pinta en Estados Unidos y logra la expresión de la industrialización norteamericana en los maravillosos frescos del Detroit Institute of Art (1932) continuando después la decoración de paredes en el vecino país.

También José Clemente Orozco ha logrado renombre. En la capital de su estado natal, en Guadalajara, ha pintado cúpulas y paredes. En la Universidad (1936), en el Palacio de Gobierno (1937) y en el Hospicio Cabañas (1938-39). Algunos pocos pintores, de los pertenecientes al tercer grupo, se han asimilado a las modas y estilos de París.

En 1939 Alfaro Siqueiros reanuda, en México, su pintura mural. En el local del Sindicato Electricista pinta un muro en el que predomina el trabajo colectivo, bajo la forma de *equipos*; pero la batalla contra el franquismo, en México, se establece a través de periódicos y publicaciones irregulares y Alfaro Siqueiros emprende la pelea también contra el trostkismo que tenía en Estados Unidos y México sus centros vitales.

Esta pelea ha de costarle nueva expatriación. Esta vez es Sud América su campo de trabajo. Reanuda las experiencias técnicas, practica y analiza sus conceptos plásticos llegando a conclusiones más continentales, menos mexicanistas, en lo que respecta al contenido temático y al sentido ideológico.

III. *Obra mural de Siqueiros*

DAVID Alfaro Siqueiros, como Rivera y Orozco, comenzó su obra mural en 1922 cuando fueron cedidas algunas paredes de edificios públicos. Sin embargo, la obra de Siqueiros es menos extensa debido a sus actividades político-sociales, a su militancia revolucionaria y a sus ideas que hemos expuesto cuando hablábamos de la tesis que sostenían los artistas revolucionarios de México pertenecientes al segundo grupo.



Dibujo proyecto del mural "Aurora de México", alegoría de la nacionalización del Petróleo. En proceso en Chihuahua. 120 m².



Dibujo de la sección oriente del mural de Sto. Domingo (Tesorería, D. F.). 150 m².

En la Escuela Nacional Preparatoria Alfaro Siqueiros pintó simultáneamente con los otros dos muralistas. Mientras Rivera pintaba el anfiteatro y Orozco el boticellano muro *Maternidad*, él decoraba bóvedas. ¿A qué obedecía esta predilección? El mismo no ha sabido explicarla. Le interesaban, más que las paredes verticales, que la unidad autónoma de un muro, las bóvedas, los techos. Instintivamente, a los veintiséis años de edad, Alfaro Siqueiros empezaba a preocuparse por problemas de "organización espacial arquitectónica". Esta preocupación, posteriormente, lo ha llevado a la explicación plástica de muchos problemas técnicos.

En 1926 ayudó a Amado de la Cueva en la decoración de los muros de la Universidad de Guadalajara. En 1932, en Los Angeles —Estados Unidos— realiza tres murales: *Shovnard School of Art*, en el que pinta un mitin callejero; *Plaza Art Center*, en el que representa a América tropical y en la residencia de Dudley Murphy, donde hace al fresco, un *Retrato de México*.

Estos muros despertaron un gran interés porque el pintor, rebelándose contra los interiores, decoró para las masas; es decir, hizo su pintura en el exterior de los edificios, frente al pueblo, de manera que pudiera ser admirada por la multitud. Desde el punto de vista técnico representaron una innovación pues el empleo de la mezcla de cemento y arena, en lugar de la tradicional de cal y arena, para sobre ella realizar el fresco, era una novedad de la pintura moderna.

En un pueblo argentino, próximo a Buenos Aires, llamado Don Torcuato, dejó Alfaro Siqueiros, en 1934, un mural. Era un ejercicio plástico, hecho en silicón. Esta pared fué realizada como un experimento. Trabajando en una superficie cóncava empleó la cámara fotográfica como colaboradora en lo que respecta a la forma del espacio y el movimiento y empleó el proyector eléctrico en el trazo del croquis sobre la superficie mural.

En 1939 trabaja en su país. En el Sindicato de Electricistas realiza unos frescos en el que reanuda la práctica de colaboración de equipos. Y cuando emigra a los países suramericanos, entre 1940-41, llega a Chilam, Chile, y en las paredes de la Escuela México pinta un mural en el que emplea, también por primera vez, la piroxilina. Para el artista Chilam es una

continuación de su desesperada búsqueda de materiales nuevos. Decora simultáneamente muro y plafón y considera que en esta obra ha agregado "elementos para un nuevo realismo".

Alfaro Siqueiros, que se ha distinguido por la dimensión que da a sus figuras, por la monumentalidad que añade a la plástica mural, aporta, en el muro de Chilam, una nueva simbología del arte. A un mismo cuerpo le coloca dos cabezas; la superposición de figuras permite la explicación de distintas etapas históricas, la interpretación de períodos de la vida nacional americana.

En La Habana, Cuba, en la residencia de María Luisa Gómez Mena, (1942-43) hace una alegoría de la igualdad racial. Esta pintura, según el artista, es sólo una continuación de la técnica iniciada. En ella hace uso de la esfera como expresión normal visual de la superficie curva.

De regreso en su país, (1943-44) Siqueiros trabaja en un mural que llama Cuauhtémoc contra el mito. Esta pintura constituye, en su concepto, el recubrimiento de la estructura esférica del mural de Cuba pero conducido en un terreno menos mecánicamente geométrico, más figurativamente realista.

Pinta en el Palacio de Bellas Artes, en 1944, para completar la exposición de murales de "los tres grandes". Siqueiros no considera esta obra como "mural"; la llama "cuadro grande". Explica su trabajo significando la importancia que él dió, al hacerlo, al espectador y dice que alejándolo de la apreciación automática, que muchos artistas le atribuyen, él lo estimó como un ser humano que se mueve en un plano de tránsito múltiple. Es decir, que el "cuadro grande", de Bellas Artes, está compuesto de manera que pueda ser admirado desde distintos planos. A esto llama Siqueiros "composición poliangular".

En la actualidad, el artista está decorando las paredes del Palacio de la Tesorería del Distrito Federal.⁵ En ellas trata de aprovechar las experiencias anteriores mediante el uso simultáneo de superficies planas, verticales y superficies cóncavas (redondas) horizontales.

El tema que está desarrollando se refiere a "Patricios y Patricidas". Como siempre, lanza desde sus muros, la palabra agitada que es rebeldía y acción tumultuosa. Escorzos ascen-

⁵ En la vieja Plaza de Santo Domingo.

dentes (fuerzas positivas) y escorzos descendentes (fuerzas negativas) dan al mural una grandiosidad como aquella a que nos tiene acostumbrado el pintor.

Siqueiros considera que el presente de la pintura mural mexicana es de "reanudación de la lucha técnica y discusión sobre los problemas plásticos". La obra de Diego Rivera representa, según apreciación de Siqueiros, todo lo que hay de positivo, pero también de negativo, en la teoría y práctica de aquel primer grupo separado del Sindicato de Pintores, Escultores y Grabadores. José Clemente Orozco representa la rebeldía de tipo liberal contra aquel primer período y el propio Siqueiros la práctica, aunque embrionaria y empírica, de una segunda etapa más avanzada. Naturalmente que estas apreciaciones son independientes del valor intrínseco que se dé a las obras personales, a la naturaleza de las respectivas inquietudes.

Las tres tendencias, en la hora actual, se han puesto de acuerdo sobre un hecho básico: que el muralismo constituye el tronco de la pintura mexicana moderna. Ni Diego Rivera, ni José Clemente Orozco, ni David Alfaro Siqueiros (los llamados "tres grandes") han estado jamás en desacuerdo con esta apreciación; consideran que el muralismo y el arte reproducible tiene que ser la base de un medio de expresión americano, de acuerdo con las tradiciones y la sensibilidad de América.

Independientemente de otras diferencias, los tres maestros se han unido para luchar por el mantenimiento de este principio fundamental. Lo que se ha logrado es significativo: el decreto presidencial que dispone la protección y desarrollo de la pintura mural, considerando la realizada hasta ahora como bienes nacionales, al cuidado de la Secretaría del ramo. La comisión Rivera-Orozco-Siqueiros mantendrá el espíritu del muralismo en México y los jóvenes pintores tendrán oportunidad para el desarrollo de sus facultades creadoras.

Los tres grandes maestros mexicanos han considerado sus murales como *discursos*. Orozco se ha significado por la forma dramática en que ha expresado este discurso. Según un crítico autorizado el tema de América ha guiado sus pinceles. Dentro de este *tema* ha incorporado al hombre y a la mujer de México.

El discurso de Rivera es siempre revolucionario. Poético, lleno de color, de luces y belleza, ha expresado un mensaje que exalta los auténticos valores mexicanos condenando la Con-

quista, el pasado colonial, el capitalismo, el nazi fascismo, la religión (opio de los pueblos), el imperialismo y, en general las fuerzas oscuras de la reacción.

Refiriéndose al *discurso*, Alfaro Siqueiros cree que, con raras excepciones, debe ser sintético y no tan complicado como lo es la ilustración de un libro. Sin embargo, nunca puede decirse de los discursos de Siqueiros que son "sintéticos". La grandilocuencia que preside sus pinturas da a sus discursos ímpetu, frenesí, arrebatada violencia y en este ímpetu y en el frenesí que lo domina está la calidad épica que da siempre a sus temas.

El artista tiende a la universalidad en su arte. Hay que huir del populismo, del folklorismo (dice). Estima que el movimiento pictórico mexicano es "el más saludable de nuestro tiempo en el mundo entero". Explica que el arte francés pertenece a una burguesía de gran base cultural, pero en nuestros países hispanoamericanos el arte no puede tener más apoyo que el Estado, ni más función que la del Estado mismo. A los artistas corresponde —asegura Siqueiros— perfeccionar las funciones mismas del arte.

La reacción de la pintura mexicana contra París —según el artista— es contra la élite, contra el arte como instrumento de las clases dominantes. El arte debe ser patrimonio del pueblo; la misión fundamental del artista es desentrañar el mensaje de su pueblo futuro; expresar, en emocionante discurso, el porvenir de igualdad y justicia social.

IV. Siqueiros retratista

LA fama de David Alfaro Siqueiros como retratista es conocida y se afianza en bellos retratos que ha logrado en su carrera de pintor. A esta técnica él ha sumado recursos nuevos y ha infundido el aliento de monumentalidad que ha dado siempre a su pintura de caballete.

En su estudio, de pronto, nos encontramos con tres retratos maravillosos, los últimos que ha logrado. Raro aporte de arte y fuerza, de audacia y acometividad artística. Son tres retratos extraños y magníficos que el artista ha hecho de dos mujeres y un pintor: Angélica Arenal, la esposa, Margarita Urueta de Villaseñor y del muralista José Clemente Orozco.



Autorretrato de David Alfaro Siqueiros. 1917.



SIQUEIROS: Retrato de la esposa del pintor. 1947.



SIQUEIROS: Retrato de Da. Margarita Urueta de Villaseñor. 1947.



SIQUEIROS: Retrato de José Clemente Orozco. 1947.

Los tres son distintos, muy diferentes, de todos los retratos logrados por los pintores de todas las épocas. Ningún retrato he visto jamás, en ninguna galería del mundo, que pueda mencionarse como antecedente de éstos. Ni los grandes maestros franceses, ni los holandeses, maestros en el arte del retrato, ni los ingleses o españoles hicieron jamás cosa parecida. Al ser expuestos, en la próxima exposición que el Departamento de Bellas Artes prepara sobre la última obra del inquieto artista, la crítica y los informadores de la prensa se fijarán en ellos, unos para elogiarlos y otros para abatirlos.

No es posible, después de observar los mencionados retratos por espacio de media hora, llegar a una conclusión definitiva acerca de su valor plástico. Hay que intimar con ellos: mirarlos mucho; observarlos desde distintos planos; llegar a su técnica, analizarla. Es más, creo que para apreciar en todo su valor la obra es preciso verla consecutivamente durante mucho tiempo: pasa con ella como con los amigos, se les comprende, quiere y más se les admira después que nos hemos compenetrado con su sentir; los amamos plenamente cuando los comprendemos bien y los comprendemos cuando los ahondamos a través de muchas etapas de la propia vida.

Los retratos de referencia son tres obras de audacia, de atrevimiento. El artista los ha hecho con entera libertad y con entera determinación: la de introducir, en la técnica del retrato, una innovación lograda a través de materiales plásticos nuevos. Estos materiales, empleados unas veces con abundamiento, otras con economía y siempre con extraordinaria habilidad y talento, han dado positivos resultados y logrado obras de significación artística.

El retrato de Angélica es más libre, más difícil de comprender; es más interpretativo y más personal. El de la señora Villaseñor es de una profundidad, de un valor plástico realmente extraordinario. El del pintor Orozco es un retrato psicológico. Los tres se corresponden en la fuerza, el dominio espiritual que los preside y la calidad artística que los prestigia.

Los tres, de tamaño casi mural, son dominadores y llenos de fascinación. Angélica está de medio cuerpo. Luce el rostro, las manos y el pecho. La señora Villaseñor luce también el rostro, las manos y el cuerpo hasta poco menos de las rodillas. Ambas miran de frente y en ambas el rostro, la composición

de éste y su armonización con el conjunto, es lo que da carácter, predominio y mayor fuerza. Los ojos de Angélica miran lejos, a la distancia predominante del mundo futuro. Los de Margarita son hondos, profundos, llenos de misterio. La mirada de las dos mujeres, tan distintas, es infinita, sugestiva, grave. La maestría del pintor para realizar estos ojos llenos de vida, grávidos de espíritu, maravillosos de expresión, ha sido tan rica, tan sabia, que ningún color ha sido empleado con vacilación. Todo está realizado con maestría, con grandiosa elocuencia, con arte espléndido.

Después las manos: las de Angélica unidas a unos brazos fuertes, grandes, firmes, son de una expresión vigorosa. El pintor hizo a su mujer de proporciones grandiosas. La interpretó como la siente: fuerte, profunda, llena de vida espiritual y de convicciones sembradas. Las manos recias y duras, expresan una vida de riesgo y luchas.

Las manos de Margarita son más sutiles, más ligeras, más suaves. Manos que reciben el libro y acarician la pluma.

En Angélica el cuello recio está sosteniendo una cabeza grande y el pecho redondo completa la visión del conjunto. Los tonos anaranjados, amarillos, verde muy oscuro, multiplican los valores plásticos y al fondo el cuadro se completa con un follaje selvático. Cada línea, cada color, cada trazo sutil y bien terminado, en el retrato de Angélica, constituye un paisaje: una parte importantísima del mundo plástico de David Alfaro Siqueiros.

En Margarita Urueta el traje verde que viste, la posición caída de las manos y la presencia total de la retratada delatan a una mujer llena de inquietudes a la que el artista ha captado en toda su capacidad.

No es posible comparar estos retratos con el tercero: el de Orozco. Está en la pintura de Siqueiros, José Clemente Orozco, el muralista del dramatismo mexicano, de cuerpo entero. La expresión del rostro, la posición del cuerpo, las manos y la vigorosa significación del lado izquierdo, desde el hombro hasta la punta del pie, en el que se advierte extraña fuerza a pesar de la mutilación, dan a todo el retrato una calidad psicológica que no se olvida una vez captada.

Orozco en la rigidez de su sequedad está hablando. Hablando a través de sus ojillos vivaces, inquietos, hijos; a través

de su mandíbula fuerte y recia, indiferente; a través de su brazo manco, inhábil y sin embargo lleno de significado, de fervorosas tareas que el brazo derecho rinde con la paleta y el lápiz de dibujar.

En un raro ambiente de volúmenes sobrepesados; de colores usados con abundancia y de líneas quebradas, Orozco preside un mundo de creación, de trabajos y de esfuerzos vitales.

Frente a estos tres retratos monumentales no es posible decir cuál es mejor: los tres revelan un oficio terminado, una virtud artística insuperable y un mundo lleno de luces, reflejos y formas. El mundo de un artista al que preocupa no sólo el color y la forma, sino también los volúmenes, los espacios y el mensaje espiritual. Un artista moderno que se radica en su época, la vive con toda su pasión y la expresa no sólo como una aspiración, sino también como una realidad. La potencia plástica de Siqueiros quedará para siempre expresada en estos tres extraños retratos que —indudablemente— pueden catalogarse entre los mejores del presente año 1947.

Los autorretratos del pintor han servido, en todo momento, para acercarnos a su mundo de esperanza. El ha expresado en sus propios retratos cómo es, qué piensa y qué espera. . . En aquel que ha llamado "el coronelazo" está David Alfaro Siqueiros frente a un mundo capitalista burgués que lo ataca y trata de destruirlo. Está el artista combatiendo. Su brazo poderoso, sus uñas como garras son la expresión de su fuerza vital, de su virtud ideológica, de sus indomables ataques. El artista no espera el golpe: lo rechaza antes que llegue; para eso exhibe un brazo como arma y unas garras poderosas, aptas para triturar lo podrido. Este retrato psicológico de Alfaro Siqueiros es su confesión. Está ahí el artista. Se ha vertido y ofrece la emoción de un mundo que él siente hermoso y magnífico pero que necesita, para sostenerse, la fuerza arrolladora de la mano que destruye. Este retrato de vanidad posee la virtud de llevarnos a la intimidad del artista que se retrató como se siente: rugiente y bravo frente a las armas poderosas de las clases dominantes que tratan de destruirlo.

Otro autorretrato, más reciente, es de dimensiones murales, realizado con la técnica del de Angélica. Está el pintor de escaso medio cuerpo: muestra la cara, la cabeza, cubierta con

sombrero que encaja hasta cerca de los ojos, el cuello, un tórax poderoso y las manos. . . ¡siempre las manos! que en Alfaro Siqueiros revelan indefectiblemente un arma de dominio, de sugerencias graves y de afirmación voluntariosa.

Los volúmenes muy amplios, la ampulosidad de todo el cuadro, las masas de colores, dan peso al retrato que contrasta sin esfuerzo por medio de una expresión personal en la que apenas se dibuja el rictus de ironía y desdén característico en su rostro.

Contemplando estos dos autorretratos surge en mi memoria el Alfaro Siqueiros que yo conocí allá por los años de 1928-29 cuando sobre una tribuna proletaria pronunciaba un inflamado discurso que mis años de juventud no acertaban a interpretar plenamente. La estatura elevada se agigantaba por el ademán y el acento; la altivez de la frente se pronunciaba bajo la negra, rebelde cabellera. . . Su palabra tenía un acento romántico aunque él trataba de inundarla de odio, de desprecio, de ironía que se condensaba en relampagueantes miradas que atravesaban la multitud para clavarse en la lejanía que él anunciaba y veía llegar como luz de mañana.

Era la época heroica de los artistas, poetas y estudiantes de América. Los días cálidos en que gritábamos "por una sociedad sin clases". David Alfaro Siqueiros no quería que se le conociese, ni se le admirase, como pintor: aspiraba a la incierta gloria de los conductores de masas, a la vida abnegada de los luchadores. Iba, con su palabra de fuego, abriendo caminos. Lo conocí en medio de una multitud obrero-estudiantil. Estaba lleno de fervor. Junto a él, Julio Antonio Mella parecía un iluminado. Aquel discurso (lo recuerdo bien) desbordaba pasión y sin el orador quererlo, sin pensarlo, tal vez contra su voluntad, le salió correcto, rítmico, artístico. . . Más que oír aquel discurso yo puedo decir que *lo vi*, lo sentí por instinto, ahora es cuando me doy cuenta de ello. Vi al orador descender de la tribuna: tenía los ojos resplandecientes, el gesto arrogante. Al terminar, había firmado, como sobre un lienzo monumental, su mejor mensaje.

I N D I C E S

D E

CUADERNOS
AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1 9 4 7

Año VI. - Vols. XXXI a XXXVI. - Nos. 1 a 6

INDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

	Núm.	Pág.
BRUNO FREI. Palabra y realidad	I	7
GUSTAVO POLIT. Los minerales y la industrialización	I	26
FERNANDO BENÍTEZ. México, la tela de Penélope	I	44
GUILLERMO DÍAZ DOIN. El problema de la guerra y de la paz	II	7
DANIEL COSÍO VILLEGAS. La crisis de México	II	29
JORGE CARRIÓN. Ciencia y magia del mexicano	II	52
DOMINGO ALBERTO RANGEL. Explicación histórica de la revolución venezolana	III	7
JOSÉ E. ITURRIAGA. México y su crisis histórica	III	21
JORGE L. TAMAYO. México y su política rural	III	38
DOMINGO VILLAMIL. Los peligros actuales del tota- litarismo religioso	III	52
OTTO KLEPPER. El problema histórico del mundo contemporáneo	IV	7
EMILIO ROMERO. La política del Perú en la Repú- blica	IV	20
ANTONIO CARRILLO FLORES. La crisis del abstencio- nismo del Estado	IV	37
JESÚS SILVA HERZOG. Meditaciones sobre México	V	7
PETER FRANK DE ANDREA. El Canadá: panorama político	V	36
LUIS SANTULLANO. Política Cultural	V	56
DANIEL COSÍO VILLEGAS. México y los Estados Unidos	VI	7
PETER FRANK DE ANDREA. El Canadá: panorama político (Conclusión)	VI	28
ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. El mito de Dulcinea	VI	40

Notas

	Núm.	Pág.
<i>Miguel Othón de Mendizábal</i> , por JESÚS SILVA HERZOG	I	61
<i>Polonia y América Latina</i> , por JAN DROHOJOWSKI	I	67
<i>Responsabilidad social del arte</i> , por CARLOS J. SCHUSTER	I	75
<i>En el V aniversario de Cuadernos Americanos</i> , por AGUSTÍN YAÑEZ	II	66
<i>Juventud de América</i> , por WILBERTO L. CANTÓN	II	70
<i>El auto-rey pierde los frenos</i> , por MARIANO RUIZ-FUNES	III	69
<i>Sociología y acción social</i> , por NORBERTO R. BUSTAMANTE	IV	63
MESA RODANTE: <i>Imperialismo y Buena Vecindad</i> . Intervienen: JESÚS SILVA HERZOG, MARIANO PICÓN-SALAS, JOAQUÍN GARCÍA MONGE, FERNANDO ORTIZ, WALDO FRANK, EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, y DANIEL COSÍO VILLEGAS	V	64
<i>Los deberes del intelectual mexicano contemporáneo</i> , por JESÚS SILVA HERZOG	VI	62
<i>En defensa de la libertad</i> , por GERMÁN ARCINIEGAS	VI	70
<i>La conferencia de la UNESCO en México</i> , por FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS	VI	62
<i>Nueva Revista de Filología hispánica</i> , por JOSÉ LUIS MARTÍNEZ	VI	73

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ensayos

FRANCISCO ROMERO. Nietzsche. (<i>El pronóstico filosófico</i>)	I	85
ROSARIO REXACH. Revalorando a Rousseau	I	105
ANGÉLICA MENDOZA. Puritanismo y Romanticismo en Emerson	I	107
ALBERTO JIMÉNEZ. Hasta siempre	I	143
JOSÉ GAOS. La profecía en Ortega (III. Conclusión)	II	79
VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE. Algo más sobre la tesis del Espacio-Tiempo Histórico	II	97
DR. ATL. Un tratado de geología dinámica. El Parícutin	II	104
EDUARDO NICOL. La vocación humana	III	77

	Núm.	Pág.
JUAN CUATRECASAS. Significación del filipismo . . .	III	101
JUAN HERNÁNDEZ LUNA. Antonio Caso y el porvenir de América Latina . . .	III	123
ROLAND P. CAILLOIS. "Volver a las cosas". Evidencia e Historia	IV	71
JUAN DAVID GARCÍA BACCA. Existencialismo alemán y existencialismo francés (Heidegger y Sartre)	IV	87
FLORENTINO TORNER. Arte puro y estética impura	IV	118
RAMÓN IGLESIA. El reaccionarismo de la generación del 98	V	91
EDUARDO NICOL. Conciencia de España	V	100
HANNA LEVY. Problemas en torno de la historia del arte brasileño	V	123
JUAN CUATRECASAS. El hombre, animal óptico . . .	VI	87
VÍCTOR DOMINGO BOUILLY. El camino de Occidente. Proposición de un criterio sobre historia universal	VI	116

Notas

<i>Carta sobre los norteamericanos</i> , por EDMUNDO O'GORMAN	I	151
<i>Nacimiento de una conciencia americana</i> , por LEOPOLDO ZEA	II	120
<i>La historia de la ciencia en la Argentina</i> , por JOSÉ BABINI.	II	127
<i>El Dilthey de Imaz</i> , por JOSÉ GAOS	III	131
<i>Consuelo de la Filosofía</i> , por JAN BAZANT	IV	135
<i>Aportaciones a la historia del pensamiento ibero-americano</i> , por JOSÉ GAOS	V	142
<i>Crisis y porvenir de la ciencia histórica</i> , por JOSÉ GAOS	VI	142
<i>Las ideas políticas en Argentina</i> , por SEGUNDO A. TRI . . .	VI	147

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

PEDRO ARMILLAS. La serpiente emplumada: Quetzalcoatl y Tlaloc	I	161
GUILLERMO DE TORRE. Prisma de Lope de Vega: lo clásico, lo español, lo universal	I	179

	Núm.	Pág.
ROBERTO LAGO. Títeres populares mexicanos . . .	I	191
ALBERTO M. SALAS. Armas de la Conquista: venenos y gases	II	135
FRANCISCO DE LA MAZA. Los restos de Hernán Cortés	II	153
RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA. La mujer española a través de la Historia	II	175
ARTURO USLAR PIETRI. Andrés Bello, el desterrado	III	153
JESÚS SILVA HERZOG. Las ideas económicas en México de 1821 a 1855	III	166
PABLO MARTÍNEZ DEL RÍO. El hombre fósil de Tepexpam	IV	139
AGUSTÍN VILLAGRA CALETI. Las pinturas de Bonampak	IV	151
JUSTO CABALLERO. La libertad, tradición española	IV	169
EMILIO ROMERO. El progreso histórico de la democracia peruana	V	157
FERNANDO ALEGRÍA. Orígenes del Romanticismo en Chile. Bello-Sarmiento-Lastarria	V	174
FRANCISCO AYALA. Nota sobre la creación del Quijote	V	194
RAFAEL GIRARD. Una obra maestra del teatro maya	VI	157
ALFONSO REYES. De un autor censurado en el Quijote (Torquemada)	VI	189

Notas

<i>Un episodio de la historia de Afroamérica</i> , por JULIO LE RIVEREND	I	191
EL PRECURSOR: I. <i>Otro personaje sthenaliano</i> , por JOSÉ LUIS SÁNCHEZ TRINCADO	I	203
II. <i>Radiografía de Miranda</i> , por RAFAEL HELIODORO VALLE	I	207
<i>La obra de Claudio Sánchez Albornoz en la Argentina</i> , por JOSÉ LUIS ROMERO	I	211
<i>La población indígena</i> , por JULIO CALLET-BOIS	II	204
<i>La Historia Tolteca-Chichimeca</i> , por PAUL KIRCHHOFF	III	191
<i>Economía colonial en Venezuela</i> , por JAVIER MALAGÓN BARCELÓ	III	191
<i>Martínez Estrada, un renovador de la exégesis sarmentina</i> , por JOSÉ LUIS ROMERO	III	197

	Núm.	Pág.
"La civilización Maya" de Morley, por CÉSAR LIZARDI RAMOS	IV	197
Filosofía de la Conquista de América, por JOSÉ MIRANDA	IV	207
Cultura de Hispanoamérica, por RAIMUNDO LIDA	V	207
La historiografía del siglo XVI sobre Colón y la "Vida del Almirante" de su hijo Hernando, por JOSÉ MIRANDA	VI	225

DIMENSION IMAGINARIA

Ensayos

GONZÁLEZ CARVALHO. Canciones de la primera noche	I	221
RODOLFO USIGLI. Dos conversaciones con George Bernard Shaw y algunas cartas (<i>Concluye</i>)	I	227
IGNACIO MILLÁN. Dostoyevski o de la desesperación	I	251
FRANCISCO MADRID. El valor social de la cinematografía	I	281
LEÓN-FELIPE. Poemas Andinos	II	211
PEDRO SALINAS. Significación del Esperpento o Valle Inclán hijo pródigo del 98	II	218
DARDO CÚNEO. El realismo imaginero	II	245
ROMUALDO BRUGHETTI. Pedro B. Palacios (Almafuerte)	II	254
MAX AUB. Dos cuentos	II	266
ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ. Vilano al viento	III	207
JOSÉ MORENO VILLA. Música colgada	III	215
XAVIER VILLAUURUTIA. Teatro y cinematógrafo: convergencias y divergencias	III	221
ANTONIO LUNA ARROYO. El Dr. Atl, paisajista puro	IV	237
LUIZ HEITOR CORREA DE AZEVEDO. La música en el Brasil	IV	250
FRANCISCO OROZCO MUÑOZ. Poemas	IV	213
JOAQUÍN PASOS. Canto de guerra de las cosas	IV	216

	Núm.	Pág.
ERNESTO CARDENAL. Joaquín Pasos: un joven que no ha viajado nunca	IV	224
FRANCISCO GARCÍA LORCA. Córdoba. Lejana y sola	IV	233
HANS PLATSCHEK. Paul Klee	IV	245
FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ. La cabra en dos patas	IV	258
WILBERTO L. CANTÓN. Elegía temporal	V	215
ROGER CALLOIS. Relaciones entre el arte y la moralidad	V	223
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. La novela: signo humano, espejo social	V	231
JOSÉ ANTONIO PORTUONDO. Lino Novás Calvo y el cuento hispanoamericano	V	245
LINO NOVÁS CALVO. Camila Timiraos cuenta	V	264
CLARA SILVA. Canto de Eternidad	VI	233
JUAN JOSÉ ARREOLA. Pablo	VI	239
JOSÉ URIEL GARCÍA. El Corpus del Cusco	VI	249
LOLÓ DE LA TORRIENTE. Conversación con David Alfaro Siqueiros sobre la pintura mural mexicana	VI	266

Notas

<i>Correo Argentino</i> , por DARDO CÚNEO	I	295
<i>Luces y sombras</i> , por MAX AUB	III	274
<i>Crónica de la novela. Siete novelas mexicanas de boy</i> , por JOSÉ LUIS MARTÍNEZ.	IV	267
<i>Arquitectura peruana</i> , por GONZALO OBREGÓN JR.	IV	276
<i>Ferdýdurke</i> , por HUMBERTO RODRÍGUEZ TOMEU	V	282

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

(Abrev.: N. T.: *Nuestro Tiempo*. - A. de P.: *Aventura del Pensamiento*. - P. del P.: *Presencia del Pasado*. - D. I.: *Dimensión Imaginaria*).

	Núm.	Pág.
ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael.— <i>La mujer española a través de la Historia</i> . (P. del P.)	II	175
ALEGRÍA, Fernando.— <i>Orígenes del Romanticismo en Chile. Bello - Sarmiento - Lastarria</i> . (P. del P.)	V	174
ARCINIEGAS, Germán.— <i>En defensa de la libertad</i>	VI	70
ARMILLAS, Pedro.— <i>La serpiente emplumada: Quetzalcoatl y Tlaloc</i> . (P. del P.)	I	165
ARREOLA, Juan José.— <i>Pablo</i> . (D. I.)	VI	239
ATL, Dr.— <i>Un tratado de geología dinámica. El Parícutin</i> (A. del P.)	II	104
AUB, Max.— <i>Dos cuentos</i> . (D. I.)	II	266
<i>Luces y sombras</i> . (D. I.)	III	274
AYALA, Francisco.— <i>Nota sobre la creación del Quijote</i> . (P. del P.)	V	194
BABINI, José.— <i>La historia de la ciencia en la Argentina</i> . (A. del P.)	II	127
BAZANT, Jan.— <i>Consuelo de la Filosofía</i> . (A. del P.)	IV	135
BENÍTEZ, Fernando.— <i>México, la tela de Penélope</i> . (N. T.)	I	44
BOUILLY, Víctor Domingo.— <i>El camino de Occidente. Proposición de un criterio sobre historia universal</i> . (A. del P.)	VI	116
BRUGHETTI, Romualdo.— <i>Pedro B. Palacios (Almafuerte)</i> (D. I.)	II	254
BUSTAMANTE, Norberto R.— <i>Sociología y acción social</i> . (N. T.)	IV	63
CABALLERO, Justo.— <i>La libertad, tradición española</i> . (P. del P.)	IV	169
CAILLET-BOIS, Julio.— <i>La población indígena</i> . (P. del P.)	II	204
CAILLOIS, Roger.— <i>Relaciones entre el arte y la moralidad</i> . (D. I.)	V	223
CAILLOIS, Roland P.— <i>"Volver a las cosas". Evidencia e historia</i> . (A. del P.)	IV	71
CANTÓN, Wilberto L.— <i>Juventud de América</i> . (N. T.)	II	70
— <i>Elegía temporal</i> . (D. I.)	V	215

	Núm.	Pág.
CARDENAL, Ernesto.— <i>Joaquín Pasos: un joven que no ha viajado nunca.</i> (D. I.)	IV	225
CARRILLO FLORES, Antonio.— <i>La crisis del abstencionismo del Estado.</i> (N. T.)	IV	37
CARRIÓN, Jorge.— <i>Ciencia y magia del mexicano.</i> (N. T.)	II	52
COSÍO VILLEGAS, Daniel.— <i>La crisis de México.</i> (N. T.)	II	29
— <i>Imperialismo y Buena Vecindad.</i> (N. T.)	V	86
— <i>México y los Estados Unidos.</i> (N. T.)	VI	7
CORREA DE AZEVEDO, Luiz Heitor.— <i>La música en el Brasil.</i> (D. I.)	IV	250
CUATRECASAS, Juan.— <i>Significación del filipismo.</i> (A. del P.)	III	101
— <i>El hombre, animal óptico.</i> (A. del P.)	VI	87
CÚNEO, Dardo.— <i>Correo Argentino.</i> (D. I.)	I	295
— <i>El realismo imaginero.</i> (D. I.)	II	245
DÍAZ DOIN, Guillermo.— <i>El problema de la guerra y de la paz.</i> (N. T.)	II	7
DROHOJOWSKI, Jan.— <i>Polonia y América Latina.</i> (N. T.)	I	67
FERNÁNDEZ SUÁREZ, Alvaro.— <i>El mito de Dulcinea.</i> (N. T.)	VI	40
FRANK, Waldo.— <i>Imperialismo y Buena Vecindad.</i> (N. T.)	V	76
FRANK DE ANDREA, Peter.— <i>El Canadá: panorama político.</i> (N. T.)	V	36
— <i>El Canadá: panorama político. (Conclusión)</i> (N. T.)	VI	28
FREI, Bruno.— <i>Palabra y realidad.</i> (N. T.)	I	7
GAOS, José.— <i>La profecía en Ortega. (III. Conclusión)</i> (A. del P.)	II	79
— <i>El Diltbey de Imaz.</i> (A. del P.)	III	131
— <i>Aportaciones a la historia del pensamiento iberoamericano.</i> (A. del P.)	V	142
— <i>Crisis y porvenir de la ciencia histórica.</i> (A. del P.)	VI	142
GARCÍA, José Uriel.— <i>El Corpus del Cusco.</i> (D. I.)	VI	249
GARCÍA BACCA, Juan David.— <i>Existencialismo alemán y existencialismo francés (Heidegger y Sartre).</i> (A. del P.)	IV	87
GARCÍA LORCA, Francisco.— <i>Córdoba. Lejana y sola.</i> (D. I.)	IV	233
GARCÍA MONGE, Joaquín.— <i>Imperialismo y Buena Vecindad.</i> (N. T.)	V	69
GINER DE LOS RÍOS, Francisco.— <i>La conferencia de la UNESCO en México.</i> (N. T.)	VI	62
GIRARD, Rafael.— <i>Una obra maestra del teatro maya.</i> (P. del P.)	VI	157
GONZÁLEZ CARVALHO.— <i>Canciones de la primera noche.</i> (D. I.)	I	221
GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Enrique.— <i>Vilano al viento.</i> (D. I.)	III	207

	Núm.	Pág.
HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl.— <i>Algo más sobre la tesis del Espacio-Tiempo Histórico.</i> (A. del P.)	II	97
HERNÁNDEZ LUNA, Juan.— <i>Antonio Caso y el porvenir de América Latina.</i> (A. del P.)	III	123
IGLESIA, Ramón.— <i>El reaccionarismo de la generación del 98.</i> (A. del P.)	V	95
ITURRIAGA, José I.— <i>México y su crisis histórica.</i> (N. T.)	III	21
JIMÉNEZ, Alberto.— <i>Hasta siempre.</i> (A. del P.)	I	143
KIRCHHOFF, Paul.— <i>La Historia Tolteca-Chichimeca.</i> (P. del P.)	III	191
LAGO, Roberto.— <i>Titeres populares mexicanos.</i> (P. del P.)	I	191
LEÓN-FELIPE.— <i>Poemas Andinos.</i> (D. I.)	II	211
LE RIVEREND, Julio.— <i>Un episodio de la historia de Afroamérica.</i> (P. del P.)	I	191
LEVY, Hanna.— <i>Problemas en torno a la historia del arte brasileño.</i> (A. del P.)	V	123
LIDA, Raimundo.— <i>Cultura de Hispanoamérica.</i> (P. del P.)	IV	207
LIZARDI RAMOS, César.— <i>"La civilización Maya" de Morley.</i> (P. del P.)	IV	197
LUNA ARROYO, Antonio.— <i>El Dr. Atl, paisajista puro.</i> (D. I.)	IV	237
MADRID, Francisco.— <i>El valor social de la cinematografía.</i> (D. I.)	I	281
MALAGÓN BARCELÓ, Javier.— <i>Economía colonial en Venezuela.</i> (P. del P.)	III	191
MARTÍNEZ, José Luis.— <i>Crónica de la novela. Siete novelas mexicanas de hoy.</i> (D. I.)	IV	267
— <i>Nueva Revista de Filología Hispánica.</i> (N. T.)	VI	73
MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel.— <i>Imperialismo y Buena Vecindad.</i> (N. T.)	V	80
MARTÍNEZ DEL RÍO, Pablo.— <i>El hombre fósil de Tepexpam.</i> (P. del P.)	IV	139
MAZA, Francisco de la.— <i>Los restos de Hernán Cortés.</i> (P. del P.)	II	153
MENDOZA, Angélica.— <i>Puritanismo y Romanticismo en Emerson.</i> (A. del P.)	I	107
MILLÁN, Ignacio.— <i>Dostoyevski o de la desesperación.</i> (D. I.)	I	251
MIRANDA, José.— <i>Filosofía de la Conquista de América.</i> (P. del P.)	IV	207
— <i>La Historiografía del siglo XVI sobre Colón y la "Vida del Almirante" de su hijo Hernando.</i> (P. del P.)	VI	225
MORENO VILLA, José.— <i>Música colgada.</i> (D. I.)	III	215

	Núm.	Pág.
NICOL, Eduardo.— <i>La vocación humana</i> . (A. del P.) . . .	III	77
— <i>Conciencia de España</i> . (A. del P.) . . .	V	100
NOVÁS CALVO, Lino.— <i>Camila Timiraos cuenta</i> . (D. I.) . . .	V	264
OBREGÓN, JR. Gonzalo.— <i>Arquitectura peruana</i> . (D. I.) . . .	IV	276
O'GORMAN, Edmundo.— <i>Carta sobre los norteamericanos</i> . (A. del P.)	I	151
ORTIZ, Fernando. — <i>Imperialismo y Buena Vecindad</i> . (N. T.)	V	70
PASOS, Joaquín.— <i>Canto de guerra de las cosas</i> . (D. I.) . . .	V	216
PICÓN-SALAS, Mariano.— <i>Imperialismo y Buena Vecindad</i> . (N. T.)	V	67
PLATSCHKE, Hans.— <i>Paul Klee</i> . (D. I.)	IV	245
POLIT, Gustavo.— <i>Los minerales y la industrialización</i> . (N. T.)	I	26
PORTUONDO, José Antonio.— <i>Lino Novás Calvo y el cuen- to hispano-americano</i> . (D. I.)	V	245
RANGEL, Domingo Alberto.— <i>Explicación histórica de la revolución venezolana</i> . (N. T.)	III	7
REXACH, Rosario.— <i>Revalorando a Rousseau</i> . (A. del P.) . . .	I	105
REYES, Alfonso.— <i>De un autor censurado en el Quijote (Torquemada)</i> . (P. del P.)	VI	189
RODRÍGUEZ TOMEU, Humberto.— <i>Ferdydurke</i> . (D. I.)	V	282
ROJAS GONZÁLEZ, Francisco.— <i>La cabra en dos patas</i> . (D. I.)	IV	258
ROMERO, Emilio.— <i>La política del Perú en la República</i> (N. T.)	IV	20
— <i>El progreso histórico de la democracia peruana</i> . (P. del P.)	V	157
ROMERO, José Luis.— <i>La obra de Claudio Sánchez Albornoz en la Argentina</i> . (P. del P.)	I	211
— <i>Martínez Estrada, un renovador de la exégesis sar- mentina</i> . (P. del P.)	III	197
ROMERO, Francisco.— <i>Nietzsche</i> . (El pronóstico filosófi- co). (A. del P.)	I	85
RUIZ-FUNES, Mariano.— <i>El auto-rey pierde los frenos</i> . (N. T.)	III	69
SALAS, Alberto M.— <i>Armas de la Conquista: venenos y gases</i> . (P. del P.)	II	135
SALINAS, Pedro.— <i>Significación del Esperpento o Valle In- clán, hijo pródigo del 98</i> . (D. I.)	II	218
SÁNCHEZ, Luis Alberto.— <i>La novela: signo humano, espejo social</i> . (D. I.)	V	231
SÁNCHEZ TRINCADO, José Luis.— <i>Otro personaje sthenda- liano</i> . (P. del P.)	I	203

	Núm.	Pág.
SANTULLANO, Luis.— <i>Política cultural.</i> (N. T.)	V	56
SCHUSTER, Carlos J.— <i>Responsabilidad social del arte.</i> (N. T.)	I	75
SILVA, Clara.— <i>Canto de Eternidad.</i> (D. I.)	VI	233
SILVA HERZOG, Jesús.— <i>Miguel Othón de Mendizábal.</i> (N. T.)	I	61
— <i>Las ideas económicas en México de 1821 a 1855</i> (P. del P.)	III	166
— <i>Meditaciones sobre México.</i> (N. T.)	V	7
— <i>Imperialismo y Buena Vecindad.</i> (N. T.)	V	64
— <i>Deberes del intelectual mexicano contemporáneo.</i> (N. T.)	VI	62
TAMAYO, Jorge L.— <i>México y su política rural.</i> (N. T.)	III	38
TORNER, Florentino.— <i>Arte puro y estética impura.</i> (A. del P.)	IV	118
TORRE, Guillermo de.— <i>Prisma de Lope de Vega: lo clásico, lo español, lo universal.</i> (P. del P.)	I	179
TORRIENTE, Loló de la.— <i>Conversación con David Alfaro Siqueiros sobre la pintura mural mexicana.</i> (D. I.)	VI	266
TRI, Segundo A.— <i>Las ideas políticas en Argentina.</i> (A. del P.)	VI	147
USIGLI, Rodolfo.— <i>Dos conversaciones con George Bernard Shaw y algunas cartas.</i> (Concluye). (D. I.)	I	227
USLAR PIETRI, Arturo.— <i>Andrés Bello, el desterrado.</i> (P. del P.)	III	153
VALLE, Rafael Heliodoro.— <i>Radiografía de Miranda.</i> (P. del P.)	I	206
VILLAGRA CALETI, Agustín.— <i>Las pinturas de Bonampak.</i> (P. del P.)	IV	151
VILLAMIL, Domingo.— <i>Los peligros actuales del totalita- rismo religioso.</i> (N. T.)	III	52
VILLARRUTIA, Xavier.— <i>Teatro y cinematógrafo: conver- gencias y divergencias.</i> (D. I.)	III	221
YÁÑEZ, Agustín.— <i>En el V aniversario de Cuadernos Ame- ricanos.</i> (N. T.)	II	66
ZEA, Leopoldo.— <i>Nacimiento de una conciencia america- na.</i> (A. del P.)	II	120

INDICE DE LIBROS RESEÑADOS

	Núm.	Pág.
ANDERSON IMBERT, Enrique.— <i>Ensayos</i> . (Dardo Cúneo)	I	298
ARCILA FARIAS, Eduardo.— <i>Economía colonial de Venezuela</i> . (Javier Malagón Barceló)	III	193
BERMANN, Gregorio.— <i>Juventud de América</i> . (Wilberto L. Cantón)	II	70
BERNAL, Rafael.— <i>Su nombre era muerte</i> . (José Luis Martínez)	IV	273
CAÑEDO, Diego.— <i>La noche anuncia el día</i> . (José Luis Martínez)	IV	272
CARNEIRO, Edison.— <i>Guerras de los Palmares</i> . (Julio Le Riverend)	I	198
COLÓN, Hernando.— <i>Vida del Almirante</i> . (José Miranda)	VI	225
FIGUEROA ROMÁN, Miguel.— <i>Planificación y sociografía</i> . (Norberto Rodríguez Bustamante)	IV	63
GERBI, Antonello.— <i>Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo</i> . (Leopoldo Zea)	II	120
GOMBROWICZ, Witold.— <i>Ferdydurke</i> . (Humberto Rodríguez Tomeu)	V	282
GOYANARTE, Juan.— <i>Lago Argentino</i> . (Dardo Cúneo)	I	295
GOYTORTÚA, Jesús.— <i>Lluvia Roja</i> . (José Luis Martínez)	IV	270
HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro.— <i>Historia de la cultura de la América Hispana</i> . (Raimundo Lida)	V	207
<i>Historia Tolteca-Chichimeca. Anales de Quauhtinchan</i> . (Paul Kirchhoff)	III	191
IMAZ, Eugenio.— <i>El pensamiento de Dilthey</i> . (José Gaos)	III	131
LIRA, Miguel N.— <i>Donde crecen los tepozanes</i> . (José Luis Martínez)	IV	268
MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel.— <i>Sarmiento</i> . (José Luis Romero)	III	197
MORLEY, Sylvanus G.— <i>La Civilización Maya</i> . (César Lizardi Ramos)	IV	197
O'GORMAN, Edmundo.— <i>Crisis y porvenir de la ciencia histórica</i> . (José Gaos)	VI	142
PICÓN-SALAS, Mariano.— <i>Miranda</i> . (José Luis Sánchez Trincado)	I	202
—(Rafael Heliodoro Valié)	I	206
RADL, Emmanuel.— <i>Utecha z filosofje —Consuelo de la filosofía</i> — (Jan Bazant)	IV	135

	Núm.	Pág.
RECASÉNS SICHES, Luis.— <i>Estudios de Filosofía del Derecho</i> . (José Gaos)	V	142
ROJAS GONZÁLEZ, Francisco.— <i>Lola Casanova</i> . (José Luis Martínez)	IV	268
ROMERO, José Luis.— <i>Las ideas políticas en Argentina</i> . (Segundo A. Tri)	VI	147
ROSENBLAT, Angel.— <i>La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad</i> . (Julio Caillet-Bois) .	II	204
SPOTA, Luis.— <i>El coronel fué echado al mar</i> . (José Luis Martínez)	IV	271
USIGLI, Rodolfo.— <i>Corona de Sombra</i> . (Max Aub) . . .	III	274
VECCHIO, G. del.— <i>Filosofía del Derecho</i> . (José Gaos) .	V	142
VELARDE, Héctor.— <i>Arquitectura peruana</i> . (Gonzalo Obregón Jr.)	IV	276
YÁÑEZ, Agustín.— <i>Al filo del agua</i> . (José Luis Martínez)	IV	269
ZAVALA, Silvio.— <i>La filosofía política en la conquista de América</i> . (José Miranda)	IV	207

Cuadernos Americanos

alternando con los números de la revista ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganarás la luz...*, por LEÓN-FELIPE.
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL.
- 3 y 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, 2 Vols.
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET.
- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK (7 pesos).
- 7.—*El hombre del buho*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
- 8.—*Ensayos Interamericanos*, por EDUARDO VILLASEÑOR.
- 9.—*Martí escritor*, por ANDRÉS IDUARTE. (7 pesos).
- 10.—*Jardín Cerrado*, por EMILIO PRADOS. (7 pesos).
- 11.—*Juventud de América*, por GREGORIO BERMANN. (7 pesos).
- 12.—*Corona de Sombra y Dos conversaciones con Bernard Shaw*, por RODOLFO USIGLI. (8 pesos).

Precio por cada volumen (excepto los Nos. 6, 9, 10, 11 y 12).

MEXICO.	5.00 pesos
OTROS PAISES	1.20 dólares

OTRAS PUBLICACIONES

- La revolución mexicana en crisis*, por JESÚS SILVA HERZOG. 1.00 peso.
- El Surrealismo entre Viejo y nuevo Mundo*, por JUAN LARREA. 3.00 pesos.
- Sugestiones para la Tercera República Española*, por MANUEL MÁRQUEZ. 1.00 peso.
- Un Ensayo sobre la Revolución Mexicana*, por JESÚS SILVA HERZOG. 2 pesos.

REVISTA

SUSCRIPCIÓN ANUAL PARA 1947:
(6 números)

MEXICO	20.00 pesos
OTROS PAISES DE AMERICA.	5.00 dólares
EUROPA	6.50 „

Precio del ejemplar:

México	4.00 pesos
Otros países	0.90 dóls.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- Daniel Cosío Villegas* México y los Estados Unidos.
Peter Frank de Andrea Canadá: Panorama político (conclusión).
Alvaro Fernández Suárez Sentido y heroísmo del mito de Dulcinea.

Notas, por Jesús Silva Herzog, Germán Arciniegas, Francisco Giner de los Ríos y José Luis Martínez.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Juan Cuatrecasas* El hombre, animal óptico.
Victor Domingo Bouilly El Camino de Occidente.

Notas, por José Gaos y Segundo A. Tri.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Rafael Girard* Una obra maestra del teatro maya.
Alfonso Reyes De un autor censurado en el Quijote (Torquemada).

Nota, por José Miranda.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Clara Silva* Canto de Eternidad.
Juan José Arreola Pablo.
José Uriel García El Corpus del Cusco.
Loló de la Torriente Conversación con D. Alvaro Siqueiros.

INDICE GENERAL DEL AÑO